

OPHELIA DE MARZO

*Un corazón
bajo el disfraz*



UN CORAZÓN BAJO EL DISFRAZ



UN CORAZÓN BAJO EL DISFRAZ

DAMAS EN JUEGO

LIBRO DOS



OPHELIA DE MARZO

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

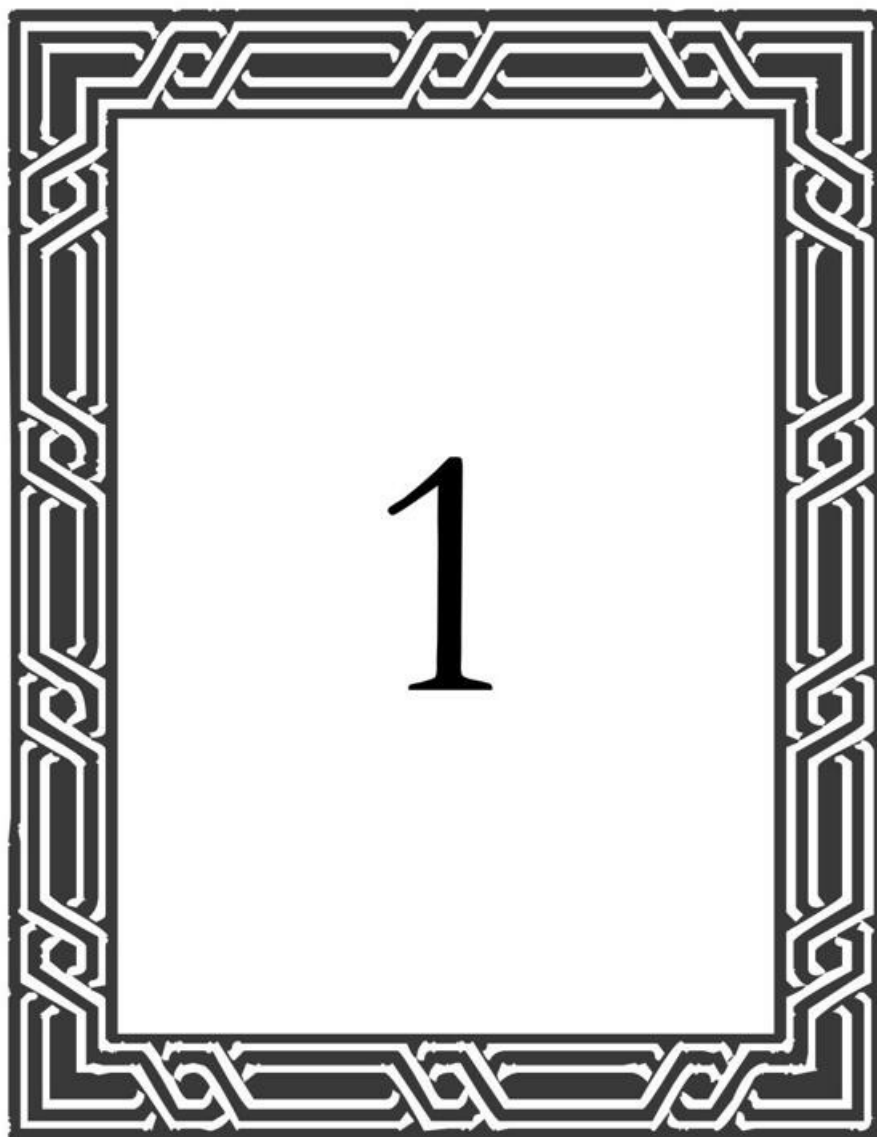
Copyright © 2023

Diseño de la cubierta: Ophelia de Marzo

Todos los derechos reservados

ISBN: 9798328393720

*Para todas aquellas mujeres que sueñan a lo grande.
¿Acaso hay otra forma de soñar?*



Madrid, enero de 1846

Ignacio Martel puso un pie en la calle respirando a bocanadas el aire frío de Madrid. Aquel día de invierno teñido de gris había amanecido neblinoso y, en esos momentos, pasadas las doce del mediodía, aunque ese velo de bruma que desdibujaba las calles ya se había disipado, el cielo seguía encapotado y amenazaba tormenta.

—Por fin —murmuró para sí con satisfacción—. Ya está hecho.

De pronto, se encontró realmente exhausto. Se pasó la mano por la cara, como para quitarse aquella máscara que se ponía cada vez que tenía que enfrentarse a una reunión en la que estuviera presente algún miembro de la aristocracia. A pesar de que su acercamiento a cualquier persona perteneciente a la nobleza estaba a priori teñido por la suspicacia que le provocaba provenir de una condición humilde, tenía que reconocer que el marqués de Salamanca no le era

desagradable. De hecho, reflexionando sobre ello con detenimiento, se dio cuenta de que incluso lo consideraba un individuo extraordinario. Había conocido al marqués hacía ya un año en una de las fiestas que organizaba su íntimo amigo Leonardo de Saavedra, duque de Almansa. Antes de aquel encuentro, la figura del marqués de Salamanca ya le suscitaba una inmensa curiosidad, pues circulaban extraños rumores sobre él. Quizás por esa razón había esperado encontrarse a un hombre ridículo y excéntrico y, sin embargo, ya en aquella ocasión le había dado la impresión de que era un hombre tan inteligente como audaz. Y el sentimiento era mutuo, ya que el marqués había descubierto en la persona de Ignacio Martel a un astuto hombre de negocios al que no podía dejar de admirar con sinceridad.

Lo que no imaginaba el marqués es que para el industrial no suponía ningún esfuerzo. Se limitaba a dejarse llevar por su instinto y por el momento no le había fallado, ya que le había permitido enriquecerse gracias al floreciente mercado textil. En pocos años había pasado de ser el simple hijo de un guardés a amasar una fortuna considerable, convirtiéndose en uno de los hombres más adinerados del país.

En la época en que, siendo aún muy joven, comenzó a trabajar en la fábrica de sus tíos, muy pronto reparó, gracias a su perspicacia, en la necesidad de modernizarla. Ignacio era conocedor de que el resto de la industria textil de Barcelona iba muy por delante de la de sus parientes en cuanto a técnica se refería, y estos, por una muy arraigada desconfianza hacia el progreso, se habían quedado rezagados, haciendo que sus ganancias acabaran por resentirse. Le costó un esfuerzo ímprobo lograr que entraran en razón, pues para sus tíos la palabra «cambio» era un sinónimo claro de cataclismo. Pese a sus temores, Ignacio logró que estuvieran dispuestos a invertir parte del capital en maquinaria más moderna y dieran el salto de forma gradual a la casi completa mecanización del hilado y los telares de la planta. Una vez lo consiguió, «Textiles Martel» prosperó a un ritmo imparable gracias a que, a la ya excelente calidad de sus tejidos, se sumó un incremento ingente de la productividad y una consecuente reducción de los precios. Por ello, a nadie le resultó extraño que, al morir su tío unos años más tarde y no teniendo este descendencia, Ignacio tuviera la ventura de heredar la totalidad de su legado textil.

Sorprendiendo a propios y extraños, no se había conformado con aquel regalo caído del cielo. Poseía buen olfato para los negocios y, siguiendo como un sabueso el atrayente aroma del dinero, había utilizado de manera oportuna las ganancias obtenidas en la empresa familiar para realizar algunas inversiones arriesgadas, resultando la mayoría de ellas altamente rentables. Tras probar suerte con la explotación de algunas minas de carbón en el norte del país, se había interesado por todo lo que tenía que ver con el ferrocarril. Era un tema por el que sentía verdadera fascinación. Así que, cuando se presentó la oportunidad, había hecho todo lo posible para entrar a formar parte del proyecto de aquella línea de ferrocarril Madrid-Aranjuez, que el marqués de Salamanca tenía en mente desde hacía tiempo. Ahora aquella idea estaba más cerca de materializarse, ya que por fin el diciembre pasado se había constituido la *Sociedad del Ferrocarril de Madrid a Aranjuez* con un capital de más de cuarenta millones de reales; y, por otra parte, participaba en la propuesta el cuñado de la reina regente, lo cual les abriría todas las puertas a las que fuera necesario llamar. Ignacio se sentía enormemente satisfecho de haber metido la cabeza en ese asunto, y no pudo evitar sonreír. Aquella empresa tenía visos de convertirse en un buen filón, pero además de haber conseguido un pedazo del pastel, tenía otro aliciente para él. Un acicate secreto. De esos que se guardan de tal forma en lo más profundo del corazón que uno apenas es consciente de ello y que, a la hora de decidir, inclinan la balanza hacia uno de sus lados. Y aunque Ignacio siempre había sido firme defensor de no mezclar los negocios con el placer, en este caso no había podido evitar transgredir su propia norma, ya que

esta apuesta estaba bañada por una cuestión sentimental.

Después del éxito de aquella última reunión con sus socios, decidió caminar un rato, ya que aquella mañana no había podido hacerlo, y necesitaba practicar a diario algo de ejercicio para eliminar su exceso de energía nerviosa. Absorto en sus pensamientos, se dedicó a callejear a paso ligero por el barrio de Lavapiés hasta que una suave llovizna comenzó a salpicarle la cara y el pelo de forma pertinaz. Por lo general, no le importaba demasiado exponerse a la humedad y al frío pero, por alguna razón, ese día aquel tiempo desapacible lo importunó. Miró a su alrededor, preguntándose dónde estaba y se dio cuenta de que se encontraba en la calle del Mesón de Paredes. Conocía en aquella calle una taberna que frecuentaba a menudo y decidió dirigir sus pasos hacia allí.

En cuanto entró en el local, el tabernero lo saludó con afabilidad. No estaba al tanto del nombre de aquel caballero, pero su cara le era de sobra conocida, ya que cada cierto tiempo se dejaba caer por allí. Ignacio pidió tan solo un vino, ya que aún no tenía hambre, y recorrió el lugar con la vista. Todavía era temprano y el establecimiento estaba prácticamente vacío, con la excepción de una mesa a la que se sentaban cuatro jóvenes que charlaban animados. Se fijó en que tres de ellos vociferaban, no por escandalosos, sino por la energía y el entusiasmo desmedido que proporciona la juventud. Su mirada descansó entonces en el cuarto muchacho, cuya actitud sugería que no participaba del mismo ánimo apasionado que sus compañeros. Apenas intervenía en la conversación más que con alguna palabra suelta y esbozando una sonrisa tímida de tanto en tanto. Aparentaba ser un poco más joven que el resto y, aunque llevaba un bigotito ridículo, el resto de su piel parecía desconcertantemente suave. Ignacio se fijó en sus manos, pequeñas, finas y delicadas. Unas manos extrañas para un chico, pensó. En ese momento, el joven levantó la vista, como si advirtiese que alguien le estaba observando, y clavó en él sus ojos verdes. La profundidad de aquellos ojos lo desconcertó. A su vez, el muchacho debió encontrar algo extraño en la mirada de Ignacio, puesto que bajó la vista con un movimiento atropellado y la mantuvo muy fija en la mesa con una expresión abochornada. Ignacio tuvo la impresión de que ya habían coincidido antes, pero también tuvo otra sensación mucho más perturbadora, que fue la que le hizo apartar la vista con rapidez y que le recorrió la espina dorsal como un latigazo, provocando que se removiera incómodo. Apuró lo que restaba del vino de un solo trago y, pagando al tabernero, se marchó de allí tan aprisa que bien habría podido estar huyendo del mismísimo diablo.

Salió de la taberna jadeando, sintiendo una desazón igual que si alguien le hubiera dado la vuelta a su cuerpo como a una media. Levantó la vista hacia la negrura del cielo, juzgando que el manto siniestro que cubría la ciudad era un reflejo de su espíritu atormentado. En ese momento agradeció la lluvia tamborileándole sobre la cara, que minutos antes le había resultado tan molesta. Nunca en toda su vida había sentido ningún tipo de atracción por ningún hombre, ahora bien, lo que había experimentado en el instante en que su mirada se cruzó con la de aquel chico lo tenía tan abrumado que sentía ganas de echar a correr para dejarlo atrás. Empezó a alejarse de allí a buen paso, mientras encerraba aquella emoción en el lugar más recóndito de su alma, confinándola en una habitación cerrada por un millón de candados, y se juró a sí mismo que no volvería a pisar aquella taberna nunca más. Cuando llegó a la primera intersección se paró en seco, intentando hacer memoria para recordar qué rumbo debía tomar y, a continuación, reanudó la marcha con extraordinaria rapidez con la intención de ir derecho al prostíbulo más cercano.



Cinco años después

Amelia Osorio se encontraba desayunando en la quinta que su prometido poseía en el monte de El Pardo, situada a las afueras de Madrid. En una de sus manos sostenía una taza de chocolate, de la que iba bebiendo, distraída, pequeños sorbos, mientras que en la otra sujetaba la invitación que acababa de recibir de sus tíos con una sonrisa plácida. Desde hacía unas semanas experimentaba una sensación cálida, como si su vida consistiera en un agradable paseo en barca por un río, por el que la corriente la arrastraba con suavidad. Ella y su hijo Manuel habían encontrado por fin un lugar al que podían llamar hogar y, en un corto espacio de tiempo, celebraría su boda con Leonardo de Saavedra, duque de Almansa. Aunque la joven no era especialmente devota, en los últimos días pensaba, con cierto tinte melancólico, que alguien desde ahí arriba la cuidaba y la protegía. Sin duda, si existía ese lugar que los cristianos imaginaban en el cielo, su difunto marido, Manuel, estaría en él y con el cariño que siempre se

habían profesado, estaba segura de que velaba por ella y por su hijo desde allí.

La entrada de su prometido en el salón la sacó de su ensimismamiento. Le dio los buenos días con una sonrisa, pero la mirada grave que le devolvió Leonardo le hizo pensar que sus preocupaciones quizá no se hubieran extinguido del todo. El duque la besó con dulzura antes de sentarse frente a ella.

—¿Va todo bien? —preguntó ella temerosa de que fuese portador de malas noticias.

—No muy bien —dijo con una seriedad que no era habitual en él—. Parece que estamos teniendo problemas con uno de los surtidores de las fuentes del jardín y no hay manera de dar con la causa de la avería.

Amelia suspiró aliviada. Después de todo lo que habían pasado en los últimos meses, un nimio inconveniente con el mantenimiento de las fuentes no le parecía gran cosa. Miró a su prometido y sus labios se curvaron hacia arriba con ternura. A Leonardo, que sentía debilidad por la sonrisa de Amelia, le dio la impresión de que sus preocupaciones se despejaban como las nubes al ser testigos de los rayos del sol y, al hacerlo, se percató de que quizás estaba exagerando la gravedad del problema.

—Es que quería que el jardín estuviera perfecto para la boda —se justificó.

—Y lo estará. —Ante el gesto escéptico de Leonardo continuó—: Aunque ese día las fuentes no funcionen, aunque se averíen y el suelo acabe convertido en fango manchando los vestidos de las invitadas, aunque llueva o nieve y el banquete tenga que celebrarse en el interior de la quinta, con todos los presentes apiñados como fichas de dominó, será una boda perfecta.

—Ya... —dijo él, no muy convencido.

—No tengas ninguna duda —le aseguró tomándolo de la mano—. Porque estaremos tú y yo, rodeados de todos aquellos a los que amamos.

—De ellos y de una barbaridad de asistentes más. Ya sabes que me habría gustado celebrar una boda más íntima pero no he podido eludir ciertos compromisos y... tengo que reconocer que la lista de invitados se me ha ido de las manos.

—Bueno, tú solo tienes que centrarte en lo más importante.

—¿Que es...?

—Pues, ¡la novia! —aclaró ella, y comenzó a reírse de su propia broma.

—En eso tienes razón —coincidió con un suspiro y su rostro se iluminó—. Además, no me supondrá ningún esfuerzo centrarme en ella.

Fue entonces cuando Leonardo se percató de la carta que sujetaba Amelia en la mano.

—¿Noticias de tu familia?

—¡Ah, sí! —exclamó agitando la tarjeta en el aire—. Es una carta de mi prima, pero no solo eso. Viene acompañada de una invitación de mis tíos para uno de sus famosos bailes de Carnaval —le informó, recuperando su entusiasmo por la noticia.

—Creía que no te gustaban demasiado las fiestas. —Leonardo observó a Amelia un tanto sorprendido.

—Las de disfraces, sí —dijo Amelia con una amplia sonrisa—. Además, como esta se celebrará en casa de mi tía, estoy convencida de que será magnífica. Ya sabes lo mucho que se desvive por que todas y cada una de sus *soirées* resulten un éxito. Y seguro que los disfraces de los invitados serán espectaculares.

—Pero todavía tenemos que ultimar los preparativos para la boda y además...

—¿Qué? —preguntó al ver que él se interrumpía.

—Tengo miedo de que tanto ajeteo no sea bueno para ti —dijo él colocando con ternura su mano sobre el vientre de Amelia, aunque aún era pronto para que este mostrara ninguna señal de

embarazo.

La sonrisa de Amelia se ensanchó. Desde el mismo instante en que le había comunicado a Leonardo sus sospechas de que estaba embarazada, este la trataba igual que un frágil objeto de cristal. Ahora que estaban seguros de que serían padres, a veces se esmeraba tanto en cuidarla que la agobiaba demasiado. No obstante, cada vez que estaba a punto de enojarse con él, se recordaba a sí misma que, aunque para ella era su segundo embarazo, el duque nunca había pasado por aquello antes e intentaba ser indulgente con sus desquiciados nervios de padre primerizo.

—Si me encuentro perfectamente y, además, de todos los preparativos para la boda, quedan solo unos detalles sin importancia. ¿Podemos ir? Por favor... —suplicó con un tono de voz mimoso y haciendo un mohín.

—Ya sabes que no tienes que pedirme permiso. Eres libre y puedes ir donde tú quieras.

—Pero esperaba que me acompañaras... —Como si el timbre dulce de su voz no fuera prueba suficiente de que estaba dispuesta a llegar a donde se había propuesto para alcanzar su propósito, se acercó más a él y le acarició la mejilla con la punta de la nariz—. Por favor...

—No me gustan demasiado las fiestas de disfraces —protestó él apretando los labios en un intento por no sonreír. Sabía desde el primer momento que acudirían a aquella velada si Amelia lo deseaba, si bien le gustaba hacerse de rogar y fingir que las carantoñas de su prometida eran las que finalmente le habían empujado a cambiar de opinión.

—Esta te gustará —aseguró Amelia con una expresión enigmática—. Se me acaba de ocurrir una idea fantástica para mi disfraz...

—¿Y?

—Pues que tendrás que acompañarme a esa velada si es que quieres descubrir cuál es —contestó ella con una risita traviesa.

—¿No piensas darme ni una pequeña pista?

—Ni hablar —negó ella, moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Una pequeñita... —rogó en tono zalamero.

—Solo puedo revelarte que... creo que te gustará en exceso —le dijo con tono misterioso.

—Amelia... No creo que pueda gustarme más de lo que me gustas tú.



—¿Dónde diantres he puesto mi brazalete? —preguntó Amelia con impaciencia mirando en todas direcciones.

—Es difícil encontrarlo entre esta montaña de ropa —respondió Micaela revolviendo todos los disfraces que se encontraban extendidos sobre la cama.

—Micaela, ten cuidado o arrugarás los vestidos —le advirtió su prima Claudia sin perder en ningún momento su habitual tono sosegado.

—¡Lo encontré! —exclamó Consuelo levantando la joya en el aire con un gesto triunfal mientras empujaba sus lentes con el dedo índice.

Amelia le agradeció a Consuelo el hallazgo y se colocó el brazalete con cuidado.

La tarde del baile de máscaras, Amelia se había reunido con su hermana Claudia, su prima Micaela y su amiga Consuelo para disfrazarse todas juntas en la habitación de Micaela. Aquello hacía todo el proceso mucho más ameno, pues les brindaba la oportunidad de pasar un rato

agradable todas juntas y charlar a solas mientras se vestían y se peinaban.

Para la ocasión, cada una de las cuatro jóvenes había elegido un disfraz a cuál más distinto.

Micaela se había decantado por un traje morisco, adornado profusamente de perlas y otras ricas piedras, al que acompañaba un gracioso tocado con velo de tul blanco y fleco de oro.

Claudia había optado, aconsejada por su hermana y para profundo disgusto de su madre por juzgarlo excesivo, por un disfraz de Cleopatra con muy poca exactitud histórica. No obstante, cualquier estudioso del antiguo Egipto habría hecho la vista gorda ante aquel modelo magnífico confeccionado con telas que alternaban transparencias, brillos y pedrería de una forma exquisita y que realzaba la extraordinaria belleza de la joven.

Amelia, por su parte, había elegido un atuendo que asemejaba un peplo de la antigua Grecia, con una tela tan fina que se pegaba escandalosamente a su cuerpo a medida que caminaba. Llevaba también un brazalete dorado en forma de serpiente, enroscado alrededor de uno de sus brazos, grandes pendientes de oro y el pelo suelto con sus hermosos rizos oscuros cayéndole hasta la cintura.

Y, por último, Consuelo, que había decidido llevar el disfraz del año anterior, de María Antonieta. Una María Antonieta muy particular, con unas impropiedades gafas metálicas, y un traje recatado en exceso. La joven no se mostraba muy entusiasmada con la idea de ponerse ese traje tan aparatoso por segundo año consecutivo pero, por alguna razón, se la veía muy ansiosa por disfrutar de la fiesta.

Todas cubrían su rostro con máscaras elaboradas en satén, adornadas mediante una labor delicada de pedrería y plumas, cada una a juego con su disfraz.

Tan pronto como entraron juntas en el salón, Consuelo, que disfrutaba de los bailes de disfraces tanto como Amelia, pudo apreciar que la fiesta era un verdadero mosaico de trajes de todas las épocas y estilos. Le encantaba aquella percepción chocante de ver charlando animadamente a Cristóbal Colón con Madame de Pompadour. En este caso, estaban acompañados por otra dama con un disfraz de turca, una tercera ataviada como una de las Meninas de Velázquez y un hombre corpulento vestido de Pierrot, hacia el que la dieciochesca dama de Pompadour desviaba la mirada con coqueto interés.

Un poco más allá pudo ver a la madre de Micaela, marquesa de Ayamonte, que adoraba convertirse en el centro de atención de todas las miradas; por ello había elegido para la ocasión un traje magnífico de noche estrellada, con capas y capas de tul. El disfraz estaba rematado por una tiara de astros de cinco puntas cuyos diamantes refulgían a la luz de las velas. Se encontraba conversando con ánimo alegre, rodeada por cuatro caballeros jóvenes. Aunque todos iban enmascarados, Consuelo reconoció enseguida por su porte a su hermano Luis, oculto tras un disfraz de árabe, y a Leonardo, que llevaba un atuendo de caballero de la época de Carlos V. A su lado, estaban sus dos amigos, Eduardo e Ignacio, ataviados con una simple capa negra que cubría sus trajes y un antifaz sencillito del mismo color. Eduardo de Altarriba, vizconde de Abrantes, era fácilmente reconocible por su imponente estatura de casi dos metros, y a Ignacio Martel le delataba el pelo cano asomando por la capucha de su vestimenta, además de sus hermosos ojos azules, que contrastaban de forma muy viva con el color oscuro del antifaz.

A Consuelo no le sorprendió que, a pesar de que Ignacio fuera oculto bajo un disfraz y, teniendo en cuenta que era además de los pocos escogidos en aquella fiesta que no pertenecían al mundo aristocrático, emanara de él un aire de autoridad inconfundible. Siempre daba la impresión de que estaba al mando. Como si, en cada momento, estuviera exactamente donde quería estar. Por su apariencia, bien podría haber pasado por uno de los aristócratas presentes en el salón, ya que su naturaleza nerviosa le hacía mantenerse delgado; además era de forma innata

orgullosa, lo cual le hacía ostentar una presencia garbosa amén de un porte altivo y elegante. Pero su actitud no era tan relajada como la del resto, aunque pudiera parecerlo. Si uno se fijaba poniendo especial atención, no le pasaba desapercibido que todos los músculos de su cuerpo se mantenían en tensión, alerta, igual que un felino a punto de saltar. Y aunque era cierto que Ignacio no disfrutaba de aquellos festejos porque no era capaz de permanecer ocioso durante mucho tiempo, sí que le agradaba estar en compañía de sus amigos y de un buen champán. Por otra parte, se deleitaba del placer secreto, y tenía que reconocer que un poco perverso, que sentía al ver como la flor y nata de la aristocracia se esforzaba por tratarlo con una educación exquisita, cuando sabía que muchos de ellos ni siquiera veían con buenos ojos que se moviera en su selecto círculo. Estaba seguro de que a algunos de los allí presentes, la idea de que el hijo de un guardés se mezclase con la nobleza «de la sangre», por mucho que tuviera una de las mayores fortunas de España, les provocaría, a lo largo de esa ilustre velada, un fastidioso sarpullido.

Al tiempo que las jóvenes se acercaban a aquel grupo, escucharon que la madre de Micaela, con su característico timbre aflautado, se dirigía a los cuatro caballeros en su papel de anfitriona.

—Así es, don Eduardo. Como yo siempre he dicho, toda fiesta se agota si el que la ofrece no muestra a cada instante que la ofrece con gusto. Si no, el invitado prefiere quedarse en su casa.

—Solo mi tía es capaz de apropiarse de unas palabras de Shakespeare y hacerlas suyas sin ningún pudor —le susurró Claudia a Consuelo al oído en un tono de voz tan bajo que solo ella pudo oírla.

Aquello provocó una risita burlona de las dos jóvenes y tuvo como consecuencia una áspera mirada de advertencia de la marquesa de Ayamonte.

Los caballeros saludaron a las recién llegadas con actitud cortés, pero ya nada podía detener la verborrea de la marquesa ahora que estaba tan embalsada como una de esas modernas locomotoras.

—¡Ah, señor Martel, por cierto! —le dijo posando su mano en uno de los antebrazos de Ignacio para atraer así toda su atención—, don Luis me comentó hace unos días que por fin se ha inaugurado esa línea suya de ferrocarril.

—Querida marquesa, me sobrevalora usted. Sería de todo punto exagerado decir que la línea de ferrocarril es mía —dijo Ignacio con una sonrisa de satisfacción tan inmensa que podría dar la impresión de que, en efecto, aquella línea era suya y solo suya—. Yo soy simplemente uno de los muchos socios que han participado en esta empresa.

—Me había olvidado por completo de la inauguración... —murmuró Consuelo con una desilusión que hizo temblar su voz—. ¿Cómo es que no me dijiste nada? —preguntó volviéndose hacia su hermano Luis.

—Porque en ese momento estabas en el campo —se defendió él advirtiéndole su tono recriminatorio—, recuperándote de uno de esos episodios de agravamiento de tu enfermedad ¿recuerdas? Además, ¿cómo iba yo a saber que tendría algún aliciente para ti el acudir a un evento relacionado con el ferrocarril? De haberlo sabido, yo mismo le habría dicho a Ignacio que te extendiera una invitación.

Consuelo tragó saliva e intentó recomponerse esbozando una sonrisa forzada. Llevaba tanto tiempo oyendo a Ignacio y a su hermano hablar de aquel proyecto, que sintió de veras haber perdido la ocasión de estar presente en la inauguración.

—Yo tampoco sabía que estaba usted interesada en acudir a la ceremonia —admitió Ignacio—. De ser así, le habría pedido al marqués de Salamanca que la incluyera en la lista de invitados a la fiesta. Aunque fue él mismo el que pagó parte de la celebración de su bolsillo, no habría notado la diferencia por el hecho de añadir a un invitado más. Acudieron más de mil personas.

Una lástima, porque podría haberse unido a nosotros y habríamos disfrutado del placer de su compañía.

«Sí, estoy segura de ello» pensó ella con irónica amargura. Estaba convencida de que sus palabras no eran sinceras. Ignacio le había dado motivos suficientes para deducir que no tenía ningún interés en que ella se presentase en aquel evento ni en ningún otro.

—Y usted que tiene un trato más estrecho con el marqués —intervino Micaela bajando un poco el tono—, ¿le confirmó él si es cierto ese rumor que corre de que siendo joven murió y luego resucitó, como hiciera el mismísimo Jesucristo?

—¡Micaela! —exclamó Claudia con tono de reproche—. Me parece de muy mal gusto comparar al marqués con Cristo Nuestro Señor.

Ignacio decidió intervenir cuanto antes para poner paz entre las dos primas.

—Supongo que se desilusionarán terriblemente si les confirmo que el rumor no es cierto. En pocas palabras, se debió a un error de los médicos, que dieron por muerto al marqués antes de tiempo; así el pobre hombre se levantó en el velatorio dando un susto de muerte a su criado, que salió por la puerta gritando despavorido que su amo había resucitado.

Consuelo volvió a retomar el tema anterior en tono animado para fingir que le restaba importancia al asunto de su ausencia en la fiesta.

—¿Y qué tal resultó la ceremonia de inauguración? —inquirió esbozando una sonrisa a medio dibujar—. ¿Acudió la reina? Leonardo me comentó que una de las locomotoras iba a ser bautizada con su nombre.

—Sí, naturalmente que acudió la reina —respondió Ignacio, afable—, e incluso ella misma partió en el primer convoy que realizó el recorrido inicial hasta Aranjuez. Desde luego, no se puede tildar a nuestra regente de cobarde. Y debo decir que la ceremonia fue en buena medida... entretenida —dijo Ignacio, y apretó con fuerza los labios para evitar que se le escapase una carcajada.

Consuelo le devolvió la sonrisa, extrañada de que le dedicase una mirada y un gesto amable a ella, a la que, como norma general, se esforzaba en ignorar. El hecho de que sus labios se curvaran de continuo hacia arriba, lo que no era un espectáculo muy frecuente, le daba a entender que esa noche el señor Martel estaba de un humor excelente.

Si bien era cierto que Ignacio se sentía complacido, su sonrisa respondía a otra cuestión. Y esa era, sencillamente, la de evocar la ceremonia de inauguración de *su* ferrocarril. Ignacio solo le había confiado a su amigo Eduardo lo carente de sentido que le había parecido aquel acto; refiriéndole cómo el arzobispo de Toledo había bendecido las locomotoras que habían desfilado, una a una, delante de un altar colocado a tal efecto. Cada vez que recordaba lo que a sus ojos era un despropósito, es decir, la imagen grotesca del cardenal dando su bendición a aquellas moles de metal lo mismo que si albergaran un alma cristiana en su interior, tenía que aguantarse las ganas de soltar una risotada. Las mismas ganas de reír que había tenido que reprimir en presencia de la reina Isabel.

«Iglesia, Corona y progreso de la mano. En fin... Ver para creer» le había comentado en la intimidad su amigo Eduardo. Y los dos se habían mofado de ello bien a gusto frente a la chimenea, sosteniendo sendas copas de un excelente brandy.

El grupo continuó charlando de buen talante una vez que la conversación tomó otros derroteros. Todos excepto Leonardo, que daba muestras de estar distraído y un poco inquieto. Se notaba que no podía apartar los ojos de Amelia y, en cuanto aquel corrillo comenzó a dispersarse y tuvo ocasión, se la llevó aparte.

—¿Estás completamente loca? ¿Cómo se te ha ocurrido ponerte ese vestido? —le susurró

con vehemencia.

—¿Por qué dices eso? Llevo semanas preparando mi disfraz y me hacía mucha ilusión vestirme de diosa griega —dijo Amelia con disgusto, ya que no esperaba una reacción así por parte de su prometido.

—Con la luz de las velas, puedo ver todas y cada una de tus curvas de diosa griega bajo esa tela transparente.

—¡No es transparente! —protestó ella—. ¡Es una tela vaporosa! —Amelia sintió como se le humedecían los ojos. El embarazo, que ocasionaba que estuviera más sensible de lo normal, a veces rozando el dramatismo, hacía que cualquier cosa le provocara unas terribles ganas de llorar... y de pelear—. ¿Estás celoso? ¿Es eso? ¿O es que te avergüenzas de mí? ¿Tanto te importa lo que otros hombres puedan pensar de mí y de mi vestido?

Leonardo la miró tan asombrado como si de repente le hubiera crecido otra cabeza.

—¡Por supuesto que no!

—¿Entonces qué diantres te pasa? —preguntó ella, molesta, con una lágrima que a esas alturas bajaba resbalando por su mejilla.

—Amelia, no llores. Me has malinterpretado... —expresó con tono arrepentido—. Ya sabes cuánto me gusta bromear. No pretendía molestarte, lo siento.

—Pensaba que te gustaría el disfraz... —dijo ella haciendo un puchero.

—Pues claro que me gusta —admitió él riendo con suavidad mientras la abrazaba y le susurró al oído—: Ese es el problema. Me gusta demasiado. ¿Cómo esperas que aguante durante horas en esta fiesta contigo paseándote por ahí casi desnuda? ¿No podríamos escabullirnos y subir a tu habitación?

—Eres un completo idiota, ¿lo sabías? —le regañó ella entre risas y lágrimas, dándole un golpecito en el pecho.

—Me lo dicen bastante a menudo —dijo acariciándole la cara con ternura.

Consuelo y Micaela los observaban desde las sillas donde se habían acomodado para beber una limonada.

—¡Dios mío! —suspiró Micaela—. Resultan empalagosos hasta cuando se pelean.

—Pues yo opino que son muy tiernos —replicó Consuelo contemplándolos embelesada—. Y creo que están hechos el uno para el otro.

—¡Ay, Consuelo! Eres una romántica sin remedio.

—Puede ser —reconoció ella, y se encogió de hombros con una mueca melancólica al tiempo que paseaba su mirada por el salón. Después de un rato inspeccionando a los asistentes y comentando con Micaela los que creían eran los mejores disfraces, Consuelo advirtió que echaba en falta a alguien—. Por cierto, hace un buen rato que no veo a Claudia ¿dónde se ha metido?

—¡Ahí está! —contestó Micaela en el instante en que la localizó, señalando la pista de baile—. Me figuro que un caballero la ha sacado a bailar... Espera... ¿No es ese don Eduardo de Altarriba?

—Eso creo...

Las dos amigas contemplaron perplejas a la pareja que se deslizaba con torpeza por la pista de baile.

—¿Y por qué le habrá concedido un baile a don Eduardo? Creía que habíamos llegado a un acuerdo para no bailar con él.

Micaela se refería al pacto que habían hecho la temporada anterior. Después de escuchar como Eduardo de Altarriba había hecho un comentario bastante desafortunado sobre Amelia, comparándola de forma grosera con su hermana Claudia y calificándola de «insignificante», las

tres habían decidido ignorarlo en el transcurso de los siguientes eventos y no concederle ningún baile argumentando alguna excusa.

La música dejó de sonar y Eduardo acompañó a Claudia de vuelta con sus amigas, que se percataron de que aquella hermosa Cleopatra volvía de la pista de baile cojeando considerablemente.

—Lo siento mucho, señorita Osorio. —Escucharon a Eduardo disculparse apesadumbrado cuando la muchacha se sentó junto a Consuelo—. No sé cómo he podido ser tan torpe ¿Le duele mucho?

—Don Eduardo, no se preocupe. Estoy bien, de verdad.

Él, abrumado por la vergüenza de haberle propinado un pisotón mientras bailaban, la seguía mirando con los ojos de un cachorrito abandonado a su suerte.

—¿Sabe? Me sentiría mejor si fuera a buscarme una limonada —le dijo ella ofreciéndole una oportunidad para resarcirse.

—Ahora mismo —respondió en tono marcial antes de alejarse.

En cuanto se hubo marchado, Micaela aprovechó la ocasión para reprender a su prima.

—Claudia, ¿cómo se te ha ocurrido concederle un baile a don Eduardo? Creía que teníamos un pacto —escupió aquellas palabras con tono acusatorio, atravesándola con la mirada.

—Lo siento, Micaela, pero llevamos tanto tiempo rechazándole que, cuando me lo ha vuelto a pedir hoy, me ha dado tanta lástima que no he podido decirle que no —dijo Claudia maquillando un poco lo que había sucedido en realidad, pues había sido ella la que, compadeciéndose del vizconde y transgrediendo las normas, le había ofrecido un baile—. No podemos castigarle eternamente.

—¿Por qué no? —preguntó Micaela, que seguía guardándole un profundo rencor a aquel hombre.

—Porque creo que sería muy cruel. Es muy posible que don Eduardo sea un hombre bastante superficial y tal vez cometiera un error en la ocasión en que dijo esas palabras tan poco acertadas sobre mi hermana. No obstante, opino que todo el mundo tiene derecho a equivocarse y no me parece justo que lo sancionemos con tanta severidad. Además, a pesar de todo lo que provocó aquel malentendido, al final Amelia ha encontrado la felicidad junto a Leonardo.

—Es verdad —asintió Consuelo dándole la razón y, volviendo la cara, observó a la pareja—. Cada vez que están juntos da la impresión de que resplandecieran —añadió sonriendo.

La velada transcurría sin más percances hasta que, casi una hora después de comenzar la fiesta, Consuelo empezó a quejarse de cansancio. Lo atribuyó a aquel espectacular traje de María Antonieta, a sabiendas de que, dado el excesivo peso del vestido, todos lo juzgarían agotador para un cuerpo en apariencia delgado y enfermizo.

Se disculpó con el resto y le dijo a la madre de Micaela que se retiraba a su habitación a descansar y que, si luego se encontraba mejor, bajaría otro rato a la fiesta. Subió pesadamente las escaleras hasta su habitación y, una vez hubo cerrado la puerta tras de sí con un suspiro de alivio, se quitó las lentes, arrojándolas sobre la cama, y corrió hacia el armario. Sacó de su interior una caja de cartón de gran tamaño y la abrió ansiosa. Ante sus ojos, se reveló el disfraz que, en el fondo, deseaba llevar esa noche, aunque estaba convencida de que su madre lo desaprobaba de forma rotunda. Sonriendo con malicia, pensó que se lo pondría ¡Vaya si se lo pondría! ¡Como que se llamaba Consuelo Eugenia de Maldonado! Aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Tan pronto como una atractiva desconocida vestida de diablesa cruzó la puerta del salón de baile veinte minutos más tarde, los ojos de todos los invitados masculinos no pudieron evitar volverse hacia ella. Incluso a alguno de esos caballeros le costó un buen rato, y hasta algún

codazo de su acompañante, apartar la vista de semejante visión. Aquella mujer llevaba un disfraz de color escarlata y negro, con unas alas de murciélago que simulaban flotar en el aire saliendo de sus hombros. El vestido era más corto de lo habitual, dejando a la vista una parte de las piernas casi hasta las rodillas, lo que ya de por sí resultaba indecoroso. Pero es que, además, el escote del disfraz era tan generoso que mostraba gran parte de su piel lechosa, dejando ver más de lo que indicaba el buen gusto, ofreciendo sus pechos redondeados como dos tersos melocotones en una bandeja. Por si todo esto fuera poco, la tela del traje se apretaba contra cada una de sus esculturales curvas, marcando su figura de tal forma que podría haber abierto un arduo debate entre los asistentes sobre si su cuerpo tenía más de ángel o de demonio.

—¿Quién es esa mujer que acaba de entrar en el salón? —preguntó Amelia al grupo en el que estaba, entre los que se encontraban su prima, su hermana, Leonardo e Ignacio Martel.

—No tengo la menor idea —dijo Leonardo—. Ignacio ¿tú sabes quién es esa mujer disfrazada de diablesa? —Se volvió hacia su amigo y advirtió con asombro que este había desaparecido.

—Pero ¿dónde ha ido Ignacio? —preguntó Micaela al reparar en que ya no estaba con ellos.

—Sospecho que ha ido a averiguar por sí mismo la identidad de esa dama —advirtió Claudia señalando hacia la puerta.

—Siempre he tenido a Ignacio por una persona rápida y ágil, sin embargo, nunca le había visto correr hacia una mujer —reconoció Leonardo riendo con asombro.

—La verdad es que la joven lo merece. Se me antoja una visión realmente espectacular —dijo Amelia con sincera admiración.

—Una diablesa nunca podría estar a la altura de una diosa del Olimpo —le susurró al oído su futuro esposo.

—Debería perder toda esperanza de cortejarme, caballero —replicó ella dejando escapar una risita tonta—. Usted y yo pertenecemos a diferentes épocas y Dios me libre de cometer un anacronismo.

—Me temo que Dios no podrá librarte de mí. Ya encontraré una forma de viajar en el tiempo... —murmuró con voz sensual mientras acariciaba sus brazos desnudos aprovechando que todos miraban en dirección a la mujer misteriosa.

Unos momentos antes, Consuelo, enfundada en su seductor disfraz, trató de hacer su entrada en el salón con la actitud de una verdadera *femme fatale*. Antes de dar un paso dentro de la estancia, respiró hondo, echó los hombros hacia atrás e intentó meterse en su papel de versada mujer de mundo. Al poco de entrar, le sorprendió que la abordase la persona de Ignacio Martel antes que ningún otro invitado. Aquello era una prueba de fuego. Si conseguía engañarlo a él, que la conocía desde la infancia, estaba segura de que superaría esa noche con éxito.

—Buenas noches, ¿señora o señorita? —le preguntó inclinándose con galantería.

—Buenas noches —dijo ella sin responder a su pregunta y forzando un marcado acento francés, intentando aparentar sofisticación.

—Permítame presentarme, mi nombre es...

—No, no, no —le interrumpió agitando una mano en el aire—. Nada de nombres esta noche *mon cher monsieur* —se inclinó hacia él para susurrarle al oído—. Se supone que es lo que hace tan especial el Carnaval ¿no? El misterio del anonimato —añadió acariciando su antifaz con una sonrisa sugerente.

Consuelo esperaba que su máscara ocultase su identidad lo suficientemente bien como para que nadie la reconociera. Había escogido un modelo que además de tapar toda la zona alrededor de los ojos, cubría también su nariz. Así, solo dejaba a la vista su boca, que había maquillado con

carmín, y sus ojos, que había sombreado con una pintura azul para que no se percibieran tan verdes. Además, su pelo castaño con reflejos dorados, que podría haber dado una pista demasiado obvia sobre su persona, permanecía oculto bajo una hermosa y brillante peluca azabache. Por último, permitiéndose una floritura final, había decidido pintar un lunar negro cerca de la comisura de la boca.

—¿Es usted francesa? —le preguntó Ignacio y, nada más hacerlo, se dio cuenta de que era una pregunta estúpida, pues era evidente la respuesta.

—Así es. Es mi primera visita a España y, por tanto, mi primera fiesta de Carnaval aquí en Madrid —improvisó Consuelo.

—¿Le gustaría que le presentase a un amigo mío cuya madre es francesa? Quizá se sentiría más cómoda si pudiera descansar un rato hablando en su lengua materna —le ofreció con amabilidad.

—No, no. No se moleste. La verdad es que prefiero aprovechar mi estancia aquí para practicar mi español.

Estaba convencida de que podría engañar a cualquiera en aquella sala haciéndose pasar por una joven gala. Ahora bien, aunque su francés no era malo, si Leonardo, que era francófono, la oyera hablar en ese idioma, descubriría el ardid antes de que llegara a pronunciar la tercera palabra.

—En mi humilde opinión, no lo necesita. Salvo por el acento, podría usted pasar por una dama madrileña.

—En tal caso, no merece la pena que moleste a su amigo Leonardo...

—¡Ah! ¿de modo que conoce usted a Leonardo? —preguntó Ignacio, sorprendido.

A Consuelo le dieron ganas de abofetearse a sí misma. No habían pasado ni cinco minutos y ya había metido la pata hasta el fondo.

—Por supuesto que lo conozco. Somos viejos amigos —se le ocurrió decir—. Pero ya lo saludaré más tarde, ahora mismo prefiero su compañía a ninguna otra —dijo enlazando su brazo con el de él y sonrió con coquetería mientras lo alejaba de Leonardo—. ¿Le parece bien si vamos a buscar algo de beber? Estoy sedienta.

Apenas llegaron a la mesa donde estaban dispuestas las bebidas, Ignacio pidió que les sirvieran dos copas de champán y le ofreció una. Consuelo dudó un segundo. Nunca había bebido champán ni ninguna otra bebida alcohólica. Con todo, estimó que, esa noche precisamente, la máscara que llevaba le permitiría vulnerar alguna norma. «Solo tomaré un sorbito», pensó. Cogió la copa y se la acercó a los labios. Notó como las burbujas de aquella bebida le hacían unas ligeras cosquillas en la nariz y su sabor le resultó un tanto amargo, pero le agradó la sensación refrescante del líquido recorriendo su garganta. Un pequeño trago que la hizo sentirse toda una mujer sofisticada y segura de sí misma.

Levantó la vista hacia Ignacio y advirtió que él la estudiaba de una forma que le resultó extraña. Estaba acostumbrada a que aquel hombre apenas le prestase atención y, en las pocas ocasiones en las que reparaba en ella, la contemplase con una expresión o bien de fastidio o bien afligida, como si estuviera frente a una Consuelo digna de lástima. Un ser sumamente frágil al que había que cuidar igual que a un polluelo que acabara de caerse del nido. Sin embargo, la mirada de Ignacio estaba cargada ahora de una intensidad desconcertante y sus profundos ojos azules, que la recorrían ansiando algo muy diferente de ella, hacían que esa percepción la confundiera y la hiciera estremecer.

—Si no ha estado nunca en Madrid —le dijo él tras beber un sorbo de su copa—, no habrá visto tampoco cómo se vive el Carnaval en sus calles.

—Me temo que no.

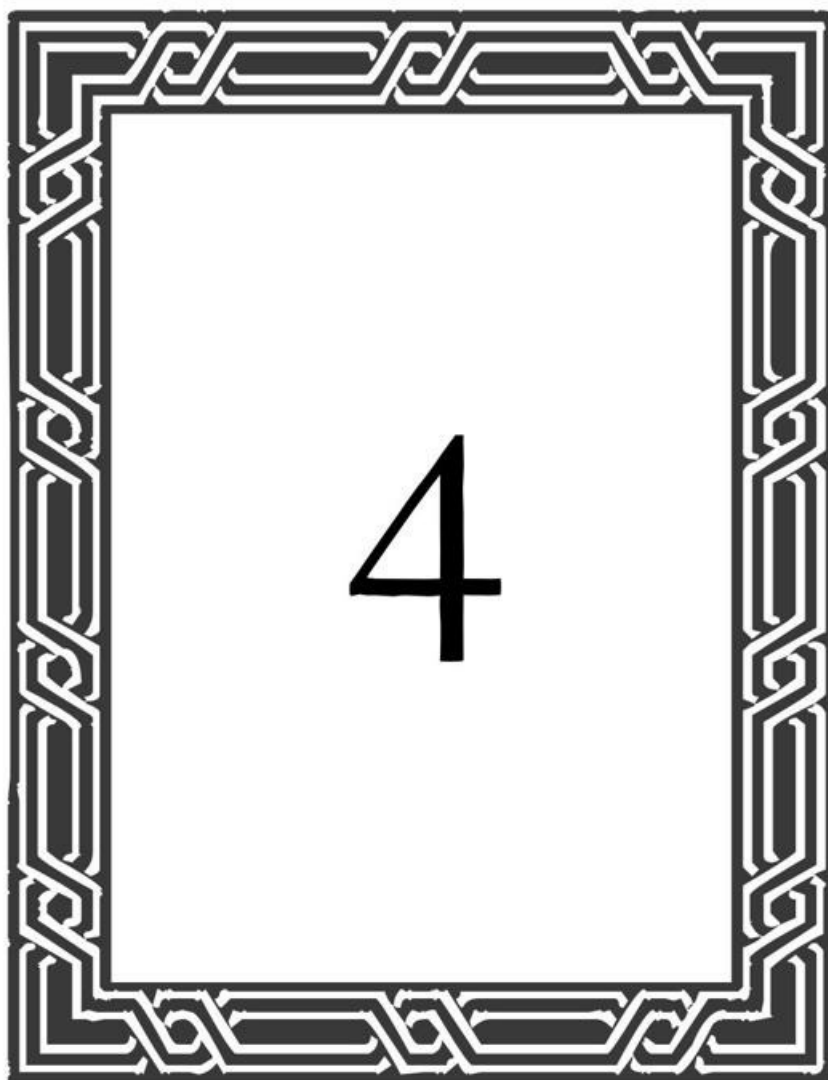
—Me preguntaba si le gustaría subir a la planta de arriba y asomarse a contemplar la fiesta desde uno de los balcones. Créame cuando le digo que merece la pena presenciarlo. Tiene poco que ver con lo que se vive aquí dentro, en un salón lleno de aristócratas.

A su proposición le siguió un momento de silencio. Viendo que ella no se decidía a contestar, quiso esgrimir un último argumento a favor de acompañarle.

—Quizá sea su única oportunidad. Hoy es el último día de Carnaval.

«Su única oportunidad». Aquellas palabras resonaron como un eco en la cabeza de Consuelo. Había decidido que esa noche sería atrevida y correría ciertos riesgos ¿Debería acompañar a Ignacio y quedarse a solas con él? En definitiva, en su balanza, pesó más la sensación de que podía confiar en aquel hombre. Al fin y al cabo, lo conocía desde que era una niña y estaba segura de que no le haría ningún daño.

—De acuerdo. Supongo que podría ser una experiencia muy interesante —dijo con un tono pícaro y, dejando su copa, acompañó a Ignacio fuera del salón, cogiéndose cariñosamente de su brazo.



En cuanto entraron en uno de los saloncitos de la segunda planta, Ignacio se dirigió al balcón, que ofrecía una salida a la fachada principal que daba al Paseo del Prado, y abrió las puertas de par en par. En ese instante, el bullicio de lo que sucedía fuera, que bien podría calificarse de locura colectiva, se coló en el interior de la habitación. La calle hervía de excitación y el ruido era ensordecedor. Cientos de personas ataviadas con máscaras llenaban las aceras, dificultando el avance de los carruajes descubiertos que ocupaban toda la vía y circulaban apretadamente, casi rozándose. Cada coche iba a rebosar, ofreciendo a la vista un muestrario de arlequines, pastorcillas y muchos otros personajes enmascarados, algunos de los cuales desafiaban cualquier descripción. La mayoría de los grupos que recorrían las calles vociferaban, algunos profiriendo groserías, otros cantaban y muchos otros tocaban tambores, flautas y distintos instrumentos haciendo que la calle latiera con un pulso apresurado.

Al poco, repararon en una comparsa que tocaba delante de uno de los balcones de un edificio próximo, al que se habían asomado varias jóvenes. Aquel grupo de músicos siguió su camino, atosigado por el gentío y, al llegar a su altura, se detuvo bajo el balcón donde se

encontraban Ignacio y Consuelo. En cuanto se percataron de la presencia de una diablesa de figura imponente, elevaron sus voces acompañadas por varios instrumentos y entonaron una canción alegre:

*Asómate a esa ventana
esos bellos ojos abre;
nos alumbrarás con ellos
porque está oscura la calle.*

No contentos con brindarle una sola tonadilla, otro de los músicos se lanzó a cantar otra estrofa algo más atrevida.

*Asómate a esa ventana
cara de luna brillante,
que aunque yo no te pretendo,
conmigo viene tu amante.*

Y dicho esto, el grupo empujó al frente al que aparentaba ser el muchacho más joven de todos, cuyas mejillas se pusieron como la grana ante la insinuación de que él pudiera ser el amante de aquella despampanante mujer.

Le dedicaron varias coplas más y, una vez que terminaron de cantar, Consuelo, sintiéndose enormemente audaz por la distancia que los separaba y por el antifaz que ocultaba su identidad, lanzó un beso a los músicos desde la seguridad de su balcón, como premio a sus atenciones. Esto hizo que el grupo de muchachos estallara en gritos de júbilo y le regalara a la dama algunos piropos que a punto estuvieron de hacerla sonrojar. El más atrevido de ellos le pidió que se quitara la máscara, pero ella negó con la cabeza. Riendo, volvió la cara hacia Ignacio, que se encontraba a su lado mirándola embelesado, con una sonrisa dibujada en el rostro. Entonces él, siguiendo un impulso, se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios, lo que provocó otra oleada de griterío popular acompañada por abucheos y una lluvia de improperios contra el caballero cuya suerte envidiaban.

Tan pronto como la comparsa se alejó, arrastrada por un río ondulante de gente, Ignacio le susurró al oído:

—Venga conmigo.

Tomó a Consuelo de la mano y, tirando suavemente de ella, la condujo al interior de la habitación que se encontraba en penumbra. La llevó hacia la parte contigua al balcón, dirigiéndola con sutileza y haciéndola retroceder hasta que la espalda de la joven quedó apoyada contra la pared. Consuelo sentía el corazón brincando descontrolado dentro del pecho mientras él le acariciaba la mejilla con delicadeza. Cerró los ojos esperando otro beso, anticipando la sensación que tendría la calidez de sus labios de nuevo sobre su boca. Sin embargo, notó con sorpresa que la boca de Ignacio se posó esta vez, no sobre la suya, sino sobre la piel de su escote, deslizándose lentamente los labios por el borde de sus pechos, que sobresalían por el corte tan atrevido de su disfraz. Continuó la respiración hasta que la dejó escapar en un jadeo, antes de que él se apoderase de su boca de nuevo con un beso mucho más intenso que el anterior.

Ignacio supo lo que estaba sucediendo en cuanto besó en la boca a aquella misteriosa desconocida por segunda vez. Estaba seguro de que esa criatura, cuyo disfraz y actitud resuelta le hacían tener una apariencia de mujer descarada y experimentada, era en realidad una muchacha inocente a la que no habían besado nunca antes de esa noche. La dulce torpeza con la que recibió

su beso, sin saber muy bien qué hacer con sus labios y cómo se mostraba sorprendida y un tanto abrumada por las caricias de su lengua, no dejaba lugar a duda.

A Ignacio le impresionó que la joven hubiera tenido el arrojo de lanzar semejante órdago escogiendo ese disfraz de diablesa, manteniendo a su vez una actitud de mujer de mundo claramente fingida. Por desgracia para ella, él acababa de descubrir que iba de farol y que ese disfraz le venía grande en exceso. Como un tierno corderito que hubiera pretendido ocultarse con desacierto bajo una salvaje piel de lobo.

Se separó de ella despacio y la estudió con atención. Allí, envueltos en las sombras, no podía distinguir bien la expresión de sus ojos y, no obstante, estaba convencido de que, si pudiera verlos, le confirmarían lo que ya sabía. Ahora él se debatía entre la decepción al darse cuenta de que había sido engañado y la chispa de jocosidad que le producía aquella situación insólita. Decidido a aprovechar la ventaja que le proporcionaba el hecho de haberla desenmascarado sin ella saberlo, se le ocurrió divertirse un rato a su costa al igual que ella había hecho con él. Creyendo justo darle un pequeño escarmiento por su engaño, bajó su mano y, levantando su falda en un movimiento ágil pero suave, la deslizó entre sus muslos, acariciándola por encima de la ropa interior. Notó como ella daba un respingo, y sin embargo no intentó escapar de él ni apretó las piernas, lo que hubiera hecho cualquier jovencita recatada. Se mantuvo muy quieta, sin decir nada y no le pasó inadvertido que respiraba agitada. Desde luego, pensó sorprendido, para ser una chica inocente estaba resultando ser bastante intrépida, y ese pensamiento le hizo sonreír en la oscuridad. Intrigado y con ganas de continuar jugando, decidió que quería provocarla un poco más.

—¿Sabe una cosa? Me encantaría hacerla gritar... —le susurró al oído con voz sensual a la par que seguía acariciándola con suavidad. Aunque Consuelo conocía de sobra la tonalidad profunda y ligeramente áspera de Ignacio, aquel matiz gutural y sugestivo era nuevo para ella y sintió cómo sus palabras reverberaban en su interior, lo que le provocó un escalofrío que recorrió su espalda con el cosquilleo de una caricia. Aun así, la frase que había pronunciado la asustó.

—¿Va...va a hacerme daño? —le preguntó con un hilo de voz temblorosa, casi tartamudeando, con un acento tan castellano que barrió toda su entonación francesa.

Ignacio tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una risotada ante aquella pregunta tan cándida.

—¿Se puede saber dónde ha ido a parar su acento francés? —preguntó estupefacto, aunque con la diversión filtrándose en su tono de voz.

Consuelo apretó los labios con fuerza para no dejar escapar ninguna palabra más que la delatase. Al ver que guardaba silencio, Ignacio siguió hablando.

—En mi humilde opinión, debería haber elegido un disfraz que se ajustase más a su verdadera personalidad. Quizás ... uno de Caperucita Roja. ¿Sabe lo que le sucede a Caperucita en el cuento? —dijo en voz baja acercándose más a su oído.

Ignacio le susurraba con una entonación tan suave que ella tenía la sensación de que sus palabras la acariciaban de una forma tan erótica como la mano que tenía bajo su falda. Negó con la cabeza para evitar hablar de nuevo, aunque conocía a la perfección la respuesta a su pregunta.

—Que se la come el lobo —le susurró él de nuevo, acariciando con la nariz el lóbulo de su oreja y, a continuación, apretó la boca entreabierta contra su cuello, arañando su piel ligeramente con los dientes lo mismo que si ansiara morderla.

Consuelo no pudo evitar que se le escapase un leve gemido. Se mordió el labio inferior avergonzada por su falta de control.

—No debería jugar a ser una mujer experimentada —le dijo con un tono tan indulgente que

a ella le sonó insoportablemente paternal al tiempo que retiraba la mano de entre sus piernas y le alisaba la falda—. Es un juego peligroso y, si yo fuese amigo suyo, le aconsejaría que no lo hiciera nunca más. Podría meterse en un buen lío si cayese en manos de alguien sin escrúpulos. Hay muchos lobos sueltos por ahí, algunos de ellos mucho más feroces que yo, créame. Y supongo que ya sabe lo que pasaría si una joven virgen se viera sorprendida en una situación tan comprometida como esta...

Advirtió que ella asentía con la cabeza, refugiándose en un mutismo firme.

—Aun así, ha sido un placer besar una boca tan dulce como la suya —cogiéndola por la cintura la dirigió hacia la puerta y le dio un empujoncito—. Vamos, váyase antes de que me arrepienta.

Consuelo no tuvo el valor de volverse a mirarle. Abochornada, corrió hacia la puerta y no paró hasta llegar a su habitación, con el corazón a punto de escapársele por la garganta.

A la mañana siguiente, Ignacio Martel se levantó con un terrible dolor de cabeza. La noche antes, después de despedirse de esa hermosa mujer, había permanecido un buen rato en aquella habitación a oscuras, entre otras cosas, para que su cuerpo recobrara el juicio que en ningún momento había perdido su cabeza. Todavía excitado, pero ya sin ningún rastro de la notoria erección con la que le había obsequiado la joven como recuerdo de su encuentro, bajó al salón y se dirigió hacia Eduardo. A Ignacio le dio la impresión de que su amigo estaba en verdad alicaído, pero él, todavía inquieto por lo sucedido con aquella aspirante a diablesa, apenas le prestaba atención mientras le contaba una anécdota sobre un pisotón a no sé qué reina de Egipto durante un baile. Sin encontrar mucho sentido a sus palabras, resolvió unirse a él en lo que se convirtió en una competición para ahogar las penas en un océano de champán. Como consecuencia de esa travesía embriagadora, Eduardo terminó bastante escorado e Ignacio a punto de naufragar. Y, aunque a cada rato paseaba su mirada por el salón con la esperanza de volver a ver a su misteriosa desconocida, parecía que se la hubiera tragado la tierra.

Al llegar a su habitación esa noche, Ignacio se desplomó totalmente vestido sobre el colchón y, en tanto que percibía cómo la habitación se movía de un lado a otro igual que un barco en plena tempestad, se sintió viejo y cansado. Recordó a esa joven inocente vestida con aquel provocativo disfraz y esbozó una sonrisa. La muchacha había hecho una total y completa estupidez, pero aun así sintió envidia de esa mezcla de ingenuidad y de ardor que le hacen a uno asumir riesgos cuando es joven. De algún modo, echaba de menos esa sensación vertiginosa de que todo está por descubrir. De vivir en una época donde todo resulta nuevo y hermoso. Se durmió pensando con desánimo que, si él tuviera diez años menos, esa misma noche habría salido en busca de aquella encantadora joven. Y no habría descansado hasta averiguar su identidad.



La tarde siguiente al baile, la marquesa de Ayamonte, dándose por vencida ante la constante insistencia de su hija Micaela, había invitado a merendar a Luis y a sus amigos Leonardo, Ignacio y Eduardo. Todos habían aceptado la invitación, excepto Eduardo, que esa misma mañana había partido hacia la propiedad que tenía arrendada en el campo desde el pasado verano. Allí se encontraban también, junto con Micaela, sus primas Claudia y Amelia, y su amiga Consuelo, que la noche anterior se habían alojado en casa de la marquesa al terminar la fiesta.

Una vez que el grupo de caballeros entró en la habitación, Ignacio tomó asiento en el sitio libre que quedaba en el sofá, junto a Consuelo. Y en cuanto ella notó la cercanía de su cuerpo, se removió inquieta. Se alejó de él con disimulo hacia el brazo del sofá, atisbándolo por el rabillo del ojo por encima de la montura de sus gafas. Decidió que sería mejor desviar su vista hacia la mesita del café, pero tan pronto como Ignacio extendió el brazo para alcanzar un bizcocho de una

de las bandejas, no pudo evitar fijarse en aquellas manos firmes, recordando la forma en la que la habían acariciado la noche antes. Notó que se sofocaba, poniéndose colorada por momentos.

—Ignacio ¿has conseguido averiguar quién era la belleza que anoche iba disfrazada de diablesa? —le preguntó Luis a su amigo con curiosidad mientras se acomodaba en uno de los sillones.

—Me temo que no —respondió encogiéndose de hombros—. La única pista que tengo es que me dijo que era amiga de Leonardo.

—¿Amiga mía? —preguntó Leonardo, extrañado.

—Sí. Tenía un marcado acento francés... —cayó en la cuenta de que luego resultó ser falso y pensó por un segundo si debería aclarárselo, pero finalmente decidió que sería mejor callarse esa parte.

—¿Una amiga mía francesa aquí en Madrid? No tengo ni idea de quién podría ser.

—La verdad es que podría ser cualquiera —dijo Ignacio como ausente, comprendiendo que también sería posible que la joven le hubiera mentado en lo que respectaba a su amistad con Leonardo. Después de decir aquello, sus ojos se posaron casualmente en Consuelo, que estaba junto a él.

Consuelo, a la que Micaela estaba sirviendo una taza de café justo en ese momento, sintió el peso de la mirada de Ignacio sobre ella. Temerosa de que la hubiera desenmascarado, sus manos empezaron a temblar sin poder controlarlas. A medida que acercaba la taza a su cuerpo, sujetando el platillo con el trémulo repiqueteo de la porcelana, la taza comenzó a sacudirse tanto que al final su contenido se derramó entero sobre el vestido. En un segundo, en cuanto el líquido caliente se filtró a través de la tela y le abrasó la piel, Consuelo se levantó de golpe de un salto.

—¡Ahhhh! ¡Quema! ¡Quema! —gritó, notando como el café hirviendo le achicharraba la piel del escote y el abdomen, moviendo las manos en el aire de forma tan frenética que asemejaban dos pájaros revoloteando a su alrededor.

Ignacio también se levantó dando un brinco y el instinto le hizo extender sus manos hacia ella, con la intención de prestarle su ayuda. Se paró en seco durante un instante, pensando qué demonios hacer. No podía sugerirle que se quitara el vestido allí, delante de todos. Ignacio echó un vistazo rápido a su alrededor y, viendo que Amelia sostenía un vaso de agua, ante la mirada atónita de los allí presentes, se lo arrebató de las manos y arrojó su contenido donde justo antes Consuelo había derramado el café.

Ignacio y Consuelo se quedaron frente a frente. Consuelo respirando agitada y con los labios entreabiertos por aquel sobresalto e Ignacio manifiestamente nervioso y muy avergonzado por haberla empapado.

A continuación, sucedió algo extraño. Los allí reunidos se habían quedado sin habla y los observaban boquiabiertos, tan inmóviles por la sorpresa que tenían una apariencia similar a la de un grupo escultórico. Y, por un instante, mirándose a los ojos el uno al otro allí de pie, a ambos les dio la sensación de que estuvieran solos en aquella habitación. En esos pocos segundos, en que sintieron como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor brindándoles la oportunidad de examinarse con atención, notaron una corriente extraordinaria fluyendo entre ellos. Como consecuencia, Consuelo no pudo evitar sonrojarse.

—Gra... gracias —balbuceó desorientada, rompiendo la burbuja de esa especie de hechizo mágico.

—Lo siento —dijo él casi al mismo tiempo. Y, ante el asombro de Consuelo, alargó su mano y, sin pedirle permiso ni mediar palabra, le quitó las lentes, que habían quedado empapadas por el agua—. ¿Se encuentra bien? —le preguntó al tiempo que sacaba un pañuelo de

uno de los bolsillos de su chaqueta y comenzaba a limpiárselas.

—Sí, pero creo que será mejor que vaya a cambiarme —dijo Consuelo, desviando su interés a su vestido empapado.

—Te acompaño —le dijo Amelia levantándose de sopetón y, temiendo que su ofrecimiento hubiera sonado demasiado vehemente, añadió unas palabras para justificar su reacción—. Creo que todavía conservo en mi equipaje una pequeña cantidad de ungüento que va muy bien para las rojeces y las quemaduras —dijo señalando unas manchas rojas que habían brotado en el escote de Consuelo—. Te lo llevaré a tu dormitorio.

—Te lo agradezco, Amelia.

Abandonaron ambas el salón y Consuelo se dirigió a su habitación. Comenzó a desvestirse y al cabo de un momento Amelia llamaba a la puerta trayendo consigo aquel remedio.

—Por lo que se ve me he quemado bastante —le dijo a Amelia cuando se fijó en que su pecho y parte de su abdomen estaban enrojecidos.

—Toma —le dijo Amelia ofreciéndole un pequeño recipiente—. Extiéndelo y espera unos segundos hasta que la piel lo absorba.

—Gracias.

Amelia se quedó un momento observándola con ternura.

—Consuelo, ¿me puedes explicar qué es lo que te pasa? —preguntó por fin en un tono amable y dulce.

—No me pasa nada —respondió intentando sonar convincente mientras extendía el ungüento sobre su vientre—. Diría que hoy me conduzco de forma un poco torpe, eso es todo.

Amelia echó una ojeada al cuerpo de Consuelo en paños menores.

—La verdad es que en ropa interior nadie diría que estás tan delgada como aparentas. En realidad, tienes un aspecto envidiable —reflexionó en voz alta.

—Bueno, la verdad es que la mayoría de mis vestidos se me quedaron grandes la última vez que estuve enferma y todavía no he conseguido encontrar el momento para ajustarlos.

Amelia la examinó con atención, sabiendo que no le contaba toda la verdad. Estaba segura de que le estaba ocultando algo, pero no sabía muy bien qué ni por qué, así que volvió al tema que en realidad le preocupaba.

—Consuelo, llevas toda la mañana muy distraída y me he dado cuenta de que te has alterado mucho en cuanto el señor Martel ha entrado en la habitación.

Por la manera en que el cuerpo entero de Consuelo se encogió, supo que había dado en el blanco. Como su amiga no decía una palabra, Amelia prosiguió.

—Consuelo, aunque somos amigas desde hace poco tiempo, sé que hay algo que te preocupa y desearía ayudarte. Una vez tú me ayudaste a mí y me gustaría devolverte el favor.

—¿Cuándo te he ayudado yo? —preguntó Consuelo, confundida.

—¿Recuerdas el baile de las llaves?

Consuelo se acordó de cómo se había confabulado con Leonardo para que consiguiese ser pareja de Amelia en aquel juego de los candados y las llaves en el transcurso de una fiesta, evitando así que Amelia acabase bailando con un caballero bastante desagradable.

—Lo recuerdo —dijo asintiendo con la cabeza—. Aun así, no creo que puedas ayudarme con lo que me pasa.

—Ponme a prueba.

Consuelo no pudo evitar soltar una carcajada.

—Empiezas a hablar igual que Leonardo.

Amelia sonrió al darse cuenta de que era cierto.

—Es verdad. Creo que es porque últimamente pasamos demasiado tiempo juntos. Sin embargo, yo no soy Leonardo. Y, aunque soy consciente de que él es tu amigo desde hace mucho más tiempo que yo, sospecho que hay cuestiones que es mejor tratarlas entre mujeres.

Consuelo se retorció las manos, intranquila. Se debatía entre la vergüenza que sentía por lo que le había sucedido la noche anterior y la necesidad de compartir con alguien aquella angustia que experimentaba.

—Vamos a hacer una cosa —le dijo Amelia con tono cariñoso—. Yo te contaré un secreto mío si luego tú prometes contarme el tuyo.

—No pareces el tipo de persona que tenga muchos secretos —dijo Consuelo con escepticismo.

—Te sorprendería —replicó Amelia con semblante enigmático y miró a Consuelo esperando una respuesta.

—Está bien —dijo Consuelo por fin—. No obstante, los secretos deberán ser de la misma... magnitud. No es justo que tú me reveles que has cogido prestada una cucharita de plata de casa de tu prima y yo a cambio tenga que hacerte una confidencia mucho más íntima y personal.

—Lo considero un trato justo. Tan solo secretos íntimos y personales.

Amelia respiró hondo.

—Bueno... Vamos allá —suspiró y dirigió sus ojos hacia Consuelo—. Estoy embarazada.

—¿De Leonardo?! —exclamó Consuelo.

—¡Pues claro que de Leonardo! —protestó Amelia, riendo.

—Perdona, no pretendía insinuar otra cosa, es que me ha pillado totalmente por sorpresa —dijo Consuelo con la boca abierta—. ¡Dios mío! Es un secreto... descomunal ¿Puedo abrazarte y darte la enhorabuena?

—Pues claro que sí. Lo que no puedes es decírselo a nadie porque sería un escándalo. Nadie sabe nada excepto Leonardo y yo. Bueno, y ahora tú. Será un secreto entre nosotros tres hasta que se celebre la boda.

—No puedo creerlo —dijo mientras la abrazaba con semblante emocionado—. Estoy muy feliz por vosotros.

Apenas se separaron, la mirada inquisitiva de Amelia le recordó que ahora era su turno de sincerarse. Al verla dudar, Amelia intentó tranquilizarla.

—Consuelo, no es mi intención presionarte. De ninguna manera voy a obligarte a contarme nada que no quieras compartir conmigo. El único motivo por el que te animo a hacerlo es porque estoy convencida, por experiencia propia, de que guardártelo durante demasiado tiempo, a la larga puede hacerte daño. No sé si podré ayudarte, pero se me da bien escuchar y, desde luego, sé guardar un secreto. Lo que me confíes no saldrá de aquí —dijo tomándola de ambas manos.

Consuelo la soltó y se puso en pie, dirigiéndose al ropero, y Amelia lo interpretó como una señal de que aún no estaba preparada para contarle lo que le preocupaba. Enseguida se giró hacia ella y advirtió que había cogido una caja enorme del armario. La dejó encima de la cama y la abrió. Amelia la observaba con curiosidad, mientras Consuelo sacaba un traje de esa caja y lo extendía frente a ella, sosteniéndolo en el aire para mostrárselo. No podía dar crédito a lo que veía. Era el disfraz de diablesa que llevaba puesto aquella dama misteriosa la noche anterior. Amelia contempló el traje y a Consuelo alternativamente, pasmada por el asombro y al final no pudo evitar preguntar lo que resultaba obvio.

—¿Eras tú?

Consuelo asintió con la cabeza y nada más hacerlo sintió cierto alivio al compartir su secreto con Amelia. Animada por esa sensación, decidió contarle el resto de la historia.

—Anoche mentí cuando dije que me encontraba indispuesta y me retiraba a descansar a mi habitación. En su lugar, vine aquí, me cambié de vestido y volví a bajar al salón, presentándome como si acabara de llegar a la fiesta. Justo al entrar, Ignacio Martel se acercó a saludarme...

—Recuerdo que se quedó bastante impresionado con tu aparición. Como todos los allí presentes, por otra parte. Creo que cada uno de los caballeros del salón habrían estado encantados de acercarse a presentarse de no ser por el arranque impetuoso del señor Martel, que se les adelantó.

—¿De verdad?

—Consuelo, ¿es que no te miraste al espejo antes de salir de aquí? —preguntó Amelia, riendo con incredulidad—. A mi parecer eras, sin duda, la mujer más... seductora de la fiesta. De hecho, cuando hace un rato Ignacio ha dicho que esa mujer despampanante era amiga de Leonardo, no he podido evitar sentirme un poquito celosa.

—Lo que quería saber es si de verdad Ignacio se comportó de forma impulsiva —le aclaró Consuelo, que estaba segura de que aquella manera de conducirse no era propia de Ignacio.

—Cruzó el salón tan rápido que casi no nos dio tiempo a pestañear.

Consuelo cambió su expresión por otra sin duda mucho más sombría.

—¡Dios mío! Me comporté como una verdadera estúpida.

—¡Claro que no! Supongo que pensaste que sería una aventura divertida.

—Y lo fue, hasta cierto punto...

Consuelo volvió junto a Amelia y se sentó frente a ella.

—Por circunstancias que son un tanto complicadas de explicar, habitualmente no me siento muy femenina. Anoche quería sentirme más... atractiva y cautivadora —murmuró avergonzada con la vista fija en sus manos.

—No veo nada malo en ello.

—Yo tampoco veía nada malo. Me pareció que podría ser una experiencia interesante. Cuando entré en el salón supuse que, si era capaz de engañar a Ignacio, que me conoce bien, podría engañar a cualquiera en la fiesta. El disfraz era bueno y me encargué de esconder cuidadosamente los detalles que pudieran servir para identificarme.

—Y de mostrar atributos que los demás desconocíamos que poseías —dijo Amelia, sonriendo al recordar su voluptuosa figura.

—Es cierto. —Consuelo rio con suavidad—. Por lo general, la ropa que llevo no da ninguna pista sobre mis curvas, pero bueno, eso es otra cuestión. El verdadero reto al que me enfrentaba es que nadie reconociera mis gestos ni mi voz. Por ese motivo intenté mostrarme decidida en mis movimientos, igual que si fuera una mujer con experiencia en la vida y un poquito... fresca, la verdad.

—¿Y la voz?

—Ahí entraba en juego mi falso acento francés. Aunque en un momento determinado aquello me jugó una mala pasada y tuve que improvisar diciendo que era una antigua amiga de Leonardo.

—Bueno, eso sí que era cierto.

Las dos se miraron y estallaron en risas.

—¿Y entonces que pasó?

—Entonces, Ignacio, creyendo que de verdad era francesa y que nunca había visto el Carnaval de Madrid, me invitó a subir a la planta de arriba para verlo desde uno de los balcones.

—¿Y cómo se te ocurrió irte sola con él?

—Era Ignacio, ¿qué podía pasarme?

—Pero él no sabía que esa mujer disfrazada eras tú.

—No caí en ese pequeño detalle —sonrió con tristeza.

—Bueno, nos habíamos quedado en que subisteis a la segunda planta...

—Subimos, estuvimos un rato viendo pasar a la gente desde el balcón, hubo una comparsa que me brindó una canción y después... Ignacio me besó. Fue un beso suave en los labios, solo duró un segundo —puntualizó en un intento por quitarle importancia.

—¿Y ya está? —preguntó Amelia, especulando que a lo mejor Consuelo había hecho una montaña de un grano de arena, exagerando el hecho de que Ignacio le hubiera dado un pequeño beso—. Una vez que te dio aquel beso volvisteis a bajar...

—No... Entramos desde el balcón a la habitación e Ignacio me volvió a besar... en el escote —confesó, creyendo que iba a morir de vergüenza.

—¿Fue brusco contigo? —inquirió Amelia muy seria.

—No, no. Me besó con delicadeza y me acarició la cara de una forma muy dulce, pero su actitud cambió cuando me besó de nuevo en la boca. Tras ese segundo beso empezó a decirme cosas que no entendía y metió su mano bajo mi falda y me acarició... ahí —dijo bajando la vista hacia su zona íntima, completamente abochornada.

—¿Te hizo daño? —preguntó Amelia con un nudo en la garganta.

—No. Me acariciaba con suavidad. Si bien es cierto que me dijo cosas que me desconcertaron y me asusté.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que quería hacerme gritar.

Amelia abrió los ojos como platos, sorprendida.

—¡Vaya! —exclamó, y no pudo evitar que se le escapase una carcajada fruto de la impresión. No podía imaginarse a alguien tan serio como Ignacio Martel dedicándole esas palabras a Consuelo.

—¿Se supone que es divertido? Porque cuando me dijo aquello me asusté de verdad.

—Luego hablaremos de eso. ¿Qué más pasó?

—Con los nervios, me olvidé de poner mi falso acento francés y él me descubrió.

—¿Supo que eras tú?

—No... Bueno, creo que no.

—¿Te dijo algo más?

—Me dijo que no volviera a hacerme pasar por una mujer con experiencia, porque podría meterme en un lío si me encontrase en una situación así con un hombre sin escrúpulos.

—En eso tenía razón. Arriesgaste demasiado.

—Después de eso me dijo que me marchase y salí de allí.

Consuelo no pudo evitar que las lágrimas empezasen a brotar sin control.

—Yo solo sé que salí de mi habitación sintiéndome toda una mujer, bella y atractiva, y cuando regresé me sentía como una niña pequeña a la que un adulto hubiera reprendido de manera injusta, muy abatida y con ganas de llorar.

—Siento que no saliera como esperabas —le dijo Amelia, abrazándola mientras Consuelo sollozaba.

Amelia le dio vueltas a toda aquella información durante un buen rato y luego tomó la palabra de nuevo.

—Si te soy sincera, a tenor de lo que me has contado, opino que Ignacio Martel en ningún momento pretendió hacerte daño, aunque sí creo que quería hacerte sentir incómoda.

—Pero, ¿por qué?

—Porque en algún punto se dio cuenta de que eras una chica sin experiencia y quizá se sintió engañado y quiso divertirse un rato a tu costa. En mi opinión, no actuó bien, se aprovechó de su ventaja para burlarse de ti.

—Bueno, yo también intenté burlarme de él de algún modo...

Amelia guardó silencio con el ceño fruncido. No sabía cómo podía hacerle ver a Consuelo la diferencia que había entre la manera de proceder de Ignacio, un hombre experimentado y con mucho mundo a sus espaldas, y la suya. Aquella explicación muy probablemente la haría sentir todavía más como una estúpida niñita sin pericia. Quizás era mejor dejarlo correr.

—Seguiremos hablando de esto en otro momento —le dijo—. Llevamos aquí demasiado tiempo y deberíamos volver al salón —Amelia se quedó reflexionando unos instantes antes de hacerle una proposición a su amiga—. Consuelo, ¿qué te parece si vienes a pasar una temporada con nosotros a la quinta dentro de un par de días, antes de que se celebre la boda?

—Sería estupendo —respondió aferrándose a su invitación con cierto alivio—. Me vendrá bien alejarme unos días de aquí. Ahora mismo no me siento capaz de estar cerca de Ignacio. — Luego hubo un silencio como si Consuelo se debatiera entre decir algo más o no—. Amelia... ¿me explicarás ahora por qué Ignacio me dijo que quería hacerme gritar?

—Te lo explicaré mientras te pones otro vestido. Debemos bajar ya —indicó Amelia y para terminar se decidió a aclarar una duda que le rondaba la cabeza—. Consuelo... una última cosa, ¿la única razón por la que te marchaste anoche con Ignacio, quedándote a solas con él, es porque consideraste que sería divertido ver el Carnaval?

Consuelo bajó los ojos y asintió con la cabeza. Continuó mirando al suelo porque no estaba segura de si sería capaz de engañar a Amelia, ya que le daba la sensación de que llevaba la verdad escrita en la frente. De ningún modo podía confesarle, a ella ni a nadie, que había estado enamorada de Ignacio Martel desde que tenía memoria. Llevaba amándolo toda su vida.

Inmediatamente después de ayudarla a vestirse, Amelia bajó al salón y Consuelo le dijo que la seguiría en unos minutos. Cuando salió de su habitación, en lugar de bajar las escaleras, sintió como si un reclamo irresistible guiara sus pasos hacia el final del pasillo. Llegando a la puerta del fondo, la empujó con sigilo y, en cuanto entró, la cerró tras ella, buscando intimidad. La luz cálida de la tarde entraba con fuerza en la habitación, iluminando cada rincón. Se dirigió hacia el balcón donde ella e Ignacio se habían asomado la noche anterior. Abrió las puertas que daban al exterior, inspirando el aire fresco que entraba en el saloncito y dio un paso dentro de la pequeña terraza, acariciando la barandilla con nostalgia, notando como se le humedecían los ojos. El momento en el que Ignacio la había besado en aquel balcón había sido el más feliz de su vida. Aunque desde que era una chiquilla había soñado con ese beso miles de veces, nada la había preparado para el placer que había experimentado en el instante en que la boca de Ignacio había rozado la suya por primera vez. Y ahora que conocía esa emoción, ya nada volvería a ser igual. Se llevó los dedos a los labios intentando traer a la memoria aquella sensación maravillosa, pero ya apenas podía recordarla; tenía la impresión de que bien podría haber sido un sueño que ahora se desvanecía por momentos. Salió del balcón, cerrándolo tras de sí, y acto seguido dirigió la vista a su derecha, donde la había conducido Ignacio apoyándola contra la pared. Dio unos pasos hasta allí y descansó su espalda sobre el papel pintado, acariciándolo con las yemas de los dedos, como si este hubiera sido capaz de capturar de algún modo los recuerdos de la pasada noche y ahora pudiera devolvérselos. Y con esa mezcla de emociones no pudo evitar que una lágrima resbalase por su mejilla.

De pronto, oyó el sonido del picaporte y vio que la puerta de la habitación comenzaba a abrirse. Lo mismo que si su posición fuera a delatarla revelando un hecho vergonzante, se alejó

de la pared violentamente, igual que si quemara, y dando varios pasos rápidos se quedó allí de pie, en tensión, con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo y sus ojos fijos en la entrada. Su desazón no hizo más que acrecentarse al descubrir con asombro que era Ignacio quien pasaba al saloncito.

—¡Ah, está aquí! —dijo él cuando la halló allí de pie—. La estaba buscando ¿Qué hace en esta habitación?

—Estaba... pensando —dijo, y notando con turbación que le resbalaba una lágrima por la cara, se la enjugó con la palma de la mano en un gesto un tanto atropellado.

—¿Está llorando?

—No —mintió, moviendo la cabeza de un lado al otro con brusquedad.

Ignacio acortó la distancia que los separaba.

—Venía a devolverle sus lentes. Me he figurado que las necesitaría —dijo, colocándoselas sobre el puente de la nariz.

Al hacer aquel movimiento, Consuelo sintió el leve roce de sus manos sobre su rostro y se estremeció, aunque logró disimularlo. Se concentró en controlar su respiración que se le había acelerado de forma evidente. Ignacio dio un paso atrás, estudiando su expresión, y se percató en seguida de que Consuelo tenía una actitud extraña, dando muestras de estar terriblemente molesta.

—Consuelo, ¿se encuentra bien? ¿Todavía no se ha recuperado de lo que le sucedió anoche?

Ella se quedó petrificada, mirándolo sin poder reaccionar.

—¿Qué... qué quiere decir? —se atrevió a preguntar por fin, temerosa, sintiendo una desagradable presión en la boca del estómago.

—En la fiesta dijo que se encontraba mal y se retiró temprano a su alcoba. ¿Ya está mejor?

—Sí, sí, mucho mejor, gracias.

Exhaló el aire despacio, aliviada de que su secreto continuara a salvo.

—Había subido para ver cómo se encontraba tras el percance de hace un rato —dijo echándole un vistazo a la poca piel de su escote que desvelaba su recatado vestido—. ¿Se ha quemado mucho?

Consuelo hizo un esfuerzo por no dar un paso atrás y mostrarse tranquila.

—Solo un poco, pero ese remedio mágico que me ha dado Amelia ha funcionado bastante bien.

—¿Es realmente mágico? —preguntó él, arrugando el entrecejo y acercándose un paso más.

Siguió los ojos de Ignacio y se percató de que este mantenía su vista fija en una mancha sonrosada cerca de la clavícula al mismo tiempo que hacía una sutil mueca de dolor.

—No me duele —afirmó, y al ver que él mantenía la misma expresión insistió—: De verdad.

—Me alegro —expresó con alivio—. Siento haberla empapado antes. No se me ocurrió nada mejor.

—Se lo agradezco de veras. Además ¿qué opciones tenía? —dijo ella, esbozando una sonrisa forzada.

—¿Baja conmigo de nuevo al salón? —preguntó Ignacio en un tono de voz tan suave que más que una petición parecía una disculpa.

—Iré dentro de un momento.

Él imaginó que Consuelo necesitaba permanecer un rato más a solas y dio media vuelta para dirigirse a la puerta.

—Ignacio —lo llamó por impulso.

—¿Sí? —dijo él, volviéndose a mirarla.

—¿Por qué nunca me has tuteado? —se decidió a preguntar tras dudar un instante, frunciendo el ceño tras sus gafas.

Él tenía aspecto de estar desconcertado por la pregunta. Permaneció allí parado, en silencio.

—No sé por qué —dijo por fin, encogiéndose de hombros de forma casi imperceptible.

Aquello le sonó a Consuelo como un burdo pretexto para no tener que darle una explicación. Y eso la encolerizó.

—Me conoces desde que éramos niños —comenzó a explicar Consuelo con determinación, con un tono firme que él apenas reconocía en ella—. Después, cuando te marchaste de Madrid y estuviste tantos años viviendo en Barcelona, perdimos el contacto. Pero, tan pronto como regresaste, al cabo de tanto tiempo, a todos tus amigos, a todos sin excepción, los tuteabas como si apenas te hubieses separado de ellos unos minutos. A todos menos a mí. ¿Por qué a mí no, Ignacio?

Él no contestó y se mostraba incapaz de mirarla a los ojos, una clara señal de que se avergonzaba. Consuelo se obligó a preguntarle lo que en realidad la atormentaba.

—¿Tan poco importante era para ti? ¿Tan insignificante que ni siquiera me considerabas tu amiga? —le preguntó con amargura, cerrando los ojos un instante, tratando de contener las lágrimas que comenzaban a arderle detrás de los párpados y que se negaba a derramar.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó él acercándose a ella en varias zancadas y cogiéndola por los hombros con brusquedad—. Claro que eres mi...amiga —dijo esa última palabra igual que si se le hubiera atragantado y la hubiera escupido con esfuerzo, como habría hecho un gato con una bola de pelo.

Consuelo clavó en él sus ojos humedecidos pero desafiantes, y contempló aquellos iris de un azul límpido que le devolvían una emoción que era una mezcla entre estupefacción y desagrado. Siempre había sentido que Ignacio tenía una mirada tan penetrante que resultaba casi doloroso mantenerla. Y allí estaba ella en esos momentos, sabiéndose el centro de atención de ese par de ojos, enfrentándose con valentía a esa expresión tan intensa que la intimidaba. A menudo le daba la sensación de que la forma de mirar de aquel hombre tenía un aire salvaje. Como un lobo. Un lobo al que la sociedad había conseguido domesticar y que ahora estaba dispuesta a admitir como un dócil animal de compañía, pero cuya naturaleza indómita subyacía bajo la superficie. Y en su presencia, por eso mismo, había que ser precavido para no provocarlo y despertar esa ferocidad primitiva. Y también, se dio cuenta, exasperada, de que él tenía razón. A su lado ella era... la pequeña Caperucita. Siempre que Consuelo había escuchado ese cuento había acusado a aquella niña tonta de no tener dos dedos de frente y esa idea la enfureció todavía más. Le devolvió una mirada punzante, violenta, como si sus enormes ojos verdes fuesen dos puñales y quisiera atravesarle con ellos.

Agitó los hombros con fuerza y se retorció para zafarse de su agarre de manera brusca. Él, que ignoraba el rumbo que habían tomado sus pensamientos, la miraba cada vez más confundido.

—Consuelo... —Se detuvo un instante, sorprendido por permitirse a sí mismo pronunciar su nombre de pila. Un nombre que tenía un gusto extraño en su paladar. El de las delicias culinarias reservadas a unos pocos, entre los que, por descontado, no se encontraba él.

El cuerpo de Consuelo vibró con cada sílaba y su corazón dio un vuelco. Hacía años que no la llamaba por su nombre y tuvo la perturbadora sensación de que, a pesar de su enfado, se encontraba por completo a su merced, de que accedería a cualquier cosa que él le pidiera, dejándose llevar por el sonido de aquella voz que hacía que temblara por dentro. Se rodeó a sí

misma con los brazos en un gesto de contención para impedir que se rompiera en pedazos. Eso sería lo que pasaría si dejaba aflorar una sola palabra, un solo ademán que desvelara sus sentimientos por Ignacio. Tenía la certeza de que, si eso sucedía, descubriría que su amor no era correspondido y, además de ponerse en ridículo, no podría superar jamás el escuchar de sus labios cómo él la rechazaba. Así que se tragó sus palabras, convencida de que esa hipotética conversación solo podía terminar de una manera: con aquel lobo comiéndose su corazón de un solo bocado y dejando su pecho vacío para siempre.

—... hace ya muchos años que volví a Madrid. Si pensaba... si pensabas todo eso —rectificó para tutearla en cuanto se dio cuenta— ¿por qué no me lo dijiste antes?, ¿por qué ahora?

—¡No sé por qué ahora, maldita sea! —gritó en un arrebato de furia. Fuera de sí, se dirigió hacia la puerta, sintiendo que no podía permanecer junto a él un segundo más.

Ignacio la observó alejarse con cierto temor. No era propio de Consuelo hablar de modo tan impetuoso ni mucho menos maldecir, y el hecho de verla comportarse de una manera tan impulsiva le alarmaba. Le daba la impresión de que la frágil y delicada joven que conocía, sometida a tanta tensión, fuera a hacerse añicos ante sus ojos en cualquier momento.

Cuando ella estaba a solo dos pasos de alcanzar la puerta se paró en seco y permaneció muy quieta durante un instante. Luego giró sobre sus talones con lentitud y le miró desde el otro extremo de la habitación, con el pulso latiéndole frenéticamente en las sienes.

—Sí sé por qué ahora —rectificó, sin que el incendio que había en sus ojos se hubiera aplacado lo más mínimo—. Es porque no quiero volver a sentirme como una estúpida nunca más.

Y, dando media vuelta, abandonó la habitación con un sonoro portazo.

Ignacio se quedó plantado allí de pie, incapaz de reaccionar. A medida que la veía caminar hacia la puerta de la habitación, de espaldas a él, tuvo la extraña sensación de que aquel momento ya lo había vivido antes. Aturdido, sacudió la cabeza. ¿Qué acababa de pasar? Nunca había visto a Consuelo tan enfadada. De hecho, no recordaba haberla visto enfadada jamás. ¿Y por qué se había enojado? «No quiero volver a sentirme como una estúpida nunca más», le había dicho. ¿Acaso había hecho él alguna cosa para que se sintiera estúpida? Por muchas vueltas que le daba, no se le ocurría qué podría ser. En ese momento se reafirmó en su idea de por qué hacía años que había renunciado a intentar comprender los intrincados engranajes de la mente femenina, y eso incluía la de Consuelo, y también de por qué había abandonado la esperanza de encontrar el amor algún día. Dándose cuenta con angustia de que los términos «Consuelo» y «amor» no podían coexistir juntos en su pensamiento, los separó y, en su cerebro, compartimentado y ordenado del mismo modo que si se tratase de un archivo, los guardó en cajones diferentes, lo más alejados posible el uno del otro.



Leonardo y Amelia regresaron a su quinta en El Pardo dos días después de que se celebrara la fiesta de máscaras. Era preciso ultimar todavía algunos detalles de la boda y Amelia tenía prisa por volver con su hijo Manuel. Sentía que había estado tanto tiempo separada de él cuando había sido un bebé que ahora le dolía cada instante que pasaba lejos del pequeño.

La mañana siguiente a su llegada, Amelia se dedicó a recorrer la casa. Quería comprobar el estado de las habitaciones de invitados, pues su familia y la de Leonardo se alojarían allí durante la boda y creía necesario realizar algunas pequeñas mejoras para que estuvieran más cómodos. Recorrió los pasillos revisando cada una de las estancias y tomando nota mental de los cambios que realizaría para hacer una lista más tarde. Al llegar al final de uno de los pasillos advirtió con fastidio que la última puerta que le quedaba por abrir estaba cerrada con llave. En ese momento, Amelia vio pasar a Laura, la hermana de Leonardo.

—Laura ¿tienes tú la llave de esta puerta? Estoy revisando el estado de todas las

habitaciones de la casa y solo me queda esta por comprobar.

—Esa estancia es el gabinete privado de Leonardo. Solo él tiene la llave —explicó Laura sonriendo.

Amelia hizo una mueca de contrariedad e, intrigada, fue en busca de Leonardo. Lo encontró en la cocina, junto con Marcela, la cocinera, y el pequeño Manuel. Tenían los tres las manos pringosas con una masa pegajosa con la que trataban de hacer rosquillas.

—Sabía que os encontraría aquí —dijo sonriendo al ver aquella estampa tan entrañable.

—*Amos hacé roquillas* —articuló Manuel con su lengua de trapo.

—Seguro que quedarán riquísimas. Espero que me guardéis al menos una.

Leonardo se limpió las manos y se acercó a darle un beso a Amelia.

—Te guardaremos dos —dijo sonriendo mientras le acariciaba el vientre.

—Leonardo, te estaba buscando porque necesito la llave de la puerta de la habitación que está al fondo del pasillo central.

Vio que él hacía un gesto que le resultó extraño, y lo atribuyó a que su petición le había inquietado.

—La llave de la habitación del fondo... La verdad es que ahora mismo no sé dónde la he guardado, pero la buscaré en cuanto tenga un momento.

Amelia lo miró ceñuda.

—Hay algo que no me estás contando. ¿No tendrás ocultos los cadáveres de tus anteriores esposas en esa habitación, como Barba Azul?

—¡Dios mío, Marcela! ¡Me han descubierto! —exclamó Leonardo riendo y llevándose una mano a la frente.

El rollizo cuerpo de la cocinera se agitó movido por la risa como un plato de gelatina. Leonardo miró a Amelia que esperaba una respuesta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Esa habitación es... una especie de almacén. No creo que necesites la llave para nada.

—¿Y qué guardas allí?

—Eh... —dudó un momento—. Obras de arte —confesó por fin.

—Ahora estoy aún más intrigada —dijo Amelia sonriendo—. Quiero la llave de esa puerta.

—Una vez termine de hacer las rosquillas la buscaré, te lo prometo.

—Está bien, porque no me olvidaré. Ya sabes cual es mi segundo nombre ¿no?

—¿Peleona?

Ella negó con la cabeza, rompiendo a reír a carcajadas que retumbaron en las paredes de la cocina.

—No, ese es el tercero. Mi segundo nombre es Curiosa.

Aquella noche, mientras Amelia se cepillaba el pelo antes de acostarse, Leonardo se acercó a darle un beso en el hombro.

—Te recuerdo que me has prometido buscar la llave del gabinete —dijo ella volviéndose para mirarle.

—Ahora es tarde. La buscaré mañana, doña Amelia Curiosa Peleona Lasciva...

—No me llames eso —protestó Amelia.

—¿Lasciva? Lo dijiste tú, no yo.

—Bueno, pues bórralo de tu mente.

—No puedo. Desde el día en que lo dijiste no soy capaz de olvidarlo. Esa palabra resuena en mi cabeza muy a menudo. Y me gusta —dijo mimoso acariciándole el cuello con la punta de la nariz.

—No intentes distraerme. Quiero mi llave —exigió extendiendo la mano con la palma hacia

arriba.

—¿Tu llave? —dijo él riendo con suavidad—. Esa llave es mía —le susurró con voz sensual muy cerca de su oído.

—¿No fue ayer mismo cuando me dijiste que todo lo tuyo es mío? —preguntó Amelia entrecerrando los ojos.

Leonardo la miró riendo y luego se quedó pensativo.

—Hay un problema con ese gabinete...

—Lo sabía —dijo poniendo los ojos en blanco.

—El problema es que la habitación es mía, pero... lo que hay en ella no lo es.

—¿Y de quién es?

—De Consuelo —respondió él tras dudar un instante.

—¿De Consuelo? ¿Almacena obras de arte en tu casa?

—Creo que no me corresponde a mí explicártelo. Deberíamos hablar primero con ella.

—Perfecto, porque la he invitado a pasar unos días con nosotros aquí en la quinta.

—Muy bien, pues solucionaremos ese tema en cuanto llegue.

Amelia se acercó más a Leonardo y olfateó su clavícula y su cuello como si fuera un sabueso.

—¿Has encontrado un rastro? —preguntó él, divertido.

Ella empezó a reír.

—He encontrado un rastro hasta la cocina. Hueles como una rosquilla.

—Está bien... —dijo él, levantando los brazos con una sonrisa pícar—. Me dejaré comer sin oponer resistencia.

Aquella ocurrencia hizo que Amelia no pudiera evitar que se le escapase una risita traviesa mientras besaba a su futuro marido en los labios y le quitaba la camisa.

Consuelo llegó al día siguiente muy temprano. No había esperado un segundo más de lo necesario para escapar de Madrid y así evitar encontrarse de nuevo con Ignacio. Sabía que coincidirían en la boda de Leonardo y Amelia, pero hasta entonces necesitaba poner tierra de por medio para poder recomponerse.

Tan pronto llegó, salió a recibirla Leonardo, con un gesto más serio de lo que era habitual en él.

—Consuelo, creo que tenemos un problema.

—¿Amelia está bien? ¿Va todo según lo previsto? —preguntó ella con cierta ansiedad.

—Sí... —respondió. Le resultó extraña aquella pregunta y al mirarla a los ojos creyó ver en ellos una preocupación demasiado exagerada por Amelia.

—¿Tú sabes algo...?

—¿Qué debería saber? —preguntó ella, jugando al despiste.

—¡Por Dios, Consuelo!, ¿lo sabes o no? —dijo exasperado.

—Está bien. Lo sé. Amelia me lo reveló después del baile de máscaras.

—¡Pero si habíamos quedado en que no se lo contaríamos a nadie!

—No te enojas con ella, por favor. Lo hizo para ayudarme. Me contó su secreto a cambio de que yo le confiase uno mío.

—¿Qué secreto? —inquirió él con curiosidad.

—Que está embarazada.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó impacientándose—. ¡Te pregunto qué secreto era el tuyo!

—Ah, ese no puedo contártelo...

—¿Y se lo has contado a ella? —Abrió la boca, pasmado—. Consuelo, tú y yo somos

amigos desde que éramos unos niños y eres como una hermana para mí, ¿por qué podrías confiarle un secreto a Amelia y a mí no?

—¿Por la misma razón por la que tú nunca me confesaste que estabas enamorado de Amelia? —le dijo con sarcasmo, frunciendo el ceño y cruzándose de brazos.

—Eso es distinto. No se lo dije a nadie.

—A Luis sí —le aguijoneó.

—Pero fue porque él lo descubrió y no me quedó más remedio que admitirlo. Fui incapaz de mentirle. —Leonardo estudió el gesto malhumorado de Consuelo—. Espera... ¿estás enfadada por no habértelo contado?

—Ahora ya no estoy enfadada, pero cuando me enteré, la verdad es que sí me sentí un poco molesta por tu falta de confianza en mí.

—Consuelo, no es que no confiara en ti, sino más bien en mí. No tenía muy claro que tuviera alguna posibilidad con Amelia y no quería ponerme en evidencia.

Consuelo miró a su amigo con una expresión de infinita ternura.

—Bueno, en cualquier caso, el secreto que le he confiado a Amelia es algo entre mujeres. No creo que pudiera contártelo a ti.

Leonardo la miró con asombro.

—Lo averiguaré —expuso decidido—. Le sonsacaré el secreto a Amelia.

—No lo harás —replicó Consuelo apuntándole con un dedo amenazante.

—Oh, por supuesto que lo haré. La torturaré hasta que me lo confiese todo —dijo sonriendo con malicia.

—¡Déjala en paz! —le ordenó Consuelo con vehemencia—. Ella no tiene culpa de nada. Tortúrame a mí si quieres.

—A ti no puedo hacerte el tipo de tortura que tengo en mente —dijo Leonardo, riendo.

—¡Ah!, ya sé a qué te refieres —dijo mirándole con los párpados entornados.

—¿Lo sabes? —preguntó sonriendo, incrédulo—. Creo que eres demasiado joven para saber a qué me refiero.

—Soy joven, pero no estúpida —replicó ella con actitud beligerante y quiso borrarle aquella sonrisa de suficiencia de la cara—. Sé que es ese tipo de tortura en el que uno hace gritar al otro y, sin embargo, ninguno siente ningún dolor, más bien al contrario.

Leonardo se quedó inmóvil, con la boca abierta, tan atónito por sus palabras que no fue capaz de reaccionar. En esos momentos, Amelia salió de la casa con el pequeño Manuel.

—Consuelo, ¡ya has llegado!

—Sí, ya ha llegado —dijo Leonardo, irritado—. Y creo que en su equipaje ha traído un sobrepeso de contenido obsceno.

Amelia los miraba con extrañeza, sin comprender el significado de las palabras de su futuro esposo.

—Bueno —continuó Leonardo con tono rencoroso—, ya que resulta que ahora sois tan amigas y que compartís secretos íntimos, quizá quieras contarle a Amelia lo que guardamos en mi gabinete privado y otros muchos detalles de esa parte de tu vida que desconoce.

—Leonardo ¿por qué estás molesto? —le preguntó Amelia al percibir disgusto en su voz.

—Estoy molesto porque no me gusta que os contéis secretitos y me dejéis al margen. Me hace sentir como un idiota.

Consuelo lo miró con detenimiento.

—Tienes toda la razón.

—¿La tengo? —Leonardo miró a su prometida con cara de sorpresa—. ¿Lo has oído tú

también? Ha dicho que tengo toda la razón. Nunca había oído nada semejante salir de los labios de una mujer.

Consuelo soltó una risotada muy poco femenina.

—A partir de ahora no quiero tener secretos con ninguno de los dos. ¿Os parece bien?

Ambos hicieron un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bueno, pues vamos dentro y si me ofrecéis un chocolate y alguno de esos deliciosos dulces que prepara Marcela os lo contaré todo mientras desayunamos.

Varias tazas de chocolate y algún bizcocho después, Amelia conocía en buena parte el misterio que se escondía detrás de la puerta del gabinete.

—Así que esa habitación es en realidad un almacén de cuadros que pintas tú —le recalcó Amelia a Consuelo.

—Sí, y la cuestión es que, como mi familia siempre se ha mostrado completamente en contra de que desarrollara mi faceta artística, Leonardo tuvo la gentileza de cederme una habitación de esta casa. Se lo agradezco inmensamente porque pintar al óleo es una actividad que resulta difícil llevar a cabo de forma discreta, y en esa habitación tengo mi taller con el material que necesito y también mis cuadros.

—¿Y cómo te las arreglas para escaparte hasta aquí cada vez que quieres pintar?

—A Leonardo y a mí se nos ocurrió que podría fingir que sufría algunas secuelas de mi antigua enfermedad de la infancia. Una enfermedad para la que el médico me recomendó en su día tranquilidad y aire puro. Así que finjo recaídas de vez en cuando para poder venir aquí a pintar.

—Entonces, ¿no estás enferma? —preguntó Amelia con asombro.

—Estoy sana como una manzana.

—En ese caso, hay algo que no entiendo. La primavera pasada, en la ocasión en que parasteis a descansar en mi casa de campo de camino a la quinta de mi tía, ¿también era mentira que estabas delicada?

Consuelo y Leonardo se miraron y compartieron una sonrisa cómplice.

—Eso fue cosa de Leonardo. Me dijo que necesitaba una excusa para llevarte unos dulces como disculpa por haberse comportado de una forma un tanto grosera cuando os conocisteis. Claro que yo no podía imaginar que la realidad era otra bien distinta.

—Tenía que encontrar una forma de verte —se justificó Leonardo encogiéndose de hombros.

—¡No lo puedo creer! Sois unos auténticos intrigantes —dijo Amelia con una carcajada—. Consuelo, ¿sería posible ver ahora esos cuadros?

—¡Pues claro! —exclamó Consuelo entusiasmada.

Cuando por fin abrieron la puerta de aquella habitación, el olor tostado y fuerte del aceite de linaza, mezclado con un aroma asfixiante a trementina, hizo que Amelia arrugase la nariz con desagrado. Consuelo se dirigió hacia la ventana, descorrió las cortinas y entreabrió las hojas para dejar entrar aire fresco. Una vez que la luz inundó la habitación, Amelia no podía salir de su asombro. Supuso que encontraría unos cuantos lienzos modestos realizados por una jovencita aficionada, quizá algunos bodegones con flores o algún otro motivo cursi ejecutado con pinceladas lamidas e inseguras. Sin embargo, lo que allí había no tenía nada que envidiar a las pinturas que había visto a menudo engalanando las paredes de los palacetes de la aristocracia madrileña.

—¡Dios mío! ¡No puedo creerlo! —exclamó al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Ves? —le dijo Leonardo a Consuelo con sorna, dándole un codazo—. Tus cuadros son

tan malos que hacen llorar al público.

—No digas tonterías. Son maravillosos —expresó Amelia recorriendo con la vista varios retratos, paisajes y deteniéndose en algunas obras de temática mitológica—. Pero... ¿cómo has conseguido llegar a pintar así?

—Esa es la parte más interesante de la historia. Hace años, animada por Leonardo decidí probar suerte para formarme en la Academia de Bellas Artes. No obstante, se me negó el acceso. Leonardo movió algunos hilos y consiguió que hicieran una excepción en mi caso mediante la petición de un permiso especial. Por desgracia, aun así, había muchas clases de las que me vería excluida por el hecho de ser mujer, entre otras las de anatomía y composición, que me interesaban particularmente. Así que tomé una decisión bastante arriesgada y Leonardo decidió apoyarme desde el primer momento.

—No sé si quiero saberlo... —murmuró Amelia, llevándose las manos a la cabeza.

—Decidí disfrazarme de hombre para poder acudir a todas y cada una de las clases.

—¡Dios mío, Consuelo! ¡Estás loca de atar! —exclamó Amelia, impresionada por lo que le parecía un auténtico despropósito, sin poder parar de reír.

—Puede ser —dijo sonriendo un tanto avergonzada.

—¿Y no tenías miedo de presentarte disfrazada a las clases? —preguntó Amelia admirada por el arrojo de Consuelo—. ¡Imagina lo que podría haber pasado si alguien te hubiera descubierto!

—Al principio, a lo largo de un mes más o menos, fui a todas las clases acompañada por Leonardo, por si algo iba mal —explicó Consuelo—. Tan pronto como constatamos que el engaño había funcionado, empecé a asistir yo sola.

—Fue una época muy interesante —recordó Leonardo sonriendo—. Hasta me ofrecieron trabajo durante mi estancia en la Academia.

—¿Un trabajo? —preguntó Amelia con curiosidad—. ¿Cuál?

—Uno de los profesores me ofreció que posara como modelo... —apuntó él en un tono misterioso para aclararlo a continuación— completamente desnudo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Amelia volviéndose hacia su amiga, con los ojos abiertos como platos.

—A Leonardo le pareció una idea muy divertida —explicó Consuelo—, pero se lo prohibí de forma tajante. Después de verle posar como Dios lo trajo al mundo no podría haberle mirado a la cara nunca más.

—Y mientras estuviera desnudo ya te digo yo que tampoco.

—¡Amelia! —exclamó Leonardo, riendo.

—Bueno, ¿qué quieres que diga? —dijo ella sonrojándose—. Desde un punto de vista técnico, es una auténtica lástima que el mundo del arte haya perdido la oportunidad de reproducir la anatomía de un ejemplar masculino tan perfecto.

—¡No hables así de mi anatomía! —exclamó él de nuevo, adoptando un tono escandalizado, y riendo aún más fuerte—. Vas a hacer que yo también me sonroje.

—Bueno, aunque se haya desaprovechado un gran modelo masculino para la posteridad —añadió Consuelo, riendo—, todo lo demás valió la pena. Creo que he conseguido aprender el oficio de pintor bastante bien.

Amelia no pudo sino darle la razón.

Entre el conjunto de obras que se amontonaban en el almacén, Amelia se prendó al instante de uno de los cuadros. Se trataba de un lienzo de pequeño tamaño, que Consuelo le explicó era un estudio preliminar para realizar más adelante un cuadro de gran formato. Representaba una

escena mitológica de Dánae reclinada sobre su lecho y Zeus descendiendo sobre ella transfigurado en lluvia de oro. Amelia nunca había visto nada igual. Aunque había visitado un par de veces el Museo Real de Pinturas y había contemplado muchas representaciones de desnudos de temas mitológicos, jamás había encontrado ningún pintor que supiera captar la sensualidad y la belleza que desprendía la figura pintada por su amiga. La suavidad de la luz con la que Consuelo había logrado dotar la obra, acariciaba aquel desnudo de una forma sensual. Ese efecto hacía que la piel de la ninfa, reclinada destacando la redondez generosa de su costado, resultara muy delicada y al mismo tiempo voluptuosamente húmeda, resplandeciente, como si la joven hubiera perfumado su cuerpo con un aceite ligero y sedoso. Una sensación que invitaba a deslizar los dedos de forma irreflexiva sobre el lienzo, solo para comprobar si era cierta la tersura de aquella piel.

A Amelia, que en alguna ocasión había disfrutado realizando acuarelas en sus ratos libres, le parecía increíble que alguien pudiera obrar esa magia con unos pocos colores y unos cuantos pinceles. Reflexionando acerca de cómo había podido recrear su amiga esa imitación tan fiel de la realidad, de pronto una idea le vino a la mente y creyó adivinar el porqué. Impresionada por el cuadro y decidida a colgarlo en algún lugar de la casa, a pesar de la inicial reticencia de la autora, lo llevó hasta el salón azul y lo dejó allí, apoyado sobre una consola, pendiente de que lo enviaran a enmarcar.

Tras abandonar la habitación, había llegado el momento de compartir confidencias con Leonardo. Consuelo le sugirió dar un paseo por el jardín para contarle todo lo referente a lo sucedido en la fiesta de disfraces. Bueno, todo no. No fue capaz de revelarle los detalles más íntimos que sí le había contado a Amelia, pero le refirió lo que había pasado con suficientes pinceladas como para que se hiciera una idea bastante clara de lo ocurrido. Aun así, la conclusión que sacó Leonardo del relato de su amiga fue que aquel episodio había sido una travesura sin importancia. Por su descripción de los hechos, bastante sucinta, entendió que era ella la joven que se ocultaba bajo el disfraz de diablesa la noche del Carnaval y que Ignacio, cautivado por ella y dando por hecho que era una desconocida, le había robado un beso cuando habían salido al balcón.

Amelia había decidido permanecer en la quinta mientras Consuelo y Leonardo mantenían esa conversación, argumentando que estaba fatigada, aunque en realidad creyó que Consuelo estaría más cómoda contándole lo sucedido a Leonardo sin estar ella presente. En el momento en que, acomodada en un sillón, estaba a punto de abrir un libro para comenzar su lectura, oyó el sonido de un carruaje que se aproximaba a la casa y salió a su encuentro.

Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que Luis e Ignacio se apeaban de la berlina que acababa de llegar.

—Buenos días, Amelia —saludó Luis, risueño—. Espero que a Leonardo y a ti no os importe que hayamos decidido haceros una visita improvisada. Vamos de camino a la quinta de la duquesa de Arco y a Ignacio se le ha ocurrido que podríamos hacer un alto en el camino y pasar a saludaros.

Amelia intentó disimular su cara de estupefacción mientras la invadía una sensación de agobio al pensar en su amiga. A la pobre Consuelo no le iba a resultar nada fácil tomar distancia de Ignacio Martel.

—Por supuesto que no. —Les recibió ella intentando mostrar su mejor sonrisa e invitándoles a pasar.

Entraron los tres en el salón azul y tomaron asiento.

—Leonardo y Consuelo deben estar a punto de regresar —informó Amelia a sus invitados

inesperados—. Han ido a dar un pequeño paseo por la finca.

—¿Qué tal se encuentra Consuelo? —se interesó Ignacio—. Luis me ha dicho que ha venido a la quinta porque ha sufrido otra recaída como consecuencia del ajeteo del baile de máscaras.

—Se encuentra algo mejor, pese a que todavía está un poco delicada —dijo Amelia, lo cual se acercaba bastante a la realidad, no en cuanto a la salud de Consuelo, pero sí en lo referente a su estado de ánimo.

Notó como mientras le hablaba, Ignacio Martel desviaba los ojos de ella y mantenía la mirada fija en un punto de la habitación, levantándose a continuación con una expresión hechizada, lo mismo que si caminara sonámbulo.

—¿Acaba de adquirir Leonardo esta pintura? —preguntó, percatándose de que aún no tenía marco.

Amelia observó a Ignacio, que permanecía frente a la pintura de Dánae.

—En efecto.

—Es una obra magnífica —expresó, acercando a ella la punta de los dedos, aunque sin llegar a tocarla—. A su lado, la Dánae pintada por Tiziano bien podría ser un hombre —comentó fascinado—. ¿Cree que podría convencerle para que me la vendiera?

—No es a él a quien debería convencer. —Sonrió Amelia—. Esa obra es un regalo para mí.

—¿Cuánto pediría por ella? —le preguntó, volviéndose para escrutarla con una expresión fría y concentrada, al igual que si se encontrara en una de sus reuniones de negocios.

—No puedo vendérsela —respondió ella con una risa cantarina—. Esta obra tiene un gran valor sentimental para mí.

Ignacio arrugó el gesto francamente contrariado. No comprendía por qué, pero sintió un impulso absurdo e irracional de coger aquel cuadro y salir corriendo, como uno de esos ladronzuelos con los que se cruzaba a menudo por las calles de los barrios menos favorecidos de Madrid.

—Sin embargo —añadió Amelia sonriendo, pues encontraba todo aquello bastante divertido—, podría hacer un trato con usted. Podría facilitarle el cuadro en calidad de préstamo hasta que consiga usted el original.

—¿Es que este es una copia? —inquirió Ignacio con genuino interés.

—Así es —afirmó Amelia sonriendo de una forma misteriosa—. En una ocasión tuve la oportunidad de echar un vistazo al original y, a pesar de que solo pude contemplarlo durante unos segundos, le puedo asegurar que, si los pusiera uno al lado del otro, esta triste copia palidecería ante el auténtico. Si bien es cierto que este es hermoso, el original tiene.... la sugerente belleza de un sueño.

—¡Vaya! —exclamó él sin ocultar su perplejidad y se acercó más al lienzo para analizarlo minuciosamente—. Veo que la pintura no está firmada. ¿Sabe quién es el autor?

El tono áspero de Consuelo desde la puerta lo hizo volverse un tanto sorprendido.

—¿Por qué estás tan seguro de que ese cuadro lo ha pintado un hombre?

Ignacio clavó los ojos en ella como si hubiera dicho algo completamente descabellado.

—Porque... creo que solo la mirada de un hombre podría reflejar así a una mujer.

—¿Así, cómo?

Consuelo frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

—Aunque pudiera explicárselo... explicártelo —rectificó en el último momento en un esfuerzo por tutearla para no molestarla—, no sé si serías capaz de entenderlo.

Ignacio opinaba que era de todo punto imposible que una mujer tuviera la facultad de

plasmar toda la sensualidad que desprendía aquel cuadro, pero le parecía inapropiado explicárselo a Consuelo. Ella soltó una risita estrangulada para, a continuación, esbozar una sonrisa que se vio contrarrestada por una profunda mirada de desdén.

—¿Crees que soy demasiado tonta para entenderlo? —le espetó con un tono bronco de indignación.

—No, no he querido decir eso, yo...

Consuelo lo interrumpió sin dejarle acabar la frase.

—A lo mejor lo que quieres decir es que ese desnudo no podría haberlo pintado una mujer porque es demasiado sensual, demasiado voluptuoso, demasiado erótico o quizás demasiado... carnal —remarcaba cada sílaba lo mismo que si le escupiera cada una de ellas a la cara, haciendo hincapié en aquella última palabra como si la degustase, con aire triunfal—. ¿Lo he entendido bien, Ignacio?

Ignacio la miraba sin salir de su asombro. Consuelo se volvió entonces hacia Leonardo.

—Creo que el paseo por los jardines me ha producido un terrible dolor de cabeza y me encuentro demasiado fatigada. Me retiraré a descansar hasta la hora de comer. Si me disculpáis...

Y dando media vuelta se alejó de allí dejando a todos boquiabiertos.

—Pero ¿qué mosca le ha picado a mi hermana? —preguntó Luis que, sin lugar a duda, era el más sorprendido.

—Creo que está enfadada conmigo —respondió Ignacio con desánimo.

—Pero si mi hermana nunca se enfada ¿Se puede saber qué has hecho para que se altere tanto? —preguntó Luis, escamado.

—Pues eso es lo malo —suspiró Ignacio—. Que no tengo la menor idea.



Consuelo no había sido completamente sincera con ninguno de sus dos amigos, ya que había rehusado explicarles que la razón por la que cada vez se ausentaba durante más tiempo de su casa y se retiraba a pintar al campo, no se debía tan solo a su amor por el arte.

Hacía ya unos dos años que Ignacio Martel, que siempre viajaba de forma intermitente y al que veían muy poco por Madrid, había empezado a visitar a su hermano Luis con más frecuencia de lo habitual entre una ausencia y la siguiente. En un principio, esto le produjo a Consuelo un gran alborozo, y hacía que se levantara cada mañana con el corazón lleno de esperanza. No obstante, muy pronto se dio cuenta de que en cada una de aquellas reuniones hubiera preferido estar en las antípodas de donde, en ese preciso momento, se encontrase Ignacio Martel. La trataba con una fría indiferencia que le traspasaba el pecho como una flecha, evitando entablar cualquier conversación con ella, siendo la única a la que se dirigía de usted cada vez que se veía forzado a hablarle, y también procurando de forma ostensible que sus miradas no se cruzaran en

ningún momento. Aunque Consuelo trataba de mostrarse cortés en su conducta, la actitud de Ignacio la atormentaba de tal manera que su presencia comenzó a resultarle insoportable.

Al percatarse de que lo único que podía hacer era limitarse a hacer suyos cada uno de sus movimientos y de sus gestos para así atesorarlos secretamente en su memoria, y a medida que su corazón se resquebrajaba un poco más con cada desprecio, comenzó a desanimarse. Descubrió con pesar que un amor platónico es mucho mejor que uno no correspondido, más aún cuando no dejas de tropezarte con el inalcanzable objeto de tu deseo. Con emociones semejantes ocupando su alma, comenzó a usar la coartada perfecta que le proporcionaba el empeoramiento de su salud para escapar a la quinta de Leonardo. Allí se refugiaba en su arte y pintaba sin descanso.

Con el tiempo había adoptado una rutina que se había convertido en una especie de ritual del que ni siquiera era muy consciente. Lo primero que hacía al entrar en el taller era acariciar los pinceles aún secos, ejerciendo presión sobre las cerdas suaves, haciéndolas curvarse bajo sus dedos. Y a continuación, pasaba la palma de la mano por el lino ya tensado sobre el bastidor de madera. Siempre tenía un lienzo dispuesto al que ya había aplicado una capa de imprimación para prepararlo para la pintura y, tras esbozar el motivo que deseaba representar, comenzaba a pintar.

Nada más abordar aquella tarea solía atacar la superficie de la tela con brochazos violentos como si esta fuera merecedora de un severo castigo y pagara con ella toda su frustración. Pasado un rato sus trazos se transformaban, templándose y perdiendo fuerza, lamiendo la superficie con más sosiego. Y al final de aquel proceso, muchas veces, la mayoría, acababa renunciando al pincel para extender y difuminar la pintura con las yemas de los dedos. Percibía así la textura de la mezcla, la suavidad del aceite deslizándose gustosamente entre sus dedos y el tacto del fino granulado del pigmento bajo él. Y esa sensación le parecía algo prodigioso.

Si alguien hubiera podido observarla desde fuera en esos momentos, podría haber tenido la impresión de que su relación con la pintura era demasiado apasionada, turbulenta incluso, como la que se mantiene con un amante excesivamente impetuoso. Se manifestaba como un vínculo intenso y hasta violento en ocasiones, pero siempre se zanjaba con el final suave y dulce de la reconciliación. En esos momentos en que lograba aplacar su desazón y encontraba una comunión casi sagrada con el arte, era capaz de volcar en el lienzo todo su ser. Y era entonces cuando a Consuelo le daba la sensación de que había encontrado por fin su lugar en el mundo.

Por otra parte, empezó a tomar conciencia de que cada una de aquellas pinceladas adormecía su dolor, de manera que empezó a necesitar pintar igual que el adicto necesita con desesperación la sustancia que lo tiraniza sin piedad. Y esa era la razón de que, en los últimos dos años, su producción hubiera sido inmensa. Por desgracia para ella, el desamor lo sufría con la intensidad de su alma de artista.

Su hermano Luis, pronto empezó a preocuparse de veras por su bienestar, ya que, como las visitas de Ignacio eran cada vez más frecuentes, sus fingidas recaídas se habían convertido en casi una constante. Intranquilo, llegó incluso a sugerirle que debería pasar una temporada en el balneario de Sacedón, de sobra conocido por sus aguas medicinales. Consuelo, que amaba a su hermano con sincera devoción y no pretendía inquietarle, ante la posibilidad de verse obligada a alejarse de la pintura, había simulado una mejoría para ausentarse menos a menudo de su casa de Madrid.

Por aquella época en que se sentía atrapada, en uno de los bailes a los que acompañó a su hermano para hacerle notar esa recuperación de un mal que no existía, había conocido a Micaela. Luis dio muestras de quedar prendado de ella nada más conocerla y a Consuelo le pareció una compañía divertida y estimulante. Poco a poco empezaron a verse con más frecuencia y

estrecharon lazos. Consuelo encontró en Micaela un salvavidas al que agarrarse con desesperación cada vez que la presencia de Ignacio Martel azotaba sus sentimientos, como si estuviera en medio de una tempestad muy dolorosa que solo le provocaba sufrimiento. Sabía que le debía a su nueva amiga el no haberse derrumbado, ya que Micaela, sin ser consciente de ello, la había salvado de soportar la compañía de Ignacio. Lo hacía cada vez que la invitaba a su casa a merendar, le proponía acompañarla a una tertulia o al teatro, o le sugería salir a pasear con el único fin de pavonearse, recorriendo la alameda del Paseo de Recoletos. Esa ayuda que le había brindado sin saberlo había hecho que hiciera la vista gorda con respecto a sus defectos y le perdonase muchas de sus faltas. Pero es que además, gracias a esa amistad, había tenido la feliz oportunidad de conocer a las primas de Micaela, Amelia y Claudia, con las que enseguida había congeniado. Se podría decir que en esos momentos a Amelia Osorio la consideraba ya una verdadera amiga. Y no iba a tardar mucho en comprobar que también podía contar con el afecto de su hermana Claudia.

Claudia Osorio llegó a la quinta de El Pardo una semana antes del evento nupcial para ayudar a Amelia con los últimos preparativos de la boda, acompañada de Manuela, una de sus hermanas menores. Su presencia hizo mucho bien al ánimo de Consuelo, ya que Claudia, a la que tenía un gran aprecio, era una joven tranquila y apacible y constituía un dulce bálsamo para su alma agitada. Pensó cuán distintas eran ella y su prima, como dos polos opuestos. Micaela era igual que el fuego, intensa, vibrante e imprevisible. Mientras que Claudia era más como una suave brisa, dulce y tranquilizadora. Consuelo no pudo hacerse una idea muy clara del carácter de Manuela, una hermosa jovencita de quince años que pasaba gran parte de su tiempo acompañando a Amelia y entreteniendo al pequeño Manuel, y lo que restaba se dedicaba a leer con avidez.

Hasta la llegada de Claudia y su hermana, Consuelo había aprovechado para dar largos paseos por los jardines de la finca, en soledad, y había dispuesto de abundante tiempo para reflexionar acerca de su relación con Ignacio Martel. En todos los años desde que Ignacio y ella habían tomado caminos separados, nunca había perdido la esperanza de que él volviera a mirarla como cuando era un muchacho. Con esos ojos llenos de ternura que ella evocaba frecuentemente con nostalgia. Sin embargo, los recuerdos se habían ido tornando más difusos cada día que pasaba y ahora, tras sufrir la actitud glacial que Ignacio había mantenido hacia ella durante los últimos meses, empezó a preguntarse si sus recuerdos serían producto de su imaginación.

Así, en el transcurso de aquellos días en casa de Leonardo, se convenció de que él jamás había sentido el menor afecto por ella, sino que había sido una ilusión creada a lo largo de los años por ella misma. La imagen que su memoria había dibujado de él, como un joven cuya alma rebosaba cariño hacia su persona, había acabado por desvanecerse. Siendo consciente de que su ánimo estaba extenuado y se había dado finalmente por vencido, se estremeció ante la idea del vacío que dejaría en su interior el hecho de arrancar a Ignacio de sus pensamientos y de su corazón de manera irrevocable.

Aquella mañana abrió la ventana de su alcoba y respiró hondo, inspirando el aire húmedo del exterior. Estaba comenzando a lloviznar, pero esa lluvia fina no la desanimó. Salió de la casa, sin tropezarse con nadie, y empezó a caminar a paso ligero hacia el monte, sumida en sus pensamientos. Mientras atravesaba el jardín, se lamentaba para sí del hecho de que en el mundo real no existieran más certezas, como sucedía en la pintura. Certezas que la hicieran sentir segura. Cuando pintaba podía controlar cada uno de los elementos. No le cabía ninguna duda de que si mezclaba los tres colores primarios con acierto podía obtener todos los demás, puesto que conocía con exactitud el resultado de la combinación de unos con otros. Dominaba a la

perfección las reglas de las proporciones, de la luz, del movimiento y de la perspectiva. Por otra parte, si pintando cometía un error, ese fallo no era tan decisivo. Incluso los arrepentimientos se podían cubrir de forma fácil con otra capa de óleo para volver a empezar. Se paró en seco. ¿Y si hiciera lo mismo en la práctica? Se le ocurrió. ¿Y si, en sentido figurado, claro está, cubriera a Ignacio Martel con una capa de pintura tan gruesa que pudiera proceder a pintar encima, en una vida en la que él no tuviera lugar?

En ese punto la lluvia se hizo más intensa y la disuadió de continuar. Y ya de vuelta en su habitación había tomado una firme determinación. Olvidaría a Ignacio Martel, así como él, si es que acaso alguna vez la había tenido en alguna estima, la había olvidado hacía ya mucho tiempo. Exhaló un profundo suspiro, decidida a dejar atrás ese capítulo de su vida, y a la hora de la cena, en el momento en que se reunió con los demás alrededor de la mesa, había recobrado la serenidad que la caracterizaba. Con todo, al resto de los presentes les dio la impresión de que estaba bastante distraída y ausente.

A la mañana siguiente, un rato después de desayunar, Consuelo se asomó por la puerta del salón azul, donde Claudia mataba el tiempo bordando.

—Claudia, ¿podría hablar contigo un momento?

Claudia levantó la cabeza de su labor, un dechado que realizaba con intención primorosa, si bien con resultado desigual.

—Por supuesto, Consuelo, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Te parece bien si damos un paseo por la finca mientras charlamos? Hace un día estupendo y me apetece caminar. —Y luego, echando un vistazo a su bordado, añadió—: Si quieres, más tarde puedo ayudarte con esa labor.

Claudia estuvo de acuerdo y al poco salieron juntas de la casa. Cuando llevaban un rato caminando y Consuelo no decía una palabra, Claudia se decidió a preguntar:

—Bueno, Consuelo, ¿qué es lo que querías hablar conmigo?

—Claudia, desearía hacerte una confidencia... aunque solo a medias.

Claudia asintió con suavidad.

—Ahora estoy mucho más intrigada que antes, pero te prometo que no haré preguntas indiscretas. Me limitaré a escuchar lo que tú quieras contarme.

Consuelo apretó los puños para infundirse valor.

—Hace ya tiempo que me siento... atraída... por un hombre.

Claudia le hizo un gesto para animarla a seguir, ahora bien, indicándole con su acostumbrada actitud sosegada que esperaría lo que hiciera falta, sin presionarla.

—Bueno... Dicho así, podría pensarse que se trata de un capricho frívolo cuando, para serte sincera, he estado perdidamente enamorada de él desde hace muchos años.

—¿Has estado? —preguntó Claudia con voz dulce—. ¿En pasado?

—Sí. He decidido que no voy a amarle nunca más.

—Lo has decidido... —dijo Claudia, repitiendo sus palabras con un gesto escéptico—. Consuelo, yo no soy lo que se dice una experta en cuestiones de amor. Nunca he amado a ningún hombre. Sin embargo, ¿crees que es posible dejar de querer a alguien simplemente con proponérselo?

Consuelo se detuvo de forma brusca y tomó a Claudia de las manos mirándola a los ojos con una expresión de angustia.

—¿Cuánto se puede sufrir por amor, Claudia? Porque creo que yo he llegado al límite. Y estoy exhausta.

—Consuelo... —murmuró contemplándola con compasión.

—Así que, sí. Tiene que ser posible borrar a ese hombre de mi memoria —expresó con desesperación—. Estar enamorada de él a lo largo de estos años me ha hecho profundamente desgraciada y he tomado una determinación. Voy a poner todo mi empeño en olvidarle. Necesito hacerlo.

—¿Y cómo podría ayudarte yo? —preguntó Claudia, confundida.

En aquel momento, Consuelo tenía muy presente ese refrán que había oído alguna vez sobre que una mancha de mora con otra verde se quita. Y, aunque ella no deseaba ninguna otra de esas bayas que abundaban en la morera, se preguntaba si de verdad funcionaría. Si cabía la posibilidad de conocer a un hombre que le hiciera olvidar a Ignacio.

—He pensado que quizá en la boda de Leonardo y Amelia surja la oportunidad de que me presenten a algún joven interesante...

—Es muy posible —convino Claudia con optimismo—. Creo que acudirá un gran número de caballeros solteros.

—Pues en este punto es en el que necesito tu ayuda. Me gustaría que me dejaras acompañarte en una de tus visitas a la modista para encargarme un vestido. Ese día quiero llevar un atuendo que no me quede como un saco de patatas y tal vez... algún caballero se fije en mí.

—¡Ay, querida...! —murmuró Claudia, apretando las manos de su amiga con una expresión de profunda lástima reflejada en su rostro—. Siento decirte que quedan muy pocos días para que una modista pueda hacerte un vestido a tiempo para la boda. Además, con un evento de esta magnitud en ciernes, todas las modistas y costureras de Madrid estarán muy ocupadas ultimando sus encargos.

—¡Oh! —exclamó Consuelo con una enorme desilusión, sintiendo como sus ojos se empañaban.

—Pero... —continuó Claudia al ver su semblante afligido— puede que haya una solución...

Claudia dio un par de pasos hacia atrás y la examinó con los ojos entornados, recorriéndola varias veces de arriba abajo.

—¿Me permites? —le preguntó acercándose a ella y, tirando de la tela de su vestido, la tensó hasta que su traje que, como siempre le quedaba muy holgado, quedó ajustado al cuerpo y le permitió adivinar la verdadera silueta de Consuelo.

—Creo que servirá.

—¿Qué es lo que servirá? —preguntó Consuelo, nerviosa.

—Mi hermana Amelia me acompañó a la modista hace ya más de tres semanas para regalarme el vestido que llevaré el día de su boda y, a pesar de mis protestas, como ando un poco escasa de ropa, en lugar de uno, me compró dos, pensando en que el otro podría aprovecharlo una vez diese comienzo la temporada en Madrid. Como no me decidía por cuál de los dos me pondría en la boda, he traído ambos —dijo mirándola con los ojos muy abiertos, de forma que no cupiera duda de cuál era su ofrecimiento.

—Pero no podría aceptar que me prestases un vestido que no te has puesto ni tan siquiera una vez...

—Por supuesto que lo aceptarás. O no volveré a dirigirte la palabra en lo que me queda de vida —dijo cruzándose de brazos y forzando un gesto enfurruñado para enfatizar sus palabras.

Consuelo parpadeó perpleja por su espléndida proposición.

—¿Y... crees que me servirá? No estoy segura de que tengamos las mismas medidas.

—Creo que sí. Aunque nuestros cuerpos son diferentes, el contorno de nuestra cintura es muy similar. Y creo que, en lo que se refiere a, bueno... esta parte —dijo haciendo unos gestos

alrededor del busto—, pese a que aparentas estar considerablemente más dotada que yo — continuó, enrojeciendo por verse movida a hacer aquel comentario sobre la anatomía de su amiga — tu espalda es más estrecha que la mía, así que puede que una cosa compense la otra.

Según hablaba, Consuelo podía ver cómo la emoción que Claudia sentía ante la posibilidad de servirle de ayuda iba en aumento y su agitación se intensificaba.

—Está bien —aceptó, dispuesta a todo, asumiendo que no tenía otra opción—. ¿Cuándo podría probarme ese vestido?

—¡Ahora mismo! ¡No hay tiempo que perder! —dijo cogiéndola del brazo y arrastrándola de vuelta a la casa.

En tanto se dirigían a la habitación de Claudia, se cruzaron con Manuela que caminaba hacia la puerta con un libro en la mano.

—¿Dónde vais con tanta prisa? —les preguntó al no pasarle desapercibido que, más que caminar, corrían.

—Vamos a mi habitación —le respondió Claudia escuetamente, ya que no quería desvelar el misterio que las ocupaba.

—¿Puedo ir con vosotras? Acabo de terminar mi novela y ahora mismo no tengo nada que hacer.

Claudia miró a Consuelo y le hizo un gesto para indicarle que esperaba que fuese ella la que diera el visto bueno para que su hermana las acompañara.

—Está bien, Manuela, venga con nosotras —dijo Consuelo sonriendo a la joven—. Al fin y al cabo, seis ojos ven más que cuatro.

Una vez se encontraron dentro del dormitorio, Consuelo, después de hacerle prometer a Manuela que guardaría el secreto, le confió su situación mientras Claudia sacaba los dos vestidos del armario. Olvidándose por completo de sus preferencias, Claudia le ofreció a Consuelo el que pensó que le favorecería más, considerando que era necesario que su amiga brillase en aquella celebración mucho más que ella.

Apenas Consuelo se probó el vestido, Manuela la observó arrugando el entrecejo.

—¿Tiene que llevar forzosamente esas lentes el día de la boda? —le preguntó.

—No es indispensable. Podría prescindir de ellas —dijo, sin más explicación, al tiempo que se las quitaba. No creyó necesario revelarles que las gafas eran, junto con sus amplios vestidos, sus dos armas secretas para tratar de pasar desapercibida para el género masculino.

Cuando Claudia la contempló con aquel vestido tan magnífico y sin las lentes, sus ojos se humedecieron por la emoción y comenzó a dar pequeños saltitos de entusiasmo.

—¡Estás bellísima, Consuelo! —exclamó con sincera admiración.

—¿Tú crees? —preguntó ella con inseguridad, tocando de forma reverente la seda del vestido.

—Por supuesto que sí —dijo Claudia con firmeza—. Solo hará falta realizar unos pequeños ajustes en el vestido. Además, he pensado que, para rematar el conjunto, le pediremos a Amelia que te preste las joyas que pensaba dejarme a mí y también probaremos algo diferente con tu pelo —explicó haciendo gestos alrededor de su cabeza.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—A tu pelo no le pasa nada, pero, en mi opinión, esa preciosa melena se merece un peinado que la realce al máximo. Déjame que te aconseje acerca de tu recogido. Te prometo que no te arrepentirás.

Consuelo asintió abrumada, sintiéndose enormemente agradecida por tantas atenciones desinteresadas.

—Consuelo... solo tengo una última pregunta que hacerte —dijo Claudia—. ¿Ese hombre del que me has hablado acudirá como invitado a la boda?

—Sí —afirmó ella, pasados unos segundos de tenso silencio.

—Pues estoy convencida de que no te verá —apuntó con una sonrisa enigmática.

—¿Que no me verá? —preguntó Consuelo, confusa.

—No te verá porque habrá a tu alrededor un muro de caballeros que te rodearán como una fortaleza en cuanto te pongan la vista encima —explicó Claudia riendo, presa de la excitación.

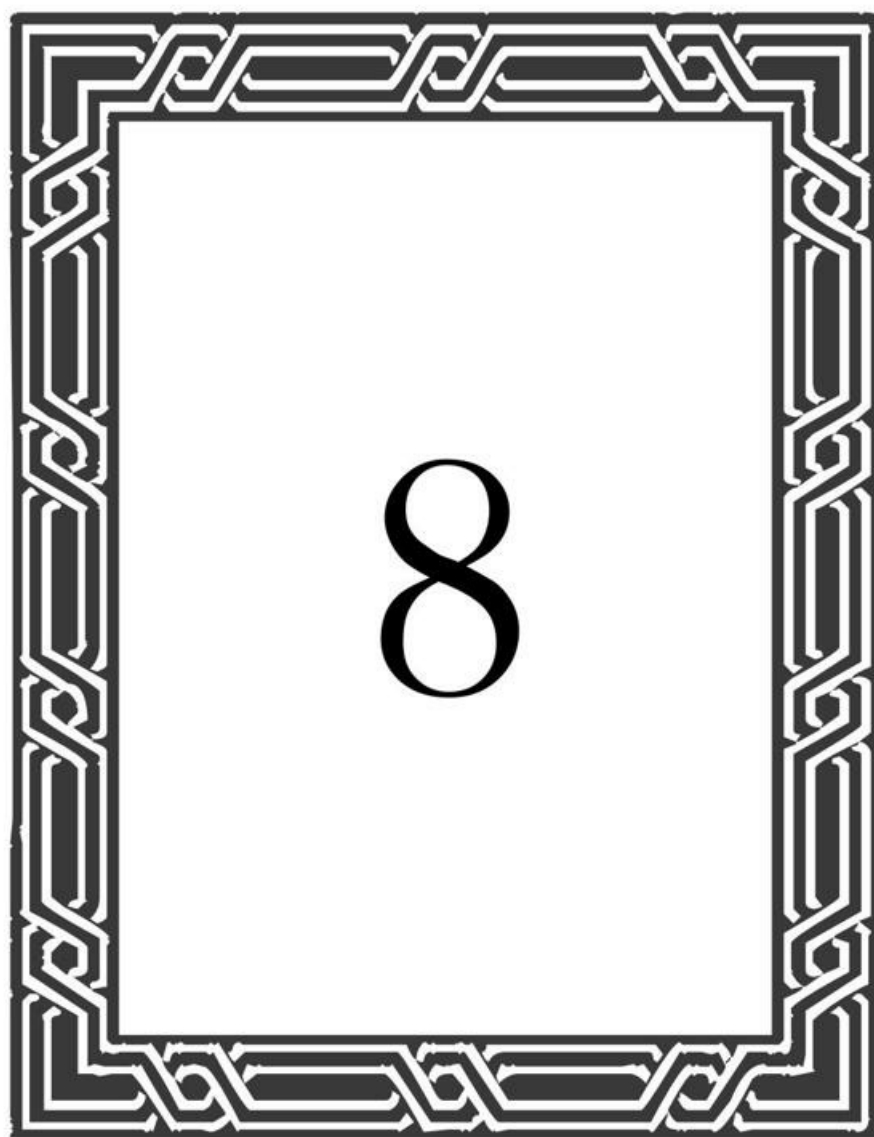
Consuelo también se echó a reír por aquella ocurrencia.

—Claudia, pero llegará un momento en que sí que la verá —intervino Manuela, contagiada por la emoción y moviendo las manos en el aire.

—¿En qué quedamos? —preguntó Consuelo, riendo desconcertada—. ¿Me verá o no me verá?

—¡Oh, por supuestísimo que la verá! —exclamó Manuela, entusiasmada—. Porque, señorita Consuelo, en cuanto mire a todos esos caballeros con sus hermosos ojos verdes y parpadee un par de veces con esas larguísimas pestañas de sirena que usted tiene, se van a caer de espaldas. Entonces, el cerco formado a su alrededor por esos hombres sudorosos, apiñados unos contra otros para suplicarle con desesperación que les haga un hueco en su carné de baile, caerá como las murallas de Jericó. Y ese hombre del que estaba usted prendada, la verá allí de pie, como una deslumbrante deidad victoriosa surgiendo de entre esos escombros de masculinidad aristocrática y, con toda seguridad, se dará un enérgico golpe en la frente y exclamará: «¡Cáspita! ¿Pero cómo he podido estar tan ciego?».

Consuelo y Claudia se miraron durante unos segundos, boquiabiertas por la desmedida inventiva de Manuela, antes de comenzar a desternillarse de risa. Las tres se retorcieron y se doblaron de una forma tan desenfrenada debido a las carcajadas, que Consuelo tuvo que hacer un esfuerzo para no tirarse al suelo y revolcarse sobre la alfombra, arruinando, muy posiblemente, ese vestido que haría que se derrumbaran las murallas de Jericó.



Ignacio Martel se presentó en la quinta de El Pardo un día antes de la boda de Leonardo y Amelia. Aunque su primera intención había sido comparecer el mismo día de las nupcias, imaginó que quizás si adelantaba su llegada tendría la oportunidad de hablar con Consuelo a solas y dilucidar por qué estaba molesta con él, solucionando el problema antes del enlace de su amigo.

Estaba dispuesto a suplicarle, de rodillas si fuera necesario, que le perdonara por lo que pudiera haber hecho para ofenderla tanto. Lo que fuera con tal de no verla disgustada.

Tan pronto llegó a media tarde, se encontró con que Leonardo, su hermana Laura y Consuelo se disponían a salir a dar un paseo a caballo. Ignacio consideró que, si se unía a ellos, quizá en algún momento podría aprovechar la ocasión para hablar con Consuelo en privado. Sin embargo, Amelia, que no quería que su amiga se encontrara a disgusto en compañía de Ignacio y deseaba evitar un enfrentamiento justo antes de su casamiento, tenía otros planes. No le dejó

opción al industrial cuando le pidió encarecidamente que le hiciera compañía entretanto los demás salían a montar. Y él no encontró la manera de negarse a la petición de su anfitriona sin mostrarse descortés.

Salieron juntos de la casa acompañados del pequeño Manuel, y Amelia propuso caminar hasta la zona del jardín que se había poblado con una gran cantidad de árboles frutales.

Mientras que Manuel les tomaba la delantera corriendo junto a su galgo, Ignacio y ella caminaban uno al lado del otro en silencio. Por fin, Amelia se decidió a romper el hielo.

—¿Sabe, señor Martel? Creo que usted y yo tenemos muchas cosas en común y también estoy segura de que es usted un buen hombre.

—¿Y por qué me da la sensación de que después de esa frase voy a recibir una buena reprimenda? —dijo él bromeando.

Ella se paró en seco, girándose para poder encararlo de frente.

—Pues ya que es usted el que ha sacado el tema, eso es exactamente lo que va a recibir por mi parte hoy. Opino que se merece un buen tirón de orejas.

Ignacio, que en absoluto esperaba esa respuesta, puso cara de asombro.

—¿Lo está diciendo en serio?

—Por supuesto que sí —le dijo Amelia mirándole muy ceñuda de forma que no le cupiera ni la menor duda.

Se tomó su tiempo para pensar de manera precisa qué iba a decirle. Tenía que escoger cada palabra que emplease con sumo cuidado si no quería cometer un desliz que delatase a Consuelo.

—¿Y si le dijera... que conozco la identidad de la mujer misteriosa que iba disfrazada de diablesa en la fiesta de Carnaval?

—¿Ha sabido quién es todo este tiempo? —Ignacio se manifestó aún más sorprendido que antes.

—Así es. Supongamos que es una buena amiga mía. Y supongamos también que me ha contado con detalle lo que pasó aquella noche cuando usted la invitó a subir para ver el Carnaval desde el balcón —le dijo con un semblante de desaprobación.

—De acuerdo. ¿Y se puede saber por qué merezco un tirón de orejas? Que yo sepa no me comporté como un bárbaro con esa muchacha.

—Entre no comportarse como un bárbaro y comportarse como un caballero hay bastante diferencia —replicó Amelia, molesta.

—No fui brusco con ella y la joven salió de aquella habitación intacta, igual que entró.

Amelia torció el gesto cuando pensó que «intacta» no era el término más exacto que podía haber empleado.

—¿Ya no recuerda lo que es ser joven e inocente, señor Martel? —continuó antes de que él tuviera ocasión de responder—. Aquella muchacha llegó a la fiesta sintiéndose hermosa y atrevida, deseando vivir una aventura arriesgada que pudiera atesorar en su memoria como una experiencia maravillosa ¿Puede entender eso?

—Claro que puedo entenderlo, pero...

—¿Y qué consiguió en lugar de una experiencia fascinante? —le interrumpió Amelia—. Una buena reprimenda de un hombre con sobrada experiencia, que detectó su engaño en cuanto tuvo oportunidad de besarla y que luego aprovechó esa circunstancia para ridiculizarla.

—¡Yo no la ridiculicé! —protestó Ignacio.

Amelia cruzó los brazos sobre el pecho y le dirigió una mirada cargada de reproche.

—¿De veras? La hizo sentir pequeña, como una niñita estúpida, pisoteando su ilusión sin ningún miramiento ¿Tan difícil era haberla dejado soñar que aquella noche era una mujer? ¿Una

de verdad?

Amelia sentía tanta rabia contenida que los ojos comenzaron a humedecersele.

—¡Hace que suene como si yo fuese alguien horrible y la hubiera disgustado a propósito, cuando no era eso lo que pretendía! Además, ¿qué se supone que debería haber hecho?

—¿Qué tal seguirle la corriente, decirle que era hermosa y cautivadora, besarla con suavidad y devolverla de nuevo a la fiesta? Aunque no fuera esa su intención, le hizo daño. Hizo y dijo cosas que la alteraron. Ansiaba una pequeña venganza por el engaño inocente de una joven ingenua.

—Es cierto que me sentí engañado —dijo abatido y, dando un par de pasos, se desplomó sobre uno de los bancos del jardín—. Aquella joven me deslumbró de tal forma que me dejé arrastrar por un arrebato de locura. De alguna manera me hizo perder el control sobre mí mismo como hacía años que... —A Amelia no le pasó desapercibido que justo en ese mismo momento él acababa de caer en la cuenta de algún detalle que hizo que a continuación se cubriera la cara con las manos.

Se le veía incómodo, agitado, como si estuviera librando una batalla en su interior. Amelia se sintió mal por él y se acercó al banco, posando su mano sobre su hombro, ejerciendo una ligera presión. Él se estremeció al sentir su contacto y levantó la vista. No obstante, Amelia advirtió que no la miraba a ella, sino que mantenía sus ojos fijos apuntando al vacío y que ahora era él el que tenía los ojos vidriosos.

—¿Sabe qué? Acabo de percatarme de que aquella noche no quería castigar a esa joven. La sensación de sentirme engañado hizo que reaccionara de una forma... Creo que pagué con ella lo que en realidad me hubiera gustado hacerle a otra persona.

—Alguien que le engañó y le hizo daño de verdad.

Él asintió afligido.

—Aun así, no lo hice de forma deliberada. Fue algo inconsciente y no era mi intención molestarla. ¿Se lo diré? ¿Podría decirle que lo siento, que no pretendía herir sus sentimientos?

—No podría, aunque quisiera —respondió Amelia sonriendo con tristeza—. Estoy convencida de que me mataría si supiera que estoy hablando de esto con usted.

—Y entonces... ¿por qué me lo ha contado?

—Porque creí que debía saberlo. Y porque, quizá algún día, si logra descubrir quién es, pueda decírselo en persona. Por desgracia, para localizarla no puedo ofrecerle mi ayuda, pese a que me gustaría hacerlo, se lo aseguro.

—Amelia —dijo él empleando su nombre de pila—, ¿por qué ha dicho antes que cree que usted y yo nos parecemos? A mí me da la impresión de que somos muy diferentes.

—En efecto, somos diferentes y, sin embargo, creo que tenemos una cuestión importante en común. Tengo la corazonada de que usted, como también me sucede a mí, arrastra una herida del pasado, quizá demasiado profunda. Y aunque hemos elegido distintas maneras de afrontarlo, son similares, al mismo tiempo. En la época en que mi marido murió, yo me refugié en la soledad para intentar sobrellevar mi dolor y aquella estrategia no funcionó. Me da la sensación de que, para sobrellevar usted el suyo, ha levantado un muro entre su persona y el resto del mundo con la intención de mantener a la gente a distancia, y me temo que eso tampoco le funcionará. Mantenerse aislado no es la solución a su problema, sea cual sea. Lo malo de esas defensas inquebrantables es que, aunque te protegen y no dejan entrar nada malo, tampoco dejan pasar nada grato. Aún está a tiempo de derribar ese muro, Ignacio, porque se merece usted la oportunidad de dar la bienvenida a su vida a alguien generoso y bueno...

—Eso es imposible —la interrumpió él de forma tajante al tiempo que negaba con la

cabeza.

—¿Ve como sí nos parecemos? Porque eso mismo es lo que pensaba yo hace no mucho tiempo y entonces... encontré a Leonardo. Bueno, quizá sería más correcto decir que Leonardo me encontró a mí —dijo con una risa fresca y ligera—. Y él me enseñó una valiosa lección.

—¿Y cuál es?

—Que no hay nada imposible.

—Bueno, al menos uno de nosotros dos todavía no ha perdido la esperanza —dijo Ignacio esbozando una media sonrisa.

Ella se volvió hacia él y le tomó de las manos con un ademán afectuoso.

—Tiene que creerme cuando le digo que tengo la sensación de que hay alguien bueno esperándole. Y ya sabe lo que se dice de mí.

—No, ¿qué se dice de usted? —preguntó él levantándose de su asiento con lentitud.

—Que tengo algo de bruja —dijo mirándolo, entrecerrando los ojos y moviendo las manos frente a su rostro lo mismo que si estuviera lanzándole un terrible maleficio—. ¿Cómo cree si no que conseguí el amor de un hombre como Leonardo? —dijo acompañando su pregunta con una risa cantarina.

—Puedo hacerme una idea bastante clara de cómo lo consiguió —dijo él sonriendo—, y también tengo la certeza de que no tiene nada que ver con las artes oscuras. Más bien todo lo contrario.

Desde luego, Ignacio comprendía por qué Leonardo se había enamorado de aquella mujer. Amelia era una joven bonita e inteligente, eso ya lo sabía, pero asimismo había descubierto en esa conversación que, además de ser tremendamente franca, buscaba inclinar la balanza hacia lo que consideraba justo, incluso asumiendo algunos riesgos. No obstante, no se trataba solo de eso. La joven irradiaba también una inmensa calidez, como aquella que te envuelve siempre que una madre te rodea con sus brazos, y era esa sensación en particular la que hacía que resultara muy fácil sincerarse con ella. Un destello en la expresión de sus ojos parecía decir «Confía en mí. Puedes compartir tus miedos y tus secretos conmigo. Estarán a salvo». Ignacio se sorprendió pensando que, en efecto, estaría dispuesto a confesarle todos sus secretos. O casi todos...

—¿Me contará ahora algún detalle más sobre sus proyectos acerca del ferrocarril? —preguntó ella cambiando radicalmente de tema, mientras entrelazaba su brazo con el de Ignacio, con ánimo de reanudar su paseo.

Ignacio no pudo evitar soltar una risotada.

—No hace falta que intente ser amable interesándose por mis proyectos. Sé de sobra que es un tema que provoca, como poco, una sensación de sopor y disimulados bostezos a mi alrededor.

—No puedo entender por qué. A mí se me antoja un tema fascinante.

—¿De veras? —Ignacio la miró con atención—. ¿Cree que habría alguna posibilidad de que anulase su boda con Leonardo para casarse conmigo?

—¿¡Qué!? —exclamó Amelia riendo.

—Lo digo en serio. —Si bien su sonrisa burlona indicaba lo contrario—. ¿Una mujer a la que le interesa oír hablar de mis negocios? ¿Dónde podría encontrar a alguien así? Podría fugarse conmigo. Le prometo que le hablaría horas y horas sobre aspectos puramente técnicos del ferrocarril, sobre el problema con el ancho de la vía...

—¿Qué sucede con el ancho de la vía?

—¿Lo ve? Debo insistir. Fúguese conmigo.

Amelia estalló en carcajadas.

—Tiene usted un peculiar sentido del humor, pero me gusta. Debería potenciar más esa

faceta cómica suya.

El gesto de Ignacio se ensombreció un poco.

—Reconozco que estoy bastante oxidado. En los últimos años me ha costado encontrar motivos para reír.

—Supongo que por culpa de esa persona que ha mencionado antes...

—Supone bien.

Ignacio bajó los ojos, intentando mantener a raya el recuerdo de Lola. Lo más lejos posible.

—A lo largo de estos años el destino me ha sido favorable en los negocios, pero en lo que se refiere al amor... bueno, eso ya es harina de otro costal.

Lo sorprendió que Amelia lo tomara de la mano y a continuación la girase con la palma extendida hacia arriba, como hacían las gitanas que afirmaban leer la buenaventura. La joven la escudriñó fingiendo estudiarla con detenimiento.

—Escúcheme, Ignacio, ¿ve cómo se bifurca esta línea de aquí? —dijo deslizando la yema del dedo a lo largo de uno de los surcos del anverso de su mano—. Eso quiere decir que su suerte en el amor está a punto de cambiar...

—¡Se lo está inventando! —exclamó él riendo.

—Puede que sí... —replicó ella en un tono misterioso— o puede que no...



Se dio la feliz circunstancia de que el día de la boda de Amelia y Leonardo amaneció luminoso gracias a un sol radiante. Amelia había insistido en que, si el tiempo lo permitía, el banquete se celebrase en los hermosos jardines de la quinta y parecía que la suerte le había sonreído. El astro rey brillaba en lo alto, en consonancia con el espíritu de los novios, descubriendo con su luz los tonos más intensos del verde follaje y haciendo relumbrar con destellos de plata la superficie del agua de las fuentes.

Una vez concluida la ceremonia en la iglesia, los invitados se desplazaron hasta la quinta y se reunieron en los jardines donde se había instalado una mesa de gran tamaño, adornada con guirnaldas de flores prendidas a la fina mantelería de batista, y otras mesitas alrededor, situadas entre los parterres. La mesa del banquete, decorada con centros de flores, desaparecía cubierta de manjares dispuestos de forma espléndida. Presentaba varios entrantes, truchas asalmonadas y filetes de lenguado, buey helado, pularda, diversos patés, un asado, maravillas de caza, jamón de Praga, vinos, licores y helados. Cada uno de estos platos, servidos en vajilla de loza fina de

Sevilla, se distribuía entremezclándose con la cristalería facetada de cristal francés de Baccarat, que, bañada por el sol, proyectaba sobre las viandas resplandores irisados.

Marcela, la cocinera de la quinta, junto con varios pinches de cocina que Leonardo había hecho venir desde Madrid, sumados a los ya habituales para ayudarla, había preparado un menú digno de un rey. Aquella oronda mujer pensaba que todo era poco para «su Leonardo», como ella lo llamaba cariñosamente. Ese joven que, siendo aún un mocoso, se empeñaba con terquedad en colarse en su cocina y que, desde entonces, era el niño de sus ojos. Aunque Leonardo y Amelia insistieron en encargar algunos de los postres a un pastelero del pueblo para descargar a Marcela de tanto trabajo, la cocinera había protestado de manera enérgica, diciendo esa frase contundente que tanto le gustaba emplear cada vez que se enfadaba: «¡De ninguna manera!» y que, acompañada de un gesto severo, zanjaba cualquier tipo de discusión. Así que, a la hora de los postres, aquella maga culinaria presentó una magnífica tarta de varios pisos que causó sensación entre los invitados. A lo largo del día Marcela trabajó tanto que, en una de las ocasiones en que Leonardo se escapó un momento de la fiesta y bajó a verla a la cocina, estaba tan sofocada que la obligó a descansar, temeroso de que pudiera darle una apoplejía el mismo día de su boda.

Durante el festejo, lo único que causó tanta sensación como la tarta de boda fueron las hermanas menores de la novia, Manuela y Carlota, dos gemelas idénticas que se habían convertido en unas jovencitas preciosas. El desconcierto de los asistentes, habida cuenta de que en un primer momento se topaban con una aquí y con la otra allá con segundos de diferencia, creyéndolas la misma persona, era digno de ver. Luego llegaba la sorpresa, seguida por los halagos, tan pronto como las contemplaban una junto a la otra, vestidas iguales. La broma más repetida ese día por los caballeros, como no podía ser de otra manera, era que el vino les hacía ver doble.

Ignacio disfrutaba del banquete observando a los invitados con su seriedad acostumbrada. De pronto le asaltó un pensamiento: ¿Se encontraría entre ellos la joven diablesa del Carnaval? Amelia le había desvelado el día anterior que aquella joven era amiga suya, así que sería lógico pensar que la hubiera invitado a la boda. Cayendo en la cuenta de que sería casi imposible dar con ella entre tanta gente, más aún sin conocer su verdadero rostro, se dedicó a comentar con Eduardo y con Luis lo exquisito de la comida y lo deslumbrante que lucía la novia. Amelia resplandecía sin duda entre los allí reunidos con un vestido gris muy pálido cuajado de encajes en la falda y con un cuerpo bordado primorosamente en hilos de plata. Sin embargo, lo que más realzaba su semblante dichoso era el velo de color rosa del siglo pasado, herencia de la abuela materna de Leonardo. Aun así, Eduardo, que, aunque veía a Amelia más guapa que de costumbre seguía sin encontrarle nada de extraordinario, aprovechó la ocasión para alabar como siempre la belleza de la señorita Claudia que creía que, sin lugar a duda, eclipsaba a todas las demás.

Ahora bien, había otra mujer que, de forma inesperada, brillaba con luz propia en aquella fiesta, y esa era la señorita Consuelo de Maldonado. Sorprendió a todos con un vestido en seda guarnecido con encajes, en un tono violeta que le favorecía en particular, ya que contrastaba con el color de sus ojos verdes que, desprovistos de sus lentes, resaltaban aún más. Los que la conocían se habían habituado a ver a la joven vistiendo unos trajes anodinos, de colores desvaídos, y demasiado amplios al tiempo que recatados, que le conferían la apariencia de una triste institutriz para mortificación de su madre. El vestido que había elegido para la ocasión, en cambio, era de un color alegre y fresco y se ceñía a su cuerpo como el de cualquier otra señorita de la fiesta, mostrando una figura sensual y sugerente. Para completar su atuendo, lucía unos hermosos pendientes de diamantes y esmeraldas. Estos dotaban a su rostro de una notable viveza y asomaban por debajo de su cabello primorosamente peinado a la moda, dividido en dos

bandós, y adornado con una pequeña joya. Por otra parte, en los días que Consuelo había permanecido en el campo, sus paseos al aire libre le habían regalado unos ligeros reflejos dorados en su cabello y un color más saludable en su rostro, sonrosando sus mejillas y salpicando su nariz con algunas pecas. Este hecho le había costado una seria reprimenda de su madre, que le reprochó con disgusto que su cutis se asemejaba más al de una campesina que al de una dama de una posición como la suya.

Tras dar buena cuenta de las exquisiteces gastronómicas del evento nupcial, Ignacio, apoyado en un árbol, examinaba desde la distancia a las jóvenes que se hallaban en la fiesta, que habían salido en desbandada hacia la pista de baile al oír los primeros compases de una cuadrilla. Viéndolas moverse y cambiar de pareja, se fijaba en una cabeza morena allí, un rostro especialmente bonito allá, unos hombros pálidos, unos brazos delicados... Se preguntaba si alguna de esas muchachas sería la misteriosa enmascarada. Con todo, no podía impedir que sus ojos volvieran de manera irremediable a Consuelo, como si no diera crédito a lo que veía y tuviera que comprobar una y otra vez que aquella hermosa mujer era la joven que él conocía desde hacía años. Sencillamente, no podía dejar de admirarla.

Una dulce voz a su espalda interrumpió sus pensamientos.

—¿Le importaría fingir que quiere bailar conmigo?

Se volvió para encontrarse de frente con una de las hermanas gemelas de Amelia.

—¿Disculpe? —dijo él desconcertado por una pregunta tan peculiar.

—No nos han presentado todavía y he decidido hacerlo yo misma, aunque sé que no debería —admitió sonriendo de forma traviesa—. Mi nombre es Carlota Osorio, soy una de las hermanas de Amelia —anunció la joven, saltándose a la torera las normas sociales más básicas.

—Un placer conocerla —correspondió Ignacio haciendo una inclinación, y sonrió con sinceridad ante aquel comportamiento tan inusual y atrevido para una jovencita—. Mi nombre es Ignacio Martel.

—Ya sé quién es —replicó con gesto resabiado—. He venido a proponerle que me pida un baile.

Ignacio la miró de arriba abajo. Hasta él, que era ajeno al mundo aristocrático y a sus normas, sabía que la asistencia de una joven a una boda antes de ser presentada en sociedad era aceptable, pero siempre y cuando se comportara de manera adecuada y discreta. Es decir, todo lo contrario de lo que acababa de hacer Carlota Osorio, y además...

—¿No debería ir acompañada por un adulto?

—Así es. La encargada de vigilarme en todo momento como un dragón es mi tía Gertrudis.

—¿Y dónde está su tía? —le preguntó mirando alrededor y constatando que la muchacha estaba sola.

—Me he visto obligada a darle esquinazo para poder acercarme a hablar con usted. Y ahora que no tengo quien me ampare —argumentó, dotando a sus ojos de una expresión de cervatillo desvalido—, he pensado que, ya que es evidente que usted sí es mayor de edad, podría tener la gentileza de acompañarme a la pista de baile.

Francamente sorprendido por el descaro de aquella muchacha que era casi una niña, apretó los labios para reprimir una carcajada.

—Me temo que no sé bailar muy bien —se disculpó él, que no tenía ninguna gana de moverse de donde estaba.

—No se preocupe —dijo cogiéndole del brazo con desparpajo—. El siguiente baile será un vals y los pasos son muy fáciles. Yo le enseñaré. —Percatándose de que él no parecía muy convencido se decidió a añadir—: Hágame usted este favor, se lo ruego; aunque he recibido

muchas lecciones, todavía no he tenido la oportunidad de ponerlas en práctica en un baile de verdad.

Dando por hecho que ella no aceptaría un no por respuesta y que sería una grosería rechazarla, además de una crueldad, la acompañó a la improvisada pista de baile en medio del jardín. Vio que allí también se encontraba Consuelo, acompañada por un joven de tez congestionada y cabellos desordenados de un rubio pajizo, cuya fisonomía le hizo sospechar al punto que se trataba de un caballero extranjero.

El vals comenzó y Carlota, marcando el compás de tres por cuatro en voz alta, consiguió guiar a Ignacio por la pista con destreza, igual que una experta profesora de baile. Ciertamente, a Ignacio le dio la impresión de que aquella danza era bastante sencilla.

—Tiene usted facilidad para el baile —le dijo con una sonrisa amable, como si ella fuera la maestra y se estuviera dirigiendo a su alumno más aventajado.

A medida que giraban y se cruzaban con otras parejas, Ignacio no podía evitar desviar la vista hacia ellas, tratando de encontrar a Consuelo entre toda aquella gente en movimiento. En el momento en que al fin se cruzaron, Ignacio pudo ver como Consuelo tenía los ojos fijos en su acompañante y le sonreía con dulzura. Esa visión le hizo vacilar un poco en sus pasos de baile y pisó sin querer a Carlota.

—Siempre que baile el vals debe mirar a su pareja a los ojos —le regañó sonriendo, sin rastro de enfado.

—Perdóneme —se disculpó—. Me he distraído.

—Ya me he dado cuenta de qué es lo que le distrae tanto. —Carlota le sonrió de nuevo con gesto burlón, percatándose del motivo de su tropiezo, y en seguida le dedicó un guiño de complicidad, queriendo indicarle que su secreto estaba a buen recaudo—. Créame cuando le digo que le comprendo, señor Martel, pero, no obstante debo reprenderlo. Solo un poquito.

—¿Por qué razón?

—Porque con esos ojos que Dios le ha dado —dijo clavando la mirada en sus iris azules con una osadía que lo sorprendió de nuevo— sería un crimen que privara a su pareja de baile del placer de contemplarlos.

A Ignacio, esa chiquilla descarada y muy poco sutil que no había tenido ningún reparo en piropearle empezaba a caerle simpática.

Después de lo que le pareció una eternidad, ya que el vals le resultó fácil pero también monótono y terriblemente largo, la orquesta dejó de tocar, y apenas las parejas se detuvieron, Ignacio pudo ver que Consuelo había terminado de bailar junto a ellos. Tenía las mejillas arreboladas por el esfuerzo y los ojos brillantes, y con su boca ligeramente entreabierta, trataba de recuperar el aliento jadeando con suavidad. De forma inconsciente, volvió la cara y sonrió al mirarlo. Durante esos instantes, pensó que ella era lo más hermoso que había visto nunca y lo miraba con una expresión tan radiante de júbilo que hizo que se estremeciera. Le atravesó el pecho una punzada aguda, acompañada de una emoción que se encontraba a todas luces fuera de lugar.

Ignacio se obligó a reconducir sus pensamientos y se preguntó si ella ya se habría olvidado de lo que fuera que la hubiese molestado. Entonces, algo cambió en el gesto de Consuelo e Ignacio sintió durante un segundo el azote de sus ojos verdes para, acto seguido, ser testigo de cómo un velo de indiferencia cubría sus pupilas. De inmediato apartó la vista lo mismo que si no pudiera soportar mirarle ni un segundo más. Ignacio se sintió profundamente desmoralizado, considerando cómo demonios iba a solucionar aquella desavenencia entre ellos si ni siquiera sabía la razón por la cual le guardaba tanto rencor.

Al atardecer, en tanto que los convidados quedaron hastiados de comer en exceso y agotados de tanto bailar, poco a poco fueron retirándose, la mayoría partiendo de vuelta a Madrid. El resto, los pertenecientes al círculo más íntimo de los novios, se alojarían en la quinta al menos una semana más.

Dado que habían decidido posponer el viaje de novios debido al secreto embarazo de la, ahora sí, duquesa de Almansa, Amelia y Leonardo habían convenido que, en el transcurso de la boda y los días sucesivos, acogerían a las familias de ambos en la quinta. Los amigos de Leonardo, en cambio, se alojarían en la casa de invitados que había diseñado el propio Leonardo hacía ya dos años y que había ordenado construir en el otro extremo del jardín. El edificio servía para alojar a un gran número de visitantes que era imposible acoger en la quinta, que en su día se proyectó con unas dimensiones bastante moderadas. Queriendo respetar las proporciones de la construcción original, Leonardo había pensado que era mejor idea levantar un pequeño edificio aparte, con todas las comodidades con las que contaba el primero.

Cuando el servicio estaba recogiendo e Ignacio se disponía a retirarse a su habitación en la casa de invitados, vio a Consuelo y a Amelia sentadas en un banco del jardín y se acercó a ellas.

—¡Ah!, señor Martel —lo llamó Amelia al verle aproximarse—. Apenas lo he visto durante la boda. Acérquese y tome asiento junto a nosotras.

—Por favor, llámeme Ignacio —dijo él con amabilidad mientras se acomodaba al lado de Consuelo—. Es normal que no me haya visto en todo este tiempo. ¡Nunca había acudido a una celebración con tantos asistentes! Comprendo que la hayan mantenido a usted muy ocupada.

Leonardo, que llevaba ya un buen rato yendo y viniendo, dando instrucciones al servicio, se unió a ellos cruzando el jardín.

Consuelo se levantó de su asiento y pasó los brazos alrededor de la cintura de Leonardo con cariño.

—Supongo que se acabó —se lamentó con un largo y exagerado suspiro—. Mi compañero de fechorías ha sentado definitivamente la cabeza.

Ignacio sintió un incomprensible aguijonazo de celos. No solo por cómo Consuelo rodeaba con sus brazos a Leonardo, sino por esa complicidad que ambos compartían desde hacía años. Sintió unas ganas irracionales de levantarse del banco de un brinco y de dar un paso al frente, ofreciéndose a tomar el relevo como su compañero de correrías.

—Si piensas que pretendo convertirme en un marido soso y aburrido estás muy equivocada —replicó Leonardo—. No veo por qué no podemos seguir haciendo de las nuestras alguna que otra vez —dijo con una sonrisa pícaro dándole un beso en la sien.

—Estoy segura de que algo se os ocurrirá —dijo Amelia con una carcajada.

—¿Vamos dentro, Amelia? Creo que deberíamos descansar un poco. Ha sido un día agotador —dijo Leonardo acercándose a su mujer y depositando un suave beso en su cabello oscuro.

Amelia hizo un pequeño mohín. Estaba exhausta, con los pies doloridos de tanto bailar y el pelo revuelto y áspero por el polvo; y pese a que era muy consciente de que necesitaba un baño caliente, en el fondo no tenía ninguna gana de dar por terminado aquel día tan feliz. Se levantó de su asiento fatigosamente.

—Bueno, Ignacio. Me figuro que estaría feo romper la promesa de obediencia que le he hecho a mi marido en nuestro primer día de casados, así que no me queda más remedio que retirarme a descansar. —Amelia se levantó de su asiento con cara de resignación pero le guiñó un ojo al señor Martel—. Ahora bien, no me olvidaré de que todavía queda pendiente una charla entre usted y yo —le dijo con afabilidad.

Consuelo e Ignacio se despidieron de los recién casados y los siguieron con la vista desde su asiento presenciando cómo de improviso, a medio camino de la casa, Leonardo levantaba a Amelia en brazos. Ella no logró reprimir un chillido agudo para luego estallar en carcajadas. Mientras veían a Leonardo y Amelia alejándose, Consuelo no pudo evitar que le asaltase una repentina melancolía. Ignacio, que la miraba de reojo, se dio cuenta de cómo su expresión se ensombrecía.

—¿Estás bien, Consuelo? Pareces un poco abatida... —hablaba despacio, con extrema cautela, temiendo que cualquier palabra que dijera pudiera ser malinterpretada por Consuelo y volviera a enojarse con él.

—¿Crees que algún día yo encontraré algo así? —preguntó con tristeza.

Ignacio siguió la dirección de su mirada y vio que se refería a Leonardo y Amelia.

—¿Y por qué no? —intentó mostrarse convincente, pero se notaba que en su tono había cierto escepticismo—. Eres una joven bonita e inteligente y hoy has sido la muchacha, junto con la señorita Claudia, que más caballeros tenía revoloteando a su alrededor.

—Me ha parecido que ninguno merecía la pena —reconoció ella con desánimo.

Ignacio, por el contrario, sintió un alivio inmediato al oírle decir aquello.

—¿Y cómo puedes saberlo? —dijo él con una risa suave—. Apenas has tenido tiempo de conocerlos.

—Porque ninguno de ellos ha dicho una sola palabra que haya conseguido llegar hasta mí.

—Si tuvieras que elegir una palabra, ¿cuál sería? —preguntó él sonriendo y, viendo que ella apretaba el ceño, supuso que no le había comprendido y reformuló su pregunta—. Si alguien se acercase a ti y te susurrase al oído una sola palabra, una sola, que hiciera que le abrieras tu corazón ¿Cuál sería esa palabra?

—Nunca lo había pensado...

Consuelo estaba un tanto desconcertada por la pregunta. Se dio cuenta de que aquella conversación era la más íntima que había tenido con Ignacio desde... siempre. Incómoda por esa inesperada familiaridad, comenzó a trazar dibujos con sus zapatos sobre el suelo de tierra mientras hablaba con la mirada fija en su regazo.

—Creo que ninguna concreta, pero desde luego no sería «hermosa» o «bella» —reconoció con una risita, recordando los piropos insulsos que le habían regalado unos cuantos jóvenes durante la boda—. Me gustaría pensar que alguien podría dedicarme un halago un poco más sofisticado.

—Estoy seguro de que hoy no les habría costado mucho encontrarlo. Estás imponente.

Se sorprendió a sí mismo al oírse decir aquello y pensó, un poco avergonzado, que quizá había empleado un calificativo un tanto inapropiado para brindárselo a una señorita de buena familia. No obstante, al decirlo en voz alta, se dio cuenta de que no exageraba. Ese día, nada más distinguirla entre un mar de invitados, había causado en él un profundo impacto.

—Tu estancia en el campo te ha sentado muy bien —se apresuró a añadir él, intentando suavizar el calificativo anterior.

—Gracias —dijo bajando la vista y sintiendo como se sonrojaba.

Ignacio la miró de reojo. Era cierto que nunca la había visto tan hermosa como aquel día y nunca se había fijado en que tuviera una figura tan deliciosa. No poseía la complexión flacucha y enfermiza que había imaginado debajo de sus vestidos anchos. Era esbelta. Si bien gozaba de ese tipo de esbeltez a la que la naturaleza ha concedido generosas curvas en los lugares adecuados. Tenía unos hombros muy hermosos, que jamás había advertido hasta ese momento, y su clavícula desembocaba en un escote sorprendentemente maravilloso. Obligándose a levantar la

vista hasta su rostro la contempló hechizado y estimó que, bañada por los últimos rayos dorados del atardecer, el conjunto era casi... sublime.

Al darse cuenta de que su mente comenzaba a internarse en terreno peligroso, se concentró en algún punto en el horizonte. Ignacio se reprendió a sí mismo por cometer la estupidez de bajar la guardia. Sentía la imperiosa necesidad de volver a adoptar esa actitud distante en la que se refugiaba y que le hacía sentirse a salvo de las emociones que le provocaba Consuelo. De la agitación que sentía en cada fibra de su ser siempre que ella andaba cerca y que hasta ahora había logrado sofocar con éxito.

Cuando volvió la vista hacia él y comenzó a hablar de nuevo, Ignacio apreció en su semblante un rastro de profunda decepción.

—Por otra parte —siguió explicándose Consuelo, ajena a los pensamientos que asaltaban a su compañero de asiento—, sospecho que no depende tanto de las palabras que le dediquen a una sino de quién las pronuncie —en ese momento decidió que ya había hablado suficiente—. Y para ti ¿cuál sería esa palabra? —se interesó, devolviéndole la pregunta.

Ignacio se paró a pensar unos instantes.

—No sé si podría escoger una sola palabra, aunque supongo que una mujer podría llegar hasta mí con varias palabras que encerraran una promesa.

—¿Como una promesa de amor eterno? —se le ocurrió a Consuelo.

Su pregunta le hizo soltar una muy sonora risotada, a pesar de que en sus ojos había una expresión triste de desencanto.

—Sería una promesa mucho menos romántica y mucho más fácil de cumplir. Una promesa de algo más... tangible.

—¿Como un beso? —volvió a preguntar ella con una fingida naturalidad a pesar de que su pulso estaba comenzando a adquirir un ritmo más que apresurado.

—La promesa de un beso no sería un mal comienzo...

Consuelo se volvió para mirar a Ignacio y no pudo remediar que sus ojos permanecieran fijos en su boca. Nunca había contemplado tan de cerca aquellos labios bien delineados que le recordaban a las reproducciones de esculturas clásicas que tantas veces había bosquejado a carboncillo en sus cuadernos de dibujo. De ningún modo había reparado en el aspecto de sus labios con tanto detalle y en ese momento, en que los estudiaba con curiosidad, sintió la tentación de alargar la mano y acariciarlos con la punta de sus dedos. Tomando conciencia de que esa boca suave y cálida había estado sobre la suya días antes se revolvió en su asiento, descubriéndose súbitamente nerviosa. Experimentaba una gran variedad de emociones contradictorias, y se dio cuenta con disgusto de que su propósito de olvidar a Ignacio Martel de una vez por todas le iba a resultar mucho más difícil de lo que había previsto. Desde luego, suspiró resignada, no lo lograría aquella noche. Con todo, volvería a intentarlo a la mañana siguiente. Lo intentaría una y otra vez, sin descanso, hasta que consiguiera dejarlo atrás. Si había un rasgo definitorio de su carácter, pensó esperanzada, ese era, sin lugar a duda, la perseverancia. Y su intención era precisamente esa, perseverar hasta lograr extinguir todos los sentimientos que habían ido floreciendo en su corazón durante años. Había resuelto arrancarlos uno a uno como si de malas yerbas se tratasen.

—¿Y no has encontrado entre tantas invitadas alguna que te hiciera una promesa? —le preguntó, esforzándose por imprimirle a su voz un tono de indiferencia al tiempo que trataba de apartar de su mente los besos de aquel hombre.

—Ni una sola —dijo él, riendo—. Además, la única joven con la que he bailado debía tener unos quince años.

Rieron a la vez, pero enseguida la sonrisa de Consuelo volvió a esfumarse.

—Supongo que estarás acostumbrado a que muchas mujeres te hagan promesas y, sin embargo, dudo mucho que esas promesas sean sinceras...

—No sé a qué te refieres —dijo él, mirándola con la expresión de quien intenta descifrar un enigma.

—Claro que no lo sabes —replicó con tono seco, dejando escapar el aire de forma entrecortada y sintiendo un desánimo inmensurable.

Ignacio seguía sin comprender a qué se debía el extraño comportamiento de Consuelo, pero mucho menos podía imaginar que esas últimas palabras respondían a un episodio de su vida que le había provocado a la joven un hondo sufrimiento. El día en que ella, vestida como un muchacho, se había topado con Ignacio en una taberna de Madrid y, más tarde, acompañando a sus compañeros de la Academia hasta un burdel cercano, había vuelto a encontrárselo, esta vez en brazos de otra mujer. Una prostituta con el pelo castaño y los ojos verdes, que le había hecho desear por un instante ocupar su lugar, justo antes de salir huyendo de allí. Consuelo pensó apesadumbrada que, aunque el dolor que le había causado aquella imagen era agua pasada, el pasado aún tenía un perverso poder. El de regresar una y otra vez para hacerle daño.

Sus ojos se humedecieron hasta tal punto que a Ignacio no le pasó desapercibido. Se volvió en su asiento para mirarla de frente y le tomó la cara con ambas manos, con tanta suavidad que Consuelo atribuyó ese comportamiento a su supuesta enfermedad, puesto que la sostenía como lo haría con un objeto muy frágil. No era tal. En el fondo, la percepción de Ignacio era la de alguien que está tocando una mercancía de un valor incalculable que ni por asomo le está permitido tocar. Lo único en el mundo que deseaba y que toda su fortuna no podía comprar y que se había convertido en un anhelo... prohibido.

—Consuelo... ¿por qué estás así?, ¿qué es lo que te preocupa? —le susurró, esforzándose por que el sonido de su voz emergiera a pesar del nudo que le presionaba la garganta.

La respuesta a su pregunta fue una lágrima resbalando por su mejilla pese al intento desesperado que hizo por retenerla, apretando los ojos con fuerza. La joven movió la cabeza de un lado al otro, sintiéndose incapaz de contestar nada. Permaneció con los ojos cerrados y los labios sellados, sin poder reunir fuerzas suficientes para sostener la mirada de Ignacio ni pronunciar una sola palabra.

—Todo esto es... es... ¿por un hombre? —aventuró él con un hilo de voz.

Le dio la impresión de que una sacudida la recorría de arriba abajo, y la rigidez se apoderaba de su cuerpo.

—Es eso... —murmuró él con sorpresa, apartando las manos de su rostro y dejando caer sus brazos como si de pronto le hubieran abandonado las fuerzas.

La revelación de que el comportamiento de Consuelo se debía a que amaba a un hombre que la hacía sufrir lo dejó sin aliento. Durante la siguiente fracción de segundo sintió el mordisco de los celos y se preguntó quién sería. Y a lo largo de la siguiente sintió el impulso de ir a buscarlo y propinarle un buen puñetazo en la cara por hacerla llorar. ¡Dios Santo! No podía soportar verla padecer de aquella manera. Se aflojó la corbata, sintiendo que se ahogaba. Dudó un segundo, antes de acercar una mano de nuevo hacia ella para arrastrar con el pulgar otra lágrima que se deslizaba hacia su cuello y hacerla desaparecer.

—Ese hombre... —sacó fuerzas de flaqueza para hacerle una pregunta que no querría haberle hecho nunca bajo ningún concepto—. ¿Ha sido desconsiderado contigo? ¿Te ha hecho... algún daño?

Ella negó enérgicamente con la cabeza en cuanto comprendió lo que trataba de preguntarle

Ignacio. Aunque, en realidad, la respuesta era un sí rotundo. Sí. Le había hecho daño siempre que la había mirado con frialdad sin ninguna razón aparente. Le había hecho daño todas y cada una de las veces que la había ignorado de forma deliberada. O en cada ocasión en que adivinaba un tenue vestigio de furia en sus ojos azules, como si estuviera enojado con ella por algún motivo que no llegaba a comprender. O cuando esos mismos ojos daban muestras de no verla a ella sino a través de ella, haciéndola sentir invisible, como un espíritu en lugar de la mujer de carne y hueso que era. Con un corazón que le latía dentro del pecho y que parecía detenerse un instante en el momento en que se percataba de la presencia de Ignacio. El mismo corazón que se había hecho añicos en el instante en que le había visto apoderarse de la boca de aquella prostituta con un beso lujurioso. Le llevó meses lograr recomponer con esfuerzo los pedazos. Había conseguido unirlos de nuevo, hilvanándolos con una hebra frágil, retorcida con cuidado a partir de los recuerdos más hermosos que conservaba de él ¿Y todo para qué? Para volver a amarlo de nuevo como una estúpida. Porque era muy consciente del hecho de que era cuestión de tiempo que él le rompiera el corazón de nuevo.

—Pues sea lo que sea lo que ha sucedido —continuó Ignacio—, ningún hombre merece que derrames una sola lágrima por él, ¿me oyes?

—Estoy de acuerdo contigo. No lo merece —musitó acompañando sus palabras de un suspiro.

Era cierto. Nada ni nadie merecía el sufrimiento por el que había pasado y que a menudo le hacía sentir que estaba a punto de quebrarse. Aquello tenía que acabar y ella era la única persona que podía ponerle fin.

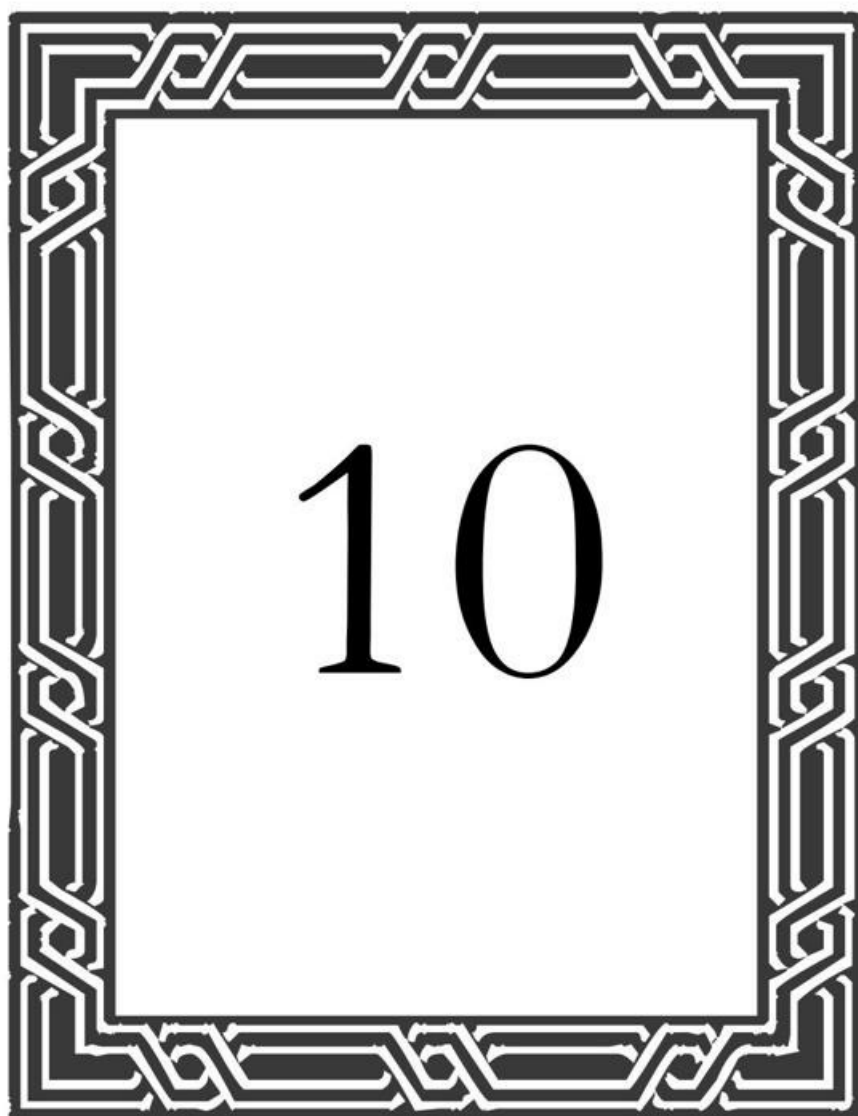
—Estoy decidida a olvidarlo, ¿sabes? —le confesó casi sin querer.

—Sin duda alguna, es una sabia decisión. Alguien que te hace sentir tan desgraciada no es digno de que le dediques ni un solo segundo de tus pensamientos.

Él le sonrió débilmente, con una ternura infinita encerrada en ese gesto, y Consuelo lo maldijo por dentro. ¿Por qué razón tenía que ser amable con ella justo ahora que tenía el firme propósito de olvidarlo? Habría sido mucho más fácil borrar su recuerdo si hubiera seguido comportándose como el aborrecible y gélido Ignacio de los últimos meses. Sintió en las entrañas la urgencia de alejarse de él de inmediato, antes de que su corazón comenzara a traicionarla de nuevo.

—Creo que será mejor que me vaya a descansar. Ha sido un día muy largo —dijo levantándose a toda prisa.

Deseándole buenas noches, sin apenas mirarle, Consuelo se alejó de allí arrastrando los pies. Se movía con desánimo, como un alma en pena a la que, a cada paso que daba, la frenara una pesada cadena. Ignacio sintió una ráfaga de dolor al verla marcharse así. Resistió el impulso de correr hacia ella y abrazarla para borrar de un plumazo esos sentimientos amargos que le provocaba aquel imbécil del que se había prendado. Porque en verdad tenía que ser un imbécil, sin lugar a duda, para no amar a una mujer tan maravillosa como ella.



La mañana del día siguiente a la boda transcurrió tranquila, con los invitados que habían decidido permanecer en la quinta un tanto desperdigados. Algunos descansaban, reponiendo fuerzas en sus habitaciones tras la intensa celebración del día anterior y otros, los más enérgicos, disfrutaban de un paseo por los jardines de la finca. Más tarde, unos y otros se reunieron para comer y, cuando terminaron, por sugerencia de Amelia, todos los comensales, tanto hombres como mujeres, se trasladaron al salón azul. Allí se formaron grupos en la zona de los sofás, alrededor del piano y, por último, en torno a una de las mesas para empezar una partida de cartas. Ignacio, que prefería el ajedrez a las cartas, se acercó a una pequeña mesa de juego, situada junto a la ventana, cuya parte superior comprendía un tablero realizado en taracea con maderas de diferente color, que siempre estaba dispuesto para una partida. Preguntó si alguien de los allí presentes se animaba a disputar una partida contra él, ya que no parecía que hubiese ningún voluntario. La mayoría daba muestras de preferir las cartas y Leonardo, que era quien

acostumbraba a ser su oponente, estaba ocupado sentado al piano haciéndose cargo de amenizar la sobremesa.

—Justo hace un momento Consuelo me comentaba lo mucho que disfruta del ajedrez ¿no es así? —intervino Amelia con una sonrisa, dirigiéndose a su amiga—. Quizá deberías aprovechar la ocasión para jugar una partida con Ignacio. Corremos el riesgo de que se aburra mortalmente si se ve obligado a tomar parte en nuestra sesión de tresillo.

Consuelo la censuró con la mirada. No tenía ninguna gana de medirse con Ignacio en una partida de ajedrez, ni siquiera se sentía a gusto estando en la misma habitación que él, y Amelia lo sabía. ¿Por qué diablos la había puesto en aquel compromiso? Ahora parecería una descortesía negarse.

—Está bien —contestó con un gesto apático—, pero no esperes encontrar una gran adversaria en mí —añadió dirigiéndose a él.

Se sentaron uno frente al otro y, nada más hacerlo, Consuelo le dio la vuelta al tablero.

—Prefiero jugar con negras, si no te importa.

Ignacio pensó que era extraño que renunciara a la ventaja que le había proporcionado ofreciéndole las piezas blancas para que fuese ella quien comenzara a mover, pero no trató de disuadirla. Suspiró desganado, pensando que ella no tenía ninguna gana de presentar batalla y que aquella partida sería tan fácil que acabaría casi antes de empezar.

Ignacio comenzó a mover y entendió que Consuelo arrastraba sus peones con desinterés. Además, le dio la sensación de que imitaba sus movimientos sin una estrategia propia, igual que si jugara en espejo, y reproducía cada jugada del rival sin asumir riesgos como haría alguien inexperto.

Sin embargo, justo cuando empezaba a pensar que la partida resultaría un aburrimiento, Consuelo rompió esa correspondencia moviendo el caballo hasta una posición que Ignacio no esperaba. Él situó uno de sus alfiles en un extremo del tablero y miró a Consuelo.

La joven había cambiado el gesto y tenía aspecto de estar más concentrada, estudiando las piezas con el ceño fruncido, y él no pudo evitar encontrar aquella expresión adorable. Recordaba a la perfección que ese era el aspecto que tenía cuando la contemplaba pintando acuarelas, ensimismada, hacía ya muchos años. Y era ese mismo gesto el que siempre le había provocado unas ganas inexplicables de besar la línea que se formaba en su entrecejo, pensando que sería hermoso conseguir difuminarla y que en su rostro apareciera una sonrisa en su lugar. Consuelo levantó la cabeza un segundo y se dio cuenta de que él la estaba analizando de una forma inusual, de una manera tan íntima que le dio la sensación de que la acariciaba con la mirada. Se movió intranquila en su silla y, estudiando bien su próxima jugada, decidió avanzar con el caballo.

Cuando Ignacio movió un peón, una sonrisa maliciosa asomó a los labios de Consuelo y asió uno de sus alfiles.

—Jaque —dijo al tiempo que lo dejaba sobre el tablero. Pronunció aquella palabra con una inexplicable satisfacción, casi como un insulto o una bofetada en la cara de su adversario.

Ignacio miró desconcertado el alfil que amenazaba su rey. Decidió entonces desplazar uno de sus alfiles delante del rey para defenderlo de la pieza que representaba una amenaza.

—Jaque —volvió a decir ella moviendo su caballo comiéndose un peón en su avance. Luego sonrió, sintiéndose muy satisfecha consigo misma. Había merecido la pena verbalizar esos dos ataques a Ignacio a pesar de que en el proceso hubiera tenido que sacrificar uno de sus caballos.

Ignacio sonrió sorprendido. Estaba claro que la había subestimado. Consuelo era una

contrincante mejor de lo que esperaba.

Ella alzó la vista, y durante un instante lo observó con una mirada limpia, indicándole que era su turno y, al contemplarla, Ignacio se sintió súbitamente desconcertado. Aunque había visto infinidad de veces los ojos de Consuelo, esa vez, le atravesó una sensación inexplicable de haber vivido ese mismo momento en el pasado. Esos ojos verdes... en algún lugar insólito... Su mente se afanó por traer a la memoria un rastro que no conseguía identificar. La imagen era poderosa, pero el recuerdo tan difuso que acabó por esfumarse en cuanto aquella expresión desapareció de los ojos de Consuelo y estos se tornaron fríos e indiferentes.

—Tengo una extraña sensación últimamente... —comentó él devolviendo su atención al tablero.

—¿Debería importarme cuál es? —preguntó ella, fingiendo que se centraba en la partida, en un tono tan impertinente que cualquiera lo habría considerado una grosería. Más que haciéndole una pregunta, daba la impresión de que le estuviera lanzando un dardo envenenado.

Absortos como estaban en la partida y en la conversación, no se percataron de que Amelia se aproximaba a ellos.

En su recorrido, justo antes de llegar a la mesa de juego, los pies de Amelia se enredaron con un colgante de plata que se encontraba en el suelo y, dando por hecho que a alguien se le había caído, se agachó a recogerlo.

—¿De quién es este guardapelo? —preguntó mientras lo examinaba con atención y, de forma automática, se dispuso a abrirlo.

—¡No, por favor, no lo abra! —exclamó Ignacio al verlo, saltando de un brinco de su asiento, visiblemente alterado.

—¿Es suyo? Perdóneme, no pretendía ser curiosa, solo quería ver si el interior me daba alguna pista sobre quién era su propietario —le explicó, entregándoselo con una sonrisa amable.

—Sí, es mío. Gracias —dijo tomándolo en sus manos y esforzándose por que su tono sonase muy sereno para compensar el impetuoso arranque anterior—. La verdad es que la cadena está defectuosa y no cierra bien. Tendré que hacer algo para solucionarlo —dijo dirigiéndole a Amelia una sonrisa forzada y guardando el colgante en uno de sus bolsillos.

Consuelo contemplaba a Ignacio con actitud destemplada. Había quedado más que patente la inquietud de Ignacio frente a la posibilidad de que Amelia pudiera ver el interior de ese medallón. Sintió una punzada de celos ante la perspectiva de que contuviera el retrato de alguna dama que ocupase un lugar especial en su corazón o quizá, se le ocurrió, un obsequio más personal, como un mechón de pelo que le hubiera entregado como recuerdo. Hasta ese momento, Consuelo ni siquiera había considerado que Ignacio tuviera en su vida alguna pasión que no fueran sus negocios y se dio cuenta de que ni siquiera se había permitido pensar sobre ello. Solo el hecho de plantearse que pudiera ser así le hacía sentirse ahora como una verdadera idiota. ¿Podría ser que durante todos esos años en que ella no le había olvidado él hubiera estado enamorado de otra mujer? Aquella probabilidad la entristecía y la enfurecía por igual. La invadió un antojo muy poco cristiano, totalmente impropio de una señorita de buena cuna, de barrerlo de la faz de la tierra para mandarlo derecho al infierno.

—Vamos a salir a dar un paseo por la finca —les comunicó Amelia a ambos—. ¿Nos acompañáis y os tomáis un descanso? Podéis continuar la partida más tarde.

—No, gracias —dijo Consuelo muy seria, sin apartar la vista del tablero. Ahora con más razón, ardía en deseos de derrotar a Ignacio.

—Ya has oído a la señorita —mantuvo él sonriendo a Amelia y encogiéndose de hombros.

El resto del grupo abandonó la habitación y Consuelo e Ignacio se quedaron frente a frente,

con su interés enfocado en las piezas de ajedrez. Ignacio volvió a mover y Consuelo hizo lo propio.

—¿A que hueles? —preguntó Ignacio de forma distraída en tanto que examinaba el tablero.

—¿Mmm? ¡Ah!, debe ser el perfume que me ha prestado Amelia. Me olvidé de traer el mío.

—No, no es eso —dijo, levantando la vista hacia ella—. Es otro tipo de olor, un rastro de un olor fuerte. Y huele cada vez que mueves las manos.

Diciendo esto, le sujetó la mano con la que acababa de mover la pieza en el tablero y la acercó hacia él, rozando la parte interior de la muñeca con la nariz. Consuelo juraría que con aquel ligero roce su corazón había dejado de latir. Y notó con disgusto como se acaloraba. Estaba claro que su decisión firme de olvidar a Ignacio Martel acababa de irse al traste de nuevo. Molesta, no pudo evitar maldecir a ese hombre para sus adentros.

—¿Qué es? Lo he oído antes, aunque no recuerdo dónde...

—¡Ah! —exclamó ella, entendiendo a lo que se refería—. Es trementina. Es un olor... difícil de eliminar —añadió incómoda mientras tiraba para soltarse de la mano que sujetaba la suya.

—¿Y para qué utilizas trementina?

—Para pintar al óleo —reconoció con fastidio después de intentar encontrar cualquier otra explicación, sin éxito, ya que su cerebro había perdido la capacidad de funcionar con normalidad.

—¿Ya no pintas acuarelas? —preguntó Ignacio mirándola y Consuelo tuvo la sensación de que la pregunta encerraba cierta tristeza.

—¿Esas acuarelas tan cursis que hacía cuando era una niña? —dijo con un desdén forzado y acto seguido concentró su atención en una de sus torres.

—No conservo muchos recuerdos de aquella época, pero sí que guardo en la memoria tu imagen pintando acuarelas en la cama cuando estabas enferma. Y no eran en absoluto cursis. Al menos a mí me gustaban.

—¿De veras? —preguntó ella con un tono sarcástico que Ignacio decidió pasar por alto.

—También tengo un ligero recuerdo de que, los días que te encontrabas peor y no podías salir, te llevaba flores hasta tu habitación y te las dejaba en el alféizar de la ventana ¿Te acuerdas de eso?

Levantó la vista y, viéndole sonreír con dulzura, a Consuelo le pareció descubrir de nuevo a aquel Ignacio que había conocido hacía años. Y también supo que si seguía mirándola de esa manera podría morir de amor allí mismo. ¡Maldito fuera ese hombre! Furiosa, pensó que no iba a ser tan tonta como para volver a caer en una trampa que se empeñaba en tenderse a sí misma por enésima vez. A pesar de la ausencia de testigos, descartó el arrojarle a la cara, una por una, todas las piezas del tablero. No obstante, tenía que trazar una línea que pusiera distancia entre ambos. Una distancia del tamaño de un océano.

—No —contestó contundente.

—¿No te acuerdas? —preguntó él con una mezcla de sorpresa y decepción en su voz.

—¿Acaso debería recordar las atenciones de cada muchacho vulgar que no ha significado nada para mí? —le escupió con intención hiriente.

En cuanto esas palabras crueles abandonaron sus labios, Consuelo se arrepintió de haberlas pronunciado, incluso antes de ver el efecto devastador que causaron. Pero ya era demasiado tarde. Advirtió con amargura cómo aquel dardo había acertado en el blanco y había herido a Ignacio de una forma retorcida. Y ahora que había conseguido hacerle daño, Consuelo no encontró el alivio ni la satisfacción que esperaba. En cuanto se habían sentado frente a frente,

había deseado con todas sus fuerzas molestarlo, irritarlo tanto como lo estaba ella. Como llevaba estándolo durante meses. Por ese trato frío y distante que tanto le dolía. Por aquella indiferencia que la hería una y otra vez en lo más profundo de su alma. Reparó en que el cuerpo de Ignacio se ponía rígido, los hombros tensos, como si esperara el siguiente golpe; y sus ojos, que a pesar de su color azul vibrante asemejaban en ese momento dos pozos oscuros, reflejaban una desolación que nunca había visto en ellos. Cuando se dio cuenta de que brillaban en un esfuerzo por contener las lágrimas, Consuelo sintió también unas irrefrenables ganas de llorar.

Profundamente abatida, las piezas del tablero comenzaron a desdibujarse ante su vista. Y en ese momento, decidió mover su torre para comerse un peón insignificante, descuidando a propósito la jugada importante, en la que la dama avanzaba en diagonal para proteger a su rey. Un movimiento sin sentido que le daba la oportunidad a Ignacio de mover su dama y darle jaque mate.

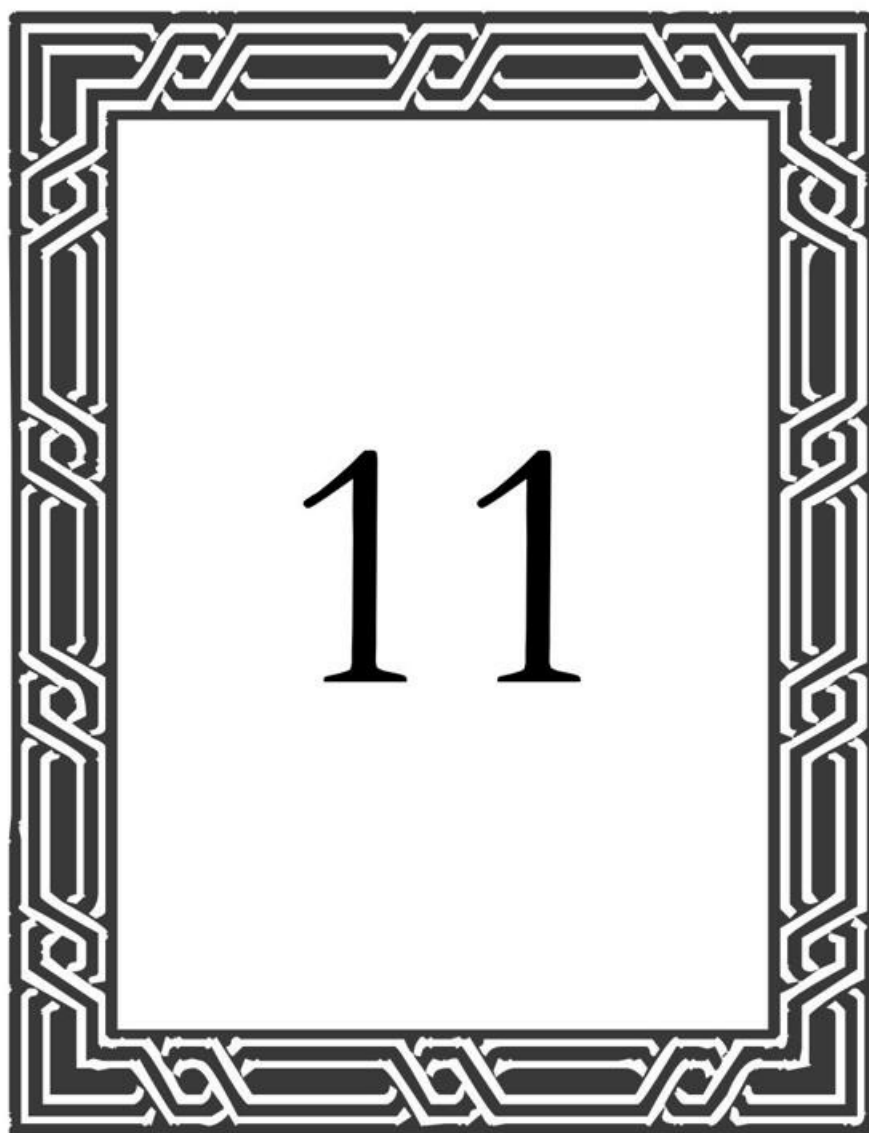
—Eso ha sido innecesario. Además de una estupidez —declaró él con voz ronca.

—Lo sé ... y lo siento —acertó a decir ella extendiendo su brazo y poniendo su mano sobre la de Ignacio, tratando así de suplicarle perdón.

Ignacio retiró su mano con lentitud, para que ella dejara de tocarle.

—No me gusta que me insulten —expresó con una voz glacial—, pero si hay una cosa que no soporto en absoluto es que me compadezcan.

En tanto pronunciaba esa frase, devolvió la torre de Consuelo así como su peón a su posición anterior, invalidando aquella jugada ridícula y, levantándose, sin decir una palabra más, abandonó la habitación.



Durante toda la tarde, Consuelo buscó a Ignacio para pedirle disculpas, más no lo encontró por ninguna parte. Fue a prepararse para la cena con la esperanza de coincidir con él más adelante y poder decirle cuánto sentía su comportamiento. Acudió temprano al salón y fue testigo de cómo iban llegando los invitados, sin embargo, Ignacio no apareció hasta que los demás estaban ya sentados y no tuvo la oportunidad de dirigirse a él. En la disposición de los puestos en la mesa tampoco hubo suerte, pues la habían situado junto a Eduardo de Altarriba y aunque Ignacio estaba sentado justo en frente, a esa distancia no podía hablar con él sin elevar la voz. A la derecha de Consuelo habían situado a Laura, la hermana pequeña de Leonardo, si bien esta mantenía una conversación muy animada con Carlota, su otra compañera de mesa, con quien parecía haber hecho buenas migas. Así que a Consuelo no le quedó otro remedio que escuchar con desgana la aburrida charla de Eduardo sobre política, asintiendo a ratos y sonriendo desanimada. Entretanto, levantaba a menudo la vista hacia Ignacio, que no la miró ni una sola vez.

Amelia estaba sentada junto al industrial y charlaban muy animados, con una complicidad que sorprendió y molestó a Consuelo. Vio como su amiga se inclinaba y le susurraba unas palabras en lo que juzgó un acto de traición.

—Vamos a comprobar su teoría —fue lo que le dijo Amelia a Ignacio al oído.

A continuación, aprovechando un silencio, Amelia comenzó a hablar elevando el tono de voz.

—Supongo que todos aquí saben que el señor Martel es un experto en todo lo que se refiere al ferrocarril.

—Bueno, yo no diría tanto —intervino el aludido con cierto pudor.

—No sea modesto —le dijo Amelia y luego se dirigió al resto—. ¿Sabían que el señor Martel ha participado en la construcción del ferrocarril que hace el trayecto de Madrid a Aranjuez? ¿No es fascinante?

—A mí no me lo parece —expresó Micaela de forma un tanto hosca—. No sé por qué ese empeño en que utilicemos esas horribles máquinas.

—Pues sencillamente, señorita Micaela, porque todo son ventajas —defendió Ignacio procurando mostrarse educado en exceso para así contrarrestar la falta de tacto de la joven—. El ferrocarril tiene mayor capacidad de carga, una velocidad muy superior a los carruajes y es más seguro. Todo ello revierte en una disminución de tiempos y costes. Además, estoy seguro de que la red ferroviaria estimulará la industria, como así ha ocurrido en Inglaterra.

—Perdóneme, señor Martel, pero ¿de verdad opina que los trenes son más seguros? —inquirió Claudia con su habitual tono encantador, que compensó con creces la brusquedad de su prima. Surgiendo de otros labios, esa entonación habría resultado afectada, pero era obvio que en el caso de Claudia le salía natural, lo cual provocó otra de las muchas miradas extasiadas por parte de Eduardo de Altarriba hacia la merecedora de sus afectos—. Ha dicho usted que alcanzan mucha velocidad. ¿No podría suceder que el organismo humano no estuviera preparado para desplazarse a esa velocidad tan grande? Al menos eso es lo que he oído...

—Por fortuna, señorita Claudia —contestó Ignacio con una sonrisa sincera—, los ingleses han tenido la gentileza de tomarnos la delantera y hacer ese experimento antes que nosotros y, de momento, según se ha podido comprobar, todos aquellos que han viajado en ferrocarril siguen teniendo todas las partes del cuerpo intactas y en su sitio correspondiente.

Hubo una carcajada general. Solo Consuelo sonrió sin ganas.

—¿Servirá ese tren para traernos fresas desde Aranjuez de forma más rápida? —intervino ella en ese momento con voz dulce, tratando de imitar el tono amable y conciliador de Claudia.

—Así es —contestó Ignacio con frialdad, casi sin mirarla y menospreciando su intento de alzar una bandera blanca como señal de alto el fuego en su latente conflicto personal.

—Pues estoy segura de que Consuelo te lo agradecerá —intervino Micaela con su característica impulsividad—. Le pierden las fresas.

Amelia miró entonces a Ignacio con una sonrisa enigmática asomando en sus labios, notando como él se revolvía incómodo en su asiento.

—También traerá espárragos —añadió él cortante, en un tono tan seco que parecía que quisiera mandar a alguien a freírlos.

Respiró aliviado cuando la intervención de Leonardo hizo que los presentes volvieran sus ojos hacia él.

—Con esa velocidad y el traqueteo del tren, quizá lo que suceda es que, en lugar de fresas, lo que llegue al final a Madrid sea mermelada —apuntó Leonardo riendo.

—Puede que fuera un gran invento, Leonardo, pero hay una explicación de por qué las

fresas llegan intactas a su destino —se sintió obligado a explicar Ignacio, no sin antes esbozar una sonrisa por la broma de su amigo—. Aunque es cierto que el tren va muy rápido, una vez que alcanza una velocidad constante, apenas se nota el movimiento. Las fresas, al igual que las personas, no tienen nada que temer.

—¿Y cómo se mantiene el tren dentro de las vías si va tan rápido? —preguntó Amelia con curiosidad genuina.

—Las vías están diseñadas para ser lo suficientemente anchas y rectas como para permitir que los trenes circulen de forma segura y, además, la fricción entre los rieles y las ruedas ayuda a mantener el tren en su sitio. Y, por último, hay que contar con la pericia del maquinista, por supuesto, que debe evitar maniobras peligrosas que puedan provocar un accidente.

—¿Y qué sucede cuando el tren entra en una curva? ¿Cómo es que no se sale de la vía? —volvió a inquirir Amelia, tras lo cual a nadie le pasó desapercibido que estaba fascinada con el tema.

—Para eso los vagones están provistos de ruedas especiales, diferentes a las ruedas de los carruajes. Cuentan con una circunferencia de mayor tamaño en su parte interior para evitar que el tren descarrile.

Tan pronto como Micaela bostezó con disimulo y algunos de los comensales comenzaron a dar muestras de estar más interesados en sus cubiertos que en la conversación, Ignacio y Amelia intercambiaron una sonrisa cómplice. Él se acercó para susurrarle:

—¿Lo ve? No era necesario hacer el experimento. Ya le dije que este tema no despierta el más mínimo interés.

Al poco tiempo la escasa curiosidad de los invitados hizo que aquel tema se extinguiera como lo haría una débil llama en un día ventoso y cada cual retomó la charla que antes los ocupaba. Consuelo trataba de mantenerse atenta al discurso de Eduardo cuando escuchó que Ignacio y Amelia habían iniciado una conversación sobre pintura y aguzó el oído hacia el otro lado de la mesa.

—Como ya le dije, Amelia, no creo que una mujer sea capaz de pintar un cuadro semejante —oyó que decía Ignacio, en un tono que a Consuelo le pareció bastante alto—. Quizá una mujer pueda dedicarse a pintar miniaturas o acuarelas —dijo haciendo especial énfasis en esa última palabra—, pero estoy seguro de que nunca podría crear una auténtica obra de arte. Diría que una mujer que se dedica a hacer torpes intentos por pintar al óleo está malgastando su tiempo.

Sin poder evitarlo, Consuelo saltó desde el otro extremo de la mesa, obviando a Eduardo, que en esos momentos disertaba sobre la incapacidad de la reina para gobernar el país, dejándolo con la palabra en la boca.

—¿Y por qué presumes que las mujeres no pueden tener aptitudes para pintar al óleo? —preguntó elevando la voz hacia el flanco opuesto de la mesa con una mirada beligerante. Luchó a duras penas por controlar su tono al tiempo que apretaba con fuerza el tenedor que sujetaba en la mano.

Ignacio sonrió para sus adentros viendo que Consuelo había picado el anzuelo. Con todo, en sus ojos solo se podía ver una expresión imperturbable y gélida que ocultaba de forma hábil su ardiente sed de venganza. Buscaba devolverle el golpe que ella le había asestado durante la partida de ajedrez, cuando había pisoteado de forma despiadada el que era, sin lugar a duda, el recuerdo más hermoso de su juventud.

—Dígame una sola mujer que haya sido capaz de crear una obra digna de ser recordada —la retó, altivo.

A Consuelo no le pasó desapercibido que volvía a dirigirse a ella de usted.

—Artemisia Gentileschi —replicó ella al instante, con una dignidad solemne.

Aunque Ignacio pugnaba por aparentar frialdad, al decir aquel nombre, Consuelo adivinó un destello de interés en sus ojos. Habían intercambiado esas frases en voz tan alta, que el resto de la mesa empezó a enmudecer y a prestarles atención, intrigados por averiguar cuál era el tema que merecía tal vehemencia en su discusión.

—Le doy la razón en ese caso. Solo por su extraordinaria *Judit* merecería pasar a los anales de la historia, pero puede que sea el único. La señorita Gentileschi es la excepción que confirma la regla.

—¿Qué regla es esa? —preguntó ella con aspereza, que intuía por dónde iba Ignacio y, a esas alturas, estaba que echaba humo.

—Que los hombres están más dotados para la pintura de forma natural. —Ignacio pronunció aquella frase como el diestro que remata la faena con una estocada certera, no porque pensara que era cierta, sino porque sabía que la heriría de muerte.

Consuelo se levantó de una forma tan violenta de su sitio que su silla salió despedida hacia atrás y a punto estuvo de volcar. Se quedó allí de pie, echando chispas por los ojos, ante la mirada atónita de su compañero de mesa que no entendía a qué se debía su proceder.

—¡Eso es mentira! ¡Retíralo ahora mismo! —le gritó desafiante, blandiendo el tenedor hacia Ignacio como si pretendiera ensartarlo con él.

Mientras esperaba una reparación por su parte, Consuelo mantenía los labios apretados con tanta fuerza que estos habían perdido su color.

—No pienso retirarlo —replicó con una voz extremadamente calmada. A continuación, esbozó una sonrisa desbordante de malicia, que hizo que Consuelo perdiera los estribos y diera sobre la mesa un sonoro puñetazo, provocando que la vajilla temblara y algunos de los comensales dieran un respingo.

—Pues yo no pienso discutir sobre pintura con un... ¡palurdo irritante! —rugió, advirtiendo como sus extremidades comenzaban a temblarle a causa de la indignación.

Ignacio hizo ademán de levantarse también de la mesa para plantarle cara, furioso por aquel insulto, pero notó como el brazo de Amelia ejercía una firme presión sobre el suyo, tratando de apaciguarle para que mantuviera la calma y permaneciera en su asiento.

—¡Consuelo! ¡Ya es suficiente! —la amonestó su hermano Luis desde uno de los extremos de la mesa, disgustado por la falta de educación de su hermana.

Consuelo permaneció allí de pie, y en ese instante tomó conciencia del tremendo ridículo que estaba haciendo. Reparó en que había perdido completamente el control de sus emociones y sabía que era cuestión de segundos que rompiera a llorar allí, delante de los invitados. Farfullando una disculpa salió del salón casi a la carrera ante la mirada atónita del resto de los comensales que permanecieron sentados a la mesa.

—Por favor —intervino Amelia con voz calmada—, debéis perdonar a Consuelo. Estos últimos días no se encuentra muy bien de salud y sospecho que su enfermedad está afectando seriamente a sus nervios. Me figuro que lo mejor es que la dejemos descansar.

Aquel comentario hizo que los asistentes excusaran de inmediato a Consuelo por su comportamiento y olvidaran en pocos minutos lo que había sucedido, no así en el caso de Ignacio, que no pudo evitar sentirse terriblemente culpable. Aunque sabía que Consuelo había sufrido un engaño amoroso, no podía tolerar que lo tratase como lo había hecho. Sin embargo, no se le había pasado por la cabeza que la hostilidad de Consuelo se debiera en realidad a un problema de salud. Le preocupó que aquella recaída que había sufrido tras el Carnaval pudiera ser más grave que otras que había padecido a lo largo de los años. Se sintió

miserable por haber espoleado sus nervios hasta llevarla a una situación límite al borde del llanto y valoró ir a buscarla para pedirle disculpas. No obstante, creyó que sería más prudente esperar a que acabase la velada, una vez que los ánimos se hubieran templado un poco.

Más tarde, cuando concluida la cena Leonardo e Ignacio, ya más tranquilos, disfrutaban de un jerez en el salón azul, Amelia se acercó a ellos con semblante preocupado.

—Leonardo —se dirigió a su marido—, Consuelo no está en su alcoba y tampoco la encuentro en el resto de la casa. No sé si habrá salido a pasear por el jardín, pero quizá podríais ir a echar un vistazo, a ver si dais con ella. Ya se ha puesto el sol y estoy intranquila. Recuerdo que me comentaste que en ocasiones se cuelan jabalíes en la finca al anochecer.

—Sí, no es muy seguro pasearse por ahí cuando ha oscurecido. Saldré a buscarla —decidió Leonardo.

—Voy contigo —se ofreció Ignacio—. Al fin y al cabo, toda esta situación es culpa mía.

Después de más de una hora recorriendo los jardines y revisando la casa palmo a palmo, no lograron dar con Consuelo. Leonardo sugirió coger los caballos y hacer una batida por los alrededores de la finca, por si a la joven se le había ocurrido la descabellada idea de salir del recinto cercado. Ignacio, Luis, Eduardo y él quedaron en encontrarse en los establos al cabo de diez minutos, en cuanto se hubieran cambiado y se hubieran puesto ropa de montar.

Leonardo dirigió sus pasos hacia su alcoba, seguido de cerca por Amelia, que se frotaba las manos con desasosiego.

—Leonardo, no crees que Consuelo haya podido hacer ninguna tontería, ¿verdad?

—En circunstancias normales, te diría que no haría nada que supusiera ponerse en peligro, pero ya no estoy tan seguro de eso. Últimamente se comporta de una forma muy extraña.

—Desde la fiesta de Carnaval... —apuntó Amelia.

—Exacto. Desde entonces tengo la impresión de que estuviera fuera de control y eso me preocupa. Y la discusión de esta noche en la cena... ha excedido lo grosero. Ese comportamiento no es propio de ella.

—Yo considero que no es solo ella. A mí me parece que tanto Consuelo como Ignacio están... descontrolados.

—Pues no me da la sensación de que él haya perdido los papeles en ningún momento.

—No, pero estoy segura de que ha sido Ignacio el que ha empezado esa riña adrede. Sin duda ha provocado a Consuelo con la intención de molestarla hasta el punto de sacarla de quicio.

—¿De verdad? —preguntó él sorprendido—. Pero ¿por qué razón haría tal cosa?

—No lo sé con certeza. Ahora bien, tengo una ligera sospecha de lo que perturba a Consuelo.

—¿Lo sabes?

—Bueno, es solo una teoría, pero cuanto más los observo cuando están juntos más fuerza va tomando.

—¿A quiénes te refieres? —inquirió él, desconcertado.

—Pues a Consuelo y a Ignacio Martel.

Leonardo comprendió en seguida lo que Amelia estaba insinuando y soltó una carcajada de incredulidad mientras se calzaba las botas de montar.

—Pero ¿qué dices? ¿Ignacio y Consuelo? No se me ocurre una idea más disparatada...

—Pues a mí se me antoja que, cuando están juntos en la misma habitación, es como si el ambiente estuviera... cargado, creo que esa es la palabra. Como cuando está a punto de desatarse una tormenta.

—Sí, esta noche me ha quedado clarísimo que ha estado a punto de desatarse una tormenta

y de las buenas... —dijo Leonardo con sorna—. Me ha parecido que Consuelo tronaba y a punto ha estado de fulminar a Ignacio con los ojos, y partirlo lo mismo que un rayo. Lo que no he visto por ninguna parte ha sido un intercambio de miradas tiernas, ni siquiera de amistad, no digamos ya de amor.

—Está bien —desistió ella encogiéndose de hombros—. Solo el tiempo lo dirá, pero me da en la nariz que tengo razón.

Leonardo se puso de pie y se acercó a su mujer, besándole la punta de la nariz con cariño.

—Corazón mío, aunque tú y yo podríamos discutir largo y tendido acerca de tu intuición cuando se trata de juzgar a las personas, lo primero es lo primero. Y lo principal ahora es encontrar a Consuelo. Sabes que la quiero igual que si fuera de mi propia sangre y no me perdonaría jamás que pudiera pasarle nada malo, y menos estando bajo mi techo.

—Seguro que aparecerá pronto —lo confortó ella abrazándolo—. De todos modos, mientras vosotros la buscáis fuera, yo voy a echar otra ojeada por la casa. —Amelia pensó que si, como imaginaban, Consuelo había salido a dar un paseo, quizás ya hubiera regresado a su alcoba.

Y es que ella también estaba preocupada y, por otro lado, se sentía de algún modo responsable de aquella situación. Intentando propiciar un acercamiento entre Consuelo e Ignacio que trajera consigo una tregua, había conseguido justo lo contrario. Rezando porque Consuelo apareciese pronto, se prometió a sí misma que no se entrometería nunca más en la vida de nadie y que, de manera definitiva, abandonaba desde ese mismo momento y para siempre su lamentable papel de casamentera.



Ignacio recorrió a toda velocidad la distancia que lo separaba de la casa de invitados y entró en su habitación para cambiarse de ropa. Muy preocupado por Consuelo y enfurecido consigo mismo por su proceder durante la cena, cerró la puerta de golpe tras de sí con la intención de pagarlo con esta, se desató la corbata tirando de la tela con furia y la arrojó sobre la cama dando un bufido.

—Consuelo, pero ¿dónde demonios te has metido? —masculló, y se encaminó hacia el armario.

Una voz que procedía de detrás del biombo chino que estaba junto a la cama le respondió con suavidad.

—Estoy aquí.

—¿Consuelo? —preguntó, estupefacto—. ¿Has perdido la cabeza? Te hemos buscado por todas partes ¿Qué estás haciendo en mi dormitorio?

—He venido a convencerte de que estás en un error. Por favor, siéntate en la cama y no te muevas.

Ignacio se quedó un momento allí de pie, sin encontrar sentido a sus palabras. ¿A qué se refería? ¿En qué estaba equivocado? Demasiado confuso como para empezar a hacer preguntas, decidió seguir las instrucciones de Consuelo. Cuando se sentó en la cama, advirtió que alguien había llevado hasta su alcoba aquella pintura del desnudo de Dánae y la había colocado sobre la repisa de la chimenea, encendiendo asimismo un candelabro y colocándolo junto a ella. También se dio cuenta de que el diván que había en la habitación había sido movido de su sitio y lo habían colocado justo delante de la chimenea, bajo el cuadro.

—¿Has traído tú esa pintura aquí? —preguntó Ignacio, extrañado.

—Sí. Quería mostrarte algo importante —le explicó saliendo de detrás del biombo y, dirigiéndose hacia el otro extremo de la habitación, se colocó delante del diván.

Consuelo llevaba puesta una bata de terciopelo de color amarillo tila, bordada de forma magnífica con flores blancas. Había dejado suelta su larga melena, de un castaño cálido similar al color de las avellanas, cayéndole hasta la cintura. A Ignacio le pareció que, a la luz tenue de las velas, que pincelaba su cabello con reflejos dorados, se asemejaba a una ninfa que se hubiera escapado de un mundo de fantasía y que podría esfumarse ante sus ojos en un pestañeo. Aquella estampa le había dejado tan maravillado que ni siquiera le resultó chocante que ella llevara puesta una bata en lugar de un vestido.

—Deberías salir de mi dormitorio ahora mismo, Consuelo. ¿Sabes qué pasaría si alguien descubriera que has estado aquí? —susurró Ignacio, visiblemente inquieto.

—Solo será un momento. Después me vestiré y me iré —dijo mientras desataba el cinturón de su bata.

Ante la mirada atónita de Ignacio, abrió la bata y dejó que resbalara por sus hombros hasta que cayó al suelo con un sonido mullido y suave, mostrando el cuerpo de Consuelo completamente desnudo.

—¡Por el amor de Dios! ¡¿Qué estás haciendo?! —exclamó Ignacio abriendo los ojos como platos y levantándose de la cama de un salto.

—No te muevas de ahí —le advirtió ella alargando un brazo con la palma extendida.

Ignacio se dio la vuelta para no mirarla y apoyó las manos sobre la cama.

—¡Por Dios, Consuelo, vístete y márchate!

Oyó como ella reía con suavidad.

—Solo quiero enseñarte...

—Opino que ya me... me has enseñado... suficiente —la interrumpió balbuceando—. Por favor, márchate. —Aquellas palabras pronunciadas en un tono lastimero sonaron como una súplica desesperada.

—Creía que estabas bastante acostumbrado a ver mujeres sin ropa —dijo riendo y continuó hablando con voz tranquila—. Aun así, esto no será como una de tus transacciones amoratorias. No habrá favores falsamente apasionados ni dinero de por medio.

A Ignacio le sorprendieron esas palabras en boca de Consuelo. Pensó que una joven como ella no debería saber según qué cosas y mucho menos sacarlas a colación en un momento así.

—Ya te he dicho que quiero enseñarte una cosa, pero para eso necesito que me mires —dijo con una voz aterciopelada y dulce, igual que la que se emplea para dirigirse a un niño—. Te lo pido por favor. —Al ver que él no se movía ni se decidía a hablar, volvió a rogar—: Ignacio, por favor.

Algo en cómo le suplicaba le hizo darse la vuelta, aunque lo hizo con los ojos cerrados. Ella

rio de nuevo.

—No funcionará si no me miras.

—Dame un segundo —le pidió él, sentándose a tuestas en la cama, apretando con tanta fuerza el borde del colchón con las manos que sus nudillos palidieron.

Pasado un momento, tomó aire y abrió los ojos. Observó como Consuelo sonreía satisfecha. A continuación ella se volvió un poco para observar el cuadro, mostrando de refilón su trasero redondeado y blanco. Dividió su melena por la mitad con ambas manos, pasando una parte de su larga cabellera por delante de su cuerpo, cubriéndole uno de sus pechos y la otra la dejó caer por la espalda. Entonces, mirando de frente a Ignacio se recostó sobre el diván, tumbada en la misma posición que la mujer representada en el cuadro.

En tanto que Consuelo hacía aquello, Ignacio cerraba los ojos a cada instante, como si temiera que tal visión abrasadora fuera a quemarle las corneas. Sin embargo, cuando se tumbó sobre el diván no pudo evitar quedarse absorto, contemplándola, sin poder apartar sus ojos de esa imagen extraordinaria. Cada curva del cuerpo de tan espléndida criatura era un regalo para la vista, y estaba seguro de que también para el resto de los sentidos, y mientras las recorría hechizado, Ignacio sintió que el tiempo acababa de detenerse y el mundo había dejado de girar sobre su eje.

—¿Lo ves? —preguntó ella, trayéndolo de vuelta a la realidad, con una expresión que parecía indicarle que la respuesta a esa pregunta era evidente.

Ignacio movió la cabeza, aturdido, negando ligeramente, sin comprender a qué se refería. Consuelo se percató de que la analizaba de nuevo, poniendo más atención, y volvió a reírse.

—Para que entiendas lo que he venido a enseñarte tendrás que mirar un poco más arriba.

Siguiendo sus indicaciones, Ignacio levantó un poco la vista y entonces lo comprendió. La mujer representada en el cuadro era sin duda alguna, Consuelo. Mejor dicho, el cuerpo era el de Consuelo. A diferencia de los rasgos de su cara, que habían sido modificados de manera considerable, cada curva de aquella Dánae se correspondía a la perfección con su figura. Ignacio no era capaz de discernir qué era lo que le tenía más admirado, si el fabuloso talento del pintor que había realizado una copia tan fiel del original, o que las formas de la joven que conocía desde niña fueran más propias de una Venus que de una simple mortal.

—Eres la mujer del cuadro... —fue lo único que consiguió articular en un murmullo de la misma forma que si hablase consigo mismo.

—Así es —dijo asintiendo.

—¿Posaste desnuda para un cuadro? ¿Cómo se te ocurrió? —No era un tono de reproche lo que se adivinaba en su voz sino más bien de incredulidad.

Ella se levantó del diván y, recogiendo su bata del suelo, se la volvió a poner. Ignacio no pudo evitar pensar que era una verdadera lástima cubrir un cuerpo tan hermoso con cualquier prenda de vestir.

—Porque confiaba en el artista —dijo ella sonriendo misteriosamente.

Al oír aquello, a Ignacio se le ocurrió que quizá ese pintor fuera el culpable del mal de amores de Consuelo y sintió de nuevo el zarpazo de los celos.

—¿Eras su... amante? —preguntó con cautela por temor a ofenderla.

—¡Dios mío, no! —Consuelo empezó a reír a carcajadas—. Veo que aún no lo has entendido, Ignacio —le dijo aproximándose a él—. El artista que pintó ese cuadro... soy yo.

—N-no puede ser... —balbuceó—. Pero ... ¿Cuándo, cómo y dónde aprendiste a pintar así? Ella volvió a reír.

—Bueno, supongo que son demasiadas preguntas para una sola noche. Digamos que me ha

llevado bastantes años de aprendizaje, esfuerzo y astucia, pero esa historia ya te la contaré en otro momento —dijo dándole unas palmaditas en la mejilla, como a un chiquillo bobo al que le faltara un hervor.

Dejándolo allí de pie con la boca abierta por la sorpresa y la mirada perdida, Consuelo volvió detrás del biombo.

—¿Y ahora cómo vas a salir de aquí sin que nadie te vea? —le preguntó Ignacio desde el otro lado en cuanto recuperó la capacidad de pensar.

—Me volveré a poner mi ropa y saldré por la ventana.

—¿Por la ventana? —preguntó él, entre asombrado y divertido.

—¿Cómo crees acaso que he entrado? —dijo ella—. He tenido suerte de que tu habitación esté a ras de suelo y no en un segundo piso.

Ignacio guardó silencio durante un rato y por fin se atrevió a preguntar:

—Consuelo... No necesitabas desnudarte para demostrarme que eras la mujer del cuadro ¿No podrías habérmelo explicado sin más?

—Sí, pero no habría sido igual de divertido —admitió ella con una risita traviesa—. Tendrías que haber visto tu cara.

Después de pronunciar aquellas palabras, la habitación se quedó en silencio, de manera que se podía escuchar el sonido del roce de la ropa deslizándose por la piel de la joven mientras se vestía. Ignacio pegó su cuerpo al biombo y cerró los ojos, extendiendo su mano y apoyando la palma abierta sobre lo único que le separaba del cuerpo de Consuelo, como si de esa forma pudiera acercarse más a ella, sentirla. Burbujeaba en su interior una necesidad feroz de tocarla, tan fuerte que se había transformado en una sensación dolorosa. Ansiaba decirle que la necesitaba. Que no había dejado de pensar en ella desde el día en que el destino los obligó a discurrir por caminos separados. Todo ello le provocó un escozor en el rabillo de los ojos y, desconcertado por aquella sensación de congoja, se vio forzado a apretar los párpados con fuerza, luchando por retener unas lágrimas que se esforzaban furiosamente por surgir. Tenía la impresión de que, en el preciso instante en que Consuelo había dejado caer esa bata, se había abierto una compuerta de su alma. Una que él mismo había cerrado mucho tiempo atrás cuando le había dicho adiós a un muchacho ingenuo y enamorado, que se había visto forzado a alejarse de lo único que le había hecho sentir vivo y feliz. Comprendió que, en ese momento, el espíritu del chico que fue estaba librando una batalla salvaje por salir a la superficie. Sintiendo como un completo idiota por no poder controlar sus emociones y advirtiendo como toda su amargura se desbordaba y amenazaba con derribar sus defensas, abandonó la habitación antes de que Consuelo pudiera verle llorar.



—De verdad, Leonardo, no insistas —dijo Eduardo dirigiéndose a su amigo—. Agradezco tu interés. No obstante, creo que lo mejor es que me marche ahora —continuó mientras un lacayo cargaba el baúl con sus pertenencias en el carruaje.

—Pero ¿por qué razón quieres irte tan pronto?

—Ya te lo he dicho. Estos eventos multitudinarios me resultan cada vez más tediosos. Si he venido ha sido única y exclusivamente porque eras tú el que te casabas.

—¡Hombre, muchas gracias! —replicó Leonardo con una sonrisa sarcástica.

—No me malinterpretes. He venido porque lo deseaba de corazón y por nada del mundo me hubiera perdido el que con seguridad será el día más dichoso de tu vida.

Leonardo dulcificó el ceño y estudió a su amigo con curiosidad. No era propio de Eduardo expresarse de esa manera. Él nunca hablaba sobre sentimientos ni por asomo. Y jamás le había oído pronunciar la palabra «dichoso». Leonardo tenía la impresión de que Eduardo, aquel Eduardo descomedido, que no tenía pelos en la lengua y al que todo parecía importarle más bien

poco, tenía ese día una expresión melancólica; como una poderosa criatura que, después de mucho luchar, hubiera dado la batalla por perdida.

Oyeron unos pasos sobre la grava de la entrada de la quinta y, al volverse, vieron que Ignacio se aproximaba a ellos.

—¿Te marchas? —preguntó Ignacio sorprendido al ver el coche de su amigo preparado para partir.

—Sí, me voy al campo unos días. Necesito tranquilidad.

—Eduardo, por si no te habías percatado, estamos en el campo —dijo Ignacio con sorna señalando a su alrededor.

—Y también necesito una buena dosis de soledad —apostilló malhumorado.

Ignacio arrugó el gesto y se acercó a él para susurrarle al oído:

—¿Y qué pasa con la señorita Claudia?

—¿Qué pasa con ella? —inquirió con desgana.

—Ahora que somos pocos invitados podrías aprovechar la ocasión para intentar un acercamiento. Ya sabes, tratar de confraternizar con ella sin la necesidad de abrirte paso a codazos entre la larga lista de caballeros que en los bailes la sobrevuelan como moscones. Corrígeme si me equivoco, pero habría jurado que estabas francamente interesado en esa joven.

Eduardo soltó una carcajada con un deje de amargura, casi como si se mofara de sí mismo.

—¡Ah! Te refieres a esa joven que no solo no me presta ninguna atención, sino que, además, salvo la excepción del Carnaval, lleva un tiempo rechazando de forma cruel y despiadada todas mis invitaciones a bailar. Al igual que Micaela y Consuelo, por cierto. Tengo la sensación de que las tres han decidido confabularse contra mí.

—¿Y sabes a qué se debe? —preguntó Leonardo con extrañeza.

—No. —De pronto sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta—. Espera... ¿Crees que habrá llegado a sus oídos...?

—Me parece muy poco probable que un rumor así haya llegado a oídos de unas jovencitas de buena familia —expuso Ignacio muy serio—, pero no imposible.

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Y todo por culpa de esa mujer! —dijo sofocando un grito furioso y apretando los puños con fuerza—. ¡Si la tuviera delante, os juro que le retorcería el pescuezo a esa maldita hija de Satanás!

—Si eso ayudara de alguna forma, te garantizo que podrías contar con este par de manos para estrangular a esa víbora. Aunque, en mi opinión, eso solo empeoraría la situación —dijo Leonardo—. Por muy mal que estén las cosas, siempre será mejor ser víctima de las malas lenguas que acabar entre rejas.

—Además —intervino Ignacio intentando sonar calmado—, cabe la posibilidad de que a fin de cuentas el rumor no haya llegado hasta ellas.

—Desde luego por la forma en que me mira Micaela, puede que lo haya averiguado ya. Sabemos de sobra que es una chismosa. Y me lanza miradas acusatorias lo mismo que si hubiera cometido un terrible crimen. Y Consuelo y Claudia, aunque no se muestran tan hostiles conmigo también hacen innegables esfuerzos por evitarme. Así que me rindo —dijo haciendo un gesto desesperanzado, levantando sus manos en el aire—. La señorita Claudia podrá antojárseme la mujer más hermosa que haya conocido nunca, pero ¿qué sentido tiene si ni siquiera me dirige la palabra y no tengo la más mínima posibilidad de entablar una conversación con ella? Además, si se ha enterado de aquel asunto, más me vale olvidarme. Está todo perdido.

Eduardo se esforzaba por mostrarse despreocupado dándole a sus palabras un tinte de indiferencia, si bien se podía percibir que estaba claramente abatido.

—Creo que estás siendo bastante negativo, Eduardo. Quizás no deberías darte por vencido tan pronto —le animó Leonardo—. Además, hablas de ese escándalo como si hubiera algo de verdad en ello y los aquí presentes sabemos que no la hay.

—Aun así, ¿de qué me sirve que la verdad solo la sepamos nosotros si el resto del mundo me acusa de ser un monstruo?

—Bueno, si cualquier dama estuviera mínimamente interesada en comprometerse contigo, ten por seguro que yo intercedería por ti ante su familia. No vacilaría en afirmar que esos rumores son infundados y que pondría la mano en el fuego por ti y por tu honor. Y, en el caso concreto de Claudia, ten en cuenta que ahora podrías beneficiarte de mi relación con ella. No me sería difícil encontrar la ocasión para hablarle a mi cuñada en tu favor.

—Leonardo, no te preocupes por mí. Se me da bien estar solo. Al fin y al cabo, estoy más que acostumbrado a que a ninguna mujer le importe un carajo.

—Bueno, aun cuando no te quedes por la señorita Claudia, hazlo por nosotros —le pidió Ignacio.

Eduardo soltó una risotada.

—¿Por vosotros? ¿Lo dices en serio? Me da la impresión de que ninguno de los dos me necesitáis para nada. Leonardo, como es lógico y no podría culparle en absoluto, solo tiene ojos para su flamante esposa, y tú... tú ya estás bastante entretenido lanzándole pullas a Consuelo igual que si fueran puñales...

—¡Empezó ella! —se defendió Ignacio.

—Bueno, no sé quién de los dos empezó, pero ayer tuve más que suficiente con el espectáculo bochornoso que nos ofrecisteis durante la cena. Os faltó saltar sobre la mesa y arañaros la cara como dos gatos rabiosos. Y, si os seguís lanzando armas punzantes con tan mala sombra, no seré yo el que cometa el error de encontrarse en medio para que alguna me acierte de lleno.

—Bueno... —dijo Leonardo—. También está Luis.

—¿Luis? ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó incrédulo—. A Luis no sé qué demonios le pasa, pero tiene pinta de estar bastante ausente y taciturno y su compañía es un asco. Así que, en resumidas cuentas, aquí pinto bien poco y...

Unos pasos ligeros y rápidos a sus espaldas les anunciaron la llegada de un invitado inesperado.

—¡Papá! ¡Papá! —El pequeño Manuel corría frenético hacia su padre, gritando—: ¡Gigante!

Leonardo cogió a su hijo en brazos, sin comprender el sentido de sus palabras.

—¿Qué pasa, Manuel? —le preguntó al niño que daba la impresión de estar aterrado.

—¡Gigante! —volvió a chillar el niño señalando a Eduardo con los ojos muy abiertos.

—¿Gigante? —preguntó Leonardo y tardó unos segundos en comprender lo que quería decirle el niño—. ¡Ah! No, Manuel. Este señor no es un gigante. Es mi amigo Eduardo, que es muy alto.

—Gigante malo.

—¿Lo veis? Hasta los niños me adoran —refunfuñó Eduardo con sorna.

—Eduardo no es malo —le explicó Leonardo al niño y, con la intención de demostrarle que era inofensivo, extendió su mano para acariciarle la mejilla al vizconde—. ¿Ves? Es bueno. Es nuestro amigo. Se llama Eduardo.

—Dardo —dijo el niño.

—Ahí has dado en la diana, Manuel —dijo Ignacio, riéndose a costa de su amigo.

—Lo que tengo que aguantar —masculló Eduardo, poniendo los ojos en blanco mientras Leonardo seguía acariciándole la cara, sonriendo con malicia—. ¿Y todavía os preguntáis el porqué de que quiera marcharme?

Entonces, Manuel extendió los brazos hacia él.

—*Dardo*, aúpa.

—Quiere que lo cojas en brazos —le tradujo Leonardo.

—No soy un experto en pequeños mocosos, pero hasta ahí llego.

Extendió sus vigorosas extremidades y cogió al pequeño sintiéndose muy torpe.

—*Dardo fue* —observó el niño tocando los desarrollados bíceps del vizconde.

—¿Sabes, Manuel? —le dijo en voz baja—. Te contaré un secreto. Soy tan fuerte porque en realidad sí que soy un gigante. Pero no debes tener miedo. Soy un gigante bueno, aunque la gente no lo sabe, solo mis amigos y tú. Así que no debes contárselo a nadie. Tengo que seguir inspirando el temor de una criatura terrible —dijo desfigurando el rostro con una mueca horrenda que, por fortuna, en lugar de asustar al niño, le hizo reír a carcajadas.

—*Dardo*, ¡alto, alto!

—Sí, soy muy alto —convino Eduardo con una sonrisa.

—Creo que te está pidiendo que lo lleves a hombros —aclaró Leonardo, riendo.

—De acuerdo —dijo Eduardo colocando las piernas del niño sobre sus hombros y sujetándolo por ambas manos— ¿Qué tal se ven las cosas desde ahí arriba, Manuel?

—¡Papá, veo montaña! ¡*Dardo*, allí! —pidió Manuel señalando con su manita regordeta algún punto en el horizonte.

—Manuel, Eduardo no tiene tiempo ahora para jugar contigo —le explicó su padre—. Tiene que marcharse de viaje.

—¡No, no, *Dardo*! ¡Allí, allí! —gritaba el niño emocionado.

—Bueno —dijo Eduardo encogiéndose de hombros—, supongo que no pasa nada porque retrase mi viaje unas horas.

De pronto, el pequeño Manuel distinguió la figura de Luis que regresaba de dar un paseo por el monte.

—¡Tío Sí! —exclamó al verle.

—¿Tío sí? —preguntó Ignacio a Leonardo, intrigado por las palabras del niño.

—Tío Sí es como llama Manuel a Luis —explicó mirando a Ignacio—. Es una larga historia.

—¡*Dios*, papá! —se despidió Manuel, agitando la mano.

—¡Adiós! ¡Cuida del gigante, Manuel! —gritó a su hijo y luego añadió en voz más baja—: Es menos fuerte de lo que aparenta.

No apartaron la vista de Eduardo a medida que se alejaba, arrastrando los pies como un Goliath vencido.

—¿Piensas realmente que Eduardo está bien? —preguntó Leonardo a Ignacio con preocupación cuando su amigo tomaba distancia atravesando el jardín—. Le noto muy decaído.

—Tienes que reconocer que excepto Amelia y tú, que sois la viva imagen de la armonía, el resto de los presentes no estamos atravesando nuestro mejor momento. Yo creo que algunos incluso estamos comenzando a perder la cabeza, empezando por mí.

—¿Por ti?

—Sí, bueno..., ya sabes —dijo Ignacio tratando de dibujar una sonrisa que se asemejó más a una mueca—. Ayer, nada más desaparecer Consuelo, me atribuí toda la culpa. Y no me habría perdonado a mí mismo jamás si le hubiera sucedido algo grave.

—Bueno, —añadió Leonardo exhalando un suspiro— al menos apareció sana y salva después de todo. Y yo que creía que habíamos peinado el jardín palmo a palmo y resulta que había estado entretenida paseando junto a las fuentes.

—Sí... —dijo Ignacio, haciendo otro esfuerzo por esbozar una sonrisa. De ninguna manera podía confiarle a Leonardo lo que había sucedido la noche anterior en su habitación.

—Porque ayer no las tenía todas conmigo de que consiguiéramos encontrarla ilesa —añadió Leonardo con una risa incómoda, rememorando la sensación de extrema ansiedad que habían vivido hasta que la hallaron volviendo a su dormitorio; según dijo ella, después de dar un largo paseo por el jardín—. Pero sí, apareció por obra y gracia del Espíritu Santo, enterita y de una pieza.

—Así es... —murmuró Ignacio—. A pesar del riesgo tan alto que asumí anoche... regresó muy entera.

Justo en esos momentos, al otro lado del jardín, Claudia acababa de tomar asiento para leer junto a una de las fuentes. Se había dirigido allí buscando un remanso de paz, lejos de su prima Micaela, que no paraba de parlotear y le estaba poniendo la cabeza como un bombo. Aprovechando un descuido de su prima y dándose mucha prisa, había cogido una manzana y un libro y había corrido a refugiarse en aquel rincón apartado, oculta entre los arbustos. Con un suspiro de satisfacción, se había acomodado en un banco muy próximo a un surtidor, ya que había descubierto que el murmullo del agua formaba una agradable pareja con la lectura y le ayudaba a concentrarse. Se había descalzado y mantenía los pies escondidos bajo su falda, y en esos momentos leía la novela que tenía abierta sobre su regazo en tanto le hincaba el diente a esa manzana roja y brillante. De pronto, apenas se disponía a pasar la página, una ráfaga de viento agitó las hojas del libro, haciendo que la joven perdiera el hilo del texto.

—¡Cáspita! —murmuró Claudia, tratando de encontrar la página que estaba leyendo.

En ese momento, escuchó un rumor detrás de los setos y levantó la vista, con la manzana a medio camino de la boca. Le sorprendió ver surgir de entre los arbustos la descomunal figura de Eduardo de Altarriba con el pequeño Manuel a hombros. El niño fue el primero en ver a su tía.

—¡Tía Claudia! —exclamó, entusiasmado—. ¡Mira, alto!

—¡Hola, Manuel! —le saludó ella riendo—. ¡Estás muy, pero que muy alto!

Recelosa, echó un fugaz vistazo al vizconde de Abrantes. Tenía una apariencia muy distinta a la que la tenía acostumbrada. Le agradó bastante más su aspecto con el pelo desarreglado, ya que restaba agresividad a sus rasgos y a su poderosa mandíbula. Vestía de manera informal, sin chaqueta y, al ir con los brazos en alto para sujetar a Manuel, le sorprendió ver como cada uno de sus vigorosos músculos se marcaban bajo su camisa, tanto que parecía que iba a reventarla por las costuras. Claudia no pudo evitar pensar que aquel hombre tenía un físico peculiar, que distaba mucho del común de los aristócratas fofos o delgaduchos que solían acudir a los bailes. Se podría imaginar que el vizconde de Abrantes, como pasatiempo favorito, se dedicara a levantar pesadas rocas y moverlas de un lado a otro. «Como una suerte de Hércules español», se le ocurrió a Claudia, y aquella bobería la hizo sonreír para sus adentros.

—Buenas tardes, don Eduardo —saludó Claudia, esforzándose por mostrarse afable. Entendía que la desconfianza que le producía el vizconde no estaba reñida con los buenos modales.

—Buenas tardes, señorita Osorio —dijo él muy bajito, inclinando la cabeza de forma sutil.

Eduardo se tomó unos instantes para observar a la joven. El aire había alborotado su cabello oscuro y sus mejillas estaban teñidas por un saludable color rosado. Se levantó del banco para acercarse a ellos y pudo ver durante un instante la piel pálida de sus pies desnudos. La contempló

allí de pie, con la falda un poco revuelta, descalza, con aquella manzana en la mano, y los labios brillantes y jugosos; y se preguntó si Eva tendría ese aspecto en la ocasión en que le ofreció a Adán la fruta prohibida. Seguro que sí. Y, sin lugar a duda, Adán no había podido evitar darle un buen mordisco. A la manzana, se entiende.

—¿Va a dar un paseo con Manuel? —le preguntó Claudia, ayudándole a ahuyentar de su cabeza aquellas consideraciones bíblicas en modo alguno candorosas.

—Eso parece —dijo él, poniendo una cara de resignación fingida que luego acompañó de una sonrisa—. Manuel me ha confundido con un gigante y ahora quiere que le lleve a hombros hasta el monte.

Claudia dejó escapar una carcajada dulce y melodiosa. Eduardo juzgó que nunca había oído una risa tan fresca. Como si se tratase de un torrente de agua cayendo en cascada sobre él, cerró los ojos un segundo y se dejó empapar de arriba abajo por ese sonido. Por un instante, se preguntó cómo sería despertarse junto a ella cada mañana, desnuda, rodeado por su piel pálida y con el cuerpo enredado en su larga melena oscura, suelta y revuelta. Se imaginó en un escenario inverosímil, dedicándole susurros sugerentes y caricias bajo las sábanas, mientras que ella, a cambio, le regalaría su centelleante risa tan pronto como le diera el primer beso de buenos días. «No seas iluso, Eduardo. Eso no sucederá jamás» se recordó a sí mismo con desánimo, volviendo de forma brusca a la realidad. Aun en la posibilidad muy remota de que una joven como Claudia se fijara en él, el cabeza de familia de cualquier muchacha de buena cuna no consentiría en concederle la mano de su hija. Sobre todo, si los espantosos rumores que corrían sobre él en Madrid habían llegado a sus oídos. Y además existía otro inconveniente que no había sido capaz de mencionar a sus amigos por orgullo. Y es que, cuando Eduardo se encontraba delante de aquella joven deslumbrante, así es cómo se sentía, cegado y aturdido; tanto que perdía la capacidad de articular dos palabras seguidas, llegando incluso a tartamudear ligeramente en alguna ocasión. Así que estaba convencido de que, a sus ojos, debía parecer un tonto de remate.

A medida que la risa de Claudia iba languideciendo, a Eduardo le dieron ganas de hacerla reír mucho más.

—Tía Claudia, ven montaña con *Dardo* y mi —pidió Manuel en su particular dialecto.

—¿Dardo? —preguntó ella, confundida.

—Ese soy yo —dijo el vizconde, acompañando sus palabras de una carcajada.

Claudia se percató de que su risa, tan franca, tenía algo especial que la hacía irresistible. Ese tipo de hechizo contagioso que hacía que te rieras con él. Supuso que seguirle en sus carcajadas no era muy apropiado y apretó los labios, aunque no pudo impedir que se curvaran y esbozaran una amplia sonrisa.

—Sorprendentemente —continuó Eduardo—, s-su nombre, que es mucho más difícil de pronunciar que el mío, su sobrino lo dice a la perfección. Claudia...

Ella lo analizó con atención durante unos segundos lo mismo que si hubiese proferido una palabra en un idioma extranjero. Jamás nadie había pronunciado su nombre de aquella manera. Nunca le había gustado especialmente el nombre que sus padres habían elegido para ella al nacer. Habría preferido que la hubieran bautizado con un nombre más rotundo como Victoria Eugenia o quizá con un tinte más romántico, como Isolda, por citar solo dos ejemplos. Claudia opinaba que el suyo era demasiado sencillo, rayando en lo insulso. Sin embargo, con el deleite con que él había paladeado esas dos únicas sílabas, con esa voz profunda y aterciopelada que reverberó en cada parte de su cuerpo, no le pasó desapercibido que, saliendo de los labios de aquel hombre, el nombre de Claudia sonaba muy hermoso.

—Sospecho que la razón por la que mi sobrino pronuncia mi nombre mejor que ningún otro

es porque soy su tía favorita —replicó ella bromeando.

«No me extrañaría en absoluto» pensó Eduardo para sus adentros, contemplándola embelesado.

—Entonces... ¿Le apetece acompañarnos? —se atrevió a preguntar Eduardo.

—No sé si debería...

—S-solo si usted quiere —balbuceó, sintiéndose un bobo por no ser capaz de articular con propiedad.

—Es que... sinceramente, dudo que sea apropiado... —dijo fijando en él sus preciosos ojos castaños—. ¿Usted cree que un niño pequeño podría desempeñar el papel de carabina en este caso?

—Supongo que podría... —esgrimió él, pese a que no las tenía todas consigo. Meditándolo mejor, estaba casi seguro de que no.

—En tal caso, espere un instante a que me ponga los zapatos —le pidió ella y dirigió sus pisadas ligeras de vuelta al banco.

Ante la posibilidad de pasar un rato a solas con Claudia, el pulso de Eduardo se aceleró de repente, como si hubiera subido al monte corriendo y hubiera vuelto a bajar. Claudia levantó la vista hacia él y advirtiéndolo que la examinaba con mucha atención mientras se calzaba, se sintió obligada a dar una explicación que nadie le había pedido.

—He salido de la casa tan aprisa que no me ha dado tiempo a ponerme las medias —aclaró y, en un descuido, dejó al descubierto los bajos de las enaguas y parte de sus tobillos.

—Ah... —murmuró él como única respuesta, sintiéndose incapaz de decir una palabra más después de quedarse obnubilado ante aquella visión digna de admirar que eran sus pies blancos. Por desgracia, estos se ocultaron demasiado pronto deslizándose dentro de unos zapatos excesivamente finos para ir a dar un paseo campo a través. Eso no impidió que el vizconde recorriera con la imaginación las piernas desnudas de Claudia bajo su falda.

—¿Encuentra que ese calzado es el más adecuado para caminar por el monte? —preguntó pasado un rato, haciendo un esfuerzo por construir una frase con sentido.

—Ahora tendremos ocasión de comprobarlo —respondió ella despreocupadamente. Acompañó su respuesta de una sonrisa tan cálida que él imaginó que podría derretir toda la nieve de Sierra Nevada.

Lo cierto es que aquel paseo fue una experiencia un tanto extraña para ambos. Eduardo estaba demasiado cohibido como para entablar una conversación coherente y Claudia, a la que el silencio de Eduardo no incomodaba en exceso, decidió que no quería tomarse la molestia de iniciar una charla forzada, de modo que caminó junto a él en silencio. El único que disfrutó verdaderamente de la excursión fue el pequeño Manuel, que no paraba de dar órdenes a Eduardo y este, sonriente, hacía cada una de las cosas que el niño le pedía sin poner una sola pega.

Claudia lo observaba de soslayo en las ocasiones en que caminaban uno junto al otro y, cuando Eduardo se salía del camino siguiendo las indicaciones del niño y el terreno era demasiado abrupto para que la joven pudiera seguir sus pasos con sus delicados zapatos, los contemplaba ensimismada a cierta distancia. Aprovechó aquella oportunidad para recrearse en el espectáculo asombroso del contraste entre la enorme figura de Eduardo y el pequeño cuerpo de Manuel. En un momento dado, Manuel, al que Eduardo había bajado de sus hombros a petición suya, corrió hacia un arbusto y arrancó un puñado de bayas silvestres. Volviendo hacia ellos, les repartió unas pocas a cada uno y les indicó con dificultad que debían comérselas para reponer fuerzas, pues eran bayas mágicas. Eduardo se llevó los frutos a la boca y con bastante habilidad los hizo desaparecer, simulando que se los comía con el agrado con el que alguien come un guiso

aderezado con gusto. Esa simulación arrancó una carcajada y un aplauso de Manuel como recompensa, al mismo tiempo que Claudia reprendía al vizconde con la mirada y se veía en la obligación de advertir al pequeño de los peligros de comer cualquier planta o fruto que creciera en el campo sin conocerlo.

El hecho de presenciar como don Eduardo trataba a su sobrino, sin parar de hablar con él, al tiempo que lo llevaba aquí y allá, contándole una amplia variedad de historias sobre la naturaleza que los rodeaba e intentando que lo pasara en grande en el curso de su aventura, hizo que cambiara su impresión sobre él.

Cuando se despidieron, de vuelta ya en la quinta, Eduardo hizo acopio de todo el valor que sentía que le faltaba cada vez que se encontraba junto a aquella criatura maravillosa.

—¿Le apetecería... le apetecería repetir este paseo mañana? —dijo pronunciando con esfuerzo cada palabra—. Con el pequeño Manuel como carabina, por supuesto —añadió esbozando una sonrisa tímida.

Claudia no pudo evitar que su rostro reflejara cierto malestar. No porque no hubiera disfrutado de la compañía de Eduardo durante el paseo, sino porque, al ir sin medias y con unos zapatos tan finos, estos le habían ocasionado varias heridas en los pies. En ese instante, lo que menos le apetecía en el mundo era pensar en dar un paso más de lo estrictamente necesario. Pero mirando a los ojos al vizconde, sintió lástima ante la posibilidad de herirle al rechazar su invitación.

—Suponía que se marchaba usted hoy —apuntó en cambio. Se había enterado por boca de su prima de la inminente partida del vizconde.

—No hay nada tan urgente que me obligue a partir de inmediato. Podría permanecer unos días más en la quinta si... Manuel así lo desea —dijo mirando al pequeño, que recibió la noticia con enorme júbilo.

Fue la única excusa que se le ocurrió a Eduardo a la que aferrarse. Una excusa tonta, pensó más tarde. Si hacía apenas un par de horas tenía la firme determinación de abandonar la finca, ahora una voz interior le gritaba que se quedara.

—¡Sí, tía Claudia! Mañana, yo, tú y *Dardo* montaña —exclamó el niño, encantado con la idea de seguir teniendo a su gigante particular para participar en sus juegos.

Al volver los ojos de nuevo hacia Claudia, Eduardo se percató de que ella se mordía el labio con aspecto de encontrarse terriblemente incómoda.

—No obstante, iremos a pasear Manuel y yo solos si usted no desea acompañarnos —expresó él con tristeza.

—¡No! —exclamó Claudia al darse cuenta de la impresión que le habría dado su expresión de disgusto—. Sí, sí, me agradaría mucho salir a caminar de nuevo mañana.

Habría deseado confesarle al vizconde que la razón de su gesto era que le dolían los pies de manera notable, pero no estaba segura de si era correcto hacerle ese tipo de comentarios a un caballero. ¿Qué le habría aconsejado su madre? «Pardiez», pensó contrariada. Eran tantas las normas que debía seguir, tan larga la lista de cosas que una jovencita no podía hacer ni decir que ya dudaba de si cada palabra que pronunciaba era la adecuada. Lo que sí creyó aceptable, o tal vez hizo caso omiso fruto de la desesperación, fue tomar al vizconde del brazo en el trecho que restaba hasta la casa para apoyarse en él con disimulo. No veía alternativa, porque era eso o arrastrarse como una moribunda hasta el umbral.

Así, al término de aquel día, el hercúleo Eduardo se retiró a su alcoba no teniéndolas todas consigo. No estaba muy seguro de si Claudia había disfrutado de su compañía o por el contrario se había aburrido y solo había aceptado pasear con él al día siguiente para no mostrarse

descortés. Aunque, por otra parte, también le había tomado del brazo de forma cariñosa al final de su paseo. Se durmió dándole vueltas a la cabeza, tratando de discurrir qué tema de conversación podría despertar el interés de la bella señorita Osorio en el curso de su siguiente excursión. Por su parte, la hermosa Claudia, tras descalzarse nada más pisar su alcoba con un quejido de infinito alivio y ponerse luego un calzado más cómodo, se fue a la cama pensando que, alguien que se había conducido como un verdadero caballero durante el tiempo que duró su paseo y además se comportaba de una forma tan tierna con un niño, no podía ser una persona tan insensible después de todo. En consecuencia, se planteó la posibilidad de que don Eduardo no fuera el hombre terrible que ella y las demás jóvenes se habían figurado desde un principio. Se durmió tratando de encontrar una solución al problema de cómo podría caminar al día siguiente con sus pies en aquel lamentable estado.



—Consuelo, ¿te sirvo otra taza de chocolate? —le ofreció Amelia a su amiga. Esbozaba una sonrisa culpable y solo ella sabía que esa ofrenda tan dulce era una petición de perdón encubierta. Amelia era consciente de que la treta que había ideado, con la que había intentado acercar a Ignacio y a Consuelo para que firmaran la paz definitiva, había sido un auténtico fracaso.

—No, gracias —le contestó Consuelo, sonriendo con total indiferencia.

Amelia no entendía por qué, pero el enfado monumental de la cena de hacía dos noches se había esfumado como por arte de magia, dando paso a una imborrable sonrisa de triunfo de su amiga. Y es que Consuelo se sentía vencedora en aquella especie de cruzada contra Ignacio. Cuando ella había abandonado la cena de la discordia cegada por la ira, no había medido muy bien la decisión, sin duda demasiado precipitada y tomada en caliente, de desnudarse frente a él. Para ella, que en el curso de sus estudios de pintura había dibujado infinidad de cuerpos

desnudos del natural, tanto masculinos como femeninos, no le había supuesto ningún problema desvestirse. Pero lo cierto es que ahora que estaba hecho, la asaltaba repetidamente una sensación de bochorno que no había tenido tiempo de experimentar la otra noche. No obstante, se imponía a la vergüenza la satisfacción de haber conseguido cerrarle la boca a Ignacio y no solo eso, sino que, en la comida y la cena posteriores a su discusión, se había mostrado cabizbajo y apenas se había atrevido a mirarla. Al cabo de tantos años, tenía la impresión de que se habían cambiado las tornas y ahora era ella la que tenía la capacidad de incomodarlo a él y no al contrario. En esos momentos se sentía poderosa, plenamente consciente de que tenía la sartén por el mango.

Las demás jóvenes con las que se había reunido para merendar esa tarde habían decidido no hacer preguntas al respecto de la discusión tan encolerizada de la que fueron testigos. Se habían esforzado porque los días siguientes a aquel episodio desagradable discurrieran con normalidad y, ahora que los caballeros habían salido a dar un paseo a caballo por la finca, aprovechaban esa tertulia para hablar de sus asuntos. Charlaron sobre temas banales hasta que Micaela decidió que era su oportunidad de soltar una primicia de última hora.

—Durante la boda me he enterado de varios rumores interesantes, si bien entre ellos destaca uno en especial —anunció con tono misterioso—. Se dice que, en la próxima temporada madrileña, contaremos con un nuevo soltero muy cotizado. ¿Sabéis a quién me refiero?

—¿A quién? —preguntó Claudia con curiosidad—. ¿Lo conocemos?

—Se trata del duque de la Ensenada —reveló Micaela muy ufana—. He oído decir a mi madre, que coincidió con él en una cena reciente, que es un hombre muy apuesto y que su fortuna es inmensa. Y, parece ser que, después de pasar largo tiempo en el extranjero, ha regresado a Madrid con la intención de buscar esposa. —Esto último lo dijo clavando sus ojos en Consuelo, que suspiró con resignación. Pese a que sabía que la intención de Micaela de encontrarle un marido era buena, su insistencia por emparejarla comenzaba a importunarla. Desearía elegir ella misma a su futuro pretendiente. De ser posible, un hombre tan ocupado que no advirtiera que su esposa se dedicaba la mayor parte del tiempo a pintar.

—Nosotras le conocemos —intervino Amelia—. ¿No es cierto, Claudia?

—La verdad es que no lo recuerdo —contestó su hermana intentando hacer memoria.

—Bueno, quizá tú eras muy joven cuando coincidimos con él. Fue ya hace años, en una comida en casa de la tía Margarita. Era solo un muchacho por aquel entonces y no recuerdo que fuese muy apuesto, la verdad, aunque quizás haya cambiado.

—Sí, ya sabéis lo que dicen —añadió su hermana Manuela—: «Feo de faldón, guapo de salón».

Hubo una carcajada general que inundó de alegría la habitación.

—Yo sí que me acuerdo de él —apuntó Carlota—. Tenía la boca así. —Y, acto seguido, forzó una mueca extraña con los labios.

Ante ese gesto grotesco, las jóvenes rieron de nuevo.

—Pero Carlota, si tú eras muy pequeña en la época en que lo conocimos —le dijo Amelia con escepticismo.

—¡Pues os aseguro que me acuerdo! —insistió ella, haciéndose la ofendida—. En cuanto coincidáis con él y os fijéis en sus labios, comprobaréis que yo tenía razón y recordaréis este momento.

Oportunamente entró en la sala una doncella con una bandeja repleta de pasteles, que las jóvenes recibieron con mucho entusiasmo.

—¡Dios mío! —exclamó Micaela con la boca llena al probar una de las delicias elaboradas

por la cocinera de Leonardo—. Si yo fuera la esposa de Leonardo y tuviera estos postres a mi disposición todos los días, sospecho que en unos meses no cabría por las puertas de esta casa.

Todas sonrieron por las divertidas palabras de Micaela, mientras que Claudia estudiaba a su prima con atención observando como tragaba aquellos pasteles con avidez. Micaela llevaba un tiempo dejándose llevar por su pasión por los dulces y su figura estaba empezando a redondearse demasiado. Había sabido por su tía que habían tenido que encargar vestidos nuevos a la modista porque los de la temporada anterior se le habían quedado tan estrechos que ni siquiera era posible que los pudiera aprovechar sacándoles un poco las costuras. A Claudia no le alarmaba que su prima cogiera un poco de peso, pero sí lo hacía el hecho de verla comer con esa ansiedad, cosa que siempre sucedía cuando se encontraba preocupada en exceso. La forma en que Micaela había engullido de un solo bocado el primero de muchos pasteles no hizo sino reafirmar su teoría.

—Quizá eso mismo será lo que me pase a mí dentro de poco, que no quepa por las puertas —dijo Amelia compartiendo una mirada cómplice con Consuelo, pensando en cómo aumentaría de peso en el transcurso de su embarazo—. La verdad es que Marcela cocina de una forma tan exquisita que es difícil resistirse.

—Bueno, ¿cómo dijo una vez la madre de Leonardo? —dijo Consuelo levantándose de su asiento para enfatizar su interpretación—. Fue algo como «Marcela es como un ángel y con sus manos nos ofrece pedacitos de cielo» —dijo exagerando el acento francés que tenía aquella mujer en las ocasiones en que hablaba español.

Todas las jóvenes rieron junto con Consuelo, incluida Laura, la hermana de Leonardo, por la magnífica imitación de la entonación francesa de su madre ejecutada sin malicia. Sin embargo, a Consuelo un segundo más tarde la risa se le quedó atascada en la garganta al escuchar una conocida y profunda voz masculina a su espalda. Esa misma que la hacía estremecer.

—¿Podrías hacer el favor de repetir lo que acabas de decir?

Consuelo se dio la vuelta muy lentamente, ansiando retrasar lo máximo posible el tener que enfrentarse al dueño de esa voz. Ignacio, que acababa de entrar en el salón, estaba allí de pie, seguido por algunos caballeros que acababan de volver de su paseo a caballo. La miraba con una expresión que era una mezcla de incredulidad y de indignación, reflejándose en sus ojos aquella ferocidad que llevaba dentro, como si alguien hubiera dejado la puerta abierta a su verdadera naturaleza. Al mirarlo a los ojos, Consuelo no tuvo ninguna duda de que, al oír su fingido acento francés, la había descubierto.

Como respuesta a la pregunta de Ignacio, Consuelo sacudió la cabeza de forma frenética en ambas direcciones como negativa, con una expresión de espanto pintada en la cara, y empezó a caminar de espaldas hacia la salida que había en el otro extremo de la sala. Tan pronto como consideró que estaba lo suficientemente lejos del alcance de Ignacio se giró con agilidad y salió disparada como una flecha, abandonando la habitación ante la mirada atónita de todos los presentes. Aquel estupor se hizo mayúsculo cuando vieron como Ignacio, con el ceño crispado y mascullando una maldición la siguió dando grandes zancadas, desapareciendo en pos de ella.

—¿Alguien sabe qué diantres acaba de pasar? Creo que me he perdido algo —dijo Micaela, perpleja.

Al mismo tiempo que Consuelo corría por el pasillo, se cruzó con Leonardo, que se dirigía hacia el salón.

—¡Ayúdame, Leonardo! —le pidió sin parar de correr—. ¡Por favor, no dejes que Ignacio me dé alcance!

Leonardo la sintió pasar como una exhalación, sin comprender nada. A continuación, tras ella, vio aparecer a Ignacio con cara de pocos amigos.

—¿Debería preocuparme? —le preguntó a su amigo a medida que este le rebasaba.

—Leonardo, te aconsejo que no te metas en mis asuntos al igual que yo no me meto en los tuyos —le contestó él con tono amenazante.

Leonardo entró en el salón, mientras los demás todavía seguían cuchicheando y mirándose desconcertados, y se acercó con sigilo a su esposa por detrás.

—¿Crees que debería seguirles? —le preguntó en un susurro.

—No lo creo. Consuelo no corre ningún peligro con Ignacio.

—¿Estás segura? —preguntó de nuevo, dubitativo. No recordaba que Ignacio hubiera estado nunca tan alterado—. Deberías haberlo visto. Daba la impresión de que podía encender una hoguera con los ojos.

—Estoy segura —respondió ella muy tranquila.

Consuelo salió de la casa corriendo con tal celeridad que parecía que le fuera la vida en ello. El pánico que la invadió le proporcionó la presteza de una pequeña liebre huyendo de aquel depredador temible que era Ignacio. Tras dudar un segundo, tomó la decisión de encaminarse a los establos y conseguir una montura porque, en lo único que podía pensar en ese momento, era en huir de la quinta a toda costa. Una vez llegó, comprobó con desesperación que no había ningún mozo de cuadra, así que decidió que ella misma se ocuparía de ensillar uno de los caballos. Lo había hecho apenas un par de veces y, tan nerviosa como estaba, con las manos temblorosas y las lágrimas escociéndole en los ojos a punto de desbordarse, la tarea le llevó bastante tiempo. Cuando por fin lo consiguió, subiendo a su cabalgadura con un suspiro desesperado de alivio, vio la figura de Ignacio entrando en el establo y deteniéndose a pocos pasos del umbral.

—Maldita sea, Consuelo. No puedes salir a montar —le dijo él al encontrarla subida a la grupa, con un tono que a ella le sonó bastante autoritario.

—¿Por qué no? —preguntó desafiante.

—Porque por el aspecto de esas nubes, te sorprenderá una buena tormenta si sales ahora. ¿Por qué crees que hemos regresado nosotros antes de tiempo?

—Voy a salir te guste o no. De ti depende apartarte o que te pase por encima con mi caballo —le respondió fuera de sí, dispuesta a cumplir con su amenaza.

A Ignacio empezaba a enfurecerle su tozudez y se sintió tentado de decirle que tendría que pasar por encima de su cadáver para salir de allí. Sin embargo, viéndola tan ofuscada, decidió que lidiar con ella no era la mejor solución y trató de probar otra estrategia.

—Explícame por qué quieres marcharte, Consuelo. Desmonta, por favor, y hablemos como personas civilizadas.

—¿No lo entiendes? No quiero hablar contigo. No puedo. ¡Ni siquiera puedo estar en la misma habitación que tú! —gritó ella con desesperación.

—¿Por qué razón? —no pudo evitar preguntar él, con esa sensación que tenía últimamente de que no entendía nada.

—¿Es que no me has escuchado? ¡No quiero hablar contigo! ¡Déjame salir de aquí! —vociferó exasperada al sentirse impotente, e intentando sin mucho éxito contener las lágrimas.

Ignacio la miraba cada vez más estupefacto, y adivinó algo en la expresión de sus ojos que le hizo flaquear. En un principio, en cuanto la había abordado al entrar en los establos, le había parecido enfadada e inquieta, ahora bien, observándola con más atención, advirtió en ella una emoción muy distinta. Le daba la impresión de que Consuelo estaba aterrada. Aterrada ante la posibilidad de tener que enfrentarse a él para darle una explicación. Sintió un repentino y urgente anhelo de bajarla de la silla de montar para poder tomarla en sus brazos y reconfortarla, tratando

de aliviar así su angustia. En ese instante el sonido de un trueno irrumpió en el establo y la montura de Consuelo se revolvió intranquila.

—Está bien —dijo él muy despacio, intentando transmitirle una calma que no sentía en absoluto—. Si no quieres hablar conmigo y no puedes soportar mi presencia aquí, en cuanto regresemos a la casa recogeré mis cosas y me marcharé de la finca. Pero ahora, por favor, baja de ese caballo... Te lo suplico.

Consuelo lo miró sorprendida. La actitud seria y altiva de Ignacio se había visto remplazada por otra muy distinta. En esos momentos, pudo reconocer en sus ojos un atisbo de la mirada dulce y tierna de aquel muchacho risueño que le llevaba flores hasta su ventana cuando ella era prácticamente una niña, en una época en la que estaba tan enferma que apenas podía salir de la cama. Haciendo caso a la voz tranquilizadora de ese Ignacio del pasado, Consuelo se apeó con lentitud del caballo y, en el instante en que sus pies tocaron el suelo, se percató de cómo él exhalaba todo el aire que estaba conteniendo por la tensión.

—Gracias —le dijo él con un suspiro de alivio mal disimulado. Ya más tranquilo y, haciendo un esfuerzo por controlarse y no obedecer el arrollador impulso de protegerla en un abrazo, se dio media vuelta y se dispuso a abandonar las cuadras.

—¡Espera, Ignacio! —le detuvo siguiendo un impulso. A aquellas palabras les siguió un silencio, como si no supiera muy bien que decir a continuación—. No será necesario que te marches a ningún sitio —expuso por fin.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó, sintiéndose un tanto avergonzada—. No me parecería justo. Supongo que, si soy yo la que tiene un conflicto contigo, la que debería irse soy yo. Aun así, solo nos quedan cinco días de estancia en la finca. Creo que podríamos sobrellevarlo bastante bien, comportándonos como personas civilizadas, como bien dices. Entiendo que ahora mismo tendrás un sinnúmero de preguntas que hacerme, pero no me pidas que las responda en este momento porque no me encuentro con fuerzas para hablar contigo de nada de esto —concluyó con ojos suplicantes.

Un tenso silencio se extendió entre ambos. Ignacio simuló un gesto amable indicándole que estaba de acuerdo, aunque por dentro no se sentía nada civilizado. Pasada la situación de pánico que había experimentado ante la posibilidad de que Consuelo saliera a montar y su integridad física corriera peligro, le asediaba ahora el deseo de acercarse a ella, aunque no para abrazarla. Lo que sentía era la necesidad de zarandearla hasta que salieran de su boca todas las respuestas a cada uno de los interrogantes que tenía en mente. Sin embargo, hizo lo que ella le pidió y todas esas dudas se le agolparon en la garganta, y se perdieron en el lugar donde se pierden las palabras que no se pronuncian nunca. Pensó con abatimiento que para resolver todas sus incógnitas solo habría necesitado de una pregunta, una sencilla; y esa pregunta, que resumía las demás en una sola, era: «¿Por qué?».



A la mañana siguiente, Ignacio se presentó a desayunar bastante tarde, pensando que, cuanto menos tiempo coincidiesen Consuelo y él, mejor. Y no era solo por ella, sino también por él. La noche anterior apenas había conseguido pegar ojo dándole vueltas a lo que había sucedido desde el Carnaval.

El descubrimiento de que Consuelo era aquella tentadora diablesa hacía que ahora cada detalle cobrase sentido. Desde que habían compartido unos besos y caricias en la fiesta, el comportamiento de ella había cambiado de una forma desconcertante para él. Ahora entendía lo que le había explicado Amelia. Había hecho que Consuelo se sintiera estúpida y, como ella no podía poner las cartas sobre la mesa sin descubrirse, había optado por cambiar su actitud hacia él de razonablemente cordial a extremadamente hostil. Todo eso lo entendía. Lo que no lograba comprender es por qué Consuelo había dejado que la besara y que la tocara de esa forma la noche del baile de máscaras. Después de ese primer beso en el balcón podría haberle desvelado

su identidad. Lo más probable era que ese descubrimiento hubiera resultado en un ligero enfado por su parte, por haber sido burlado con tanta facilidad, y quizá en unas risas unos días más tarde, una vez que ese asunto hubiera quedado olvidado. Y así la cosa nunca habría llegado tan lejos. ¿Por qué habría hecho aquello? Quizás esa noche se había visto superada por la situación y se había encontrado demasiado sorprendida o avergonzada como para ser capaz de reaccionar. O incluso era probable que no quisiera ofenderle reconociendo que lo había engañado. Por otra parte, también podría haber elegido rechazarle sin llegar a desvelarle quién era. Pero... ¿entonces?... Entonces había otra opción, una que le atormentaba, y era la posibilidad de que Consuelo le hubiera acompañado hasta el balcón porque sentía algo por él. Sin embargo, esa idea era absurda y estaba decidido a descartarla por parecerle un imposible.

De improviso, la incongruencia de aquel pensamiento descabellado le trajo a la memoria, como una tromba, un recuerdo desagradable. El desdibujado rostro de su padre, rojo de ira, y de cómo, tras haberle propinado una tremenda paliza a las puertas de su casa, había trazado violentamente con el pie una línea sobre la tierra del camino.

—Eres un necio, muchacho —le había dicho, pues no acostumbraba a llamarle por su nombre—. ¿Todavía no has aprendido en estos años que ellos están aquí —dijo señalando un lado de la línea— y nosotros aquí? —Pasó a apuntar hacia el otro lado.

Ignacio, que no era ningún tonto, lo sabía. Y también sabía muy bien a quién se refería su padre cuando hablaba de «ellos» y «nosotros». Que la aristocracia no se mezclaba con la chusma era un hecho de sobra conocido por todos.

—Esa línea jamás puede cruzarse, ¿lo entiendes? ¡Nunca! —bramó—. ¡¿Te ha quedado claro?! —le preguntó, y enfatizó su advertencia hundiendo una patada más en sus costillas.

—Muy claro —escupió un Ignacio adolescente al mismo tiempo que un hilillo de sangre le corría por la comisura de su boca.

Y ahora el Ignacio adulto era consciente de que, a pesar de su inmensa fortuna, esa línea seguía existiendo. Clara y nítida. Una línea grabada a fuego en su percepción de la realidad que separaba de forma tajante al industrial Ignacio Martel, aun con toda su fortuna, de la señorita Consuelo de Maldonado y que resumía su relación en una sola palabra. Imposible.

El caso es que, posible o no, su descubrimiento hizo que en su cabeza se desencadenara un desfile de imágenes y de sensaciones relacionadas con ella.

Rememoró el cuerpo de Consuelo vestida de diablesa y el tacto de la piel suave y tibia de su escote bajo sus labios. La idea de cómo había deseado despojarla de ese provocativo disfraz para así poder admirar el aspecto de sus pechos. El anhelo de apretar su cuerpo contra el de ella aprisionándola contra la pared de aquel saloncito y... ¡Dios bendito! Se obligó a dejar de pensar esas cosas. Pero ahora, que, gracias a la propia obstinación de Consuelo, conocía muy bien la apariencia de su cuerpo desnudo, su imaginación lo tenía mucho más fácil. Tenía la imagen tan fresca en su retina que no podía dejar de recorrer de memoria todas y cada una de las líneas de la figura de ensueño que poseía. Y si cerraba los ojos, para intentar disipar esas ensoñaciones, era aún peor. En ese caso no la veía solo a ella, sino a los dos, enredados en un laberinto de piel ardiente y sudorosa... ¡Maldita fuera! Agitó la cabeza tratando de sacudirse esas fantasías tan poco apropiadas. Se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo, contemplando ensimismado el desayuno que se había servido en el plato y que a esas alturas se le había quedado frío. Todo lo contrario que su cuerpo, que hervía con desesperación por el deseo, preso de un calor sofocante.

«Ignacio, estás viendo fantasmas donde no los hay. Solo fue una travesura sin importancia. Una chiquillada. Solo eso» se decía a sí mismo una y otra vez, tratando así de frenar su ya

desbocada imaginación. Tenía que hacer algo, lo que fuera, o acabaría por volverse loco. Engulló con prisa y sin ganas lo que se había servido en el plato, y abandonó el salón en dirección al jardín; ansiando respirar aire fresco porque las entrañas le quemaban lo mismo que si se encontrase en el infierno.

Según se acercaba a la entrada de la casa, reconoció la voz de Amelia, que en esos momentos hablaba con alguien. Descubrió quién era su interlocutora demasiado tarde como para rectificar el rumbo de sus pasos.

—Consuelo, antes de que salgas a pasear, necesito que bajes estas cajas de fresas a la cocina —le pidió Amelia—. Ya sabes que lo haría yo misma pero ahora no me conviene cargar peso —añadió posando una de sus manos sobre su vientre.

Ignacio pasó junto a ellas cruzando el vestíbulo y, bajando la vista, les deseó buenos días, pretendiendo escabullirse cuanto antes y salir de la casa.

—¡Ah!, Ignacio —dijo Amelia acercándose a él—. ¿Le importaría ayudar a Consuelo a bajar estas fresas a la cocina? Marcela las está esperando para hacer una tarta para esta tarde.

—¿No podría ir otra persona? —le preguntó él en voz muy baja para que Consuelo no pudiera oírle.

—Lo cierto es que no hay nadie más. Los hombres han salido a montar y las mujeres a dar un paseo. Además, el servicio al completo se ha visto obligado a ir a echar una mano al jardinero porque ha habido un problema con una cañería en una de las fuentes. Una fuga.

Al oír aquello, Ignacio pensó con ironía en su frustrado plan de fuga hacia el jardín y a punto estuvo de poner los ojos en blanco.

—Está bien —refunfuñó resignado, cogiendo una de las cajas repletas de fresas.

Bajaron a la cocina, que parecía desierta cuando, en ese mismo momento, la cocinera asomó la cabeza desde la despensa al oír ruido. Les agradeció el favor de llevarle la fruta y, cogiendo las cestas con las fresas, entró de nuevo en el lugar donde almacenaba el género.

—¿Han traído también el azúcar? —preguntó la cocinera desde el interior.

Consuelo, que no había podido evitar la tentación de coger una de las fresas antes de entregárselas, le dio un mordisco antes de contestar.

—No —dijo dando un paso atrás, chocando así con el cuerpo de Ignacio que permanecía allí de pie como una columna, inamovible, justo detrás de ella.

Volviéndose, reparó en que él la analizaba con mucha atención, deteniéndose unos segundos en su boca, en esos momentos velada por el jugo rojizo de la fruta. Consciente de que se había manchado, Consuelo se pasó la lengua por los labios, pero Ignacio no apartó la mirada de ella. Por el contrario, tragó saliva y levantó la vista hasta hundir esos iris azulados en los suyos, examinándolos de una forma extraña. Le daba la impresión de que ansiara sumergirse en lo más profundo de sus ojos, tratando de encontrar en ellos la respuesta a una incógnita que intentaba resolver con desesperación. Ella le devolvió una mirada inquisitiva al tiempo que hablaba hacia la otra habitación.

—Amelia solo nos ha pedido que bajásemos las fresas...

De repente, sus palabras se vieron interrumpidas cuando Ignacio se inclinó y cubrió sus labios con los suyos. La besó con una ternura deliciosa, como si tuviese miedo de hacerle daño. Con un roce tan tenue que apenas sintió como un soplo la tibieza de su aliento sobre su boca. Se separó de ella y volvió a mirarla con la misma expresión, evaluando atentamente su reacción.

Consuelo se quedó inmóvil, incapaz de creerse que aquello estuviera sucediendo. Con el corazón latiéndole descontrolado, oyó la voz de Marcela muy lejos, del mismo modo que si se encontrara a millas de distancia.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer una tarta sin azúcar? —volvió a preguntar la mujer a gritos desde la despensa.

Ignacio se apartó de ella para que pudiera contestar, si bien acercó su mano al rostro de Consuelo y le acarició la mejilla, rozándole la barbilla con el pulgar. La joven empezó a sentir una sensación cálida que se extendía cosquilleando por toda su piel y, en cuanto levantó la vista y los ojos de Ignacio se encontraron de nuevo con los suyos, supo que estaba perdida. Forzó una sonrisa temblorosa.

—Bu... bueno, si quiere, ahora subo a preguntarle a Amelia por el azúcar y...

Las palabras murieron en sus labios tan pronto como Ignacio le pasó una mano por la nuca y la besó de nuevo, apretando su boca contra la de ella, en esta ocasión con más ímpetu. Consuelo estaba tan desconcertada que no podía encontrarle ningún sentido a lo que estaba aconteciendo. ¡Ignacio la estaba besando de nuevo! ¡A ella! Y no como en la noche de Carnaval, sino que era plenamente consciente de que era a ella a quien besaba. Sintió que le flaqueaban las piernas y que todas sus emociones se enredaban en una maraña incoherente. No pudo sino rendirse, abandonándose a las caricias de la calidez de su boca, sintiéndose a un solo paso de perder la cordura. Mantuvo las manos en el aire a pocos centímetros de él, como si temiera que al tocarlo fuera a desvanecerse la ilusión en la que tomaba parte. En cuanto Consuelo separó sus labios, entregándose a aquella sensación dulce, él profundizó más el beso y sus labios arrastraron los de ella. La caricia de su lengua la excitó de tal forma que la hizo gemir contra su boca, al mismo tiempo que encontraba por fin el valor para aferrarse a sus hombros y arquearse contra él, buscando la proximidad de su cuerpo con urgencia. Advirtiéndolo cómo la cabeza le daba vueltas, Consuelo le rodeó el cuello con los brazos y se atrevió a rozar su lengua con la suya de forma tímida. Reparó entonces en cómo las manos de Ignacio se deslizaban hasta la base de su espalda para cerrarse en torno a ella, extendiendo tanto los dedos sobre la tela de su vestido que tuvo la impresión de que trataba de abarcarla entera. La apretó tan fuerte contra sí, apremiándola a acercarse más, que aquella postura le obligó a dar un paso adelante para mantener un equilibrio que peligraba y que le hizo introducir uno de sus muslos entre sus faldas. A ella, ese roce le hizo evocar sus caricias la noche del Carnaval, y sintió como la invadía un calor que avanzaba imparable, arremolinándose en la parte más íntima de su cuerpo. Con el pulso desbocado y advirtiéndolo que aquellas sensaciones eran demasiado para ella, interrumpió el beso y ocultó su rostro en el hombro de Ignacio, con el corazón palpitando enloquecido y percibiendo únicamente el sonido de su propia respiración jadeante.

—Tengo que reconocer que tenías razón en una cosa —le susurró Ignacio al oído en un tono suave y sugerente, aunque también le pareció adivinar en su voz un deje de diversión.

—¿En qué? —preguntó ella parpadeando varias veces como si acabara de despertar de un sueño, aturdida todavía por sus besos.

—Está claro que no puedes estar en la misma habitación que yo.



Ignacio se levantó con los primeros rayos del sol del día siguiente. Descorriendo las cortinas de su habitación, descubrió con satisfacción que el sol brillaba con fuerza. En esos momentos, en que se sentía como un juguete al que hubieran dado demasiada cuerda, le urgió la necesidad de salir a pasear y liberar energía.

En tanto se dirigía hacia el exterior con grandes zancadas, no podía dejar de recrear en su imaginación el beso que había compartido con Consuelo la mañana anterior. Nunca había besado a ninguna mujer por el mero placer de besarla, por la sencilla razón de que siempre había considerado los besos como un prelude de situaciones bastante más prometedoras. Con todo, había disfrutado cada segundo de aquel beso. Sin que Consuelo lo supiera, Ignacio había juzgado que, regalarle ese beso intenso y cálido, era la mejor manera de concentrar en un solo gesto las palabras que había decidido callarse durante años. No obstante, le había sorprendido lo que había provocado en Consuelo. Después de ese encuentro, había decidido evitarla lo que quedaba del día. Necesitaba unas horas a solas para poder asimilar lo que implicaba que ella, a pesar de

mostrarse sorprendida en un principio, hubiera correspondido a ese beso con un apasionamiento que superaba al suyo. Ansiaba volver a sentir el ardor que había provocado en ella. Una, y otra, y otra vez... Se pasó las manos por la cara con nerviosismo, pretendiendo alejar de él unos pensamientos que era incapaz de manejar. Soltó el aire de manera brusca, con un sonido a medio camino entre un bufido y una carcajada amarga dirigida hacia su persona. Él, el imperturbable y pragmático Ignacio Martel, fanático del control, estaba comenzando a perder peligrosamente el dominio de sí mismo. Su materia gris, acostumbrada a lidiar con varios problemas de forma simultánea y procesarlos con éxito, se encontraba ahora bloqueada, asediada por una única imagen. Y el resto de su cuerpo tampoco daba muestras de atenerse a razones. El corazón le brincaba descontrolado en el pecho, no sabía decir si de emoción o de desesperación, y se sentía febril. En ese punto, barajó la posibilidad de que se estuviera poniendo enfermo de verdad.

Llegó caminando hasta donde acababa el terreno ocupado por el jardín y comenzaba la extensión de viñedos, cuyo último tramo estaba repleto de árboles frutales. Echando un vistazo alrededor, se detuvo en un lugar donde la hierba crecía más frondosa. Se tendió de espaldas sobre aquel tupido colchón verde con un suspiro, justo en un sitio donde le acertaba el sol de pleno, embriagado por la delicada fragancia limpia y dulce que desprendían los naranjos.

Ignacio no solía ser el tipo de hombre que volvía la vista atrás. Vivía de forma plena el presente y, en los pocos momentos en que estaba ocioso, se entretenía haciendo planes con la mirada puesta en el futuro, sobre todo en lo que se refería a sus negocios. Sin embargo, tumbado sobre la hierba, con los ojos cerrados y los cálidos rayos del sol acariciando su cara, no pudo evitar que acudieran a su mente imágenes del pasado.

El olor a hierba fresca le trajo a la memoria la imagen de Consuelo, con unos doce o trece años, con una brillante trenza castaña cayéndole por la espalda sobre su camión blanco. De algún modo radiante, a pesar de su aspecto flacucho y pálido, con sombras oscuras que se dibujaban a diario bajo sus hermosos y grandes ojos verdes. Sin perder nunca esa sonrisa suave que se esbozaba en su rostro de niña. La recordaba pintando sentada en su cama, con semblante abstraído, levantando la cabeza tan pronto como él llegaba y tocaba en el cristal. Entonces abría la ventana y recibía sonriente las flores silvestres que él le traía, con un entusiasmo tal como si fuera el más primoroso ramo de la más distinguida floristería. Y luego revivió el dolor de tener que dejarla.

Esos recuerdos se difuminaron y otro se abrió paso, burlón, con una fuerza perversa. Las formas de Lola, mirándolo en aquella taberna con sus ojos felinos, ardientes, contoneándose frente a él, embrujándole hasta hacerle perder la razón para luego abandonarlo sin piedad y no regresar jamás. Un ruido y el recuerdo se evaporó.

Abrió los ojos y parpadeó, notando con extrañeza como una lágrima le resbalaba por la sien. Se incorporó, pasándose las manos por la cara y oyó el murmullo de un grupo de gente que se acercaba.

—Si se queda dormido sobre la hierba a pleno sol acabará con la cara como un tomate. — Le sorprendió una vivaracha voz a su espalda.

Se giró, viéndose forzado a guiñar los ojos al mirar en dirección al sol, y distinguió, recortada a contraluz, la figura de una jovencita.

—¿Viene a dar un paseo con nosotros? Nos dirigimos al monte, a ver si conseguimos avistar algún ciervo —le dijo ella, tendiéndole la mano de forma que daba por hecho que la respuesta sería un sí.

Le dio la mano a aquella muchacha y al levantarse y mirarla de frente pudo ver que se trataba de Carlota ... o Manuela, no estaba muy seguro. ¿Sería Carlota, la joven con la que había

bailado en la boda? Ignacio se sintió un poco avergonzado por no ser capaz de distinguirlas y no se atrevió a preguntarle cuál de las dos gemelas era ella.

—Se me antoja un buen plan —dijo él sonriendo a la chica—. ¿Cómo es que no va junto al resto del grupo?

—Soy una joven aventurera en un grupo aburridísimo que camina con una parsimonia exasperante. Aparentan más de cien años cada uno. Yo suelo ir siempre veinte o treinta pasos por delante de los demás y sospecho que usted es el único que puede seguirme el paso —dijo mirándole de arriba abajo—. Le he estado observando y, por su forma de moverse, deduzco que es usted alguien tan atlético como yo. Creo que, precisamente por eso, somos los únicos que tenemos alguna probabilidad de ver un ciervo —concluyó con una amplia sonrisa.

Caminaron hasta que alcanzaron al numeroso grupo de paseantes entre los que se hallaban Leonardo y Amelia con el pequeño Manuel acompañados por el resto de familiares y amigos.

—Mirad lo que he encontrado entre los frutales —anunció Carlota abordándoles, acompañada de Ignacio—. He reclutado a un nuevo compañero de aventuras. Estoy segura de que conseguiremos ver un ciervo antes que ninguno de vosotros —dijo apuntándoles con el dedo con actitud retadora y cogiendo a Ignacio del brazo, tiró de él para tomarles la delantera.

Ignacio se volvió hacia ellos sonriendo y, encogiéndose de hombros, hizo un gesto de resignación.

—Pero Carlota, no puedes ir con el señor Martel sin un acompañante —le recordó su hermana Manuela.

—Yo iré con ellos —se ofreció Consuelo, apretando el paso para darles alcance.

—¡Cúidalo bien, Carlota! —vociferó Leonardo con sorna—. No le exijas demasiado. Piensa que se trata de un hombre mayor.

Carlota estaba muy satisfecha por haber conseguido dos acompañantes en su pequeña excursión como exploradora.

—¿Sabe seguir un rastro, señor Martel? —le preguntó Carlota a Ignacio una vez que avanzaban por el camino.

—Tengo una ligera experiencia —mintió él para no desilusionarla. En realidad, no tenía ninguna—. Mi padre era guardés ¿sabe? Como su padre antes que él.

—¡Oh! ¡Qué exótico! —exclamó Carlota, entusiasmada.

—Sí, muy exótico —dijo con sarcasmo y miró a Consuelo sonriendo.

No hizo falta más que esa sonrisa sutil para que Consuelo se acalorara de golpe.

—Y si viene de una familia de guardeses, ¿de dónde proviene su enorme fortuna? —preguntó Carlota sin ningún recato—. ¿Se dedica acaso al contrabando? ¿A la piratería?

Ignacio soltó una risotada ante la desorbitada imaginación de aquella chiquilla.

—Me dedico a invertir en máquinas —respondió de buen tono.

—¿En máquinas? ¿Y le parecen fiables esos chismes compuestos de piezas de metal? —preguntó con un semblante que reflejaba un infinito interés.

—Mucho más que las personas —contestó, y miró a Consuelo.

Consuelo, no sabiendo si se refería a ella, sintió que se le subían los colores.

—Hoy hace mucho calor. Quizás podríamos dirigirnos hacia el río por si los ciervos se acercan allí a beber —sugirió esta.

—Me parece buena idea —convino Carlota con un contagioso optimismo.

Siguieron caminando los tres juntos, charlando de temas triviales a medida que se aproximaban al arroyo. A los pocos minutos, el suave murmullo de la corriente les indicó que estaban encaminando sus pasos hacia la dirección correcta.

—Carlota, espero que me disculpe y pueda satisfacer mi curiosidad —dijo Consuelo en un momento dado—, pero me preguntaba si hay alguna forma de distinguirla a usted de su hermana Manuela. A mí me da la impresión de que son exactamente iguales.

—Así es. Somos como dos gotas de agua, como suele decir todo el mundo —reconoció Carlota gesticulando de una forma muy simpática—. En lo único que nos diferenciamos es en una marca de nacimiento que yo tengo y ella no. Ahora bien, como la marca no está a la vista, en apariencia somos exactas. Aunque también es fácil distinguirnos en cuanto se mantiene una breve conversación con nosotras porque tenemos caracteres muy diferentes y...

Al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras, a Carlota le dio la sensación de que algo se movía entre los árboles y soltando una exclamación entusiasta, salió disparada en aquella dirección.

—¡Espere, Carlota! —le gritó Consuelo al ver que se alejaba con demasiada celeridad.

Avivó un poco el paso para vigilarla, pero según se acercaba al margen del río, donde la hierba era más alta, Consuelo tropezó con la raíz de un árbol oculta entre la vegetación.

—¡Ay! —se lamentó cuando notó cómo su pie se doblaba provocándole un dolor agudo.

—¿Qué sucede? —preguntó Ignacio volviendo a su lado de inmediato en dos zancadas.

—Me... me he torcido el tobillo —respondió ella haciendo una mueca de sufrimiento.

El rostro de Ignacio se ensombreció a causa de la preocupación.

—Apóyate en mí —dijo mirando alrededor— y rodéame el cuello con los brazos.

Lo dijo con un tono tan autoritario que Consuelo se sintió obligada a obedecer. De pronto, la levantó en brazos con la ligereza de una pluma y la sorpresa le hizo dar un respingo. Ignacio la condujo hasta una roca de gran tamaño con una superficie lo bastante plana como para que pudiera sentarse.

—Vamos a ver —murmuró él con un rictus de preocupación y la seriedad de un doctor examinando a su paciente.

Sin molestarse en pedirle permiso y con un gesto muy concentrado, le quitó la bota con lentitud, ante lo cual Consuelo apretó los dientes dejando escapar el aire siseando.

—Te duele mucho —aseveró con una expresión como lo haría alguien que estuviera padeciendo de igual modo—. Voy a quitarte la media —añadió, y sus manos desaparecieron bajo sus faldas haciendo que Consuelo contuviese la respiración.

Le desenlazó a tientas la liga que sujetaba la media con una sorprendente destreza y a continuación tiró de la prenda de algodón, levantando un poco el bajo de su vestido y dejando su tobillo al descubierto. El roce de las manos de Ignacio en sus muslos y la caricia de la media deslizándose por su pantorrilla provocaron que se le erizara la piel.

—¿Qué ha pasado? —Era Carlota, que volvía para saber por qué se habían quedado rezagados.

—La señorita Consuelo se ha torcido el tobillo —diciendo esto tiró de la corbata que llevaba al cuello para deshacerla—. Carlota, hágame un favor, coja esto y mójelo en el río.

—¡A sus órdenes! —exclamó ella y corrió hacia la orilla.

—¿Eso me aliviará el dolor?

—No lo sé. Pero al menos la mantendrá un rato lejos de aquí —dijo levantando la vista y sonriendo.

Ignacio volvió a examinar su tobillo de nuevo. Tenía un aspecto un poco hinchado y, en cuanto lo tocó, pudo oír como Consuelo dejaba escapar un quejido de dolor.

—No es grave —dictaminó con mucha seguridad en tanto que lo examinaba—. Estoy seguro de que, si esta tarde guardas reposo, mañana podrás volver a caminar con normalidad;

aun así, no vas a poder volver a pie —dijo, y comenzó a masajear el tobillo con suavidad, manteniéndolo en alto y subiéndole un poco más la falda—. ¿Te sigue doliendo incluso descalza?

Consuelo notaba las manos cálidas de Ignacio trazando círculos sobre su piel desnuda y empezó a sentir una inesperada oleada de calor recorriéndole el cuerpo. Aquello no era apropiado ni decoroso y, sin embargo, en algún punto había perdido la facultad de pedirle que se detuviera.

—Un... un poco.

De pronto, oyeron la voz de Leonardo llamándoles a gritos por sus nombres. Había ido en su busca para avisarles de que el resto del grupo estaba cansado y habían decidido dar media vuelta y regresar a la quinta. Ignacio, haciendo un esfuerzo por apartar sus manos de la piel de Consuelo, salió a su encuentro y volvieron junto a ella.

—No podrá volver a pie todo el camino —le dijo Ignacio a su amigo tras explicarle lo que había sucedido.

—¿Crees que podríamos llevarla entre los dos?

—Lo dudo mucho. Aunque Consuelo no pesa demasiado, hay bastante trecho hasta la quinta. Opino que lo mejor será que vayas a buscar un caballo. Nosotros te esperaremos aquí.

—¿Los dos solos? —preguntó Leonardo en tono burlón levantando una ceja, viendo la falda un poco subida de Consuelo y su tobillo desnudo.

—Si te parece bien, Carlota puede quedarse con nosotros hasta que vuelvas.

—A mí no me importa quedarme —se ofreció Carlota.

—Está bien. Me daré toda la prisa que pueda —dijo Leonardo alejándose a paso ligero.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Carlota cuando Leonardo se hubo marchado. Se mostraba desilusionada por haber tenido que dar por finalizada su aventura de buscadora de cérvidos.

—Si quieres puedes pasear por aquí cerca, hasta el río, por si consigues ver algún ciervo, pero sin alejarte mucho —contestó Ignacio.

—¿Y dejaros solos? ¿No se supone que me quedaba aquí como carabina para vigilaros?

—Es cierto. Aun así, se me ocurre que quizá podamos llegar a un acuerdo.

Ignacio se acercó a la muchacha y le susurró algo al oído. Ella se quedó pensativa y cuchicheó unas palabras en respuesta. Ignacio se mostró sorprendido por lo que le había dicho y le habló al oído de nuevo.

—Está bien —dijo ella sonriendo satisfecha lo mismo que si hubieran cerrado un buen trato, y se alejó hacia el margen del río.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Consuelo.

—La verdad. Que quería estar a solas contigo para poder besarte —declaró acercándose a ella con una sonrisa traviesa.

—¿Y cómo la has convencido? —inquirió, sintiendo que la invadía un hormigueo nervioso ante la posibilidad de que Ignacio la besara de nuevo.

—Me ha pedido algo a cambio y su demanda me ha parecido razonable.

—Entonces, ¿es cierto que deseas volver a besarme? —preguntó ella con incredulidad.

—Hace dos días que no puedo pensar en otra cosa desde que me levanto hasta que se pone el sol —confesó Ignacio sonriendo.

—¿Por eso me has traído aquí contigo? —preguntó arqueando una ceja.

—Lo dices como si hubiera urdido un plan para seducirte y te recuerdo que yo no te he traído. Has venido tú por voluntad propia. Y tampoco he sido yo el que te ha lastimado el tobillo. Pero reconozco que ha sido un golpe de suerte que te hayas torcido el pie.

—Yo no lo llamaría un golpe de suerte —se quejó Consuelo, haciendo una mueca de disgusto—, más bien una fatalidad.

—En ese caso —dijo él, con sus ojos chispeando con picardía—, ahora me veo en la obligación de demostrarte por qué yo sí mantengo que ha sido un golpe de suerte.

Acercándose hasta donde estaba sentada, se arrodilló a su lado y se aproximó más a ella. Para cuando le acarició la cara, Consuelo sentía que la anticipación era tan aguda que resultaba casi hiriente. Ignacio rozó con los pulgares la zona bajo el lóbulo de las orejas y le regaló un primer beso justo allí, donde latía su pulso. Al sentirlo tan cerca, con su aliento recorriendo su cuello, la joven inspiró hondo, apresando el aroma que desprendía Ignacio. Olía a campo y a hierba recién cortada mezclado con su propia esencia, un olor masculino apenas perceptible bajo un rastro de jabón suave. No alcanzó a encontrar entre sus recuerdos ningún aroma que prefiriera al suyo. Sin darle tregua, él trazó un camino de besos desde la mejilla hasta la comisura de su boca y, haciendo una pausa desquiciante, la besó presionando muy suavemente sus labios, tal como se posaría una mariposa sobre una flor. Fue una caricia inocente y provocativa al mismo tiempo, que acrecentó más su excitación. Una vez que Ignacio profundizó el beso, y ella cerró los párpados y separó sus labios, apoyando las palmas abiertas sobre su pecho, todo aquello que la rodeaba se esfumó y otras percepciones adquirieron mayor nitidez. Se sintió impresionada por su cercanía, la firmeza de su torso y su calidez, de tal modo que la inundó una marea de sensaciones que desbordó sus sentidos. Se vio arrastrada entonces por el placentero contacto de la boca de Ignacio atrapando la suya, el sabor ligeramente dulce de su lengua y el latido apresurado de su corazón bajo sus manos. Un ritmo similar al del suyo propio, que retumbaba contra sus costillas. Al cabo de un momento, ella comenzó a responderle ansiosa, con una sed de él que parecía no saciarse nunca, que se hacía más y más profunda cuanto más se confundían sus labios. Se apartó de él unos segundos, jadeando, para volver de nuevo a su boca con un apremio renovado, aferrando la tela de su camisa con fuerza, dándole la impresión de que nunca podría aplacarse esa necesidad salvaje que tenía de él. Esa inclinación que había logrado mantener a raya durante lo que había estimado una eternidad, ahora daba muestras de haberse desatado sin ningún control. Se separó de él de nuevo, casi sin aliento, dejando caer la cabeza sobre su pecho.

—¿Por qué te fuiste hace once años? —Quiso saber en un susurro. Pese al tono que empleó no se podía considerar una pregunta. Era más bien un lamento amargo por el tiempo perdido.

—En realidad fue hace doce... —musitó apenado—. Y si te dijera la razón por la que me marché, la verdad te haría daño.

—¿No me querías? ¿No significaba nada para ti? ¿Es eso?

Ignacio la miró un segundo y entendió que, transcurridos más de diez años, Consuelo se merecía saber lo que había sucedido en realidad. Aunque doliera.

—Fue tu padre quien me separó de ti —dejó caer sin más.

—¿Mi padre? —De todas las respuestas que había elucubrado por aquel entonces, esa ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—¿Te acuerdas de la única vez que me atreví a entrar en tu alcoba? —preguntó.

—Claro que me acuerdo. Esa tarde, justo antes de que llegaras, había llamado varias veces a mi doncella porque estaba agotada y quería irme a dormir. No acudió a ninguna de esas llamadas y cuando tú apareciste, me hallaste tan cansada que te colaste por la ventana. Recuerdo que me ayudaste a cepillarme el cabello, me lo trenzaste, no muy bien por cierto —Consuelo rio al evocar la imagen de su pelo entremezclado en una trenza mal hecha—, y luego me ayudaste a acostarme y me arropaste antes de caer rendida.

—Pues me figuro que alguien del servicio debió verme entonces, y cuando tu padre fue

informado de que el hijo del guardés visitaba a su hija enferma, montó en cólera y le hizo una visita al mío. Le amenazó con echarle de la propiedad si no conseguía mantenerme lejos de su hija, y mi padre, furioso por mi comportamiento, me mandó a vivir con mis tíos a Barcelona para apartarme de ti.

—No lo puedo creer... —Consuelo no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas y luego empezó a sollozar.

—Lo siento. —Ignacio la rodeó amorosamente con sus brazos, intentando calmarla.

—Si mi padre no hubiera fallecido hace unos meses, en este instante desearía que estuviera muerto —escupió ella, con una rabia hacia su padre que le abrasaba el alma.

—No digas eso, Consuelo.

—¿Que no diga eso? —repitió ella, alterada—. ¿Cómo pudo hacerme algo tan cruel? Me arrebató la única ilusión que tenía durante el tiempo que estuve enferma...

Comenzaron a brotarle nuevas lágrimas. De pronto, abrió mucho los ojos, imaginando una idea terrible.

—Tu propia familia te rechazó por mi culpa. Ahora comprendo esa frialdad hacia mí. Por eso apenas me dirigías la palabra y, en las pocas ocasiones en que lo hacías, me tratabas de usted para marcar las distancias. Tú... tú debías odiarme... —concluyó, pensando que esa era la única explicación posible.

—¿Cómo iba a odiarte, Consuelo? —dijo él con apasionamiento, sujetándole la cara con ambas manos—. Tú eras una niña y no tuviste culpa de nada. Simplemente era frío contigo porque quería mantenerte lo más lejos posible de mí.

—Pero, ¿por qué? —preguntó ella confundida.

—Porque el simple hecho de tenerte cerca dolía. Y, además, no podía permitirme volver a experimentar esto que siento ahora. No quería volver a sentir nada por ti ¿lo entiendes? Sabía que, si eso sucedía y teníamos que volver a separarnos, no podría soportarlo.

Consuelo se sintió profundamente conmovida por sus palabras. Y, por primera vez, desde hacía mucho tiempo, sintió brotar en su corazón la esperanza que creía haber perdido por completo.

—Aunque tanto tu padre como el mío creyeron hacer lo correcto —continuó Ignacio—, se comportaron de una forma injusta. Yo era solo un muchacho y no había nada oscuro ni perverso en mis intenciones al visitarte. Mi amor por ti era algo... puro. Tan solo deseaba que esas flores te hicieran sentir mejor. Y tú... tú eras prácticamente una niña. Sin embargo, ellos vieron nuestra relación con los ojos de dos adultos con una mente viciada. Y mi padre... fue incluso más mezquino que el tuyo.

—¿Qué... qué fue lo que hizo? —balbuceó Consuelo, temerosa de conocer la respuesta.

—Me envió lejos de todos y de todo lo que conocía, a pesar de las súplicas desesperadas de mi madre. Pero antes de eso, al descubrirse que te había estado visitando, me propinó una paliza que casi acabó conmigo. No obstante, eso no fue lo peor.

—¿Qué fue lo peor? —Consuelo se preguntaba qué podría ser más terrible que el hecho de que tu propio padre te moliera a golpes y te enviara lejos de tu familia.

—Lo más cruel fue que después de aquella paliza, registró mi habitación a conciencia y acabó encontrando las acuarelas que me habías regalado los días que te llevaba flores y... —Ignacio hizo una pausa porque recordar ese episodio todavía le dolía— las rompió todas en mil pedazos —expuso con un hilo de voz—. Y cada vez que rasgaba uno de tus dibujos sentía que se me desgarraba el alma de la misma manera —le explicó con los ojos vidriosos.

Consuelo, con las lágrimas a punto de brotar de nuevo, vio como Ignacio abría un poco su

camisa y, metiendo la mano por dentro, sacó aquel guardapelo que llevaba colgado con una cadena alrededor del cuello.

—El único recuerdo que pude conservar de ti fue esto... —añadió, quitándoselo para, a continuación, depositarlo en la mano de Consuelo.

Ella se estremeció al notar que el medallón todavía conservaba el calor de su cuerpo. Consuelo no estaba segura de lo que contenía. Sí sabía con certeza que no era un retrato de ella porque nunca le habían hecho ninguno. Ignacio, viendo que lo contemplaba absorta mientras descansaba en la palma de su mano, retrasando con aprensión el momento de descubrir qué encerraba, acercó sus manos y lo abrió con cuidado para mostrarle el interior. La joya preservaba, igual que un tesoro secreto y valioso, un pequeño fragmento de lo que en su día había sido un dibujo. Consuelo lo contempló pasmada. Pudo reconocer con asombro una parte de los pétalos de una flor. Una de sus flores. Las que solía pintar a acuarela cuando era más joven.

—¿Has guardado un fragmento de uno de mis dibujos durante doce años? —preguntó con incredulidad, a pesar de conocer la respuesta—. ¿Y... y lo has llevado encima todo este tiempo?

Ignacio asintió con la cabeza de forma casi imperceptible, como si le avergonzase reconocer en voz alta haber hecho una cosa tan tonta.

—Lo he llevado siempre conmigo como un amuleto, si bien me figuro que, si tuviera algún tipo de poder, sería el de hacer dinero. En el amor no me ha traído demasiada suerte. Podría ser que, en el fondo, estuviera deseando volver a manos de su dueña —dijo sonriendo con timidez.

Consuelo lo miraba con los ojos muy abiertos. No podía creer que aquello fuera posible. ¡Ignacio nunca la había olvidado! Y la prueba la tenía allí delante, en ese pequeño pedazo de papel coloreado que él había llevado junto a su corazón y que había acompañado cada uno de sus latidos. Aunque Consuelo nunca había sido una jovencita delicada con tendencia a desmayarse, se sintió a punto de desfallecer. Se llevó las manos a la boca para tratar de contener un sollozo entrecortado que brotó del fondo de su pecho, a medio camino entre el llanto y el infinito alivio. De pronto, le vinieron a la cabeza las palabras crueles que le había dedicado la otra tarde y se sintió terriblemente culpable.

—Ignacio, lo que dije el otro día mientras jugábamos al ajedrez no era cierto. No lo era —explicó agitada, hablando de forma atropellada y moviendo la cabeza de un lado a otro—. No pretendía herirte, Ignacio, de verdad.

—Es obvio que eso era exactamente lo que pretendías —la contradijo él con una sonrisa triste.

—¿Podrás perdonarme? Dije aquello porque estaba dolida contigo. Nunca fuiste un muchacho vulgar para mí. Nunca. Tú siempre serás el chico dulce que me traía flores cuando estaba afligida, el único que me visitaba, a diferencia de todos los demás, que me dejaron de lado, aislada en una habitación. Recuerdo que mis padres apenas se relacionaban conmigo por temor a que mi enfermedad fuera contagiosa y, por supuesto, no permitían que Luis, su primogénito y heredero, se me acercara. Tú fuiste el único que tuviste el valor de acompañarme y hacerme sentir que no estaba sola, que le importaba a alguien. Además, eras el que traía hasta mi ventana lo que a mí me parecía que debía ser el color del mar, dentro de esos ojos que encerraban docenas de matices de azul —añadió sonriéndole entre lágrimas mientras sorbía por la nariz y le acariciaba con ternura la cara con los nudillos—. Te necesitaba tanto entonces... Aún... aún te necesito.

Se abrazó a él con fuerza y permanecieron en silencio, solo interrumpido por el llanto de Consuelo, cuyas lágrimas, que había contenido en su pecho durante tantos años, manaban ahora a borbotones. Ignacio le enjugó las lágrimas con el pulgar al tiempo que escuchaba su respiración

convulsa y depositaba en su cabello un beso suave.

—Consuelo, ¿por qué está llorando? —La voz de Carlota los devolvió a la realidad.

—Ignacio me acaba de contar una historia muy triste —contestó Consuelo enjugándose las lágrimas.

—Me había dicho que iba a besar a Consuelo, no a hacerla llorar —musitó al igual que se piensa en voz alta—. Bueno, en cualquier caso, espero que esto no le impida cumplir la segunda parte de nuestro acuerdo —dijo con desparpajo, reclamando que cumpliera su parte del trato.

Ignacio se levantó sonriendo y poniéndose frente a ella, le dio un casto beso en la frente.

—¡Eh, un momento! ¡Eso no es lo que me había prometido! —protestó Carlota.

—Le prometí un beso y le he dado un beso —se defendió Ignacio sonriendo con malicia.

—Sospecho que la han engañado, Carlota —dijo Consuelo riendo a la par que se enjugaba una última lágrima—. Debería exigir que Ignacio haga honor a su promesa.

—Pero ¿tú de qué lado estás? —preguntó él volviéndose hacia Consuelo, riendo sorprendido.

—Del suyo, por supuesto. Opino que Carlota se merece un beso de verdad. Además ¿qué hombre no desearía besar a una joven tan bonita como ella? —La pregunta de Consuelo iba acompañada de una mirada implorante—. Eso sí, si alguien me pregunta, en lo que a mí respecta esto nunca ha sucedido y lo negaré categóricamente, incluso bajo tortura —añadió con aire solemne.

Ignacio volvió junto a Carlota para darle otro beso.

—Consuelo, ¿le importaría mirar hacia otro lado? —pidió Carlota y, acercándose al oído de Ignacio, le susurró en un tono benévolo—: No me gustaría que se pusiera celosa.

Ignacio hizo un gesto afirmativo y adoptó una expresión seria, colocando sus manos sobre los hombros de la muchacha, lo que hizo que ella se pusiera rígida por la emoción que prometía su primer beso.

—¿Podría no cerrar los ojos durante el tiempo que dure el beso? —pidió la joven, visiblemente nerviosa.

—¿Podría preguntarle por qué? —le preguntó él mirándola divertido.

—Porque sus ojos son tan hermosos que preferiría que no los apartara de mí ni un solo instante.

Ignacio se acercó a ella con los ojos abiertos y rozó sus labios con los suyos. Tan pronto como se separó de ella, Carlota lanzó un suspiro que indicaba que en esta ocasión sí estaba satisfecha.

—Señorita Carlota —dijo Ignacio haciendo una pequeña reverencia—, ha sido uno de los besos más dulces que he tenido el placer de dar en toda mi vida. Es usted deliciosa.

Carlota se sonrojó y se le escapó una risita. Acto seguido, se acercó hasta donde estaba sentada Consuelo.

—Consuelo, si no se casa usted con este hombre ¿puedo hacerlo yo en su lugar cuando sea un poco más mayor?

—Creo que eso tendría que preguntárselo a él —dijo ella riendo y, al volverse a mirar a Ignacio, se percató de que, por alguna razón, su mirada se tornaba sombría.



A partir de aquel paseo por el monte, en el que se había abierto esa caja de caudales que encerraba los sentimientos de Ignacio, este aprovechaba cualquier oportunidad para acercarse a Consuelo, aunque de manera furtiva. Siempre que la encontraba caminando por el pasillo, la cogía sorpresivamente por el talle, estampándole un beso rápido en la mejilla y luego seguía andando, aparentando que nada había sucedido, y nadie habría sospechado nada extraño si no fuera por la sonrisa bobalicona que se dibujaba en los labios de ambos.

En una ocasión en que la joven estaba bordando sola en el salón, con su cabeza inclinada sobre la labor, Ignacio se acercó a ella con sigilo y la besó en la nuca. Esto hizo que ella diera un brinco en el sofá y, tan pronto como se volvió para dedicarle una mirada de reproche y entreabrió la boca para regañarle, él la besó, acallando su reprimenda de una forma tan dulce, que a ella no le quedó otro remedio que rendirse a aquel beso.

A la hora de la comida o de la cena, si los sentaban uno al lado del otro, Ignacio dejaba caer la servilleta al suelo y al inclinarse para recogerla le acariciaba el tobillo. En cambio, en las

ocasiones en que les asignaban asientos separados, la miraba con intensidad desde el otro extremo de la mesa, hasta que ella por fin levantaba la vista hacia él. En el momento en que los ojos de ambos se enredaban, Ignacio esbozaba una sonrisa de las que prometían placeres secretos, de esos que nadie se atrevería a expresar en voz alta, lo que hacía que Consuelo se ruborizase de la cabeza a los pies.

Y así, en multitud de ocasiones, encontraba la manera de rozar su mano de forma que se entendiera fortuita, acariciaba su cintura cada vez que pasaba a su lado sin que nadie se percatase de ello y, en el momento en que Consuelo volvía a su alcoba por la noche, le entorpecía hábilmente el paso para robarle un último beso a escondidas antes de irse a dormir.

Aquella noche, Ignacio volvió a su habitación bastante tarde, luego de pasar un tiempo con Eduardo tomando una copa y charlando tras la cena. Después de jugar largo rato al dominó, en tanto discutían sobre política, y escuchar a su amigo repetir por enésima vez cuánto le cautivaba la señorita Claudia y lo mucho que se alegraba de haber permanecido en la quinta en lugar de marcharse antes de tiempo, Ignacio decidió que ya era hora de retirarse a descansar. Más aún cuando todo hacía suponer que Consuelo se había ido a acostar hacía rato, pues no había ni rastro de ella. Al llegar a su habitación, se quitó la corbata y comenzó a sacarse las botas. Aunque Leonardo le había ofrecido a su ayuda de cámara para que le asistiese durante su estancia en la quinta, Ignacio había considerado hartamente ridículo tener a alguien para que le ayudase a vestirse, teniendo en cuenta que llevaba toda la vida haciéndolo él solo. De pronto, oyó un ruido en la ventana y vio con asombro como Consuelo se colaba en su cuarto con una agilidad pasmosa.

—Consuelo, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó él con un susurro desesperado.

Ella permaneció allí de pie. Tenía una expresión un tanto tensa y apretaba los puños de forma nerviosa. Tragó saliva con esfuerzo antes de hablar.

—He venido porque quiero pasar la noche contigo —. Había ensayado esas palabras muchas veces en su cabeza pero, ahora que las había expresado en voz alta, no sonaban como esperaba. Se sentía como una niña torpe aparentando que sabía hacer cosas de mayores.

—Pero ¿qué estás diciendo? —profirió él con angustia.

—Estoy diciendo que quiero hacer el amor contigo esta noche.

—¡Ya sé lo que querías decir! Pero ¿es que has perdido la cabeza? —Ignacio la miraba con la expresión de quien está a punto de enfrentarse a una criatura mitológica temible.

—Creo que sí. Y tú tienes toda la culpa —le acusó, señalándole con un dedo—. Llevas varios días buscando cualquier excusa para acercarte a mí, y besarme, y tocarme y... me haces sentir de una forma que... bueno... lo que quería saber es si tu oferta sigue en pie —dijo bajando la vista con pudor.

—¿De qué oferta hablas? —preguntó él con cara de no entender nada.

—De la que me hiciste la noche del Carnaval. Esa de hacerme gritar... —aclaró ella y, haciendo acopio de valor, dio un par de pasos hacia él echando los hombros hacia atrás—. Estoy dispuesta a aceptarla. Sin condiciones —dijo, haciendo un esfuerzo para que no le temblara la voz.

—Quédate ahí —le ordenó él levantando el brazo con la palma extendida temiendo que ella se acercara más— y siéntate en el sofá. Por favor —añadió al final por miedo a sonar demasiado autoritario.

Ella obedeció como una buena chica, pero Ignacio vio aparecer en sus ojos una ligera decepción.

—No sabes lo que me estás pidiendo, Consuelo —dijo él tratando de aparentar calma para

hacer que entrara en razón.

—Lo sé perfectamente —lo contradijo ella alzando la barbilla.

—Quizá ahora opinas que es una buena idea pero ¿te has parado a pensar qué pasará el día de mañana? Llegará un día en que encuentres al hombre adecuado y entonces decidas casarte. Y estoy seguro de que en ese momento te arrepentirás y...

Consuelo frunció el ceño, molesta. La mera idea de que mantener su virtud intacta era lo único que la sociedad esperaba de una jovencita como ella siempre la había enfurecido sobremanera.

—No me imagino compartiendo mi vida con nadie —le interrumpió con brusquedad.

Consuelo tragó saliva, «con la excepción de una sola persona» añadió para sus adentros.

—Pero, aunque me casara más adelante, quiero perder mi virginidad contigo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ignacio francamente conmovido.

—Porque llevo amándote sin descanso desde los doce años. Entiendo que me lo merezco —expresó, sonriendo inquieta—, aunque solo sea como una recompensa a mi constancia.

Ignacio parpadeó varias veces, abrumado por su inesperada confesión. Nada más oír aquellas palabras, había sentido como le invadía una sensación de cálida felicidad, seguida muy de cerca por otra bastante menos grata. Una irrefrenable sensación de terror.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo él moviendo la cabeza de un lado a otro, exasperado, lo mismo que si hablara consigo mismo en voz alta.

—¿Llevarme a la cama? —preguntó ella, esperanzada.

—Eso no va a suceder —respondió, cortante.

—¿Y qué va a suceder?

—Dame un momento. Estoy pensando —le dijo él con su habitual gesto serio y eso la hizo sonreír.

A Ignacio, en ese momento, le dio la impresión de que la soledad que se cernía sobre él era más inmensa que nunca. E intuía que había una solución a eso, una sencilla. Solo tenía que acercarse a Consuelo, alargar su mano y tocarla. Pero en el fondo estaba aterrado. Quería mantener intacto el recuerdo de Consuelo como una muchacha pura e inocente, como esa niña a la que llevaba flores. El único recuerdo que había conseguido mantener a salvo en su corazón y que no había sido corrompido por las realidades desagradables de su vida. Lo único a lo que había podido aferrarse. Se dio cuenta de que era un cobarde, de que no quería arriesgarse a perder aquello tan valioso para él y de que, aunque eso supusiera luchar contra sus propios sentimientos, no quería amarla.

La observó allí sentada, devolviéndole la mirada con los ojos muy abiertos, expectante, y recordó todos y cada uno de los besos que habían compartido en esos días. Solo unos pocos días que se le habían antojado una vida entera. Una vida maravillosa llena de promesas. Mirando su boca, se dio cuenta de cómo en esos días los labios de ella se habían amoldado a los suyos de una forma tan intuitiva que le asustaba. Y ahora ella quería más. Como una alumna aventajada con muchas ganas de aprender. Pero él se sentía demasiado viejo y cansado como para ejercer de maestro.

—Bueno, ¿vas a cumplir tu promesa o no? —preguntó ella que se esforzaba para que no se trasluciera su agitación, viendo que él no se decidía a hablar.

—No fue una promesa —protestó él—. Además, esto no es justo. Cuando dije aquello pensaba que esas palabras se las estaba diciendo a una desconocida, no a ti. Eso por no mencionar que no lo decía en serio. Ese tipo de ofrecimiento solo se lo haría a una mujer experimentada, no a una chiquilla.

—¡No soy una chiquilla! —negó ella, ofendida, tomando esa palabra como el mayor de los insultos—. ¡Tengo veinticuatro años! Además, ¿qué edad tienes tú? Hablas como si fueras más viejo que Matusalén y apenas has cumplido los treinta. Tan solo eres unos pocos años mayor que yo.

—Consuelo, aun así, eres demasiado joven...

—Lo que quieres decir es que soy demasiado inexperta —dijo levantándose del sofá con un resoplido, perdiendo la paciencia, y avanzó varios pasos hasta que se paró frente a él y le clavó el dedo índice en el pecho a cada palabra que pronunciaba—. Pues te estoy pidiendo que le pongas solución, maldita sea.

—No puedo, Consuelo. Después de esta noche no podría ofrecerte nada...

—¡No me importa! —exclamó ella con vehemencia.

—¡Pero a mí sí! —repuso él, desesperado—. Y estoy convencido de que a la larga a ti también. Además...

«Yo no soy digno de ti», aquel pensamiento cruzó por su cabeza como un relámpago. Sabía que Consuelo no era para él. Lo tenía plenamente interiorizado, como un credo. Sin embargo, no se atrevió a verbalizarlo.

—... ¿alguna vez has imaginado lo que sucedería si nos prometiéramos? —le planteó en cambio—. ¿Cómo me presentarías a tu familia y amigos? ¿Qué responderías cuando alguien te preguntara cómo nos conocimos? «Oh, el señor Martel y yo somos íntimos desde la infancia, algo inevitable porque, al fin y al cabo, él era el hijo de nuestro guardés».

Consuelo abrió los ojos como una lechuza y lo escrutó como a alguien que ha dicho un disparate.

—Sabes que eso no tiene ninguna importancia para mí —replicó ella con la voz estrangulada por la emoción.

—No ahora. Pero algún día la tendrá.

—Te agradecería que dejaras de pensar por mí, Ignacio —le espetó ella, enojada—. Me conozco mucho mejor que tú y estoy segura de que nunca, jamás, me avergonzaría de tu origen humilde.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Porque es una cuestión que nunca me ha importado lo más mínimo ni tampoco me ha influido a la hora de relacionarme contigo, y eso no va a cambiar a estas alturas. Y ya que ninguno de los dos sabe con certeza lo que nos deparará el futuro, para ser sincera lo único que me preocupa ahora mismo es lo que suceda esta noche entre estas cuatro paredes.

Consuelo lo miró con atención, esperando, y cuando vio que Ignacio no se pronunciaba, dando por hecho que no existía ni una sola fisura en su férrea negativa, hizo un gesto de desánimo, que indicaba que se había dado por vencida.

—Está bien —aceptó, bajando el tono de voz con resignación—. Pues entonces bésame. Solo un beso y me marcharé.

«Solo un beso» valoró Ignacio. No era tan difícil. Se habían besado muchas veces a lo largo de esos días. Intentaría mantener la mente fría, ocupada en otro asunto mientras se besaban, y todo acabaría en unos segundos.

Se inclinó entonces hacia ella y, en cuanto sus labios se tocaron, supo que había cometido un error. La pasión con la que Consuelo le respondió le hizo olvidarse del resto del mundo. Le pareció que ese beso le hubiera robado la capacidad de razonar, que su entendimiento se hubiera convertido en un accesorio inútil que ya no fuera a necesitar nunca más, porque ella tenía las respuestas a todas sus preguntas. Consuelo se separó de él con lentitud, dejándolo descolocado

por completo.

—Creo que ya sé cuál es mi palabra —apuntó ella de pronto.

—¿Qué? —preguntó, confundido.

—Aquella palabra de la que hablamos, esa para llegar hasta mí ¿recuerdas?

Ignacio asintió.

—Se la dijiste a Carlota en esa ocasión en que la besaste y entonces supe que era esa.

—¿Cuál fue? No lo recuerdo.

—Deliciosa.

Ignacio rio ante la simplicidad de la palabra que había escogido.

—Pero es una palabra tonta. Cualquier poeta de medio pelo podría encontrar una mejor. Seguro que en los bailes los jovencitos imberbes se la dedican a las chicas una y otra vez.

—Es cierto. Pero no suena tan tremendamente erótica como cuando la dices tú.

En ese instante, las palabras que le dijo Amelia hacía unos días resonaron en la cabeza de Ignacio casi como si formaran parte de su propia conciencia: «¿Tan difícil era haberla dejado soñar que aquella noche era una mujer? ¿Una de verdad?».

Consuelo se volvió para marcharse con una mirada triste de desencanto y un suspiro como declaración de su derrota, pero apenas dio un paso adelante notó como la mano de Ignacio se cerraba en torno a su muñeca, reteniéndola. Se quedó paralizada, sin atreverse a hacer un solo movimiento.

Ignacio la soltó y la cogió por la cintura, atrayéndola hacia él y, girándola un poco, comenzó a desabrocharle los botones del vestido.

—No te hagas ilusiones —le dijo mientras la desvestía—. No perderás tu virginidad esta noche.

—¡Oh! —exclamó ella sintiendo una mezcla de decepción y sorpresa—. Entonces, ¿por qué me desnudas?

—Porque voy a regalarte algo que espero puedas recordar durante el resto de tu vida.

Por el tono tan áspero en que lo dijo, lo mismo que si fuera a propinarle unos azotes, Consuelo se removi6 inquieta. Ignacio estaba muy concentrado, desabrochando en silencio la infinita hilera de botones y, cuando por fin terminó y abrió la espalda del vestido, lo que vio lo dejó de una pieza.

—¿No... no llevas ropa interior?

—Me figuré que te facilitaría las cosas —respondió ella en un tono que sonaba muy práctico.

Él comenzó a reírse, tanto que no podía parar y acabaron por saltársele las lágrimas.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó entre ofendida y temerosa de haber hecho el ridículo, girando un poco la cabeza para mirarle—. ¿He... he hecho algo mal?

—Nada de lo que hicieras tú me parecería mal —admitió besándola en la nuca.

—No lo sabes todo de mí. Quizá algunas cosas te escandalizarían...

—¿Como que te disfrazas de diablesa para seducir a hombres mayores?

—Eso no fue así —se quejó—. Además, ya te he dicho que no eres tan mayor.

—Esa cuestión ya la discutiremos más tarde.

Ignacio metió las manos por los hombros del vestido y lo hizo resbalar por el cuerpo de Consuelo, hasta que este calló al suelo. Consuelo se encogió, sintiendo como toda su piel se ruborizaba.

—¿Ahora te avergüenzas? —preguntó Ignacio con una risa suave al tiempo que ponía las manos sobre sus brazos—. ¿No fuiste tú la mujer que entró en mi habitación para mostrarme su

cuerpo desnudo?

—Eso tampoco fue así —volvió a protestar.

—Tienes razón, no fue así, fue algo mucho más perverso —susurró Ignacio posando sus labios en el hombro de ella y recorriendo el camino hasta su cuello, lo que provocó que Consuelo sintiera un escalofrío resbalando por su espalda.

—Cuando dices «perverso» también suena erótico.

Entonces notó de pronto cómo la levantaba en brazos, llevándola hasta la cama y soltándola de golpe sobre el colchón. Dejó escapar un gritito de sorpresa al tiempo que la dejaba caer.

—Shhh... —Ignacio se llevó el dedo índice a los labios y sonrió—. Vas a tener que ser muy silenciosa porque si no, tu hermano, que duerme aquí al lado, descubrirá que estás en mi alcoba, y entonces tendrá una muy buena razón para arrancarme la cabeza. Así que nada de ruido, ¿entendido? —susurró.

Ella accedió con un movimiento de cabeza.

Ignacio se quedó unos segundos allí de pie, conteniendo la respiración al contemplar la figura gloriosamente desnuda de Consuelo. Se pasó las manos por la cara y pensó en el esfuerzo de contención que iba a tener que hacer, luchando contra lo que más deseaba su propio cuerpo en ese momento.

—Sin ninguna duda, este debe ser el aspecto que tienen las puertas del infierno —masculló.

Consuelo lo miraba de hito en hito sin entender lo que quería decir. Entonces él se tumbó de medio lado junto a ella.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que acaso mi cuerpo tiene algo de malo?

—¡Dios mío, no! —respondió—. Lo que quería decir es que supones una tentación demasiado poderosa. Tu cuerpo es tan perfecto, tan hermoso, que si lo contemplase demasiado tiempo me quedaría ciego... y mudo, y sordo... —dijo riendo con nerviosismo—. Con toda seguridad, perdería todos mis sentidos.

—Me parece que no has mencionado el tacto.

—Bueno, si conservara el tacto —susurró él acercándose a su oído, repasando con su mano las curvas de Consuelo— merecería la pena renunciar al resto de los sentidos.

Solo con el roce de la punta de los dedos de Ignacio sobre su piel, Consuelo notó como un agradable cosquilleo la recorría entera.

—Y también te has olvidado del gusto —murmuró sin pensar.

Entonces él se inclinó sobre ella y besó con delicadeza uno de sus pezones. Luego lo introdujo en su boca, lamiéndolo como si degustase un manjar, succionándolo una y otra vez, hasta que Consuelo se sintió mareada de placer, notando una ardiente sensación entre los muslos.

—Supongo que conservar el gusto también tendría sus ventajas —dijo sonriendo travieso mientras se relamía.

Ella extendió la mano y acarició la curvatura de sus labios con los dedos.

—Me gusta cuando sonríes.

—Últimamente me pasa demasiado a menudo. A veces estoy solo y me descubro sonriendo como un tonto.

—¿Es ... por mí?

—Es muy posible —contestó, y la besó con dulzura, sin poder evitar sonreír una vez más contra sus labios—. Tenerte cerca hace que me sienta optimista.

La besó de nuevo, de forma más apasionada esta vez, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para separarse de ella.

—Date la vuelta —ordenó, cogiéndola por la cadera para hacerla rodar sobre el colchón.

Ella se giró obediente, colocándose boca abajo, y él le retiró su larga melena, acariciándola con suavidad, trazando lánguidos dibujos sobre su espalda y su trasero con la punta de sus dedos. Seguidamente, se inclinó sobre ella y fue depositando besos de un extremo a otro de su cuerpo, sin prisa, como si pensara dedicarse a aquella tarea durante toda la noche.

—¿Esto es siempre tan lento? —preguntó ella, revolviéndose ansiosa, sintiendo como su piel se inflamaba bajo sus caricias.

Ignacio rio y se colocó de nuevo a su lado, sin dejar de acariciarla.

—Cuando pintas un cuadro, ¿empiezas aplicando óleo directamente sobre el lienzo?

—Claro que no —contestó, pues para ella la respuesta era evidente—. Primero hay que planificar la composición del cuadro y hacer un dibujo previo.

—¿Qué pasaría si no lo hicieras?

—Que con toda seguridad el cuadro sería un desastre.

—Pues esto es similar. Así que tendrás que dejarme acabar mi dibujo previo antes de empezar a pintar. Y vamos a ver si conseguimos hacer una obra maestra.

Consuelo notó cómo él deslizaba su nariz bajando por su espalda hasta su trasero. Entonces presionó los dientes contra su piel y ella no pudo evitar ahogar un gemido contra la almohada al notar ese pequeño mordisco.

Después de lo que a Consuelo le pareció una eternidad de caricias y besos naciendo de sus tobillos y ascendiendo por su cuerpo, enredándose en sus corvas, dibujando círculos de placer por la parte posterior de sus muslos y de sus nalgas, subiendo por la espalda hasta sus hombros y su pelo, y volviendo a descender de nuevo hasta sus pies sin tregua, estimulando cada centímetro de su piel con una lentitud desquiciante, Ignacio le dio la vuelta de nuevo.

—Esto es una tortura —murmuró ella casi sin darse cuenta de que lo decía en voz alta, sintiendo que las sensaciones que la invadían eran tan intensas que necesitaba algo que las aliviara, sin saber muy bien qué.

Ignacio estaba totalmente de acuerdo. A él, que hacía apenas unos días hubiera calificado de imposible que pudiera llegar siquiera a besarla, tocarla de aquella forma le estaba resultando una tortura, sí, pero una tortura que merecía la pena sufrir.

—¿Quieres que pare? —preguntó él con una sonrisa canalla.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendo —le dijo, desconcertada—. Cuando me tocas siento que es muy... agradable, pero al mismo tiempo es como si no pudiera soportarlo más. No tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo, pero eres una jovencita muy impaciente. Esto lleva su tiempo. Además, todavía no he terminado mi dibujo —susurró él sonriendo.

Tumbada boca arriba, él volvió a recorrer su cuerpo con la misma parsimonia, de abajo arriba, descubriendo las zonas más sensibles de su cuerpo, estimulándolas con sus manos y con su boca. Esta vez se detuvo en su ascenso en la zona de su vientre, trazando círculos alrededor del ombligo con sus labios, y se deleitó en tocar y besar sus pechos, excitándolos con la humedad de su lengua, tironeando con suavidad de sus pezones hasta que Consuelo sintió un ardor tan poderoso que le pareció que rayaba en la locura.

—Eres tan suave... —le susurró Ignacio al oído acariciándole el cuello con la nariz mientras le recorría la nuca con la mano y enterraba los dedos en su pelo—. La cosa más suave que he tocado nunca. Y también la más dulce... Lo más delicioso que he probado jamás.

—¿Soy deliciosa? —preguntó ella con una risita.

—Absolutamente deliciosa.

Diciendo esto, Ignacio volvió a su boca, besándola con ardor, al mismo tiempo que con una

mano le separaba las piernas con delicadeza; comenzó a subir su mano por la cara interna de sus muslos sin prisa, recorriendo ese camino arriba y abajo, una y otra vez, lo que hizo que ella comenzara a retorcerse bajo sus manos. Al poco, perdió la paciencia y el poco decoro que le quedaba y, ruborizada, se obligó a suplicarle al oído que la tocara entre los muslos, evocando esa emoción incomparable de la noche del Carnaval.

—Tus deseos son órdenes —le dijo Ignacio sonriendo y deslizó su mano entre sus piernas.

Tan pronto como los dedos de Ignacio rozaron la parte más íntima de su ser, Consuelo gimió de placer, arqueando las caderas contra la mano de él, sin poder controlar los movimientos de su cuerpo, que parecía haber cobrado vida propia. Entonces él profundizó sus caricias, deslizando un dedo por entre los pliegues de su sexo. Aquellas sensaciones desconocidas para ella eran tan intensas y la hacían vibrar con tal fuerza que la envolvieron y la elevaron, haciendo que se sintiera ingrátida. Con la percepción de que bajo su cuerpo cualquier punto de apoyo había desaparecido, se aferró a los hombros de Ignacio con la misma fuerza que si debajo de ella se abriera un abismo. Sentía su cuerpo en llamas mientras Ignacio la acariciaba una y otra vez, trazando círculos en una zona muy concreta de su cuerpo que le provocaba una descarga indescriptible de disfrute cada vez que la tocaba. Consuelo empezó a murmurar palabras sin sentido como quien sufre un desvarío, enardecida, sintiendo como la tensión crecía más y más en su interior hasta que llegó a un límite en que creyó que no podría soportarlo más y su cuerpo empezó a temblar sin control. Entonces, se sintió arrastrada por una última oleada de placer, experimentando como su cuerpo estallaba en mil pedazos, seguida por una embriaguez exquisita que no podía compararse con nada que hubiera conocido jamás. Ignacio se apoderó de sus labios, absorbiendo los gritos que lidiaban por escapar de su garganta y a medida que su cuerpo dejó de latir y esas pulsaciones maravillosas se fueron desvaneciendo poco a poco, la besó con suavidad, acariciando su mejilla y mirándola obnubilado, igual que si reparase en ella por primera vez en su vida.

—¿Y bien? —murmuró sonriendo—. ¿Qué tal el resultado?

Ella lo miraba, sintiéndose desorientada y tan impresionada por aquello que había experimentado que no sabía que decir.

—No... no acierto a encontrar las palabras para describirlo.

Consuelo repasó todas las palabras, las miradas e incluso los besos que habían compartido Ignacio y ella hasta ese momento y llegó a la conclusión de que todas esas cosas palidecían en cuanto entraba en juego la piel.

—¿Te he dejado sin habla? —rio Ignacio y empezó a acariciarla de nuevo entre las piernas.

—¿Qué... qué haces? —preguntó ella jadeando, notando desconcertada como su cuerpo volvía a encenderse de nuevo.

—Ya que hoy no puedo hacerte gritar como me gustaría —le susurró al oído de forma lasciva—, voy a poner todo mi empeño en dejarte completamente muda.

La besó por última vez en la boca antes de comenzar un sensual descenso por su cuerpo hasta llegar al borde de sus rizos oscuros, acariciándolos con su nariz.

Levantó la vista un instante para observarla, ofreciéndole una sonrisa que parecía ocultar un secreto, para a continuación hundir su boca en la humedad de su sexo. Consuelo no pudo evitar dar un respingo. Ignacio levantó la vista de nuevo para mirarla, esta vez para asegurarse de que estaba bien.

Ella se había incorporado ligeramente sobre los codos.

—Esto sí que nos abrirá las puertas del infierno —le dijo, mirándolo jadeante.

—Podría ser —dijo él sonriendo de forma pícaro—. Pero no tengo ninguna duda de que

merecerá la pena. Confía en mí.

Consuelo se desplomó sobre el colchón con un suspiro en señal de rendición absoluta, accediendo sin reservas a todas esas caricias libidinosas. Jamás habría aventurado que nadie pudiera tocarla y besarla en un lugar tan íntimo de ese modo tan indecente. Él volvió a sumergirse entre sus piernas, recorriendo con su lengua aquel punto tan sensible de su cuerpo y ella notó como también la acariciaba al mismo tiempo con los dedos, presionando su piel, hasta que introdujo con suavidad uno de ellos en su interior. Consuelo cogió aire de forma brusca y notó como Ignacio le acariciaba con ternura la curva de la cadera, en lo que entendió una invitación para que se relajara. El movimiento tremendamente hábil de su lengua, que continuaba lamiéndola sin tregua, saboreándola como una apetitosa fruta, y la pericia de sus dedos, adquirieron un ritmo enloquecedor que la llevó más allá de lo que habría podido imaginar.

Ignacio extendió entonces el brazo hacia ella para ofrecerle su mano y Consuelo rodeó sus dedos con los suyos, asiéndolos con fuerza, cerrándose los unos sobre los otros como eslabones de una misma cadena.

De nuevo sentía que su cuerpo era presa de un incendio que la consumía por dentro y esas llamaradas descontroladas tuvieron como resulta un segundo orgasmo mucho más intenso que el anterior, que hizo que su cuerpo se arqueara hacia arriba, clavando los talones en el colchón. Sintiendo a punto de desmayarse de placer, agarró la almohada y la apretó contra su boca para sofocar sus gemidos que se convirtieron en un grito desgarrado al llegar al clímax. Extenuada, notaba como Ignacio seguía acariciándola con la lengua hasta que su cuerpo dejó de estremecerse y terminó aletargado en un estado de placidez. Entonces él subió poco a poco por su cuerpo para besarla, pero ella se cubrió la cara con las manos.

—Creo que después de esto no podré volver a mirarte a la cara nunca más —susurró muerta de vergüenza.

—Claro que sí —replicó él riendo divertido y le apartó las manos de la cara lentamente—. Además, quiero besarte.

—Me parece que ya me has besado suficiente —dijo ella con una risa nerviosa, pero apretando los párpados con fuerza para no mirarle.

—A mí me parece que no.

Entonces la besó en los labios y luego en el cuello, volviendo a descender de nuevo hasta sus pechos y su ombligo.

—No, no... —murmuró ella.

—¿Por qué no?

—Porque cada vez que haces eso me vuelvo a sentir...

—¿Excitada? —dijo él tratando de ayudarla a encontrar la palabra que buscaba—. Es normal ¿No es eso lo que habías venido a buscar aquí?

—No exactamente —replicó ella, pensando en su intento fallido de perder la virginidad esa noche. Según había oído decir, una joven virgen solo podía esperar una experiencia bastante molesta e incluso dolorosa. Desde luego, nada agradable y ni por asomo nada semejante a lo que ella acababa de vivir en aquella cama.

—Bueno, espero que no te haya decepcionado —dijo él volviendo a jugar con sus pezones, mordisqueándolos antes de que ella le diera una respuesta, y volviendo luego a su boca.

Ella le cogió la cara con ambas manos y le dedicó una mirada penetrante, igual que si ansiara zambullirse en la profundidad del azul de sus ojos.

—Ignacio... esta ha sido la experiencia más... maravillosa que he vivido nunca.

Al oír aquellas palabras, a Ignacio le sorprendió sentirse eufórico. Con el cuerpo excitado

con un vigor que no recordaba desde que era un adolescente y siendo dolorosamente consciente de que esa noche no podría aliviar el deseo desmedido que le provocaba Consuelo, se sintió dichoso por haberle proporcionado placer sin esperar nada a cambio. Alentado por sus palabras y sintiéndose osado, como un aventurero a la conquista de nuevos mundos, volvió a navegar por el cuerpo de la joven, estimulándola de nuevo con sus besos y sus caricias hasta llevarla al éxtasis por tercera vez.

Notó que, tras esos momentos de placer, Consuelo tenía una expresión extraña y entendió que en su cabeza bullía un sinfín de dudas.

—¿Estás bien?

Ella asintió y tardó un rato en preguntar lo que le intrigaba.

—¿Cuántas veces se puede repetir esta... sensación?

—La verdad es que no lo sé... ¿Quieres que hagamos un experimento en nombre de la ciencia? —le preguntó riendo travieso y deslizando las manos a lo largo de su cuerpo—. Siempre he sentido fascinación por averiguar cómo funcionan las cosas. Y tengo entre manos la invención más interesante y maravillosa del mundo. No me importaría desmontarla y volverla a montar una y otra vez para memorizar cada uno de sus mecanismos.

Consuelo soltó una carcajada que al instante sofocó con la mano para evitar un escándalo, en todos los sentidos de la palabra.

—Creo que para ser mi primera experiencia en... estas cuestiones, he... he tenido más que suficiente por hoy, gracias —respondió ella sonriendo—. Ahora me gustaría sentir el tacto de tu piel... —dijo alargando su mano para tocarlo por debajo de la camisa, pero él negó con la cabeza.

—Esto ya es lo bastante complicado como para hacerlo más difícil, Consuelo. Es mejor que mi ropa siga exactamente donde está.

—Está bien. —Se resignó, haciendo un pequeño mohín—. Pero... ¿podrías abrazarme?

—Ya sabes que nací para servirte —bromeó él mientras la rodeaba con sus brazos y la besaba en el pelo. Volvió a hablar tras un rato en silencio—. Entonces ¿has cambiado de opinión? ¿Ya no piensas que soy un palurdo irritante?

—Un poco sí, teniendo en cuenta tus ideas sobre las mujeres y su incapacidad para pintar —dijo ella arrugando la nariz.

—Pero aquello no lo decía en serio. Lo dije únicamente con la intención de molestarte.

—Pues tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no saltar sobre la mesa y pasar por encima de los platos para estrangularte. Aunque también...

—¿Qué? —preguntó él animándola a continuar.

—Tuve sentimientos encontrados —reconoció con una actitud risueña—. Cuando te dije el nombre de Artemisia Gentileschi para dejarte como un idiota y me di cuenta de que sabías quien era, tuve que hacer otro esfuerzo igual de grande para no saltar por encima de la mesa y... besarte.

—¿Así? —preguntó él besando sus labios de forma tenue.

—Más bien así.

Consuelo se apoderó de su boca de una forma tan apasionada que tuvo que recordarse de nuevo a sí mismo cual era el propósito de que estuvieran juntos en aquella cama.

—Así que no soy tan palurdo... —dijo él casi sin aliento una vez que sus labios se separaron.

—No, pero sí irritante —contestó ella con una risita burlona.

—No me ha dado la sensación de que te resultase irritante hace un momento... —dijo él

riendo y terminó por contagiarle su alborozo.

Sus risas sofocadas vibraron en el aire, mezclándose en lo que les sonó como una armonía casi musical; cuando se extinguieron, Consuelo se quedó contemplándolo embelesada y puso una mano sobre su pecho.

—Ignacio... desde que descubriste que era la mujer del disfraz no me has preguntado nada sobre la noche del Carnaval...

—El otro día me dijiste que no querías hablar de ello y lo respeto. Además, creo que sé cuánto necesito saber. Comprendo los motivos por los que te disfrazaste y cómo te sentiste cuando actué de la forma en que lo hice. Si pudiera volver atrás, te aseguro que haría las cosas de otra manera. Sé que te hice sentir un poco estúpida y lo siento.

—El caso es que eso no fue lo peor. En el momento en que me besaste en el balcón pensé que aquello era lo mejor que me había pasado nunca. Lo más doloroso fue darme cuenta de que no se repetiría jamás. Después de lo que me dijiste, es cierto que me enfadé porque me hiciste sentir como una niña tonta y torpe, pero por encima de todo estaba muy frustrada porque deseaba que lo que pasó esa noche volviera a suceder y consideraba imposible que le ocurriera a la verdadera Consuelo.

—Pues, a riesgo de parecer irritante de nuevo, debo decirte que te equivocabas —le dijo dándole un beso en la frente.

El semblante de Consuelo se ensombreció de pronto.

—Debería volver a mi dormitorio antes de que me echen en falta. Pero no quiero marcharme... nunca... —dijo esto último en un tono tan mimoso, acurrucándose en los brazos de Ignacio, que hizo que él se enterneciera y estuviera dispuesto a hacer una última concesión.

—Quédate —le susurró al oído y a Consuelo aquella palabra le sonó como la más elocuente declaración de amor—. Siempre me levanto antes de que amanezca. Te despertaré a tiempo para que vuelvas a tu habitación.

Permanecieron un rato en silencio, abrazados y sintiendo como sus respiraciones se acompasaban, embargados por un sentimiento apacible.

—Consuelo...

—¿Sí? —preguntó ella en un tono somnoliento.

—Lo que ha pasado esta noche me obliga a replantearme muchas cosas —le dijo abrazándola y acariciando su espalda. Tras una larga pausa añadió—: Debo volver a Madrid mañana.

—¿Tan pronto? —preguntó abatida y entonces quiso averiguar lo que en realidad la inquietaba—. ¿Te vas porque quieres alejarte de mí?

—No, no es eso —expresó en un tono tranquilizador y la besó con ternura—. Ahora mismo nada me apetece menos que marcharme, pero tengo que resolver unos asuntos urgentes.

—¿Se trata de un negocio importante?

—Se podría decir que sí. Es una empresa que comencé hace algunos años y que ha resultado muy poco ventajosa. Lleva mucho tiempo dando pérdidas y debo cerrarla cuanto antes. Y te prometo que, pase lo que pase, después volveré a por ti.

Con aquella promesa, Consuelo cerró los ojos y se sumió en el más dulce de los sueños, juzgando que en ningún lugar sobre la faz de la tierra podía existir alguien más dichoso que ella.

Consuelo e Ignacio, cayeron con sus cuerpos entrelazados en los brazos de Morfeo, que les obsequió con un sueño profundo. Sin duda alguna, mucho más profundo de lo que hubieran deseado. En el instante en que los primeros rayos de sol acariciaban el muro rojizo de ladrillo de la casa de invitados, Consuelo soñaba que iba montada en un tren que la llevaba a algún destino

desconocido. El traqueteo del tren, que hacía que su cuerpo se moviera cada vez con más brusquedad, hizo que comenzara a despertarse poco a poco.

—¡Consuelo! —oyó a lo lejos, desde algún lugar fuera del vagón en el que viajaba—. ¡Consuelo!

Desorientada, su cuerpo sintió de pronto el sobresalto de la transición brusca del sueño a la realidad, notando que alguien la zarandeaba con brío y susurraba su nombre.

—¡Consuelo! ¡Levántate! ¡Me he quedado dormido!

—¿Qué?! —exclamó ella levantándose de un brinco en cuanto cayó en la cuenta de lo que sucedía—. ¡Creía que habías dicho que te levantabas antes del amanecer!

—Eso era antes de compartir mi cama contigo. No había dormido tan profundamente desde que era un niño —dijo Ignacio con un ademán culpable.

Había en la expresión de Ignacio una mezcla de preocupación, ternura y diversión en tanto observaba como Consuelo se vestía a toda prisa. La ayudó a abrocharse los botones del vestido y, antes de que saliera por la ventana, le dio un último beso.

—Te veré dentro de media hora en el desayuno —le susurró antes de verla desaparecer.

—Contaré cada minuto —contestó ella con tono alegre.

Lo que Ignacio no podía sospechar es que se encontrarían mucho antes de lo que esperaban y que Consuelo tendría que contar muy pocos minutos para volver a verle.



Leonardo y Luis volvían de dar un paseo por el monte aquella mañana. Habían salido muy temprano con la intención de estar de vuelta antes del desayuno. Esto se debía a que a Leonardo le gustaba volver a su alcoba antes de que Amelia se despertara para poder cubrirla de besos y estrecharla entre sus brazos en cuanto abriera los ojos. Se dirigían a la quinta, bordeando a cierta distancia la casa de invitados, cuando vieron a una mujer saltando por una de las ventanas bajas del edificio.

—¿De qué habitación sale esa mujer? —preguntó Luis atónito, soltando una carcajada a continuación.

—Creo que esa es la habitación de Ignacio —contestó Leonardo entrecerrando los ojos.

—Ignacio no tiene remedio ¿Será una joven del servicio?

—¡Dios mío! Espero que no —dijo Leonardo, riendo también—. No me gustaría tener que sermonear a nadie.

De pronto, Leonardo se paró en seco. Acababa de reconocer la figura de aquella joven y, desafortunadamente, no se trataba de nadie que formara parte del servicio. Era mucho peor. Se volvió a mirar a su amigo, que seguía riéndose hasta que él también se dio cuenta de la identidad de la chica y su risa se apagó de golpe, dando paso a una expresión de absoluta incredulidad.

—Dime que no es verdad —murmuró con un hilo de voz—. Dime que esa no es mi hermana.

—Luis... —Leonardo dio un paso hacia su amigo y lo cogió del brazo para intentar tranquilizarlo.

—Voy a matarlo —dijo con una mirada gélida y una furia contenida a punto de desatarse—. Voy a matarlos a los dos. —Y, soltándose con brusquedad del brazo de Leonardo, echó a correr hacia la casa.

Consuelo había salido de la habitación de Ignacio y había comenzado a rodear el edificio con cautela, asomándose desde la parte de atrás de la fachada, cuando sintió de pronto la fuerte presión de una mano cerrándose sobre su brazo con el vigor de la garra de un animal rabioso.

—Vas a venir conmigo ahora mismo. —Reconoció la voz de su hermano casi al mismo tiempo que se veía arrastrada a trompicones hacia la entrada de la casa de invitados.

Se volvió para ver la cara furibunda de Luis, sin entender muy bien lo que estaba sucediendo, hasta que cayó en la cuenta de que, sin duda, la había visto salir de la habitación de Ignacio. Oyó otra voz también conocida detrás de ellos.

—Luis, por favor, mantén la calma. Dale al menos la oportunidad de explicarse.

Consuelo reconoció la voz de su amigo y se retorció forcejeando, volviéndose implorante.

—Leonardo... —No necesitó decir nada más. Sus ojos pedían auxilio con una muda súplica.

—Tranquila, Consuelo —dijo él tratando de parecer sosegado—. Voy con vosotros. No pienso dejarte sola.

Luis entró en la casa de invitados arrastrando a Consuelo hasta la habitación de Ignacio y abrió la puerta de golpe. Ignacio, sentado en la cama mientras se calzaba las botas, se quedó petrificado al verlos entrar a los dos, seguidos de cerca de Leonardo, que era el único que conservaba cierta serenidad. Luis dio unos pasos hacia Ignacio y soltó a Consuelo con tal violencia que ella trastabilló y se habría caído de no ser porque Ignacio se adelantó para evitarlo.

—¿Es que te has vuelto loco? —le gritó viendo que había estado a punto de lastimar a su propia hermana.

—¡Voy a matarte, maldito bastardo! —le amenazó Luis, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Deja que se expliquen, Luis —pidió Leonardo en un tono conciliador acercándose despacio a su amigo, manteniéndose alerta por si se veía forzado a intervenir.

—Pero ¿qué es lo que me van a explicar? —le dijo a Leonardo y en seguida se volvió hacia Ignacio con una mirada iracunda y acusadora—. Acabo de ver con mis propios ojos como mi hermana salía de tu dormitorio por la ventana ¿me vas a decir que no ha pasado la noche aquí?

—¡Sí! ¡He pasado la noche aquí! —gritó Consuelo adelantándose a Ignacio—. Y no hables como si yo no estuviera presente. Me pone enferma. ¡Soy una mujer adulta!

—Con una mujer adulta supongo que querrás decir una fulana desvergonzada.

—¡No te permito que le faltes al respeto a tu hermana! —le advirtió Ignacio con un tono feroz.

—Es irónico que seas precisamente tú el que ahora pretenda defender su honor.

—Te advierto que no sigas por ahí.

—¿Y qué harás, si puede saberse? —dijo Luis con desprecio.

—Podría empezar por partirte la cara —respondió Ignacio con frialdad.

—No si yo te la parto primero.

Leonardo, haciendo un esfuerzo por no poner los ojos en blanco, se vio forzado a poner un poco de paz entre sus dos amigos, que ofrecían la estampa de dos niños pequeños peleando por un juguete.

—Por favor, vamos a calmarnos todos.

—Sí, calmémonos —dijo Luis con un sarcasmo cáustico—. Vamos a quitarle hierro al hecho de que uno de mis mejores amigos haya desvirgado a mi hermana pequeña.

—Tu hermana sigue siendo virgen —expuso Ignacio de forma contundente.

—¡Mientes! —le acusó Luis con los ojos entrecerrados.

—Muy a mi pesar, dice la verdad —intervino Consuelo con un suspiro—. Vuestro amigo es un hueso duro de roer. No he logrado seducirle, aunque os juro que he puesto mi máximo empeño. —Y, sin poder evitarlo, comenzó a reírse presa de los nervios, notando como perdía el control de su cuerpo que se sacudía por la risa de la misma forma que si fuera un flan.

—Te aseguro que me ha supuesto un esfuerzo titánico resistirme —replicó Ignacio sonriendo.

—No le encuentro la maldita gracia —masculló Luis.

—Un poco de gracia sí que tiene —le contradijo Leonardo a su espalda, intentando contener la risa.

Luis avanzó un par de pasos hacia Ignacio moviendo el dedo índice en el aire con un gesto amenazante.

—Aun así, la reputación de Consuelo se ha visto comprometida y los aquí presentes sabemos lo que eso significa. Lo que procede en este caso es anunciar un enlace para salvaguardar la honra de mi hermana. —Al ver que Ignacio no contestaba y lo miraba con estupor, insistió de una forma más contundente—: Debes casarte con ella, Ignacio.

Reinó el silencio en la habitación en tanto se miraban unos a otros con la tensión reflejada en sus rostros.

—No puedo —dijo al fin Ignacio con un tono desinflado que indicaba que se daba por vencido. Al final iba a tener que dar más explicaciones de las que había pretendido procurar en un principio.

—¿Cómo que no? —Luis comenzaba a enrojecer por la ira—. ¿Por qué demonios no puedes casarte con Consuelo?

—¡Porque ya estoy casado, maldita sea!

—¡¿Qué?! —la exclamación de Consuelo se alzó sobre todas las demás. Aquellas palabras le habían atravesado el pecho como una flecha.

Ignacio se volvió hacia ella con una enorme angustia reflejada en su rostro.

—Lo siento, Consuelo. No quería que te enteraras así. Por eso te dije anoche que tenía que volver a Madrid para solucionar ciertos asuntos pendientes antes de poder... estar contigo.

—Pero... ¿desde cuando estás casado? —preguntó ella con voz ahogada y la mirada desenfocada.

—Desde hace cuatro años —confesó con esfuerzo, sabiendo que a ella le dolería cada palabra que pronunciase a partir de entonces.

—Cuatro años... —murmuró Consuelo, reculando hasta que chocó con la cama y se desplomó sobre ella igual que si de pronto le hubieran abandonado las fuerzas.

Consuelo comprendió con impotencia que su recién iniciada historia de amor con Ignacio se

extinguía allí mismo. Todo había sido una ilusión y ahora la cruda realidad la devolvía de una bofetada a esa soledad que creía haber dejado atrás por fin. Su desolación hizo que brotasen las lágrimas sin poder controlarlas.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó ella con una apatía tal que podría imaginarse que su alma hubiera abandonado su cuerpo y que el reguero de lágrimas que le recorría el rostro, carente de expresión, no fuera suyo.

—Se llama Dolores. —Ignacio fue hasta la cama y se arrodilló frente a ella, tomándola de las manos—. Consuelo escúchame, por favor. Deja que te lo explique. Me casé hace cuatro años con esa mujer y mi vida se convirtió en una auténtica tortura desde aquel día.

—En ese caso, podríamos decir que Dolores hace honor a su nombre —murmuró Leonardo, que tenía tendencia a templar con humor las situaciones complicadas.

Consuelo se vio obligada a lanzarle a su mejor amigo una mirada de desaprobación por su inoportuna ocurrencia en un momento tan tenso. Acto seguido volvió su rostro hacia Ignacio para centrarse en él.

—Ignacio —le dijo mirándolo a los ojos y enjugándose las lágrimas—. Te escucho.

Ignacio aceptó aquella invitación por parte de Consuelo para sincerarse y referirle su historia con detalle. Decidió en ese mismo instante que no quería tener más secretos con ella. Nunca. Estaba dispuesto a contárselo todo, aunque sabía que había cosas que a él le avergonzarían y que a ella la lastimarían.

—Hace ya más de cuatro años entré en una taberna de Madrid —comenzó él—. Solía ir a otra, una que se encontraba en la calle del Mesón de Paredes, pero decidí cambiar de local por razones que ahora no importan. La hija del tabernero era una mujer exuberante y muy guapa y ella lo sabía. —Sonrió con amargura—. Empecé a frecuentar el lugar, hipnotizado por esa chica que tenía algo salvaje y seductor, algo que hacía que cada uno de los hombres que entraba en aquella taberna no pudiera apartar sus ojos de ella. Pensé que era afortunado, tenía la impresión de que a ella no le era indiferente, puesto que me prestaba más atención que al resto. Entendí el porqué demasiado tarde. Ahora estoy seguro de que, según me vio entrar en el local, se figuró que podía sacar provecho de mí, así que tiró la caña y yo mordí ese anzuelo envenenado como un auténtico imbécil.

Ignacio hizo una pausa para tomar aliento y continuó hablando.

—Creía estar enamorado y que ella me correspondía, así que nos casamos pasado un mes. Una semana después de la boda supe que ella me engañaba con un recadero mucho más joven. Me suplicó mil perdones con lágrimas en los ojos... y yo la perdoné. Me volvió a engañar más adelante con un comerciante de vinos y poco después con un pasante, y así una y otra vez. Mucho me temo que llegó un momento en que todos los hombres del barrio, desde el boticario hasta el platero, se habían acostado con mi mujer —confesó con una risa sardónica—. Y todavía no entiendo muy bien por qué, pero la perdoné todas y cada una de las veces que me decía que no volvería a hacerlo más, que había sido un error y que me amaba más que a su vida. Y yo la creía, o al menos quería creerla. Cada vez. —Ignacio dejó de hablar. Aparentaba estar tremendamente avergonzado y exhausto.

—Y luego ¿qué pasó? —Consuelo apretó sus manos con un flujo de ternura.

—Lo que pasó es que, tras casi dos años de engaños y mentiras, un día Lola se marchó a América con su último amante llevándose gran parte de mis ahorros y otra cantidad nada despreciable en joyas. Y no he vuelto a saber de ella nunca más.

Consuelo se deslizó por el borde del colchón, hasta que se quedó sentada sobre el regazo de Ignacio y lo abrazó con fuerza, ansiando arrancarle aquellos recuerdos amargos de golpe.

—Solo tengo una pregunta —dijo ella después de un largo silencio—. ¿Por qué dejaste de ir a la otra taberna, a la del Mesón de Paredes?

—No entiendo qué importancia puede tener eso ahora —respondió desconcertado.

—Sospecho que para mí sí que la tiene —dijo Consuelo y a Ignacio le pareció que tenía una expresión extraña.

Ignacio se pasó una mano por la frente. Daba muestras de estar francamente agobiado, pero seguía decidido a ser sincero por completo.

—¡Madre mía! No sé cómo explicar esto... Un día al entrar en la taberna a la que solía ir siempre vi a un muchacho que me provocó una sensación chocante.

—¿Chocante, en qué sentido?

—Como si me sintiera atraído por él. No me ha pasado nunca en mi vida, de verdad, solo esa vez. Tengo muy claro que me gustan las mujeres. Aun así, me asusté tanto que decidí no volver por allí, por si me lo volvía a encontrar.

Consuelo se levantó de golpe y miró a Leonardo, llevándose una mano a la boca.

—Entonces fue culpa mía. Fue culpa mía.

—¿Qué fue culpa tuya? —preguntó Ignacio sin comprender lo que decía.

—Que conocieras a esa mujer. A Dolores. Fue culpa mía.

—No te entiendo, Consuelo ¿Cómo iba a ser culpa tuya que conociera a Lola?

—Aquel muchacho del que hablas tenía los ojos verdes y un bigote pequeño ¿a que sí?

—Sí... ¿cómo sabes tú eso?

Consuelo se arrodilló frente a Ignacio, cogió un mechón de su pelo castaño y se lo colocó sobre el labio superior, simulando un bigote.

—¿Así?

—Sí, así.

Ignacio la miró fijamente. Y observándola con detenimiento, al cabo de tantos años, volvió a su memoria de forma nítida la mirada de aquel muchacho de ojos verdes, que reconoció en los ojos color aguamarina de Consuelo.

—¡Por el amor de Dios! —gritó cogiéndola por los hombros y zarandeándola—. ¿Sabes cuánto tiempo tardé en reponerme de aquello? Necesité una gran cantidad de... compañía femenina después de eso.

Consuelo empezó a reír a carcajadas.

—Lo sé. Aquel mismo día estuvimos juntos en aquel prostíbulo de esa calle... ¿Cómo se llama esa calle?

—¡Dios Santo! ¿Has llevado a mi hermana a un prostíbulo? Pero ¿qué clase de depravado eres? —estalló Luis, que no entendía nada de nada—. ¿Y qué es eso del bigote?

—Con vuestro permiso, voy a sacar a Luis de aquí, antes de que le dé un infarto —dijo Leonardo y no pudo evitar estallar en carcajadas tan sonoras que retumbaron en el dormitorio, mientras pasaba su brazo por el hombro de su amigo y le conducía fuera de aquella habitación, donde podría explicarle ciertos detalles con más calma.

—Pero ¿por qué ibas disfrazada de hombre? —preguntó Ignacio, confundido.

—Porque me vi forzada a hacerme pasar por un hombre para poder asistir a todas las clases de pintura en la Academia de Bellas Artes.

—¿Tomaste clases disfrazada de hombre? —Ignacio la miraba cada vez más sorprendido.

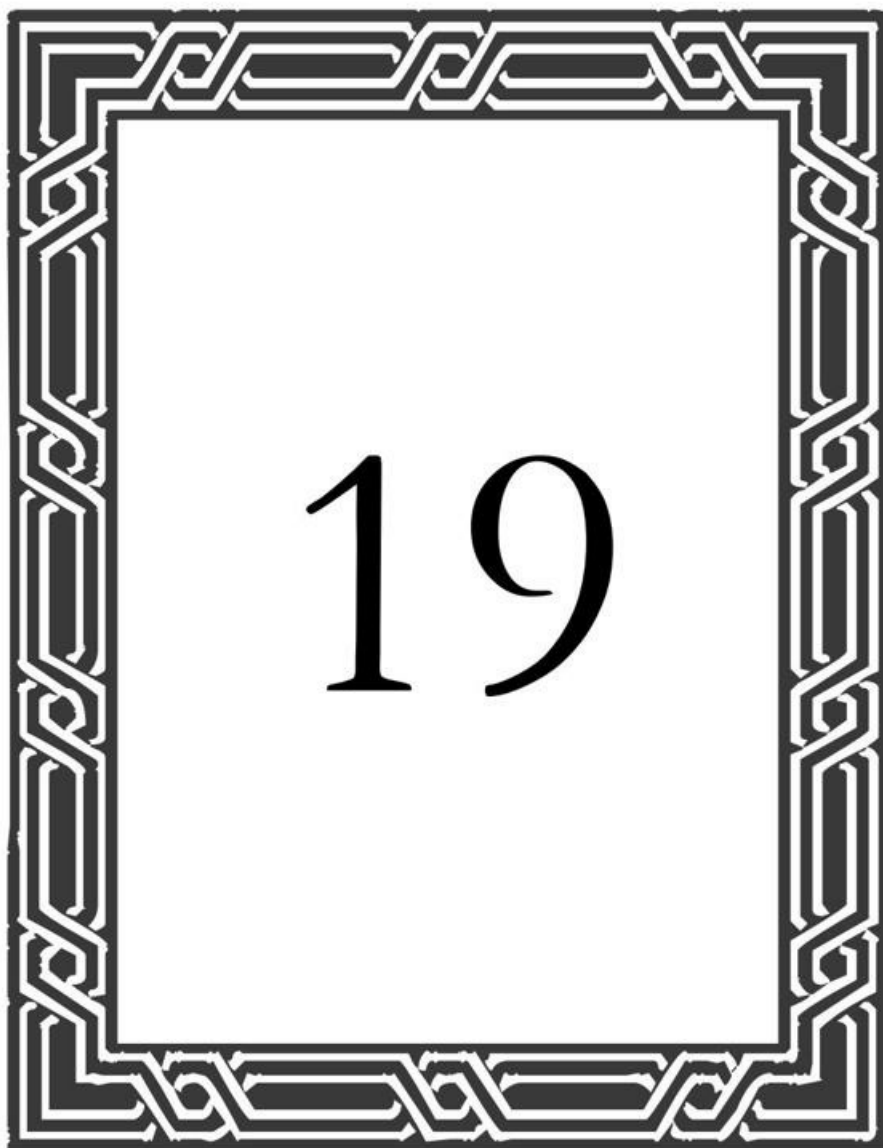
—Sí... —admitió ella con cautela, como si temiera que en cualquier momento él pudiera enfadarse.

—¡Madre mía, Consuelo! ¡Pero estás loca! —exclamó riendo.

—Eso dicen todos —dijo ella riendo también.

Ignacio se detuvo un segundo para contemplarla. Tenía frente a él a la verdadera Consuelo. ¿Cómo había podido estar tan ciego? Consuelo no era una jovencita enfermiza y tímida que necesitara que la protegieran. Era una mujer valiente. Una auténtica guerrera que luchaba por lo que quería. Quería pintar y había arriesgado mucho para poder hacerlo realidad. Y lo quería a él y la noche anterior había ido a su habitación para ofrecerle su cuerpo sin condiciones, dejándole claro que su corazón ya le pertenecía desde hacía años. Le invadió una sensación de profundo orgullo al sentirse amado por una joven como ella.

—¡Dios mío, cuanto te quiero! —tardó un instante en darse cuenta de que lo había dicho en voz alta. Y es que no podía guardarse más sus palabras. Quería regalárselas a aquella criatura maravillosa. Cada día.



Aproximadamente una hora después, Micaela salía de su habitación a todo correr. Con las prisas no había tenido tiempo de peinarse muy bien, porque, como de costumbre, se le había hecho tarde. Se dirigió hacia el salón azul para desayunar deteniéndose un segundo frente a cada espejo con el fin de atusarse el cabello y trató de devolver algunos mechones díscolos a su sitio. Se encontró con Luis por el pasillo, que caminaba mirando al suelo con cara de funeral y, cuando se cruzó con ella, prácticamente le gruñó un saludo desganado. Ella lo miró extrañada mientras seguía su camino. Aunque Luis llevaba unos días un poco ensimismado y parecía tener la cabeza en otra parte, era la primera vez que le veía de tan mal humor.

—Buenos días —saludó Micaela, un poco contrariada, al entrar en la sala.

Le sorprendió ver que allí solo se encontraban sus primas Amelia y Claudia. Los caballeros brillaban por su ausencia. Y Consuelo y las demás jóvenes también.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó con asombro—. ¿Tan tarde es?

Escuchó entonces el sonido de las ruedas de un carruaje.

—Se oye el sonido de un coche —observó asomándose a la ventana—. ¿Quién llega ahora?

—Querrás decir quién se va —dijo Claudia antes de darle otro bocado a un pedazo de bizcocho.

—Pensaba que partíamos dentro de tres días. ¿Ha sucedido algún imprevisto? ¿Quién se marcha antes de tiempo?

—El señor Martel —respondió Amelia.

En ese instante, Consuelo apareció por la puerta.

—Y ¿por qué se marcha Ignacio? —preguntó Micaela, intrigada.

Las tres jóvenes se miraron unas a otras, pero ninguna contestó.

—¿Tiene algo que ver con Luis? Porque me lo acabo de cruzar cuando venía hacia aquí y tenía aspecto de estar muy disgustado.

De nuevo hubo otro largo silencio. Consuelo se dirigió hacia la mesa donde estaban sentadas las dos hermanas y también tomó asiento.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no me contestáis? —preguntó Micaela, entre enojada y perpleja.

—Siéntate, Micaela, por favor —le pidió Consuelo con tono amable.

Micaela las miraba confundida, sin entender absolutamente nada de lo que estaba aconteciendo.

—Bueno, como estoy segura de que Amelia ya se habrá enterado de lo que ha sucedido... —comenzó Consuelo.

—¿Y qué ha sucedido? —interrumpió Micaela con impaciencia, ansiosa ante tanto misterio.

—Anoche, ocurrió algo entre Ignacio y yo...

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Micaela dando un golpe en la mesa con un gesto de enfado—. ¿Os habéis vuelto a pelear? ¿De verdad no podéis dejar de lado vuestras diferencias y permitirnos a los demás disfrutar de unos días tranquilos en el campo? ¿Tanto os odiáis?

—No nos odiamos —respondió Consuelo con la vista fija en el mantel.

—Pues nadie lo diría por el modo en que os comportáis. —Micaela se inclinó hacia adelante en su silla—. ¿Me puedes explicar entonces qué diantres os sucede?

Consuelo bajó la vista a su regazo, muerta de vergüenza. No entendía muy bien por qué se sentía de aquel modo. Al fin y al cabo, nada podía ser peor que el hecho de que su hermano la hubiera sorprendido saliendo a hurtadillas de la habitación de Ignacio. Sin embargo, había guardado sus sentimientos bajo llave durante tanto tiempo que en ese momento le resultaba difícil sincerarse con sus amigas. Amelia, que la observaba con atención, la tomó de la mano con cariño. Consuelo levantó la vista hacia ella con una mirada suplicante de auxilio.

—Lo que sucede —terció Amelia tratando de ayudarla— es que, al contrario de lo que pudieras pensar, Consuelo e Ignacio se aman.

—¡No! —exclamó Micaela con incredulidad, agarrando el borde de la mesa con las dos manos, sujetándose a ella como si fuera a caerse de la impresión—. Consuelo, ¿es verdad lo que dice mi prima?

Consuelo asintió con la cabeza, sin atreverse a decir nada más.

—Yo también lo sabía —intervino Claudia con voz suave, que hasta ese instante había permanecido callada.

—¡Ya estamos! —volvió a gritar Micaela—. ¡Tú y tus dichosas premoniciones!

Micaela era consciente de que en el seno de su familia había arraigado, desde hacía años, una creencia absurda de que Claudia tenía sueños premonitorios. Aquello la ponía enferma, no porque pensase que no era cierto, al contrario. A Micaela le daba un miedo terrible cualquier

asunto relacionado con lo sobrenatural, más aún si existía la posibilidad de que ella misma estuviera implicada en alguno de esos sueños, en los que a su prima se le revelaban acontecimientos futuros.

—¡No lo he sabido por una premonición! —se defendió Claudia de forma impetuosa y luego continuó hablando, recuperando su habitual tono sosegado—. Hace ya algunos días que venía observando que Ignacio y Consuelo se miran el uno al otro... de una forma diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

—Se miran como miras tú los pastelitos que cocina Marcela.

—¡Oh! —exclamó Micaela en tanto que Consuelo se sonrojaba con tal intensidad que comenzaron a arderle las orejas.

Pese a que no hacía falta más explicación, Claudia continuó:

—Pude confirmar mis sospechas la otra noche, cuando después de cenar me dirigía a mi alcoba y vi como Ignacio besaba a Consuelo en la puerta de su dormitorio.

—Y ¿por qué no dijiste nada? —preguntó Micaela, airada, exigiendo una explicación.

—Quizá porque a mí no me gusta entrometerme en asuntos ajenos —contestó Claudia reprendiéndola con la mirada.

—¿Me estás llamando metomentodo?! —gritó Micaela furiosa.

—¡Chicas, por favor! —interrumpió Amelia para poner paz, dando la discusión por zanjada.

—Entonces... —dijo Micaela con un tono bastante más calmado, volviéndose hacia Consuelo—, ¿desde cuándo amas a Ignacio?

—Desde... siempre... —admitió Consuelo.

—Así que ese hombre del que me hablaste, ese del que llevabas prendada tanto tiempo, era Ignacio Martel... —reflexionó Claudia en voz alta—. Y supongo que el plan que trazamos para que algún caballero se fijase en ti en la boda de Amelia acabó atrayendo la atención del hombre que precisamente tratabas de evitar.

—¿Por eso el día de la boda de Amelia estabas tan deslumbrante? ¿Tu propósito era conocer a un joven que te hiciera olvidar a Ignacio? —preguntó Micaela, boquiabierta.

—Pues eso intentaba, sí —confirmó Consuelo con una ligera risa, al tiempo que el rubor volvía a teñir sus mejillas con violencia—. Estaba desesperada. De todos modos, la verdad es que desconozco si Ignacio se fijó en mí en la boda de Amelia o si fueron otras circunstancias las que le empujaron a confesarme que me amaba.

—Yo sí lo sé —dijo una voz desde el umbral de la habitación, llamando la atención de las presentes.

Se trataba de Carlota, que entró muy decidida en la sala seguida por su gemela, Manuela, y se plantó frente a Consuelo.

—El señor Martel se pasó toda la boda contemplándola embobado, señorita Consuelo.

—¿Y tú cómo lo sabes, Carlota? —preguntó Micaela.

—Porque durante ese tiempo yo no le quitaba ojo a él.

—¡Carlota! —exclamó Claudia escandalizada, llevándose las manos a la boca.

—Es que es un hombre muy apuesto —se justificó ella—. Entiendo a la perfección por qué le gusta tanto a la señorita Consuelo.

Consuelo le sonrió con complicidad, recordando el episodio del beso secreto en el bosque.

—Pues lo que le estaba diciendo, señorita Consuelo —continuó explicándose Carlota—, que el señor Martel no paraba de mirarla. De hecho, me pisó un par de veces mientras bailábamos un vals porque era obvio que desviaba constantemente la vista esperando que nos cruzáramos con usted durante el baile, y en cuanto la orquesta terminó de tocar y usted se detuvo

junto a nosotros... Ignacio se la comía con los ojos.

—¡Carlota! —En esta ocasión fueron sus hermanas Claudia y Amelia las que la reprendieron al unísono.

—¿Qué forma de hablar es esa? —le reprochó Amelia, aunque tuvo que hacer un esfuerzo por tratar de ocultar su diversión y mantenerse seria.

—Pero si yo solo estoy diciendo la verdad. —Por la expresión confundida de Carlota, estaba claro que no entendía el problema de ser tan sincera.

—Ya lo sé, tesoro, no obstante algunas verdades es mejor mantenerlas bien sujetas bajo la lengua si no quieres ponerte en un aprieto —le recordó la mayor de sus hermanas.

—¿Y se puede saber qué es lo que tanto te gusta del señor Martel, Carlota? —indagó Micaela con su habitual curiosidad sin límites.

—Me gusta todo él —concluyó muy resuelta—. Estoy segura de que, bajo esa ropa tan elegante, su cuerpo se asemeja al de un atleta griego. —Su hermana Claudia ahogó una exclamación al oír aquello al mismo tiempo que se santiguaba a una velocidad de vértigo—. Si bien tengo que admitir que me fascinan de manera especial sus ojos.

—Pues no eres la única. Creo que es un sentimiento generalizado —dijo Micaela encogiéndose de hombros.

—¿Qué? —Consuelo daba muestras de estar muy sorprendida.

—Que en los salones da la impresión de que toda la aristocracia mira con cierta suspicacia a Ignacio Martel; sin embargo, lo que ocurre en privado es que los caballeros elogian su capacidad para hacer fortuna mientras que las damas de buena cuna caen bajo el embrujo de sus maravillosos ojos. Todas parecen estar de acuerdo en que, que Ignacio te dedique una mirada, es todo un regalo.

—Y lo es —apuntó Consuelo de forma impulsiva.

—Es cierto que tiene unos ojos muy bonitos —intervino Manuela que hasta el momento había permanecido callada—. Mirarlos es como contemplar el océano.

—Pues a mí no me importaría ahogarme en ellos —confesó Carlota con un suspiro exagerado. De pronto, se volvió hacia Consuelo—. ¿Se enojará conmigo si le confieso que la envidia sinceramente?

—Claro que no, Carlota —respondió Consuelo con una ligera carcajada.

—Bueno, Consuelo, ¿y cuál es el siguiente paso que piensa dar Ignacio? —se interesó Amelia—. ¿Va a pedir tu mano en matrimonio?

Consuelo consideró que, en esa coyuntura, lo más prudente era no sacar a colación el pequeño inconveniente de que Ignacio ya estaba casado.

—Lo desconozco. Por ahora, simplemente estoy haciéndome a la idea de que Ignacio me ama tanto como yo a él y que me ha amado durante años.

—¿Y cuándo lo has descubierto? —inquirió Claudia.

—Hace muy poco. El día en que me torcí el tobillo en el bosque. Y créeme cuando te digo que me ha tomado por sorpresa. —La sonrisa de Consuelo se ensanchó tanto que apenas le cabía en la cara—. Amelia, ¿recuerdas aquel guardapelo que se le cayó a Ignacio y que tú le devolviste?

—Sí, claro. Lo recuerdo bien. Se mostró muy alterado ante la posibilidad de que lo abriera ¿Has averiguado lo que había en él?

—Espera... ¡No me digas que guardaba un retrato tuyo! —especuló Micaela.

—Era imposible que fuera un retrato mío porque en mi vida me han hecho ninguno. Además, en esos momentos estaba convencida de que a Ignacio le era indiferente. Eso me llevó a

pensar que podría esconder el retrato de otra mujer. Y no podía estar más equivocada.

—¿Y que contenía? Habla, Consuelo, por el amor de Dios, ¡que me tienes en ascuas! — imploró Micaela retorciéndose las manos.

Consuelo esbozó una sonrisa enigmática.

—¿Os acordáis de que en alguna ocasión os he contado que de niña pintaba acuarelas de flores? —Casi todas asintieron—. Pues ese guardapelo alberga un pedazo de uno de mis dibujos. Ignacio lo ha llevado al cuello a lo largo de estos años.

—¡Válgame el cielo! —exclamó Carlota con ojos soñadores—. Ese hombre, además de apuesto, es un romántico indiscutible. No debe dejarlo escapar, señorita Consuelo. Ha de casarse con él.

—Bueno, Carlota, no adelantemos acontecimientos —pidió Consuelo, que en esos momentos tan dulces prefería no pensar mucho acerca del principal escollo en su relación con Ignacio Martel.

—La verdad es que no sé qué decir, ni qué pensar —dijo Micaela, arrugando el gesto.

—Opino que deberías alegrarte por mí, así de simple.

—¿Debería? —Ante la mirada de reproche de sus primas, Micaela se defendió—. Bueno, ya sabéis que Ignacio no es... no pertenece...

—A la nobleza. —Su prima Claudia terminó la frase por ella.

—Ni que decir tiene que viene de una familia muy humilde —siguió explicando Micaela, aunque su círculo era de sobra conocedor de aquella circunstancia—. De hecho, ¿su padre no era campesino o algo similar?

—Pues por sus modales y por cómo se desenvuelve en sociedad con absoluta corrección podría pensarse que pertenece a un linaje aristocrático. Y además tiene un porte magnífico —apuntó Carlota. Se sentía en deuda con Ignacio por haberle brindado la oportunidad de vivir su primer baile en sociedad y la experiencia de su primer beso y, por tanto, se creía en la obligación de defenderlo.

—Su padre era el guardés de la casa de campo de mi familia, sí —confirmó Consuelo, molesta—. Pero eso no tiene ninguna importancia...

—¿Desde cuándo no tiene importancia la posición social? —Micaela abrió los ojos como platos.

—Desde que el origen de Ignacio no define lo que es él. Y, desde luego, lo admiro por los logros que ha conseguido en el transcurso de estos años y en el hombre en que se ha convertido gracias a ellos; pero lo que más valoro es su verdadera esencia, su valía como persona. Micaela, escúchame muy bien porque solo lo diré una vez. Hace ya mucho tiempo que decidí que, si mis sentimientos eran correspondidos, haría lo que fuera necesario para estar con Ignacio Martel. Lo que fuera necesario —repitió remarcando cada sílaba, con una firmeza que las dejó a todas pasmadas—. Y me importaría menos que un comino si de repente se arruinase y acabase siendo guardés. Ese hecho no conseguiría apartarme de su lado. Confío en que sean unos sentimientos de la misma naturaleza los que te han llevado a interesarte por mi hermano y ninguna otra circunstancia —le espetó con aspereza.

Micaela abrió la boca para hablar pero no fue capaz de emitir ningún sonido coherente. Las palabras de su amiga, dichas en aquel tono de reproche tan desabrido, la dejaron desubicada y se quedó boqueando como un pez, intentando encontrar las palabras que defendieran de una forma apasionada sus sentimientos hacia Luis, si bien no consiguió dar con ellas. Por fin argumentó:

—Yo he tenido la fortuna de no tener que preocuparme por ninguna de esas circunstancias. Ahora bien, vosotras deberíais tener cuidado —arguyó a la defensiva.

—¿Nosotras? —preguntó Consuelo mirando al resto.

—Sí, tú y Claudia.

—¿Yo? —exclamó su prima con sorpresa.

—Sí, tú. ¿O es que crees que no estamos al corriente de tus paseos a solas con ese indeseable de Eduardo de Altarriba?

—Solo hemos salido a pasear un par de veces y no íbamos solos —esgrimió Claudia con angustia—. También nos acompañaba Manuel.

—No sabía que un niño que es casi un bebé pudiera impedir que un hombre se propasara con una jovencita. ¿O es que acaso era lo que te proponías? Lanzarte en brazos de ese degenerado... —apuntó con malicia.

Micaela conocía de sobra a su prima como para saber a la perfección los resortes que debía apretar para hacerla saltar. Y, como sospechaba, para su malévolo regocijo, Claudia se puso en pie de un brinco.

—No te permito que me faltes al respeto, Micaela, ni tampoco a don Eduardo —se revolvió, lo más cerca que podía estar del enfado—. El vizconde es un caballero y se ha comportado como tal en todo momento.

—¡Mírala! Con que pasión sale en defensa de su enamorado —se burló Micaela con desdén.

—¡No es mi enamorado! —se justificó Claudia con las manos temblorosas, muy azorada porque las demás pudieran hacerse una idea equivocada—. Tan solo es un caballero muy atento con mi sobrino y de trato agradable.

—Pues los rumores parecen insinuar lo contrario. Todavía no he encontrado a nadie que se haya atrevido a referirme, con exactitud, qué es lo que hizo el vizconde para provocar que no sea admitido en sociedad salvo contadas excepciones. Pero te aseguro que estoy muy cerca de averiguarlo. Lo que sí puedo asegurarte es que se comenta que fue un escándalo de padre y muy señor mío. Para que os hagáis una idea, en la misma boda de Amelia, la marquesa de Almarza me reconoció en confianza que no podría comentar jamás un hecho así con una señorita como yo, y que mejor haría en correr un tupido velo sobre ese asunto, porque se trataba de un tema demasiado escabroso para mis tiernos oídos. De todas formas, ya os advierto que, en cuanto volvamos a Madrid, me propongo hacer una visita a la hija de la duquesa de Bornos, que es con mucho la joven más chismosa de la ciudad. La conozco lo suficiente como para saber que tiene el oído muy fino y la lengua muy suelta, y confío en que me desvele por fin cuál es ese escándalo tan sonado que rodea a don Eduardo de Altarriba.

Sus primas la contemplaban apenadas pensando que, si seguía por ese camino, ella misma le arrebataría en breve el título de correveidile mayor del reino a la hija de la duquesa de Bornos.

—Ya está bien Micaela —intervino Amelia, que había acabado por perder la paciencia—. No daremos pábulo a los rumores que puedan correr sobre el vizconde. Te recuerdo que también ciertos círculos se hacían eco de habladurías sobre mi esposo que luego resultaron no ser ciertas.

—Bueno, allá vosotras —expresó con un tono irritante que aparentaba tildarlas de tontas—. Pero te advierto, Claudia, que el vizconde de Abrantes no es de fiar y a ti te aconsejo, Consuelo, que medites bien si quieres desposarte con un hombre como Ignacio Martel ¿O es que no eres consciente de lo que supondría para ti? Puede que haya miembros de la nobleza que incluso dejen de recibirte en sociedad.

—No los que verdaderamente me importan —replicó Consuelo—. Sé que contaré con vuestro apoyo y, lo que es más importante, estoy segura de que gozaré de la protección de Leonardo. Nadie será capaz de hacerle un feo al duque de Almansa, un Grande de España, por

alguien tan insignificante como yo.

—¡Pero tú no eres insignificante! —protestó Claudia, saliendo en su defensa.

—Me figuro que todas entendéis perfectamente a lo que me refiero. Al fin y al cabo, yo soy solo una mujer —dijo mirándolas una por una a los ojos.

No necesitó ningún otro argumento para que todas las damas presentes en la sala, salvo quizás las gemelas por su excesiva juventud, supieran con exactitud lo que quería decir.



Al cabo de unos días, los invitados que se alojaban en la quinta abandonaron el monte de El Pardo de regreso a Madrid. Todos excepto Luis de Maldonado y su hermana. Consuelo había decidido permanecer en el campo, ya que Ignacio había prometido volver a buscarla allí, y Luis, que había tenido mucho tiempo para reflexionar y cuyo enfado se había mitigado de forma considerable, se quedó para hacerle compañía hasta que Ignacio regresara.

Pasadas varias jornadas, Ignacio no había vuelto a buscarla como había prometido, así que cuando Consuelo recibió carta desde Madrid pensó que no serían buenas noticias. ¿Acaso habría cambiado de opinión? Miró el papel que sostenía con manos temblorosas, sintiéndose incapaz de abrirlo, hasta que, animada por Amelia, rompió el lacre y desdobló la carta.

Querida Consuelo:

Me temo que tengo que romper la promesa que hice de volver a buscarte, pero te aseguro que será la última vez que falte a mi palabra. Espero que no te importe modificar nuestros planes y que te pida que seas tú la que venga a reunirse conmigo en la siguiente dirección en

Madrid.

Contaré cada segundo hasta que estés aquí.

Ignacio

Consuelo no tardó ni un instante en ponerse en marcha. Como Ignacio no le decía exactamente cuál era el propósito de que le visitara en Madrid, llevó equipaje para tres días. Por supuesto, Luis insistió en acompañarla. Aunque en un principio se había enojado por lo que juzgaba un comportamiento poco apropiado por parte de su hermana, en los últimos días había ido haciéndose a la idea de la situación. Al fin y al cabo, él la adoraba y solo deseaba lo mejor para ella. Consciente de la importancia de las convenciones sociales, no quería que en la capital existiera ninguna duda sobre la intachable reputación de Consuelo. Sabía, que fuera lo que fuese que hubiera sucedido entre su hermana e Ignacio en la quinta de El Pardo, no debía salir de allí y debían tratar de guardar las apariencias.

El trayecto hasta la capital no era muy largo, pero lo suficiente como para acrecentar los nervios de la joven, que se encontraba demasiado agitada como para conversar con su hermano. Intentó relajarse, cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared tapizada de la berlina, mientras por su memoria desfilaban las dulces imágenes de su encuentro con Ignacio justo antes de que se marchara. Las palabras de despedida en su carta, diciendo que contaría cada segundo hasta su reencuentro, le infundían esperanza. Sin embargo, no podía evitar sentir una enorme inquietud y sabía que sus dudas solo se disiparían por completo en el momento en que lo tuviera delante y pudiera abrazarlo.

Cuando por fin llegaron a la dirección que Ignacio indicaba en su misiva, se encontraron delante de una enorme casa de fachada sencilla de ladrillo y caliza. Con el corazón brincando sin control dentro de su pecho, Consuelo tiró del cordón de la campanilla, sintiéndose casi desfallecer. Un hombre con gesto amable les abrió la puerta.

—¿Es usted la señorita Consuelo de Maldonado? —le preguntó este—. El señor Martel la está esperando.

Les pidió a ambos que lo siguieran. Según atravesaron el vestíbulo de la casa, vacío de muebles, Consuelo pudo ver que este estaba repleto de cajas y bultos amontonados, como cuando alguien realiza una mudanza. Al oír voces, Ignacio salió de una de las habitaciones a su encuentro. Al verla, su cara se iluminó de dicha y, riendo, fue a abrazarla con un ímpetu inusual en él, sin importarle en absoluto la presencia de Luis y de aquel otro hombre, que desapareció con discreción, dejándolos a solas. Luis permaneció a una distancia prudencial de ellos para brindarles un poco de intimidad.

—No estaba seguro de si vendrías.

Ella suspiró aliviada entre sus brazos.

—Estaba tan nerviosa que el camino hasta Madrid se me ha hecho eterno. ¿Qué hacemos aquí? —preguntó, mirando a su alrededor.

—He alquilado esta casa para establecerme definitivamente en Madrid.

Consuelo parpadeó sorprendida y se giró para mirar a Luis, compartiendo su asombro con su hermano. Ambos sabían que, desde hacía ya años, Ignacio no tenía un domicilio fijo. Siempre estaba demasiado ocupado viajando de un extremo a otro del país. Si no estaba pendiente de cerrar un trato, estaba tratando de comprar un negocio o estudiando la posibilidad de hacer una inversión que creyera provechosa, en la Península o al otro lado del Atlántico.

—Pero... ¿y tus negocios? —preguntó Luis.

—Quería hacer un cambio desde hacía ya un tiempo —dijo dirigiéndose a su amigo—. Mi idea es conservar la fábrica de textiles, que hasta ahora ha sido el negocio más rentable y no

requiere de mi presencia salvo para alguna cuestión puntual. En cambio, estoy decidido a vender todas mis participaciones de las minas de carbón y también voy a renunciar a los planes que tenía de participar en otros proyectos relacionados con el ferrocarril. Seguiré como socio únicamente en lo que se refiere a la línea de Madrid-Aranjuez pero quiero cambiar el rumbo de mis futuras inversiones. Solo continuó en el proyecto del tren de Aranjuez porque tiene un valor sentimental para mí.

—¿Sentimental? —preguntó Luis sin comprender cómo cualquier cosa referente al tren podía estar relacionada con los sentimientos.

—Me empecé en participar en aquel proyecto porque supe que el tren se iba a utilizar, además de para transportar viajeros, para traer fresas desde Aranjuez de forma más rápida. Y siempre he estado prendado de una joven a la que le encantan las fresas.

—A mí me pierden las fresas... —Consuelo se dio cuenta de lo que Ignacio quería decir—. Espera... ¿Soy yo? ¿Siempre has estado enamorado de mí? ¿Y qué pasa con Dolores?

Luis carraspeó incómodo.

—Creo que esta es la ocasión perfecta para dejaros solos.

—Pero pensaba que me habías acompañado hasta aquí para ejercer de carabina —le dijo Consuelo, sorprendida.

—Estoy aquí para que la gente dé por hecho que soy tu carabina, pero no tengo ningún interés en ejercer como tal —replicó él cogiéndola por los hombros con cariño—. Saldré por la parte de atrás para que nadie me vea escabullirme e iré a alguna taberna cercana. Me ausentaré un par de horas ¿Creéis que tendréis tiempo suficiente?

—¿Para hacer qué? —le preguntó su hermana arqueando una ceja.

—No me lo preguntes a mí, hermanita. Haced lo que vosotros consideréis oportuno. Al fin y al cabo, sois gente adulta —dijo guiñándole un ojo y dándole un beso en la frente.

Luis se encaminó hacia la puerta y, justo antes de atravesarla, se volvió una última vez para dirigirse de nuevo a Consuelo.

—Es muy posible que Ignacio quiera deleitarte con una de sus fascinantes disertaciones acerca de maquinaria textil o de locomotoras —indicó con sarcasmo—. Y eso le suele llevar su tiempo.

Salió por la puerta desternillándose ante la mirada atónita de Ignacio y Consuelo.

—No le hagas ningún caso —se disculpó ella por las palabras de su hermano—. A mí me gusta oírte hablar de máquinas —añadió, volviéndose para mirarle.

—No hace falta que mientas —dijo él.

—Pero es que es la verdad. Puede que te parezca extraño, pero todo lo que sabes acerca de maquinaria y de cómo funciona me resulta muy... excitante.

—Lo tendré en cuenta en el futuro —replicó él, riendo con incredulidad.

Su semblante se tornó serio de nuevo cuando recordó la conversación que tenían pendiente.

—Consuelo, antes me has preguntado por Dolores y la verdad es que tengo que confesarte algo —dijo él haciendo una pausa que hizo que Consuelo temblara por dentro—. Hace ya dos meses que sabía que Lola había vuelto a Madrid.

—¿Está en Madrid? —dijo ella, sorprendida por la noticia.

—Así es, y me enteré por un conocido común de que ella quería verme. Supuse que era por una cuestión de dinero. Quizá ella y su amante ya se habían gastado lo que me robaron y pensaron que podían sacarme más. Pero no me veía con fuerzas como para hacerle frente. Tenía miedo de que, si me encontraba con ella cara a cara, volviera a manipularme y a convencerme de que me amaba, y temía convertirme de nuevo en una marioneta en sus manos, así que decidí

evitarla. Las cosas cambiaron aquella noche que pasamos juntos en la quinta. Supe que si quería un futuro contigo tenía que asegurarme de que estaba fuera del alcance del hechizo de Lola. Así que hace dos días concerté una cita con ella...

—¿Y? —preguntó Consuelo con el corazón en un puño.

—Como ya sospechaba, su intención era pedirme más dinero. Le sorprendió mucho que me negara de forma tajante, a pesar de que llevó a cabo un despliegue muy teatral de todas sus artes de seducción, lo cual me vino muy bien.

—¿A qué te refieres con que te vino muy bien?

—Me refiero a que, al verla emplear todas sus malas artes de una forma tan zafia, me di cuenta de que no comprendía qué diablos había visto en ella cuando la conocí. No es mi intención mostrarme cruel, pero esa mujer que antes creía despampanante me pareció la más vulgar que he conocido nunca. Imagino que se debe a que cualquier sentimiento que pudiera haber albergado por ella palidece comparado con lo que siento por ti. Aunque también he tomado conciencia de una cuestión mucho más importante.

—¿Y qué es?

—Me he dado cuenta de que mi empecinamiento en seguir con ella a cualquier precio se debía a que la necesitaba con desesperación. Quería dejar atrás los recuerdos relacionados contigo que me atormentaban y volvían a mí una y otra vez, y Lola era lo único que tenía, lo único a lo que podía aferrarme para no pensar en ti. Supongo que el hecho de que ella fuera pisoteando todas y cada una de las ideas que yo había albergado sobre el amor, destruyéndolas, arrasando esos sentimientos que había en mí y me hacían vulnerable, hizo que me enganchara a ella con locura —murmuró esta última frase en un tono quedo, enormemente avergonzado.

Consuelo lo besó con ternura, transmitiéndole con ese beso que ya no necesitaba aferrarse a nada ni a nadie porque ahora la tenía a ella.

—Pero lo peor es que, después de todo, no sirvió de nada —dijo él con una risa suave—. Solo hizo falta un instante para que aquellos sentimientos por ti volvieran a mí con una intensidad que hicieron que se desmoronaran todas esas defensas que había conseguido levantar con tanto esfuerzo.

—¿Fue cuando descubriste que yo era la joven del disfraz?

—No —respondió él acompañando su negativa con un movimiento de cabeza y una sonrisa misteriosa.

—¿Cuando me besaste en la cocina, entonces?

—Fue mucho antes —reconoció él—. Sucedió en el mismo instante en que te eché aquel vaso de agua por encima cuando te quemaste con el café, justo la mañana siguiente a la fiesta de disfraces. Había conseguido mantener la cabeza fría hasta ese día ¿sabes? Había trazado una línea muy clara e inamovible que separaba al humilde Ignacio Martel de la honorable señorita Consuelo de Maldonado.

—Esa línea dolía —confesó ella.

—Lo sé y lo lamento. Lo lamento tanto... —susurró él, besándola con el corazón encogido.

—¿Y qué cambió ese día? —preguntó Consuelo con curiosidad.

—Lo que cambió fue que, por lo visto, esa agua borró esa línea divisoria en una fracción de segundo. Porque, aunque pueda resultar extraño, en el preciso instante en que me miraste justo después de arrojarte ese vaso de agua fui consciente de que mi amor por ti había dejado de ser platónico.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ese día... deseé aplacar el calor que sentías de muchas otras maneras.

Unas maneras no muy apropiadas en presencia de amigos y familiares. —No pudo evitar echarse a reír al recordar aquello.

—Te parecerá bonito —fingió reprenderle ella, ocultando su diversión.

—Pese a todo, en cuanto saliste por la puerta de la habitación traté de volver a dibujar esa línea. Te juro que lo intenté, pero me fue imposible. Imagínate, mi esfuerzo de años arruinado en un santiamén por un simple vaso de agua.

La abrazó con ternura y, mientras ambos reían, Ignacio tuvo la sensación de que en ese momento todo cobraba sentido, que Consuelo encajaba de una forma tan perfecta en su vida que se dijo para sí que esos años sin ella habían sido una absoluta pérdida de tiempo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Lo primero, hablar con mis abogados. No sé si existe alguna posibilidad de divorciarme o quizá pedir la nulidad del matrimonio y así poder volver a casarme. La mala noticia es que, aunque tuviera éxito, cualquiera de esas gestiones tardaría demasiado tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No estoy seguro.

—¿Y por qué motivo dices que tardarían demasiado? —preguntó ella riendo desconcertada.

—Porque me gustaría poder casarme contigo hoy mismo. Todo lo que sea más tarde que eso ya se me antoja mucho esperar —dijo besándola repetidas veces—. Lamentablemente, si no pudiera volver a contraer matrimonio, no habría ninguna manera de estar juntos.

Consuelo se quedó estudiándolo con atención. No daba muestras de estar desilusionada ni triste, simplemente daba la impresión de que los engranajes de su cerebro estaban maquinando a toda velocidad.

—Ignacio, ¿tú me amas? —le preguntó al fin, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—No podría amar a nadie más.

—Pues tú y yo vamos a usar la estrategia que llevo poniendo en práctica toda mi vida para poder hacer realidad mis sueños —dijo con una sonrisa de completa felicidad.

—¿Y cuál es? —preguntó él, intrigado.

—Vamos a mentir —expuso muy decidida—. Imagino que no supondrá un problema para ti. Sospecho que es algo que los hombres de negocios soléis hacer a menudo para conseguir vuestros propósitos.

—Yo no he mentido nunca —se defendió él muy serio—. No soy uno de esos empresarios sin escrúpulos que...

—A veces el fin justifica los medios —le interrumpió Consuelo tratando de darle fuerza a su argumento.

—Mi vida, esa afirmación es peligrosa...

—¿Y qué se supone que debería hacer? ¿Conformarme con lo que se espera de mí? ¿Tendría que elegir casarme con un noble que me doblase la edad y dedicarme a atender la casa y a tener descendencia sin descanso? ¿Es eso lo que me estás sugiriendo? ¿Lo que dices es que consideras que es justo que se me prohíba el poder dedicarme a pintar por ser mujer? ¿O que no podamos estar juntos porque pertenecemos a clases sociales diferentes? ¿O que se te niegue el derecho a ser feliz porque un día escogiste a la mujer equivocada?

Consuelo había ido elevando la voz, tiñendo sus preguntas de una intensidad fruto de un apasionamiento que la había hecho enrojecer por completo.

—No, no me parece justo —admitió Ignacio, y en su rostro se dibujó una sonrisa que confundió a Consuelo.

—¿Por qué sonríes?

—Porque nunca te había visto defender ninguna cuestión con tanta vehemencia y... tengo que reconocer que esta faceta tuya... me fascina, la verdad —reconoció él, y su sonrisa se ensanchó aún más.

Los labios de Consuelo se curvaron como un reflejo de los de él antes de hablar.

—Solo tenemos una vida, Ignacio, y yo decidí hace mucho tiempo que iba a vivir la vida que yo deseaba, no la que otros ansiaban para mí. Así que, si estás de acuerdo conmigo, mentiremos —determinó ella—. Además, no es cierto eso que dices de que nunca hayas faltado a la verdad. Tienes práctica de sobra.

Ignacio levantó una ceja escrutando su expresión con seriedad y Consuelo continuó.

—¿Acaso no has mentido todos estos años cada vez que fingías que te era indiferente, que no me amabas?

Ignacio la contempló durante unos segundos, sopesando someramente las opciones que tenían hasta que por fin manifestó:

—Está bien. Explícame cuál es tu propuesta.

Consuelo esbozó brevemente el plan que acababa de trazar de forma improvisada a falta de atar algunos flecos. Le expuso a Ignacio que, en realidad, nadie era conocedor de que él estaba casado excepto Leonardo, Luis y ella misma. Así que, si lograban mantenerlo en secreto, podrían convencer al resto de familia y amigos de que se habían fugado a Francia en un arrebato de pasión y se habían casado allí de forma precipitada. Así podrían estar juntos hasta que pudieran desposarse de verdad.

—¿Y si nunca pudiéramos casarnos? —preguntó Ignacio, que juzgaba que llevar a cabo aquella farsa era una locura.

—Si ese fuera el caso, continuaremos siendo amantes que simulan ser esposos el resto de nuestra vida —respondió Consuelo con una amplia sonrisa.

—Pero no es eso lo que yo quiero para ti —protestó Ignacio con ojos apenados, acariciándole la mejilla—. Siempre he temido no poder darte el futuro que te mereces. Y desde luego te mereces un destino mejor que ser la amante de nadie.

—Pero es lo que yo deseo —dijo Consuelo tomándolo de las manos, con una mirada implorante.

—Además —observó Ignacio—, si consiguiéramos engañar a nuestro entorno anunciando que nos hemos desposado en Francia y al final sí pudiéramos casarnos de verdad, no podríamos celebrar una auténtica boda como la de Leonardo y Amelia. Y tú misma dijiste que querías algo como lo que ellos tienen.

—Quería un amor como el que ellos tienen, no una boda. No necesito casarme. Saber que me amas es más que suficiente para mí.

Consuelo le acarició el rostro y, dando el asunto por zanjado, al menos de forma temporal, miró a su alrededor.

—¿Y ya has empezado a mudarte a esta casa? —preguntó intrigada.

—No exactamente. Apenas he traído muebles.

—¿Y qué es todo esto? —preguntó señalando la gran cantidad de cajas y bultos embalados.

—Te lo enseñaré. Ven.

Ignacio la condujo a través de un largo corredor, hasta que llegaron a la entrada de una gran galería y él se detuvo antes de traspasar el umbral.

—He mandado traer todo esto antes que los muebles porque era lo primero que quería que vieras. Sin embargo, has llegado tan rápido a Madrid que no me ha dado tiempo a desembalarlo ni a organizarlo de una forma adecuada —diciendo esto, hizo un ademán con la mano para

alentarla a pasar delante de él.

En cuanto Consuelo puso un pie en la galería, abrió desmesuradamente los ojos por la impresión. Pensó que la imagen que tenía ante sus ojos no era posible y parpadeó varias veces para asegurarse de que no se trataba de una ilusión, llevándose las manos a la boca y ahogando una exclamación de admiración. Entre algunas cajas y embalajes todavía sin abrir, se podía ver una gran cantidad de cuadros de múltiples estilos y épocas. Echando un vistazo en derredor le pareció reconocer algunas tablas flamencas, obras renacentistas, entre las que le llamó la atención una representación extraordinariamente sensual de Venus, casi con seguridad obra de Correggio; pinturas barrocas, con sus osados contrastes de luces y sombras, se apoyaban en la pared unas junto a otras y, más allá, la pincelada gruesa de Canaletto descansaba junto a la luminosidad intensa de Turner. Creyó adivinar aquí el estilo inconfundible de Velázquez y allá la exquisita intimidad de Vermeer. No obstante, los ojos le brillaron con especial emoción al contemplar los primorosos retratos pintados por Gainsborough, Reynolds, y su talento para dotar de vida a aquellas pieles lechosas y, por último, la distinción de Lawrence. Al tiempo que se recreaba en contemplarlos se compadeció de esos aristócratas que, probablemente arruinados por una mala inversión, se habían visto obligados a desprenderse de unos soberbios retratos de familia.

Por añadidura, encontró entre los lienzos una gran cantidad de dibujos, acuarelas, aguafuertes y bocetos que parecían no tener fin.

Consuelo se dio cuenta en seguida de que esa colección no era igual que las de muchos miembros de la nobleza que, empecinados por cubrir las paredes de arriba abajo de sus salones, sacrificaban la calidad de las obras en favor de la cantidad, en un ejercicio de pura ostentación. Aquello era otra cosa. Una selección de obras escogidas con un gusto tan exquisito y delicado que hizo que se estremeciera.

—Aunque mis conocimientos en medicina son muy limitados, me parece que estar tanto tiempo sin respirar no es bueno —oyó como le susurraba Ignacio al oído.

—Pero, ¿qué es todo esto? —Se volvió hacia él, acompañando su pregunta de una efervescente risa nerviosa—. ¿Son... auténticos? —No pudo evitar que le temblara la voz.

—Por supuesto que sí —contestó Ignacio, aparentando sentirse muy ofendido por la pregunta, si bien acompañó sus palabras con una sonora carcajada—. En la época en que comencé a ganar algo de dinero le compré a un pintor callejero una acuarela que me recordaba a esas que hacías cuando eras niña. Y eso fue el comienzo de esto —dijo señalando a su alrededor—. Tan pronto como los negocios empezaron a irme bien, contacté con un par de corredores de arte; también comencé a frecuentar subastas y anticuarios en Madrid, para adquirir algunas obras. Más adelante, como estaba demasiado ocupado viajando, contraté a un joven estudiante de Bellas Artes, cuyos gustos eran afines a los míos, para que comprara pinturas para mí.

—¿Eso es... es un Delacroix? ¡Madre mía! —exclamó llevándose las manos a la cabeza al comprobar como Ignacio le decía que sí con un movimiento—. ¡Es una colección magnífica!

—Pero si aquí no está ni la mitad —dijo Ignacio riendo—. Todavía quedan muchas obras por trasladar.

—¿Lo dices en serio? —preguntó abriendo la boca con estupor—. ¡Dios bendito! En ese caso, no tienes una colección... ¡Tienes un auténtico museo!

—No puedo explicarlo, porque resulta bastante contradictorio que, durante ese tiempo en que ponía todos mis esfuerzos en olvidarte, me empeñara en adquirir pinturas sintiendo que cada una de estas obras me acercaba un poco más a ti. Estaba enterado, por boca de Luis, de que invertías gran parte de tu tiempo en acudir al Museo Real de Pintura y siempre hablaba de cómo

examinabas con mucha atención cada una de las colecciones de vuestros conocidos. Decía que te quedabas embobada ante algunos cuadros, igual que si entrases en trance. Así que, la explicación más lógica es que, en realidad, guardaba esto para ti. Me figuro que, después de todo, tenía la esperanza de que si algún día podía compartirlo contigo serías una de las pocas personas que lo apreciaría —le dijo dándole un beso en la mejilla—. Así que, ¿de veras te gusta? —preguntó con inseguridad tras una pausa.

—¿Bromeas? —preguntó ella, entusiasmada—. Opino que es la mejor colección privada que he visto nunca. De alguna manera me siento orgullosa de haber sido la causante de esta maravilla.

—Es un gran halago, viniendo de una artista como tú.

Consuelo abrió tanto los ojos que Ignacio dudó si había dicho alguna palabra inadecuada.

—¿Qué? ¿He dicho algo malo? —inquirió.

—Has dicho que soy una artista —murmuró ella con voz ahogada.

—Y lo eres ¿no? —le preguntó, sin entender cuál era el problema.

—Sí... supongo que sí. Pero es que... eres la primera persona que lo reconoce en voz alta. Y dices que te sientes halagado por mi opinión sobre tu colección... No sé cómo debería sentirme yo al saber que todo esto es por mí —dijo señalando a su alrededor con los ojos vidriosos—. Creo que voy a llorar de emoción. No... no tengo palabras...

—¿He conseguido dejarte sin habla otra vez?

—Otra vez —admitió ella con una sonrisa tímida, reconociendo las palabras que le había dicho la noche que pasaron juntos en la quinta.

—De todos modos, aunque estoy bastante satisfecho con todas las obras que he logrado reunir, hay una pintura que todavía no he conseguido incorporar a mi colección.

—¿Y cuál es? —indagó ella, intrigada.

—Tu maravillosa Dánae.

—Pero no sé si estaría a la altura del resto...

—Por supuesto que lo estaría —replicó él con semblante grave.

—Además ¿para qué la quieres? —preguntó ella, sonriendo, al ocurrírsele una idea—. Al fin y al cabo, ya tienes el original —puntualizó, regalándole una mirada pícara.

Ignacio se quedó inmóvil al reconocer las mismas palabras que le había dicho Amelia sobre el cuadro aquel día que había querido comprárselo.

—Eso es lo mismo que me dijo Amelia cuando le ofrecí... Espera un segundo... —dijo dando un paso atrás y estudiándola con gesto serio—. ¿Estabais confabuladas?

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Amelia me dijo que no me vendería ese cuadro, pero que podría prestármelo hasta que consiguiera el original...

Intercambiaron una mirada sorprendida durante algunos instantes, boquiabiertos.

—¿Porque intuía que el original era yo? —preguntó Consuelo, con una expresión de asombro tan auténtica que Ignacio supo que ella no había tenido nada que ver con aquello.

—Ahora que lo pienso... fue ella la que forzó la situación para que jugáramos juntos al ajedrez esa tarde... —apuntó Ignacio.

—Y estoy segura de que también quería que bajásemos juntos a la cocina para llevar las fresas —añadió ella.

—¿Crees que ha intentado emparejarnos durante este tiempo?

—Eso parece —reconoció Consuelo acercándose a él para besarle—. ¿Te arrepientes de haber caído en sus redes de casamentera entrometida?

—Ni por un instante.

Se besaron primero de forma tierna y luego apasionada, rodeados de aquella grandiosa colección de pinturas. Todos los allí plasmados, los observaban de la forma hierática y extraña en que lo hacen los retratados y, si hubieran sido personas de carne y hueso, al principio los habrían contemplado con ojos curiosos, si bien al poco habrían desviado la vista escandalizados.

—Antes has dicho que ya habías traído muebles a la casa... —dijo Consuelo en un tono mimoso al tiempo que le acariciaba la cara.

—No muchos. De momento, solo he traído un sofá, un par de sillas y mi cama, para poder pasar la noche aquí.

Consuelo le lanzó a propósito una mirada inequívocamente provocativa.

—No, no, no —dijo Ignacio moviendo la cabeza de un lado al otro—. Ni hablar. Ya sé por dónde vas...

—¿Por qué no? ¿Las dos horas que nos ha dado mi hermano no es tiempo suficiente?

Aquella pregunta tan inocente hizo reír a Ignacio.

—Más que suficiente para lo que sospecho que tienes en mente.

—Siendo así, y dado que no vamos a casarnos de verdad ¿qué importa que pierda mi virginidad ahora o dentro de varios días o meses?

—¿Sabes que eres tremendamente testaruda? —preguntó cogiéndole la cara con ambas manos.

—Prefiero pensar que soy constante. Creo que eso se considera una virtud —replicó ella, divertida—. Y además sabes que tengo razón.

—Y también eres, sin duda, la mujer más desvergonzada que conozco.

—Estoy segura de que eso no es verdad —le amonestó con los ojos entrecerrados.

—Pero, entonces, ¿qué has pensado hacer en nuestra falsa noche de bodas? —preguntó él riendo.

—Bueno, supongo que algo se me ocurrirá...

Ignacio deslizó de forma traviesa su lengua por el cuello de Consuelo y luego la besó de nuevo en los labios. En cuanto el sabor ligeramente salado de su cuerpo y el sabrosamente dulce de sus labios se mezclaron de forma deliciosa en su boca, Ignacio sintió como se deshacía el frágil hilo que lo mantenía sujeto a su ya muy desfallecida fuerza de voluntad y, dándose por vencido, la alzó en brazos murmurando una maldición y se la llevó de allí atravesando la galería, dirigiéndose al dormitorio.

Así que eso era. Al cabo de tantos años, ahora sabía lo que se sentía al hacer el amor con un hombre. Se preguntó cómo era posible que los sentimientos que había mantenido encerrados tan adentro, en ese momento se desbordaran sin poder controlarlos, rezumando a través de cada uno de sus poros; que traspasaran las fronteras de la piel, inundándolo todo, como si fuera el mundo entero el que respirara amor. Consuelo miró a Ignacio que descansaba a su lado, le acarició el cabello con suavidad y él se agitó, adormilado. Tenía una expresión tranquila, tan plácida y serena que Consuelo no podía apartar los ojos de él. Parecía un animal indómito sumido en un sueño profundo y ausente. Alargó la mano de nuevo y le recorrió la mejilla, notando el tacto áspero de su barba incipiente. No podía creer que el chico que había conocido hacía tanto tiempo hubiera regresado por fin a sus brazos, desnudando su alma de aquella forma. El muro de frialdad que había levantado Ignacio a su alrededor se había desmoronado en las últimas semanas, revelando a un Ignacio inesperadamente dulce, tan tierno que la dejaba sin palabras y tan apasionado que hacía vibrar cada centímetro de su piel, dejándola también sin respiración. Bueno, pensó divertida, no del todo; al fin y al cabo, le permitía inhalar el aire justo para sentirse

muy viva. Mientras sofocaba una risita muy tonta le invadió una inesperada sensación de vértigo como nunca había tenido en su vida. Y sintió miedo. Hasta ese momento no era consciente de lo mucho que podía perder si Ignacio no llegaba a formar parte de su vida. Ahora sí. Se arrimó a él y lo abrazó muy fuerte, quizá demasiado, lo que hizo que se removiera con un gruñido perezoso. La rodeó con sus brazos, enterrando su cara en su cabello y ella no pudo evitar apretarle contra su cuerpo con mayor intensidad.

Así abrazados, rememoró cómo un rato antes la había cubierto de caricias, del mismo modo que lo había hecho en su primer encuentro en la quinta de Leonardo, y cómo había hecho que su cuerpo se encendiera de nuevo, esperándolo ansiosa y jadeante. Lo había recibido retorciéndose de placer, tan excitada y expectante que el hábil roce de sus dedos deslizándose por la piel sensible de su sexo había hecho que alcanzara el clímax con rapidez. Tan pronto como Ignacio había apoyado su cuerpo desnudo sobre el de ella, el placer que ya sentía se había multiplicado de una forma tan asombrosa al sentir su contacto que, una vez que él la rodeó con sus brazos y sintió como la envolvía su aroma y el calor que desprendía su cuerpo, tuvo una extraordinaria sensación. La de que ya no querría estar nunca más en ningún otro lugar. Deseaba permanecer toda una eternidad sintiendo únicamente su piel resbalando por la suya, arropada por sus fuertes brazos, que la apartaban del mundo y la llevaban lejos, a aquel lugar que les pertenecía a ambos y en el que solo estaban ellos. Juntos. Nada más.

Recordó cómo había sentido entonces la dureza de su miembro presionando la delicada entrada de su cuerpo. Consuelo sabía lo que venía a continuación. Durante sus años de estudio había estado rodeada de compañeros pintores que hablaban, sin ningún pudor, de sus experiencias con el sexo opuesto; por ello había oído lo suficiente como para hacerse una idea bastante aproximada de lo que sucedía en la intimidad entre un hombre y una mujer. Con todo, en ese instante no pudo evitar que la invadiera una sensación de aprensión cuando repasó mentalmente las palabras que, mientras espiaba conversaciones ajenas a hurtadillas, había escuchado a otras mujeres sobre el dolor de la primera vez. Y todos sus músculos se tensaron. Ignacio, notó la presión que ejercían sus manos sobre sus brazos.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —dijo incorporándose para mirarla—. Una vez hecho, no habrá vuelta atrás.

—Quiero hacerlo —le aseguró ella con voz firme, aunque por dentro temblaba de miedo.

Ignacio pudo leerlo en sus ojos. Así que le susurró palabras de amor y la acarició con suavidad hasta que sintió que sus caderas se relajaban bajo él. Entonces se abrió paso lentamente hasta que se hundió en ella con un gemido de satisfacción. Conteniendo la respiración, ella se concentró en la sensación desconocida y asombrosa de la unión de sus cuerpos, en la calidez allí donde su desnudez se tocaba y que contrastaba con el frescor de la habitación que los envolvía. Ignacio permaneció quieto, dentro de ella y luego avanzó un poco más, atento a cualquier indicio de incomodidad. Consuelo sí notó entonces la punzada de dolor que esperaba y cerró los ojos con fuerza.

—Lo siento —le susurró Ignacio volviendo a detenerse para que el cuerpo de ella se acostumbrara al suyo. Cubrió su rostro de besos a modo de disculpa, apoyando finalmente su frente en la de ella—. No quería hacerte daño —dijo con un hilo de voz.

—Solo ha sido un momento. Ahora... ahora apenas siento dolor... —en tanto decía esto, Consuelo levantó un poco las caderas, comprobando como esa molestia casi había desaparecido. Aquella sensación de plenitud que la tenía completamente fascinada era más fuerte que la leve quemazón que apreciaba y la animó a moverse buscando el cuerpo de él.

Ignacio empezó a amoldarse a su ritmo, dejándose arrastrar por la impresión poderosa de

estar rodeado por el intenso calor del interior de ella, que elevaba las caderas cada vez más, buscando estar más cerca de él, si es que eso era posible.

Consuelo creía conocer todos los gestos de Ignacio, los matices de su voz y los sonidos de su respiración. Los había hecho suyos con los años. Sin embargo, le sorprendió que, en esa intimidad compartida entre amantes, su proceder le resultara tan nuevo, tan distinto. Sonrió para sus adentros maravillada, decidida a atesorar cada uno de sus movimientos y cada aliento jadeante que ahora eran solo suyos. Se entregó al goce abrasador que experimentaba cuando él la penetraba más profundamente, reparando en cómo sus propios gemidos se escapaban de su garganta sin ningún pudor. Aferrándose a los hombros de Ignacio, advirtió que le faltaba el aire un segundo antes de que su cuerpo se rindiera a un potente orgasmo que arrasó cada centímetro de su piel. Arrastrado por aquella pasión, Ignacio aceleró un poco el ritmo y, cuando se hundió en ella por última vez, se sintió atravesado por una sensación indescriptible, más allá de lo puramente físico, y alcanzó un clímax tan intenso que tuvo la impresión de que se partiría en dos. Con ese gruñido salvaje y la percepción de cómo temblaba el cuerpo de Ignacio sobre el suyo, Consuelo comprendió que era capaz de proporcionarle el mismo placer que él a ella. Sonriendo complacida por la idea e invadida por una enorme sensación de dicha, le pareció que aquello debía ser lo más cerca de la felicidad que había estado nunca y lo abrazó con más entusiasmo, sintiendo como el amor que sentía por él en ese momento le provocaba una emoción tan intensa que hizo que se le humedecieran los ojos.

—¡Madre de Dios! —exclamó él apenas recuperó el aliento y comenzó a reír como lo haría alguien desconcertado—. ¿Me puedes explicar por qué cometí la estupidez de rechazarte el otro día?

—Supongo que querías salvaguardar mi honor o algo por el estilo —contestó ella sonriendo y acariciándole el rostro.

—Me alegro de haber cambiado de opinión. No sé explicarlo... ¡Dios, no encuentro las palabras!

—¿Ahora soy yo la que te ha dejado sin habla?

Él la besó ardientemente, al borde de devorarla, en un beso que parecía no tener fin, hasta que se separó de ella jadeante.

—Creía que ya estarías acostumbrado a... esto —le dijo ella—. Al fin y al cabo, tú has estado con muchas mujeres...

Ignacio llevó el dedo índice a los labios de Consuelo para que no dijera una palabra más. No quería oír hablar de ninguna otra mujer en esos momentos. Lo consideraba un sacrilegio. Con todas las mujeres con las que se había acostado en el transcurso de su vida, y habían sido bastantes, el sexo había sido un placer pasajero, una necesidad física sin más. Incluso con Lola, con la que presumía compartir un sentimiento más intenso. Pero esto...

—Esto ha sido... diferente. Ha sido una experiencia... —A Ignacio le costaba explicar con palabras lo que había vivido.

Se quedó pensando en silencio hasta que recordó un detalle que podría serle de ayuda para explicarse.

—¿Sabes que a Leonardo le gusta la poesía?

—Sí, claro... —respondió ella sin entender muy bien porque hacía referencia ahora a Leonardo y su afición por los poemas clásicos.

—Pues una vez nos recitó uno de esos poemas griegos que tanto le gustan y hubo unas palabras que no he podido olvidar y me han venido ahora a la cabeza.

—¿Qué palabras son?

—Pensándolo mejor... en realidad no quiero decírtelas —dijo él desplomándose sobre la almohada y tapándose la cara con las manos—. Vas a creer que soy un tonto.

—¡Ah, eso sí que no! ¡Ahora no puedes dejarme con la intriga! —dijo abalanzándose sobre él—. Si no me lo dices te haré cosquillas hasta hacerte confesar.

Consuelo hizo bailar sus dedos en el aire y luego los arqueó como garfios, acercándolos a él de forma amenazadora. Recordaba muy bien que, cuando eran casi unos niños, Ignacio no soportaba las cosquillas.

—¡De acuerdo, está bien! —exclamó él riendo nervioso, dándose por vencido apenas las manos de Consuelo rozaron su cintura.

Ignacio respiró hondo y luego soltó el aire con lentitud.

—«Ella arranca el alma de la punta de mis dedos» —recitó Ignacio. Paró de hablar un segundo y tan pronto como se cercioró de que Consuelo no tenía intención de hacer mofa de él continuó: Y creo que por fin entiendo el significado de esa frase. Porque eso es lo que acabas de hacer tú conmigo ahora mismo.

—¿Te he arrancado el alma? —preguntó ella riendo a carcajadas—. Suena tremendamente doloroso.

—Doloroso no —dijo él sonriendo—. Es inexplicable, pero me acercaría bastante si dijera que es maravilloso... y también un poco aterrador.

Entendiendo a la perfección lo que él quería decir, lo abrazó con fuerza, lo mismo que si sus brazos encerraran la promesa de que ella nunca le haría daño.



Cuando Luis regresó a casa de Ignacio dos horas y media después de haberse marchado, encontró a su amigo y a su hermana en la galería de la planta de abajo. Con una inconfundible mirada de felicidad y el cabello un tanto alborotado, se dedicaban a examinar en detalle la colección que Ignacio había ido reuniendo a lo largo de los años. Consuelo daba muestras de estar entusiasmada con aquella serie de pinturas y, a cada nuevo descubrimiento, dejaba escapar una exclamación de asombro, como si fuera un ser que viniera de otro mundo y cada una de aquellas obras de arte fuera la primera que contemplara en su vida. Durante todo ese tiempo, Luis se dio cuenta de que Ignacio no se fijaba en absoluto en los cuadros, sino en Consuelo, sin poder parar de sonreír en las ocasiones en que ella lo hacía. Al cabo de un rato largo, reparando en que aquella pareja era tal para cual, y ambos podían pasarse horas contemplando infinidad de pinturas, Luis les convenció para tomarse un descanso y hacer una pausa para cenar.

La primera idea de Luis había sido que se dejaran ver los tres juntos en el restaurante

Lhardy y disfrutar de una deliciosa cena en la intimidad del Salón Blanco, uno de sus salones privados. Pero observando en esos momentos a su hermana, con el recogido deshecho, los labios hinchados por la infinidad de besos con que seguro le había obsequiado Ignacio y su rostro enrojecido a causa del roce insistente de su barba incipiente, juzgó que quizá era más prudente no salir esa noche. Así que se acercó él mismo a *Lhardy* acompañado de un lacayo y encargó varios platos para llevar, fáciles de comer, y pasteles variados.

Apenas regresó, los tres degustaron a la luz de las velas las viandas dispuestas en una mesa minúscula, la única de que disponían en la casa por el momento, y que Ignacio había trasladado a la galería. Rodeados de cajas y obras de arte por todas partes, Luis y Consuelo se acomodaron en las únicas dos sillas que había en aquella mansión mientras que Ignacio tomó asiento en un pequeño baúl que convirtió en un taburete improvisado. Comieron de una forma rudimentaria, con las manos, ya que no tenían cubiertos. Tampoco había copas para servir el vino que Luis había llevado, así que se pasaban la bebida unos a otros entre risas, tomándola directamente de la botella. A pesar de que estaban acostumbrados a otro tipo de veladas rodeados de lujo, Consuelo estaba segura de que esa era, sin lugar a duda, la mejor comida que había probado jamás. El jamón en dulce, las empanadas de salmón y los fiambres eran los más exquisitos; los pasteles, los más sabrosos; y el vino, que era la primera vez que lo cataba, lo paladeó convencida de que era el más delicioso que degustaría de ahí en adelante. O al menos eso se figuraba ella. Más aún cuando advirtió cómo Ignacio tomaba su mano por debajo de la mesa, entrelazando sus dedos con los suyos. A medida que iba tomando pequeños sorbos de vino, notaba como el calor que le procuraba la bebida se le agolpaba en la cara, así como sus sentimientos por Ignacio se amontonaban de una forma igual de cálida en su corazón. Por otro lado, Ignacio, al cogerla de la mano, tuvo una sensación insólita y maravillosa. Le cautivaba esa emoción que apreciaba cada vez que tenía la oportunidad de hacer cosas rutinarias junto a Consuelo. Solo el hecho de que ella estuviera allí teñía su vida de otro color. Uno más cálido y con un matiz diferente y, desde luego, mucho más vibrante y luminoso.

Para Luis, en cambio, fue una velada extraña. Su amigo y su hermana se miraban de una forma que hacía que la mayor parte del tiempo se sintiera incómodo, como si ellos dos estuvieran solos en la habitación y él claramente fuera de lugar, pero, por otra parte, no hubiera cambiado por nada del mundo ser testigo de primera fila de la felicidad de Consuelo. Nunca la había visto tan radiante. Le parecía que estaba tan hermosa que resplandecía en aquella habitación y sus ojos se veían iluminados con luz propia, de la misma forma que si en su interior albergara fuegos de artificio. Se dio cuenta, en ese mismo instante, de que nunca se había sentido tan feliz por ella. Tanto que notaba un ligero escozor en el rabillo de los ojos.

—Bueno, Luis ¿y ya tienes pensado qué vamos a hacer mañana? —preguntó ella sacándolo de su ensimismamiento cuando se volvió a mirarle.

—No tengo ni idea. Quizá Ignacio tuviera previsto algún plan —dijo él mirando a su amigo.

—Pues en las últimas horas he estado dándole vueltas a una idea... —expuso sonriendo de forma misteriosa, bebiendo a continuación un sorbo de vino.

—¿Cuál? —preguntó Consuelo, impaciente.

—Me gustaría pedirlos que mañana regresáramos los tres juntos a la quinta de Leonardo.

—¡Pero si acabamos de volver de allí! —exclamó Luis, confundido.

—La razón de regresar allí es que querría echar un vistazo a los cuadros que Consuelo guarda en esa casa —explicó Ignacio.

—¿De verdad? —Se sorprendió ella sintiéndose de pronto muy insegura—. No sé si...

—Opino que es una gran idea —la interrumpió Luis—. Yo todavía no he tenido ocasión de

admirarlos y estoy deseándolo. Quiero averiguar si mi hermana pequeña tiene tanto talento como imagino.

—Además, podría aprovechar la ocasión para adquirir algunos de esos cuadros e incorporarlos a mi colección —añadió Ignacio sonriendo y señalando alrededor.

—¿Vas a comprarme un cuadro por favoritismo? —preguntó ella haciendo una mueca burlona.

—¿Es que acaso no me conoces? —le preguntó Ignacio muy serio—. Nunca, óyeme bien, nunca compraría una pintura que no pensase que es buena.

—Pero seguro que te verás influenciado por el hecho de que esos cuadros los haya pintado tu prometida.

—Soy un hombre de negocios juicioso que mantiene la cabeza fría, Consuelo. Tus besos y tus caricias, por muy maravillosos que me parezcan, no van a influirme a la hora de comprar una de tus obras.

Consuelo sintió cómo se sonrojaba al decir Ignacio aquellas palabras con su hermano presente.

—Consuelo —intervino Luis bajando la voz cuando una idea se cruzó por su cabeza—, hay una cuestión que me intriga. Si te hacías pasar por un hombre para poder pintar, ¿con qué nombre firmabas tus cuadros?

Consuelo se sintió de pronto tremendamente avergonzada y, ruborizándose, bajó la vista hacia sus manos, jugueteando con ellas.

—Todavía no he firmado ninguno de mis cuadros.

—Bueno, pero ¿con qué nombre pensabas firmarlos si se te presentaba la oportunidad de venderlos?

—¿Acaso no es obvio?

—No —dijeron al unísono Ignacio y Luis.

—Pues... mis cuadros... —dijo casi en un susurro— pensaba firmarlos como Ignacio Martel. Era así como me hacía llamar mientras estudiaba pintura.

Ignacio y Luis se quedaron mirándola boquiabiertos por la sorpresa e instantes después una sonora carcajada de Ignacio rompió el silencio que reinaba en la galería.

—Por favor, no te burles de mi —le pidió Consuelo, abochornada—. En el momento de inscribirme en la Academia estaba tan nerviosa por sacar adelante aquella farsa que me pilló desprevenida cuando me preguntaron por mi nombre. Di el tuyo porque fue el primero que me vino a la cabeza.

—No me burlo de ti, mi vida —dijo acariciándole la mejilla con ternura—. Considero que es un detalle conmovedor que decidieras adoptar mi nombre. Me río porque en el futuro no tendría por qué comprar ninguno de esos cuadros —se interrumpió unos segundos para volver a reír de nuevo— porque, de forma oficial, ¡esos cuadros los habría pintado yo!

Ignacio siguió desternillándose y su risa contagiosa hizo que Consuelo y Luis se unieran a él.

En cuanto acabaron los últimos pasteles, Luis le dijo a su hermana que había pensado que los dos debían pasar la noche en su casa de Madrid y que, siendo tan tarde, debían retirarse ya. Consuelo no protestó, aunque habría deseado pasar la noche con Ignacio. Entendió las razones de su hermano para todo aquello. Aunque su hermano había optado por hacer la vista gorda, a ojos de la sociedad ella debía seguir siendo la inmaculada señorita de Maldonado y mantener una reputación intachable hasta el mismo día de su boda.

Ignacio los acompañó hasta la puerta y se produjo una situación incómoda cuando llegó el

momento de despedirse.

—Ignacio, creo que antes de marcharnos deberías aprovechar para besar a mi hermana. Yo no miraré —dijo Luis sonriendo al tiempo que se tapaba los ojos.

Ignacio besó a Consuelo mientras ella acariciaba su pelo veteado de canas. Luis esperaba pacientemente con los ojos tapados y le sorprendió sentirse rodeado de improviso por los brazos de su amigo.

—Gracias, Luis —le susurró al oído—. Te prometo que siempre la cuidaré como lo que es: la persona más importante de mi vida... y de la tuya.

En el trayecto en coche hasta su casa, Consuelo tomó asiento junto a su hermano e hicieron el viaje en silencio, dejándose mecer por el traqueteo de la berlina, ella cogida de su brazo y apoyando la cabeza en su hombro con cariño. Una vez llegaron, supieron por una de las criadas que su madre ya se había acostado. Luis estaba a punto de encaminar sus pasos hacia su alcoba cuando Consuelo lo detuvo.

—Luis, ¿te parecería bien que nos quedáramos un rato más en el salón? No tengo sueño y además me gustaría charlar contigo.

—Está bien —convino él, dirigiendo sus pasos hacia allí.

Una vez entraron, Consuelo tomó asiento en un sillón junto al fuego en tanto que Luis se dirigía al mueble donde guardaban los licores.

—¿Quieres que te sirva una copa?

Consuelo lo miró extrañada por el ofrecimiento, sin saber qué responder.

—¿De verdad puedo tomar una? —preguntó al fin.

—La virginidad se pierde solo una vez en la vida... —dijo él y, sin esperar respuesta, sirvió dos copas de coñac.

Consuelo no sabía si había oído bien. Que ella supiera, esos temas nunca se hablaban y, menos aún, con un hermano.

—¿Qué has dicho? —Quiso asegurarse.

—Lo has oído perfectamente. Creo que ya es hora de que dejemos de ocultarnos cosas el uno al otro.

Lo analizó con detenimiento, temiendo que pudiera estar enojado y fuera a reprenderla, pero se encontraba allí de pie, extendiendo el brazo para acercarle una de las copas con semblante sonriente, aunque había en su expresión un deje melancólico.

—¿Y cómo sabes...? —inquirió ella, sin atreverse a acabar la frase.

—Tienes esa expresión —señaló él apuntando con un dedo hacia su rostro.

—¿Qué expresión? —preguntó mientras cogía la bebida que le ofrecía.

—Esa expresión de boba —contestó, riendo afectuosamente.

—No te mofes de mí —le regañó propinándole un pequeño golpe en la rodilla.

—No lo hago. Sospecho que, en su momento, yo debía tener la misma. Y, hasta donde yo sé, muy pocas mujeres la tienen. Supongo que debo agradecerle a mi amigo que te haya tratado con tanta delicadeza y consideración. Al contemplar tu cara tengo la impresión de que estuvieras flotando entre nubes.

—Luis... soy feliz. Esta es la primera vez en mi vida que me siento dichosa por completo. Tanto que tengo ganas de gritar de alegría.

—Te diría que lo hicieras si no fuera porque despertarías a mamá. Y nada más contarle el motivo de tu contento, no tengo ninguna duda de que le daría una apoplejía —expuso con una risotada.

—Bueno —dijo ella alzando su copa de licor, ansiosa por cambiar de tema, completamente

azorada—, y ¿por qué brindamos?

—Por esa felicidad, Consuelo. De todas las personas que conozco, eres la que más se la merece. —Alzó la copa, bebió un sorbo y a continuación le preguntó—: ¿Estás segura de que serás dichosa al lado de Ignacio?

—Estoy completamente segura.

Luis la miró de hito en hito.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Adelante —le animó ella haciendo un gesto con la mano.

—¿Desde cuándo estás enamorada de él?

—Creo que... desde siempre.

—¿Desde que tenías unos diez o doce años? —preguntó él levantando las cejas con sorpresa.

Consuelo soltó una carcajada y miró a su hermano con ternura.

—Sospecho que me enamoré de él mucho antes ¿No te he hablado nunca de la primera vez que vi a Ignacio?

—No, nunca.

—Pues todavía recuerdo con claridad aquel día, y eso que yo era muy pequeña. Por aquel entonces debía tener unos cinco años. Recuerdo que me había caído jugando en el jardín y me había hecho una herida en la rodilla, que debía de ser un simple rasguño pero a mí me daba la sensación de que sangraba muchísimo. Ignacio me oyó llorar desconsoladamente y se acercó a mí. Sacó un pañuelo de su bolsillo, lo mojó en la fuente más cercana y lo ató sobre mi rodilla. Nada más hacer aquello levantó la vista para mirarme y en ese instante la niña que yo era se enamoró perdidamente de aquel muchacho de ojos maravillosos. Nunca había visto unos ojos así. Como dos zafiros. Limpios. Resplandecientes. Perfectos. Imagino que me hechizaron —reconoció riendo.

—Así que la culpa es de sus dichosos ojos. Debí figurármelo —dijo Luis riendo también—. Tengo entendido que en los salones de baile el color de sus ojos es uno de los temas recurrentes de conversación y arranca muchos suspiros de boca de las damas.

—Algún comentario ha llegado a mis oídos, sí —admitió Consuelo. Sonrió pensando también que era una suerte que Ignacio no fuera un aristócrata. Las jóvenes casaderas se habrían abalanzado sobre él como auténticas fieras—. Es cierto que al principio sus ojos me impresionaron, pero más adelante, en la época en que enfermé y él comenzó a traerme flores cada día, me enamoré de la ternura que derrochaba.

—¿Ignacio? ¿Te llevaba flores?

—Pues sí, y me parecía el chico más dulce del mundo cada vez que lo hacía.

—¿Qué edad tendrías en aquel momento?

—Ahí sí debía de tener unos doce o trece años. Poco después él se marchó de forma inesperada, dejando un vacío que no llenó nunca nadie. Nunca —recalcó Consuelo con amargura—. Y nada más regresar, al cabo de muchos años, ya con algunos brillos plateados pintados en su pelo castaño, me volví a enamorar de aquel hombre. Pero no por el color de sus ojos, que era lo que me cautivaba cuando era más joven, ni por su ternura, que había desaparecido; sino por su mirada inteligente, llena de perspicacia, y por todo lo que decía. Cada una de las palabras que pronunciaba para exponer sus ideas y cómo describía todo lo referente a sus proyectos se me antojaba extraordinario.

—Siempre ha sido un buen comerciante. Y se ha convertido en un hombre brillante y entusiasta. Aunque me burlo mucho de él, reconozco que sabe transmitir pasión por todas esas

empresas en las que se embarca.

—Sin embargo, había algo diferente en él una vez regresó a Madrid y que sí eché de menos. Sus ojos ya no eran iguales. De joven, a pesar de ser de un frío color azul eran al mismo tiempo cálidos. En cambio, cuando regresó eran gélidos como el hielo. Y su mirada se había vuelto dura.

—Mucho —reconoció Luis esbozando una sonrisa triste.

—Sus ojos ya no dejaban traslucir esa dulzura que yo había conocido. No obstante, en las ocasiones en que lo estudiaba sin que él se diera cuenta mientras pasabais tiempo los dos juntos, podía percibir algunos destellos de aquella ternura de juventud que parecía querer salir a la superficie, como burbujas en un estanque. Así que tan pronto como se presentó la oportunidad me tiré a ese estanque. De cabeza. Y no me arrepiento.

—¿Y cuándo fue eso?

—En la ocasión en que me pidió que subiera con él al segundo piso la noche del Carnaval.

Luis rio ligeramente.

—¡Madre mía! Cuando el otro día Leonardo me lo contó todo y me confesó que tú eras aquella diablesa del Carnaval casi me caigo de espaldas. —De pronto Luis hizo una pausa y la miró muy serio—. Consuelo... ¿crees que he sido un buen hermano a lo largo de estos años?

Ella percibió cierto temor en su pregunta y se levantó para, a continuación, sentarse en su regazo, dándole un beso en la mejilla.

—El mejor —aseguró, y se separó de él para observarlo—. Luis, ¿qué sucede? ¿Estás enfadado conmigo por haberte mentido acerca de tantas cosas?

—No estoy enfadado. Bueno, quizá un poco molesto por la de veces que me he preocupado por tu salud durante estos años pese a que, en realidad, nunca has estado enferma. —Consuelo adoptó un gesto de culpabilidad—. Aunque, para serte franco, ahora que sé que estás bien, me siento profundamente aliviado. Lo que sí me entristece es que no hayas encontrado en mí una persona en la que apoyarte. Me gustaría que, a partir de ahora, tengamos la suficiente confianza para contarnos todo. Quiero que me consideres un aliado, Consuelo, porque estoy de tu parte.

—¿Qué es lo que ha cambiado?

—¿A qué te refieres?

—Desde la mañana en que me descubriste saliendo de la habitación de Ignacio y después de cómo te enojaste, te noto diferente, más tranquilo, ¿qué es lo que te ha hecho cambiar de actitud?

—Una conversación muy sincera y muy reveladora con Leonardo. Me hizo darme cuenta de lo sola que debías haberte sentido en el transcurso de estos años con esa cantidad de secretos a tus espaldas. Y siento mucho mi reacción de aquel día en la quinta, Consuelo, de verdad. No pude evitar que me cegara una ira muy fraternal —declaró riendo un poco avergonzado— y me encolerizó la idea de que Ignacio pudiera haberse aprovechado de mi hermana. Pero a partir de ahora será diferente. Quiero que seas plenamente capaz de confiar en mí.

—Está bien —dijo ella muy decidida—. Pues vamos a empezar ahora mismo. Porque me temo que debo sincerarme contigo acerca de cuáles son mis planes con respecto a Ignacio, dado que necesitaré de tu colaboración o, más concretamente, de tu silencio.

—Supongo que tiene algo que ver con que hace un rato, en su casa, te hayas referido a ti misma como «su prometida» a pesar de que él, hasta donde yo sé, sigue estando casado. Y no sé por qué tengo la corazonada de que, tratándose de ti, no será un plan nada convencional —dijo Luis levantando sus ojos al cielo en un gesto de fingida desesperación.

—Ahora tengo miedo de confiártelo —reconoció Consuelo con una risita.

—Consuelo, eres mi hermana adorada, además de ser la única que tengo, a la que deseo la mayor felicidad por encima de todas las cosas. Nada de lo que digas o hagas hará que deje de

quererte y, si todas esas ideas locas tuyas te llevaran derecha al infierno —añadió sonriendo— yo iría a buscarte hasta allí para rescatarte y ponerte a salvo.

—¿Aunque acabaras un poco chamuscado? —le preguntó ella besándolo en la sien.

—Aunque acabara calcinado por completo.

—Me alegro, Luis, porque ¿sabes? —le dijo ella abrazándolo muy fuerte—. Yo haría exactamente lo mismo por ti.



A la mañana siguiente, Consuelo informó a su hermano de que le había pedido a Ignacio que aplazaran un día su salida hacia la quinta de Leonardo. Le explicó que quería aprovechar para hacer algunos recados en la capital y comprar algunas cosas antes de partir de nuevo en dirección al monte de El Pardo. Dado que estaría muy ocupada durante la mañana, y por la tarde había quedado con Ignacio para merendar, quedó en reunirse con Luis cuando se pusiera el sol para salir los tres a cenar.

Consuelo pasó la mañana con Claudia, a la que había pedido consejo para encargarse de varios vestidos en la modista y algunas joyas.

Tras volver a su casa para almorzar, salió de nuevo a la calle. Aquella tarde, nada más comer se había excusado con su madre y su hermano y, alegando estar cansada, se había dirigido a su alcoba con el pretexto de dormir la siesta. En lugar de eso, había salido de su casa a hurtadillas, por la puerta que utilizaba el servicio. Se había visto forzada a caracterizarse de muchacho de nuevo para acudir al comercio en el que adquiriría el material necesario para pintar.

Había optado por renovar algunos pinceles y adquirir varios pigmentos que comenzaban a escasear, y su disfraz era perfecto y muy necesario para que nadie la molestara yendo sola por la ciudad.

En ese momento, Consuelo enfiló con premura la calle de la Montera hacia la Casa de los Tintes. Le echó un vistazo a su reloj de bolsillo y apretó el paso. Le había prometido a Ignacio que se verían en la pastelería de la calle del Pozo a las seis para merendar y ya iba justa de tiempo. Todavía tenía que volver a su casa y cambiarse de ropa para convertirse de nuevo en toda una señorita. Era curioso que, habiendo descuidado su aspecto a propósito la mayor parte de su vida, ahora sintiera la necesidad de acicalarse para presentarse a aquella cita lo más guapa posible. Estaba deseando mostrarle a Ignacio el vestido verde pálido que acababa de comprar esa misma mañana y que hacía juego con sus ojos. No podía creer la suerte que había tenido en la modista. Había encargado dos vestidos y, al preguntar Claudia por un tejido concreto de satén verde, la modista les había dicho que tenía un conjunto ya confeccionado, puesto que la dama que lo había encargado, debido a un imprevisto, no había podido acudir a recogerlo. Era un vestido espléndido y lo más asombroso era que a Consuelo le favorecía especialmente y le sentaba como un guante. Así que había decidido estrenarlo esa misma tarde para su cita con Ignacio. Sentía el corazón brincando de alegría y abrazaba la sensación de que la vida no paraba de sonreírle.

—¿Ignacio? —oyó una voz a su espalda.

Había dejado tanto tiempo abandonadas sus costumbres como hombre que Consuelo tardó un rato largo en darse cuenta de que, en realidad, se estaban dirigiendo a ella.

—¿Sí? —dijo volviéndose al fin cuando se dio cuenta, ante la insistencia de quien la interpelaba.

—¿Ignacio Martel? —preguntó un joven flacucho con apariencia descuidada.

—Sí, soy yo. Dígame... —respondió forzando un tono de voz más grave que su tono natural.

—¿No me recuerda? Soy Beltrán Rivero, un compañero de profesión —se presentó extendiéndole la mano—. Coincidimos un par de años en la Academia de Bellas Artes aquí en Madrid. Después de eso me marché a Italia para continuar con mi formación y este tiempo lo he dedicado a tratar de labrarme un futuro en Europa.

—¡Ah, sí que lo recuerdo! —dijo Consuelo, y no mentía.

En efecto, se acordaba de aquel joven, aunque vagamente. Pero de lo que sí estaba segura era de que era un chico sin demasiadas aptitudes para la pintura en comparación con el resto de sus compañeros de estudios. Se preguntó si su formación en el extranjero le habría servido para compensar su falta de destreza con los pinceles.

—Yo a usted le recuerdo muy bien —señaló ese hombre que se mostraba muy amable con el falso Ignacio—. Era usted, sin lugar a duda, el compañero con más talento de la escuela.

—Le agradezco el cumplido —manifestó devolviéndole una sonrisa franca.

—¿Sería... sería mucha molestia si me acompañara a mi estudio? —le pidió Beltrán de forma tímida—. Estoy realizando un par de encargos muy importantes y me gustaría conocer su opinión sincera al respecto. Estoy seguro de que usted podría darme algún consejo acerca de... bueno... sobre cómo mejorar mis obras.

—Pues resulta que ahora mismo tengo mucha prisa... —dijo Consuelo tratando de excusarse.

—Me haría un gran favor y tan solo será un momento. Le prometo que no le robaré mucho tiempo. Ya verá que el estudio está muy cerca de aquí, en este mismo barrio. Y se lo agradecería

tanto...

El joven parecía tan apurado y sus ojos suplicaban con tanta desesperación que Consuelo, sintiendo lástima por él, se decidió a acompañarlo.

—Está bien, pero tan solo puedo dedicarle unos pocos minutos, no más. Tengo que acudir a una cita importante.

—Creo que será tiempo más que suficiente —dijo él sonriendo de nuevo con infinito agradecimiento.

Si la extrema delgadez de aquel joven y su aire desarrapado ya le había ofrecido una pista de que las cosas no le iban demasiado bien en el aspecto económico, Consuelo pudo confirmar que así era nada más poner un pie en su estudio. La habitación en la que realizaba sus obras era de unas dimensiones muy modestas, sin apenas espacio para moverse y, lo que era aún peor, carecía prácticamente de ventilación, con tan solo un pequeño ventanuco, lo que hacía que el olor de los productos utilizados para pintar fuera asfixiante. Beltrán le comentó además que el estudio ni siquiera era suyo, se lo había prestado un amigo también pintor que, en esa época, se encontraba de viaje fuera del país.

Consuelo examinó el gran lienzo que estaba sujeto en un caballete y otro de menor tamaño que se encontraba apoyado en la pared. Enseguida se dio cuenta de que la formación del joven en el extranjero había hecho que mejorase, sí, pero seguía careciendo de ese talento innato que poseen los grandes maestros. El hombre le condujo frente al lienzo de grandes dimensiones en el que estaba trabajando.

—Bueno, ¿qué... que le parece? —se atrevió a preguntar con inseguridad.

Consuelo estudió el cuadro con atención. Se trataba de una representación mitológica de un tema muy manido: Apolo hostigando a la pobre Dafne. Beltrán, impaciente al ver que Consuelo tardaba en expresar una opinión, se vio forzado a intervenir de nuevo.

—Bueno, señor Martel, ¿qué opina de mi obra?

—Bien... —comenzó ella pensando cómo podía ayudar a Beltrán—. Creo que su principal defecto, en mi humilde opinión, es que a las figuras les falta movimiento. Sobre todo a la figura de Dafne, ya que la parte superior del cuerpo está en una posición muy plana con respecto al lienzo. Quizá podría hacer que su cintura se girase en dirección al espectador, le daría un aire más sensual. Y también realizaría un escorzo más forzado que le diera mayor dinamismo, por ejemplo extendiendo su mano así y girándola al mismo tiempo. —Alargó el brazo hacia él para mostrarle lo que quería decir—. También creo que podría darle más intensidad a la expresión de Dafne, al fin y al cabo, en el mito, ella está tremendamente angustiada porque no quiere que Apolo le dé alcance. Y... en la figura de Apolo acentuaría más la musculatura de los brazos, pero solo un poco, si no quiere que, en lugar de a Apolo, acabe asemejándose a Hércules —añadió con una sonrisa—. El fondo no lo cambiaría, creo que está correcto. Se nota que el paisaje es su fuerte.

—Así es —admitió él con un tono un tanto avergonzado—. La verdad es que es lo que mejor se me da y quizá por ese motivo siempre me ha gustado más.

—¿Y entonces por qué razón no pinta paisajes?

—Porque para esta exposición, que tendrá lugar en el palacete del marqués de Samitier, se me ha pedido que realizara un tema mitológico. Un amigo pintor que conozco de toda la vida es uno de los artistas a los que patrocina el marqués y ha intercedido para que yo también pudiera presentar una obra para la exposición. No obstante, tendrá que contar con la previa aprobación del propio marqués y de un comité de amigos suyos, todos ellos fervientes coleccionistas de cuadros mitológicos. Además, parece ser que acudirá un grupo numeroso de nobles que suelen

decantarse por pinturas que contengan representaciones de desnudos. Ya sabe cómo son esos aristócratas licenciosos, cuantas más figuras en cueros aparezcan en el cuadro, mejor. Lástima que no tenga la suficiente habilidad como para representar una orgía. Se pagaría muy bien.

—Sí —coincidió ella poniendo los ojos en blanco mientras procuraba no sonrojarse. Conocía en persona a algunos de esos caballeros a los que describía Beltrán y le repugnaba ese mal entendido «amor al arte»—. Sé muy bien a lo que se refiere.

—Y estoy francamente apurado. Tengo que entregarlo dentro de tres días y me queda demasiado por hacer. Mucho más si tengo que realizar esos cambios que me ha indicado...

—¿Tres días? —Consuelo recorrió con la vista el tamaño descomunal del lienzo—. Es muy poco tiempo...

—Lo sé —convino él con desesperación y después de una pausa preguntó—: ¿No podría usted ayudarme?

—¿Yo? —preguntó sorprendida—. ¿Cómo podría ayudarle más de lo que ya lo he hecho?

Él bajó los ojos, abochornado.

—Podría usted echarme un capote para realizar esos cambios que acaba de mencionar.

—No sé si le estoy entendiendo bien —articuló Consuelo pasmada—. ¿Lo que está sugiriendo... es que sea yo la... persona —rectificó con habilidad en el último momento— que pinte su obra?

No podía creer lo que aquel joven le estaba proponiendo. Movi6 la cabeza de un lado al otro con energía para expresar su negativa. Para ella dar una única pincelada en la obra de otro artista era algo impensable, tanto como que otro pintor realizara un solo trazo en uno de sus lienzos. Le parecía una auténtica abominación.

—No... no puedo hacer eso.

—Por favor —suplicó él tomándola de las manos y Consuelo percibió como su mirada pasaba de la preocupación al más absoluto desaliento—. Se lo ruego señor Martel. Estoy desesperado. Ando muy escaso de tiempo y el cuadro debe estar a la altura del resto de obras que se van a exponer. Necesito venderlo si no quiero que tanto mi familia como yo muramos de hambre.

Su confesión la dejó paralizada.

—¿Tiene usted una familia muy numerosa? —inquirió con verdadera lástima.

—Tengo mujer y tres hijos, además de un cuarto en camino, y he de reconocer que las cosas no me han ido muy bien en los últimos tiempos —se lamentó Beltrán, que a esas alturas daba la impresión de estar al borde del llanto—. Debo aprovechar la oportunidad que me han brindado para participar en esta exposición y vender este cuadro a buen precio cueste lo que cueste. No puedo dejar que se marche sin que me haya prometido que me ayudará a terminar mi obra.

Consuelo comenzaba a inquietarse por la actitud de aquel hombre. Lo que veía reflejado en los ojos de Beltrán se acercaba cada vez más a la locura que a cualquier otra emoción.

—Debo marcharme ya —anunció ella al tiempo que recogía los materiales de pintura que había adquirido un rato antes, esforzándose por hacerlo con suma lentitud, con la intención de aparentar calma—. Ya le he dicho que disponía de poco tiempo y se me está haciendo muy tarde. Pero le prometo que regresaré mañana y pensaremos cómo puedo ayudarle.

—Creo que está mintiéndome —le espetó él mirándola con animosidad—. Una vez que salga por esa puerta ¿cómo puedo estar seguro de que volverá?

—Porque le doy mi palabra de que lo haré.

Consuelo no sabía a ciencia cierta si en aquella ocasión cumpliría su promesa o no, pero en ese momento no podía importarle menos. Su instinto le insistía a viva voz que corría peligro y lo

único que tenía en mente era alejarse de allí lo más rápido posible.

—¡Está mintiendo! —vociferó él y la aferró por la muñeca con violencia.

—¿Qué está haciendo? ¡Suélteme! —chilló ella, alarmada, retorciéndose y forcejeando de forma brusca.

Entonces vio que Beltrán cambiaba súbitamente el gesto y la miraba con los ojos desorbitados, como si hubiera perdido la razón definitivamente, y comenzó a acercar la mano que tenía libre hacia su rostro con una lentitud desquiciante. Consuelo, asustada, dio un paso atrás para apartarse de esa mano que a todas luces tenía intención de tocarla. Él fue más rápido y, en un ágil movimiento, prendió el bigote postizo que llevaba, que se había desprendido un poco durante el forcejeo, y tiró de él con brío. Soltó una exclamación de sorpresa y acto seguido la despojó de su gorra, haciendo que parte de su larguísima melena castaña se desparramara sobre sus hombros.

—Es... es usted... una mujer —murmuró él desconcertado.

—¡Así es! —exclamó ella furiosa, pues era inútil negar lo evidente y, dando un tirón se soltó de su mano—. ¡Y le exijo que me deje marchar ahora mismo!

Él se dirigió como una exhalación hacia la puerta para bloquear el paso con su cuerpo.

—¡No la dejaré salir de aquí! —gritó fuera de sí.

—¡Oh, claro que lo hará! —exclamó dirigiéndose hacia él con decisión, como si fuera a derribarlo para pasar—. Escúcheme con atención porque me parece que no sabe bien con quién está usted tratando. Le informo de que soy la señorita Consuelo de Maldonado, hermana del marqués de Valde-Espina, don Luis de Maldonado.

—Me parece perfecto —aseveró él con ironía—. Y, dígame, señorita, ahora que ha sido tan amable de facilitarme su identidad ¿De veras va a correr el riesgo de que yo personalmente la denuncie por haberse hecho pasar por un hombre para ingresar en la Academia de Bellas Artes? —preguntó con un tono perverso.

Consuelo titubeó. ¿Qué sucedería si aquel hombre la delataba? Las autoridades podrían no dar crédito a su testimonio, ya que sería su palabra contra la suya, pero ¿y si lo hacían? ¿Y si se descubría la farsa que había llevado a cabo durante años? Cuanto menos, el escándalo que se armaría sería mayúsculo.

—N-No creo que disfrazarse de hombre sea un delito —argumentó ella sin estar muy convencida.

—¡Oh! ¡En este caso, por supuestísimo que lo es! —la contradijo él con tanta seguridad que a Consuelo la atravesó un escalofrío—. ¿O es que piensa que va a irse de rositas? Ha tenido la osadía y la poca vergüenza de cambiar su aspecto y su sexo a su antojo como si jugara a ser Dios y tenga por seguro que no me temblará el pulso si tengo que entregarla a las autoridades. ¿Qué derecho tiene a mentir sobre su identidad y arrebatarle el puesto de forma injusta a otro aspirante a entrar en la Academia con mucho más derecho que usted a estar allí? Seguro que cualquier hombre habría sacado mayor provecho a su plaza.

—¡Pero si usted mismo ha dicho hace un momento que yo era el estudiante con más talento de la escuela!

—Eso era antes de saber que era una mujer.

Consuelo lo miró con los ojos muy abiertos como si acabara de recibir una bofetada. Supo en ese instante que pretender convencer a aquel hombre de que el talento no iba ligado a los genitales masculinos era una batalla perdida. Beltrán seguramente pensaba, como lo hacía la mayoría, que las mujeres no tenían la idoneidad suficiente para dedicarse a la pintura. Aún incluso cuando tuviera la prueba fehaciente que indicaba lo contrario delante mismo de sus

narices.

—¿Qué es lo que sugiere, entonces? —dijo ella cruzando los brazos sobre el pecho con un resoplido.

—Ayúdeme a terminar este cuadro. Pinte para mí durante tres días. Y después la dejaré marchar y nunca le revelaré a nadie su secreto, a cambio de que usted guarde el mío.

—Está bien. Volveré mañana a...

—No —la interrumpió él con brusquedad—. No saldrá de aquí bajo ningún concepto. No puedo arriesgarme.

—¡Y yo le digo que no puedo quedarme! —exclamó ella cada vez más nerviosa, haciendo un esfuerzo porque no le temblara la voz—. He de reunirme con mi prometido esta tarde. Si no acudo a la cita se preocupará y puedo asegurarle que, conociéndolo como lo conozco, removerá cielo y tierra hasta encontrarme. Y también puedo asegurarle que no me gustaría estar en su piel si averigua que me ha retenido aquí en contra de mi voluntad.

Beltrán la miró de arriba abajo. Parecía muy decidido. Con el tipo de determinación que te proporciona el encontrarte en una situación límite.

—Le repito que no abandonará el taller. No obstante, le permitiré que escriba una nota a su prometido. Nada que le proporcione una pista de su paradero, pero lo suficientemente tranquilizadora para que pueda usted disponer de unos días para tener la libertad de acabar este encargo. Así él no se inquietará. Es lo más que puedo ofrecerle.

Consuelo estaba furibunda. Verse privada de la oportunidad de volver a los brazos de Ignacio después de estar apartada de él durante tanto tiempo le hacía tener ganas de lanzarse contra aquel hombre. Desearía poder arañarlo en la cara con la fiereza de una leona y luego golpearlo una y otra vez hasta que la dejara libre para volver a casa. Sin embargo, era muy consciente de que saldría perdiendo en esa lucha desigual. Era sabedora de la diferencia entre un hombre y una mujer en el terreno de la fuerza y, aunque en ese caso tuviera frente a ella a un ejemplar bastante deslucido, seguiría teniendo un poderío superior a ella. Respiró hondo intentando tranquilizarse. Se preguntó qué haría en su situación el auténtico Ignacio Martel. Seguramente, pensó, urdir un plan para escapar o quizá aprovechar esa nota para proporcionarle algún dato que le ayudara a localizarla. O ambas cosas.

—Está bien —se resignó al fin—. Deme papel para escribir una nota a mi prometido y júreme que se la entregará de inmediato. No quiero que se preocupe en exceso.

—Se lo juro —se comprometió Beltrán muy solemne.

Una vez escribió la nota y se la hubo entregado, Beltrán abandonó el estudio y cerró la puerta con llave tras de sí. El pintor estudió la misiva escrita por Consuelo con desconfianza y después de leer su contenido, se lo pensó mejor. Aunque faltara a su palabra, no podía arriesgarse a entregársela al prometido de la joven. Ella había resultado ser una persona muy astuta haciéndose pasar por un hombre durante tanto tiempo sin ser descubierta. Seguro que había encontrado la manera de trasladarle un mensaje oculto a su enamorado mediante aquellas palabras. Se dispuso a romper el papel en pedazos y se dijo que ese caballero bien podía esperar tres días para reencontrarse con ella. Y luego, creyéndose muy listo, se le ocurrió una idea que consideró mejor.

En el instante en que la puerta se cerró al abandonar Beltrán el estudio, Consuelo comenzó a inspeccionar la habitación palmo a palmo. Tras un fugaz primer vistazo, tuvo claro que la única entrada y salida de aquel lugar era la puerta. Se aproximó a ella y se arrodilló para examinar la cerradura. Nunca había abierto una cerradura sin una llave, pero no podía ser tan difícil. Soltó una de sus horquillas que llevaba prendidas en su pelo, la introdujo por la abertura y comenzó a

forcejear.

Después de haber conseguido, como único resultado de su empeño, doblar todas y cada una de las horquillas de su recogido, Consuelo se levantó del suelo y se sacudió los pantalones soltando un bufido de disgusto.

Se aproximó al caballete y contempló aquella pintura con desidia. Creía que en su primer análisis había sido demasiado benevolente. Ahora le resultaban mucho más notorios todos y cada uno de los defectos de los dos personajes de la escena. Contempló con odio la cara anodina de una Dafne dotada de una expresión bobalicona y maldijo los brazos fofos del cuerpo de ese Apolo de tres al cuarto que no podía parecerse menos a un dios. Después de unos minutos de lucha interior decidió que lo haría. Al fin y al cabo ¿qué otra opción tenía? Terminaría el cuadro y aquel hombre la dejaría libre. Era sencillo. No obstante, la sombra de una duda se abrió paso en su ánimo y se extendió como una temible epidemia ¿Y si Beltrán no la liberaba pasados esos tres días? Si andaba mal de dinero y con cuatro bocas que alimentar, quizá la cantidad que consiguiera con la venta de ese cuadro no sería suficiente y decidiera retenerla más tiempo. Unos días, semanas, quizá un mes... Sacudió la cabeza para librarse de ese pensamiento aterrador.

—Dentro de tres días estaré de nuevo contigo, Ignacio —murmuró esperanzada, como si al verbalizarlo fuera a convertirse en un hecho indiscutible. Resopló y, decidida a terminar cuanto antes, se arremangó la camisa y comenzó a aplicar pinceladas sobre el lienzo, afanándose como si la obra fuera suya. Por otra parte, consideró que, pintando, el tiempo se pasaría muchísimo más rápido que rumiando su mala suerte y torturándose pensando en Ignacio. Y, en efecto, agradeció la tarea porque, a medida que deslizaba el pincel sobre el lienzo, no solo consiguió mantener el miedo a raya, sino que una idea empezó a tomar forma en su cabeza.



A última hora de la tarde de ese mismo día, Luis se encontraba en el salón de su casa acompañado de su madre, tomando un café tardío, un placer al que no renunciaba a pesar de que sabía que le quitaría el sueño; asimismo, aprovechaba para ojear el periódico *La Nación*, cuando un criado entró anunciando la visita de Ignacio Martel.

—¿Qué desea ahora ese hombre de ti? —preguntó su madre con una mueca de fastidio, molesta por la interrupción.

Luis la contempló con cierta compasión. Pensó en el disgusto que se llevaría su madre cuando le comunicara que aquel burgués que nunca había despertado sus simpatías y al que miraba por encima del hombro con innegable desprecio, había pedido la mano de Consuelo e iba a convertirse en el esposo de su única hija. Eso con suerte. Si la posibilidad de revelarle a su progenitora que Consuelo iba a unirse de por vida con un hombre cuyo estatus era muy inferior al de ella le hacía temblar, la de que iba a amancebarse con él ni siquiera la contemplaba. Incluso

a Luis, que aceptaba la decisión de su hermana, todavía le estaba costando digerir esa idea.

—No lo sé, madre. Me reuniré con él en mi despacho, para no importunarla —dijo abandonando la habitación.

Cuando llegó al vestíbulo, encontró a Ignacio en un estado de agitación que le alarmó de inmediato. Daba muestras de estar muy alterado y su pelo canoso estaba desordenado de forma insólita, como si se hubiera estado pasando las manos por él repetidas veces.

—¿Qué sucede, Ignacio? —preguntó acortando la distancia que los separaba—. Suponía que a estas horas estarías con Consuelo.

—Pues ese es el problema. Esta tarde había quedado para merendar con tu hermana y no ha acudido a la cita —le informó con nerviosismo—. En cuanto he regresado a casa, he recibido esta nota de su puño y letra. En ella dice que tiene que ausentarse tres días fuera de Madrid de forma urgente. ¿Tienes alguna idea de por qué querría marcharse tan aprisa, sin ni siquiera despedirse de mí?

—Lo cierto es que no —admitió Luis, sorprendido.

—Luis... —murmuró Ignacio con un hilo de voz y la tensión manifiesta en sus ojos—. Me aterra pensar que Consuelo haya podido arrepentirse de lo que ha sucedido entre nosotros.

—En el hipotético caso de que así fuera, lo cual me parece imposible por la conversación que mantuvimos anoche ella y yo, en mi opinión mi hermana no es de las que sale corriendo para no enfrentarse a una situación incómoda. Sería impropio de Consuelo, la verdad.

—¿Quieres decir tan impropio como enfundarse un disfraz de diablesa o hacerse pasar por un hombre durante años para poder pintar?

Luis se tomó un momento para reflexionar.

—La verdad es que tienes razón —reconoció—. Ya no sé muy bien qué podemos esperar de ella y qué no. Aun así, considero que todo esto es muy extraño —añadió, pensativo—. ¿Llevas encima esa nota que te ha enviado? Si no te importa, me gustaría echarle un vistazo.

Ignacio le extendió el mensaje y Luis lo estudió durante unos segundos.

—Estoy convencido de que esta nota no la ha escrito mi hermana —concluyó después de examinarla con detenimiento.

—Pero si es su letra —afirmó Ignacio, que conocía la caligrafía de Consuelo.

—Sí, parece su letra, pero no es su estilo. Además, ella no suele cometer faltas de ortografía, y aquí hay dos bastante flagrantes. Y, a pesar de todas las locuras en que haya podido incurrir, opino que tampoco haría algo así. Anoche parecía demasiado feliz como para, de repente, salir corriendo sin ni siquiera decirnos a ninguno de los dos dónde va ni por qué.

Se quedaron mirándose el uno al otro, con la terrible certeza de que había ocurrido algo malo.

—¿Entonces? ¿Qué crees que ha podido suceder? ¿Deberíamos acudir a la policía? —preguntó Ignacio de manera atropellada, hecho un manojo de nervios.

Luis lo miró con asombro. Era la primera vez que veía a Ignacio comportarse de ese modo. Si por algo se caracterizaba su amigo era porque daba la sensación de que siempre era él el que llevaba las riendas de cualquier situación.

—¿Dónde iba a reunirse contigo mi hermana para merendar?

—Habíamos quedado en la pastelería de la calle del Pozo. Me dijo que antes tenía que comprar material para pintar. Le propuse acompañarla, pero rechazó mi ofrecimiento. Me dijo que yo todavía tenía muchas obras que desembalar y que no me preocupase, que no correría ningún peligro, que estaría de vuelta enseguida y nos reuniríamos ya en la pastelería. Después de esperarla durante una hora regresé a casa, pensando que quizá no nos habíamos entendido bien

en cuanto a la hora o al lugar de la cita, y al poco de llegar recibí la nota.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Me temo que no —dijo Ignacio, que no tenía ni idea de los derroteros que habían tomado los razonamientos de Luis—. Ahora mismo soy incapaz de pensar —reconoció con angustia.

—Si dijo que iba a comprar material de pintura y que no correría ningún peligro quizá es porque pensaba ir a comprar disfrazada de hombre... —especuló Luis—. Razón de más para no acudir a la policía de momento.

—Bueno ¿y qué hacemos? —dijo Ignacio frotándose las manos con ansiedad.

—Lo primero que haremos es mandar un mensaje a Leonardo y a Eduardo. Ocho ojos nos serán de más utilidad que cuatro.

—Creo que Leonardo está en Madrid, pero Eduardo sigue en el campo y tardaría bastante en llegar. No creo que merezca la pena mandarle una nota.

—La enviaremos de todas formas. Eduardo puede ser muy útil si tenemos que recurrir a la fuerza bruta más adelante. Mientras tanto, podemos pasar a recoger a Leonardo mañana por la mañana en su casa y podemos empezar por buscar en el lugar a donde se dirigía a comprar el material de pintura. Por ahora, no podemos hacer nada más —dijo pasando un brazo por encima del hombro de su amigo. Aunque él también tenía el corazón en un puño, le dio unas palmaditas a Ignacio en la espalda en un gesto reconfortante. En aquel momento, lo necesitaba más que él mismo.

Esa noche, ni Ignacio ni Luis consiguieron pegar ojo. A la mañana siguiente, tras recoger a Leonardo e informarle debidamente de la situación, atisbaron un rayo de esperanza cuando este les informó de que conocía el establecimiento donde Consuelo compraba de manera habitual el material de pintura, pues la había acompañado en varias ocasiones cuando comenzó sus estudios en la Academia. Al llegar a la tienda de material de dibujo, Ignacio ya sentía el corazón a punto de salirse del pecho. La idea de que le hubiera podido suceder algo malo a Consuelo le paralizaba y no le dejaba razonar. Él, que siempre albergaba ideas brillantes porque su cerebro funcionaba lo mismo que una maquinaria recién engrasada, ahora tenía la mente en blanco y la desagradable impresión de que su espíritu había decidido abandonar su cuerpo.

Leonardo interrogó al dueño de la tienda haciendo gala de su encanto habitual y este se mostró muy dispuesto a colaborar. Sí que se acordaba de un muchacho de ojos verdes con un pequeño bigote que había ido a comprar algunos lienzos, pinceles y pigmentos a primera hora de la tarde, pero no podía ofrecerles mucha más información. Ni siquiera recordaba hacia qué dirección se había dirigido al dejar el establecimiento. Salieron a la calle, sin saber qué rumbo tomar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ignacio.

Leonardo miró alrededor, distinguió a un muchacho pidiendo limosna en una esquina y se le ocurrió acercarse a preguntarle. Después de hablar un rato con él, sus amigos vieron como le entregaba unas monedas. Leonardo volvió hacia ellos con una sonrisa optimista dibujada en el rostro.

—Ese chiquillo me ha contado que sí que recuerda a un joven saliendo de la tienda. Dice que se marchó acompañado de otro hombre, también joven, que le abordó para saludarle.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no está mintiendo? ¿Y de que ese joven que vio se trataba de Consuelo? —preguntó Ignacio. Sabía que un muchacho necesitado diría cualquier cosa a cambio de un par de monedas.

—Porque, sin yo decirle nada, el niño me ha detallado que eso sucedió en torno a la misma hora en la que suponemos que Consuelo visitó la tienda; además, el muchacho tiene buena

memoria y dice que recuerda a la perfección que el hombre que lo abordó se dirigió a él gritando varias veces el nombre de Ignacio ¿No creéis que es demasiada casualidad?

—¿Y quién podría conocerla por aquí?

—Lo más lógico es pensar que algún compañero pintor que vino a comprar al establecimiento, igual que ella.

Volvieron dentro de la tienda por si podían averiguar algo más sobre el hipotético pintor, pero el dueño, aunque lo conocía de vista por ser un cliente habitual, ignoraba la identidad de aquel otro hombre al que se referían. Aun así, lo describió como un joven no muy alto, moreno, de ojos oscuros y aspecto desastrado. También les dijo que no le debía ir muy bien porque se le veía casi en los huesos y ese mismo día le había dejado a deber uno de los lienzos, prometiéndole que se lo pagaría unos días más tarde.

Cuando volvieron a salir los tres de la tienda se dieron cuenta de que lo que habían averiguado hasta el momento no les servía de mucho.

—Bien. —Leonardo se decidió a tomar la palabra y se autoproclamó líder de aquella empresa porque daba muestras de ser el más entero de los tres—. Todo apunta a que Consuelo se ha marchado de forma voluntaria con un compañero de la Academia. Parece ser que ese hombre tiene problemas económicos y...

—¿Crees que le habrá pedido dinero prestado? —le interrumpió Luis.

—Podría ser, pero en ese caso, ¿por qué retenerla?

—Leonardo... —intervino Ignacio con aspecto de estar tremendamente angustiado. Su rostro había perdido el color—. ¿Alguna vez mencionó Consuelo a algún compañero de la Academia?

—No lo recuerdo. Creo que no...

—¿Ninguno en concreto? —volvió a preguntar—. ¿Nadie que fuera... especial?

—¿Crees que ese joven podría ser un antiguo amor de Consuelo? —preguntó Leonardo con asombro.

—¡Y yo qué demonios sé! ¡Te lo estoy preguntando a ti! —gritó Ignacio, perdiendo los nervios.

—Ignacio, creo que deberías tranquilizarte... —intervino Luis, poniendo una mano sobre su brazo.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? —dijo él mesándose los cabellos, totalmente descompuesto.

—Estoy bastante seguro de que Consuelo no tiene ningún antiguo amor —le explicó Luis, tratando de calmarlo—. Nunca lo ha tenido. Aparte del hecho de que no podría haber mantenido una relación sentimental con alguien de la Academia sin descubrir su verdadera identidad, ayer me confesó que ha estado enamorada de ti desde los cinco años —continuó con voz sosegada—. No tienes que preocuparte por eso. Lo único que nos debe preocupar ahora es dar con ella ¿de acuerdo? —dijo sujetándolo por los hombros y zarandeándolo ligeramente.

—De acuerdo —dijo él llevándose las manos a la cara y exhalando el aire como un fuelle—. Perdonadme. Me estoy comportando como un auténtico idiota. Por un momento he olvidado que Consuelo no es Lola.

Sus dos amigos lo contemplaron con una mezcla de cariño y lástima.

—Pues deja de pensar sandeces y espabila —le dijo Leonardo dando unas cuantas palmadas enérgicas frente a su cara—. Porque necesito al Ignacio pensante. Ese hombre inteligente que hace bien poco me ayudó a encontrar a un niño perdido disponiendo de muy pocas pistas, ¿recuerdas?

—Lo intentaré, pero es que estoy totalmente bloqueado —reconoció con impotencia.

—A ver, se me ocurre que podría acercarme a la Academia de Bellas Artes para intentar contactar con algunos conocidos de Consuelo y así tratar de averiguar algo más sobre ese pintor misterioso —propuso Leonardo—. Mientras, vosotros podríais registrar a fondo la habitación de Consuelo. Quizás tenga anotado en algún sitio el nombre de algún compañero y, de ese modo, podríamos seguir también ese rastro. Nos vemos en tu casa en cuanto yo termine mi visita —le dijo a Luis—, ¿os parece?

Ambos asintieron con un breve gesto y se dirigieron de nuevo al carruaje mientras Leonardo, por su parte, buscaba un coche de alquiler.

Cuando llegaron a la casa de Luis, Ignacio y él entraron en la habitación de Consuelo y pasearon la vista por el dormitorio.

—Supongo que si mi hermana tenía anotado cualquier dato que tuviera que ver con unos estudios que llevaba en secreto, lo tendría a buen recaudo.

—Mira en su armario y yo buscaré en ese bargueño —le dijo Ignacio que parecía haber recuperado una pizca de su espíritu enérgico.

—¿Sabes si tiene un compartimento secreto? —le preguntó a Luis mientras bajaba la tapa y comenzaba a abrir los cajones con delicadas incrustaciones en hueso, uno tras otro, sin ningún mimo.

—Ni idea, pero supongo que sí. Todos lo tienen ¿no?

—En los cajones no hay nada —dijo Ignacio dando por concluida aquella búsqueda infructuosa.

Ignacio examinó el mueble de arriba abajo ¡Maldita sea! Era un experto en maquinaria. Tenía que poder ser capaz de encontrar un compartimento secreto en un pequeño mueble para señoritas. Percatándose de pronto de que había un minúsculo listón de madera que sobresalía de una forma casi imperceptible, lo presionó y ¡voilà!, como solía decir Leonardo, se abrió al instante un compartimento escondido dejando a la vista una gran cantidad de papeles. Los esparció por el suelo y se arrodilló frente a ellos. Empezó a revolverlos hasta que dio con unos dibujos realizados a lápiz que lo dejaron pasmado. Porque era él. Dibujos de su rostro de frente, de perfil, de sus ojos, de sus manos. Trazos que destilaban delicadeza y... verdadero amor. Ella no mentía cuando decía que lo había amado siempre.

Recordó cómo tan solo dos días antes se había acurrucado junto a ella entre las sábanas de su cama, con el cuerpo saciado y la mente repleta de sensaciones nuevas, pensando que aquella sería la primera vez de muchas que disfrutaría de su piel, de su sabor y de su olor como nunca jamás se habría atrevido a soñar. Y ahora... Ahora no podía dejar de pensar que quizás había sido su primera vez... y la última. Notaba en el pecho un hierro al rojo vivo que lo atravesaba de parte a parte.

—Consuelo... ¿dónde estás? —murmuró con voz temblorosa acariciando los dibujos.

—¿Has encontrado algo? —La voz de Luis junto a él lo sobresaltó.

—A mí mismo —expresó con una sonrisa triste derramando una lágrima sobre el dibujo que sujetaba en las manos. Se secó las mejillas con la manga de la levita y levantó la vista hacia Luis—. Y tú, ¿has encontrado algo?

Luis negó con la cabeza.

—Luis, estoy muy asustado —reconoció con voz queda.

—Yo también.

—Me aterra la posibilidad de no volver a verla.

—Eso no va a pasar —dijo la voz de Leonardo desde la puerta.

—¡Leonardo! ¡Qué rápido has regresado! ¿Has averiguado algo? —preguntó Luis, ansioso.

—Varias cosas ¿Me acompañáis al salón o nos sentamos los tres en el suelo como cuando jugábamos a las tabas de niños?

Cuando estuvieron acomodados alrededor de una mesa, Leonardo les explicó lo que había conseguido averiguar.

—El caso es que he tenido una suerte inmensa. Cuando me dirigía a la Academia me he tropezado con uno de los antiguos compañeros de Consuelo. Lo conocí durante el tiempo en que yo la acompañaba a sus clases y, aunque no lo recordaba, él me ha reconocido a mí enseguida y se ha acercado a saludarme. Tomás, se llama, un joven muy simpático, y ha sido muy amable, creo que incluso le gusto un poco... Ya sabéis cómo son estos artistas...

—Leonardo, al grano —le cortó Ignacio con impaciencia.

—Sí, perdonad. Le he contado a Tomás que estaba muy preocupado porque mi amigo Ignacio había desaparecido y no lográbamos dar con él, que pensábamos que la última persona que lo vio fue un compañero de la Academia. Y me ha dado una magnífica noticia.

—¿Sabe quién es el pintor con el que se marchó mi hermana? —preguntó Luis.

Ignacio y él contuvieron el aliento.

—No, pero me ha dicho que la mayoría de los pintores afincados en Madrid coincidirán en una pequeña exposición que ha organizado el marqués de Samitier en su palacete del paseo de Recoletos, que será una muestra de varios artistas. He pensado que allí podríamos encontrar a ese hombre misterioso. El marqués de Samitier es amigo de la familia. Le escribiré hoy mismo para informarle de que estamos interesados en asistir a la exposición, argumentando que queremos adquirir algunos cuadros para la colección de Ignacio, y allí estaremos a primera hora de la mañana. Si nuestro saco de huesos se presenta a la cita, saltaremos sobre él y no le soltaremos hasta que nos revele el paradero de Consuelo.

—¿Y cuándo se celebra ese evento? —preguntó Luis.

—Dentro de tres días.

—¡Tres días! —exclamó Ignacio, incrédulo—. ¿Y se supone que vamos a estar tres días de brazos cruzados?

—¡Por supuesto que no! —se defendió Leonardo—. Seguiremos intentando encontrarla por nuestros medios, pero dado que no tenemos muchos indicios, me parece una empresa hartó complicada. Aun así... —dejó sus palabras en el aire con cierto misterio mientras sacaba un papel cuidadosamente doblado de su bolsillo—... he conseguido una lista de los estudiantes con los que coincidió nuestra Ignacia Martel durante su último año de estudio en la Academia de Bellas Artes, cuando recibió el título de académica de mérito —remató su frase con una sonrisa triunfal.

—No es momento para bromas —le reprendió Ignacio con una mirada dura.

—Lo siento —se disculpó el duque, avergonzado—. Ya sabéis que suelo hacer bromas cuando estoy nervioso. Y en estos momentos estoy que me subo por las paredes. Además de aterrorizado.

Al verbalizarlo, Leonardo sintió un escalofrío y consiguió que sus amigos se inquietaran aún más.

—¿Y cómo has conseguido esa lista? —preguntó Luis. Nunca dejaba de impresionarle la actitud resolutiva de su querido amigo de la infancia.

—Pues porque fui a hablar con el director de la Academia de Bellas Artes, le conté el grave asunto que tenemos entre manos, salvo el pequeño detalle de que su talentoso estudiante Ignacio Martel en realidad es una mujer, y se ofreció a darme ese listado para ayudarme.

—¿Te ofreció esa lista así, sin más?

—Sí, aunque, si te soy sincero, sospecho que al director de la Academia también le gusto un poquito... —opinó Leonardo, esta vez un poco azorado.

Ignacio soltó una carcajada que no sonó alegre en absoluto.

—Consuelo estaba en lo cierto cuando decía que gustabas tanto a hombres como a mujeres. En cierta época incluso yo estaba celoso pensando que ella solo tenía ojos para ti. No sé cómo he podido estar tan ciego.

—Yo tampoco veía las cosas con mucha más claridad que tú, lo reconozco —admitió Leonardo—. Creo que el simple hecho de que ella diera el nombre de Ignacio Martel sin pensarlo un segundo cuando se matriculó en la Academia debió haberme hecho sospechar.

Durante los días siguientes, Ignacio y Luis comprendieron que Leonardo tenía razón en cuanto a que encontrar a Consuelo sería complicado. No consiguieron avance alguno a pesar de visitar a cada uno de los pintores que estaban en aquella lista facilitada por el director de la Academia, recorrer barrios enteros a pie, entrevistarse con antiguos compañeros del falso Ignacio Martel y tener a todo un ejército de hombres de la confianza del auténtico Ignacio peinando la ciudad palmo a palmo. Daba la impresión de que a Consuelo se la había tragado la tierra.



Cuando llegó por fin el día de la exposición, los tres amigos tomaron la berlina del duque para dirigirse a la muestra que tendría lugar en el lujoso palacete del marqués de Samitier. Aunque iban los tres elegantemente vestidos, sus rostros desentonaban con su indumentaria, ya que reflejaban de forma palpable la ausencia de sueño de los últimos días.

—Tienes un aspecto horrible —fue lo primero que le dijo Ignacio a Luis nada más tomar asiento en la berlina.

—Eso es porque tú no te has mirado a un espejo —apuntó Leonardo—. Da la impresión de que acabaras de regresar de entre los muertos.

—Supongo que pensarán que anoche nos corrimos una buena juerga todos juntos, como de costumbre —dijo Ignacio—. Creo que no levantaremos ninguna sospecha —añadió con una mueca triste.

Lo cierto es que los tres estaban muy pálidos y bajo sus ojos se dibujaban unas ojeras

profundamente marcadas, pero sin duda las huellas del cansancio eran más patentes en Ignacio. Toda su energía nerviosa, que de manera habitual dirigía con acierto y eficiencia hacia los negocios, se había concentrado formando una espiral monstruosa de angustia alrededor de la desaparición de Consuelo. ¿Estaría realmente secuestrada? ¿Habría resultado herida o algo peor? ¿Y si, aunque estuviera ilesa, no la alimentaban como es debido? ¿Y si enfermaba a causa de su cautiverio? ¿Y si...? ¿Y si...? Su mente no descansaba, día y noche, barajando miles de posibilidades, excepto la de su muerte. Esa no podía permitírsela. Pero una idea se filtró en su cabeza la misma noche de su desaparición y ya no pudo sacársela de allí. ¿Y si estuviera... embarazada? No es que se le hubiera pasado por alto esa posibilidad en su momento, pero no le había dado mucha importancia a que Consuelo pudiera quedarse encinta como consecuencia de su encuentro amoroso porque habían decidido que se casarían en breve. O lo fingirían, al menos. Pero ahora, la sola posibilidad de que ella estuviera alejada de él durante meses y sola si, además, estaba encinta lo tenía entumecido y aterrado. Temía, ya no solo por su salud, sino también por su reputación. Por supuesto, le parecía inútil, además de una crueldad, compartir aquel motivo de congoja con sus amigos.

—Quiero que sepáis que si hoy no damos con ninguna pista sobre el paradero de Consuelo —intervino Luis—, acudiré a la policía a riesgo de que se acabe descubriendo que mi hermana se ocultaba bajo una identidad falsa para cursar esos estudios de pintura.

Leonardo, que era el que se mostraba más entero desde el día en que Consuelo había desaparecido, tomó la palabra.

—Apoyo plenamente esa idea, aunque espero que eso no sea necesario. Luis, presiento que estamos muy cerca de encontrar a tu hermana —manifestó, creyéndolo de veras.

Se inclinó hacia adelante en su asiento con aire conspirador, como si estuvieran planeando asaltar el Parlamento, para hacer partícipe al resto de lo que harían al llegar a su destino.

—En cuanto lleguemos a la exposición, nos dividiremos y pasaremos entre los asistentes, fingiendo que estamos interesados en adquirir algún cuadro mientras observamos a los pintores que acudan, en busca de nuestro hombre. Recordad: muy delgado, no demasiado alto y, según me comentó un compañero de Consuelo, tiene una cicatriz bastante llamativa en una de sus cejas. Si anda mal de dinero, llevará una vestimenta que dará muestras evidentes de ello: sucia o, al menos, desgastada. Mantened los ojos bien abiertos, ¿de acuerdo? También es importante no perder el contacto visual constante entre nosotros. Y ante cualquier sospecha, hacemos una señal al resto.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Luis.

—¿Qué os parece frotarnos la nuca con la palma de la mano y mirar al suelo? —sugirió Leonardo, sintiéndose un poco tonto en aquel juego de espías improvisado de manera torpe. Pensó con tristeza que el único de los tres que habría valido para ganarse la vida prestando sus servicios a la Corona por su sangre fría y su inteligencia habría sido Ignacio pero, en esos momentos, no daba un real porque fuera de alguna ayuda.

Cuando el carruaje cesó su movimiento los tres se miraron a los ojos con una tensión tan densa que se podría cortar con un cuchillo.

—¿Preparados? —preguntó Leonardo.

Intentaba aparentar serenidad y optimismo por sus amigos, pero lo cierto es que tuvo que disimular el ligero temblor de sus manos ocultándolas en los bolsillos de su levita.

La pregunta del duque fue seguida de un gesto afirmativo de los otros dos.

Si bien un lacayo los recibió al llegar, fue el mismísimo marqués de Samitier quien salió al vestíbulo a recibirles en persona. Además de haber tenido trato de amistad en el pasado con el

padre de Leonardo, la idea de que el duque de Almansa, Grande de España, le honrase con su presencia en una de sus exposiciones era un acontecimiento singular. El duque no era muy habitual en las reuniones que frecuentaban los aristócratas atraídos por los círculos artísticos y tampoco le movía un afán coleccionista. Aunque Leonardo apreciaba el arte de la pintura y admiraba a su amiga Consuelo por su trabajo, prefería infinitamente la música. Solo había acudido a aquellas convocatorias en contadas ocasiones, siempre acompañando a Consuelo, y tan solo una vez había adquirido una pintura siguiendo su consejo. Ese recuerdo hizo que un sudor frío le cubriera la cara, así que lo desechó con presteza. No se permitía ni tan siquiera barajar la posibilidad de no volver a verla, y esa ansia por encontrarla a cualquier precio fue lo que le hizo sacar fuerzas para esbozar una sonrisa destinada al anfitrión. Representó su papel como si le fuera la vida en ello y lo acompañó hasta la galería donde se habían dispuesto las obras de arte, seguido de cerca por Ignacio y Luis. Al entrar en la estancia, se respiraba, además del aire distinguido de un grupo selecto de aristócratas y burgueses aficionados a la pintura, el humo de los cigarros puros de los que ya se encontraban allí congregados y que había empezado a formar una espesa niebla a su alrededor.

A continuación, siguiendo el plan trazado por Leonardo, los tres se dispersaron por la sala. Leonardo y Luis estrechaban la mano de algunos conocidos mientras estudiaban con atención al resto de asistentes, pero los pintores con los que coincidieron no encajaban con la descripción que les había procurado el dueño de la tienda de material de pintura.

Ignacio, en cambio, y a pesar de todo, no pudo evitar alternar la vigilancia atenta de la sala con la inspección minuciosa de las obras que ocupaban las paredes de la galería y que se apretaban de forma abigarrada desde el suelo hasta el techo.

«Hermoso paisaje» —pensó el empresario cuando sus ojos se encontraron con el único de esa temática, la representación de un paraje boscoso—. «Quizá sería del agrado de Consuelo».

Cuando se dio cuenta de que le habían traicionado sus pensamientos y que estos habían volado, como de costumbre, hacia ella, sintió que se le humedecían los ojos y dejó escapar el aire entre dientes tratando de enmascarar su ansiedad. Se tomó un segundo para respirar y tranquilizarse. Cerró los ojos un instante y, cuando volvió a abrirlos, y recorrió con la vista todas esas pinturas, no pudo evitar volver a hacer conjeturas sobre cuál le gustaría más a ella. Al fin y al cabo, era lo que llevaba haciendo durante años. Pensó con tristeza que ni siquiera habían compartido el tiempo suficiente como para llegar a conocer sus gustos. Siguió especulando sobre si ella preferiría los temas mitológicos al resto, dado que en la exposición abundaban, y recordó aquella Dánae maravillosa que había resultado ser una delicia porque su piel era el vivo reflejo de la que pertenecía a la mujer que amaba. Los ojos comenzaron a escocerle y se reprendió a sí mismo. En ese estado no iba a resultar de ninguna ayuda a nadie.

Se giró y se topó con un cuadro de un tamaño considerable. Uno que representaba un tema mitológico que conocía de sobra: el de Apolo y Dafne. Le llamó la atención la flexibilidad del trazo con que estaba realizado el cuerpo de la joven y cómo contrastaba con otras partes de la obra. Daba la impresión de que estuviera realizada por dos manos diferentes. Dio un par de pasos hacia el lienzo. Y qué hermosa era esa Dafne a pesar de su expresión de angustia. Una Dafne de ojos verdes, como los de Consuelo; con la piel satinada y suave, como la suya; con el cabello castaño suelto sobre su espalda, también enormemente parecido al suyo. Ignacio tuvo que limpiarse una lágrima furtiva con disimulo. Si seguía así, acabaría por llamar la atención de los asistentes y podría arruinar el plan. Se acercó más al cuadro, considerando que estando de cara a la pared nadie podría reparar en su semblante desencajado. Y entonces, lo vio con claridad. Un objeto plateado a los pies de la figura de Apolo, que tenía una postura un tanto extraña, forzada.

Le dio la impresión de que la sangre se le helaba en las venas y creyó quedarse sin respiración. Se volvió al instante, buscando a Leonardo o a Luis entre la gente con la expresión de un loco, desesperado por encontrarlos. Sus ojos se cruzaron con los del duque y le hizo un gesto con la cabeza. Leonardo le dirigió una mirada inquisitiva. Entonces Ignacio recordó lo que habían acordado. Bajó la cabeza y se frotó la nuca tan vigorosamente como si hubiera recibido el picotazo de un ejército de tábanos. Leonardo se plantó a su lado en un abrir y cerrar de ojos, caminando entre los presentes sin perder ni un ápice de su prestancia. Ignacio, en cambio, lo tomó del brazo de forma brusca y lo arrastró con urgencia hasta un lugar apartado de la galería igual que si se acabara de desatar un incendio.

—¿Lo has visto? —susurró Leonardo con nerviosismo.

—Ese... ese cuadro —fue lo único que pudo farfullar Ignacio señalando aquel óleo sobre lienzo de temática mitológica.

—¡Por Dios, Ignacio! ¿Como puedes pensar en pintura ahora mismo? —preguntó molesto aunque haciendo un esfuerzo por no elevar la voz—. Céntrate. Consuelo es lo más importante ahora y me sorprende que no seas de la misma opinión.

Ignacio sintió como le invadía una oleada de indignación.

—¡Maldita sea, Leonardo! ¡Por una vez en tu vida, haz el favor de callarte! Y jamás te atrevas a dudar de mi amor por Consuelo. Me cambiaría ahora mismo por ella, esté donde esté, sin dudarle un segundo. Daría mi vida por ella ¿me oyes? Y ahora mismo estoy luchando por no derrumbarme delante de todos estos finolis que no tienen ni idea de pintura. Mientras que yo sí ¡Yo sí! —aquellas últimas dos palabras las dijo elevando la voz de manera considerable y zarandeando a su amigo por los hombros con los ojos desorbitados, lo que hizo que un puñado de esos finolis a los que se refería Ignacio se volvieran a mirarlos con extrañeza.

—De acuerdo, tienes grandes conocimientos de pintura, bien por ti —lo apaciguó Leonardo, propinándole pequeñas palmaditas en la espalda. Sin duda pensaba que el cansancio y la tensión acumulada habían provocado que su amigo perdiera definitivamente la cabeza.

—No lo entiendes. Me he parado unos instantes a observar las pinturas. Siempre que estoy frente a varios cuadros me pregunto cuál le gustaría más a Consuelo. No puedo evitarlo. Y luego, cuando creo adivinar cuál le agradaría más, hago una buena oferta para adquirirlo. Ahora, entre todos los que hay aquí, uno me ha llamado poderosamente la atención. La pincelada suave, la forma de difuminar los contornos, como la luz incidía en la piel de esa Dafne que tiene cierto parecido con Consuelo. Ese cuadro me ha llamado. ¿Lo entiendes, Leonardo? Me ha llamado y yo he respondido a esa llamada...

—De acuerdo... —A esas alturas, Leonardo ya estaba imaginándose a su amigo durante la próxima temporada vistiendo una camisa de fuerza en lugar del habitual traje de etiqueta.

—Y he visto algo... Algo fuera de lugar. —Ignacio le tiró de la manga—. Ven.

Le llevó delante del lienzo y señaló con disimulo un punto a los pies de Apolo.

—Ahí... ¿Lo ves? —susurró Ignacio como si fuera un secreto de Estado.

—¿Qué es eso? —murmuró Leonardo bajando también la voz, guiñando los ojos y acercándose al cuadro un paso más.

—Eso —dijo él introduciendo su mano por dentro de su camisa y dejando asomar el guardapelo que llevaba siempre al cuello— es esto.

Leonardo miró el guardapelo y luego el cuadro, y luego el guardapelo otra vez.

—Es el mismo. ¿Qué probabilidades hay de que...

—Ninguna —le interrumpió Ignacio, tajante—. La tapa de este colgante es un diseño único. Lo sé porque el dibujo que está grabado en él lo diseñé yo mismo.

Leonardo lo miró estupefacto.

—Consuelo no conocía la existencia de ese guardapelo hasta hace unos días. ¿Existe alguna posibilidad de que ese cuadro lo haya pintado la semana después de la boda en tu quinta de El Pardo? —preguntó Ignacio para descartar esa última opción.

—Hasta donde yo sé, los días posteriores a la boda Consuelo no ha pisado la habitación donde guarda sus lienzos ni una sola vez y ninguno de esos cuadros ha salido de allí. Yo soy el único que tiene la llave de ese almacén y en ningún momento me la pidió. Eso quiere decir...

—... que Consuelo se encuentra retenida en casa de este pintor y se le ha ocurrido que esta era una buena manera de revelarnos su situación y pedir auxilio.

—Esa es mi chica. Siempre he sabido que era muy lista —afirmó Leonardo con satisfacción.

—Solo que ahora es mi chica lista. —No había rastro de celos en la voz de Ignacio. De hecho, sus palabras reflejaban un orgullo mayor que el de su amigo—. Ahora solo nos queda encontrar al artista al que pertenece y, siguiéndole, encontraremos a Consuelo.

—Espera aquí.

Leonardo se alejó y con su embaucadora sonrisa pintada en la cara se dirigió al anfitrión. Al poco volvió junto a Ignacio acompañado del marqués.

—Aquí está —dijo Leonardo al llegar a su altura—. Como le decía, don Carlos, mi querido amigo de la infancia, Ignacio Martel, estaría encantado de poder incorporar esa obra a su magnífica colección.

—Tiene usted mala cara, señor Martel ¿Se encuentra bien? —preguntó el marqués con gesto preocupado al advertir la palidez de aquel hombre que tenía frente a él.

—Es que resulta que su madre ha fallecido recientemente —improvisó Leonardo simulando un gesto de tristeza que pasaba por muy cierto. Ignacio tuvo que contenerse para no darle un papirotazo—. Y la buena mujer era una ferviente admiradora de la mitología. Mi amigo no ha podido evitar emocionarse hasta tal punto que ha perdido el color.

En ese momento, Luis, que pasaba cerca y escuchó la conversación, se unió a ellos.

—No me lo puedo creer ¿De verdad estáis pensando en comprar un cuadro en un momento como este? —bisbiseó al oído de Leonardo, indignado a más no poder.

—Este cuadro es de vital importancia para Ignacio, Luis —dijo Leonardo volviéndose hacia él, abriendo tanto los ojos y levantando hasta tal punto las cejas que Luis supo de inmediato que allí había gato encerrado—. Le contaba a nuestro querido amigo el marqués el reciente fallecimiento de la madre de Ignacio y que era muy aficionada a la pintura.

—Oh sí, sí. Una desgracia terrible —dijo un compungido Luis en cuanto fue capaz de reaccionar. Sabía de sobra que la madre de Ignacio llevaba muerta ya muchos años. Aunque él carecía de las dotes interpretativas de Leonardo, el marqués no dio muestras de percatarse del engaño.

—Pues lo cierto es que es un cuadro muy solicitado —les informó el marqués—. Parece que la belleza de esa diosa...

—Ninfa —le corrigió Ignacio, molesto.

—¿Perdón?

—La joven, Dafne, es una ninfa —precisó.

Leonardo amonestó a Ignacio con la mirada. Ese no era el momento ni el lugar para tener una discusión sobre cuestiones mitológicas que, en la tesitura en la que se encontraban, no podían importar menos.

—Bueno, una diosa, una ninfa ¿qué más da? —dijo el marqués haciendo un aspaviento con

la mano—. Lo importante es que es una auténtica belleza ¿no creen? —dijo con una sonrisa que podría rivalizar con la de cualquier sátiro.

Estaba claro que, por su expresión, al marqués, como a muchos de los allí presentes, le seducían unos aspectos de las obras allí expuestas que poco o nada tenían que ver con cuestiones puramente artísticas.

—Por supuesto, don Carlos —intervino Leonardo, en un intento por dar coba a su anfitrión—. A muchos de los presentes nos entusiasmaría tener una hermosura igual esperándonos de esa guisa al llegar a casa —añadió dándole un pequeño codazo mientras juzgaba que aquel hombre era un degenerado, pues por edad la joven ninfa plasmada en el cuadro podría ser su nieta.

El marqués soltó una risotada muy poco refinada.

—Pues lo siento mucho por su amigo, don Leonardo, pero creo que ese cuadro ya ha sido adquirido por el conde de Vallecerrato. Parece que él también ha quedado arrobado por esa diosa en cuanto le ha puesto la vista encima. Pero hay una gran variedad de cuadros de la misma temática si es lo que le agrada a su amigo.

Ignacio se mordió la lengua pero su expresión dejaba traslucir el asco que sentía ante la actitud de ese viejo verde. Por fortuna, el marqués tenía la vista fija en Leonardo, que mantenía un semblante mucho más cordial.

—Pues el caso es que a mi amigo le ha gustado el estilo de este pintor concretamente ¿Cree que podría indicarnos quién es? Si nos brindara la oportunidad de hablar con él, tal vez el señor Martel podría encargarle una pintura similar, ya me entiende —dijo buscando su complicidad con un guiño.

—Estoy seguro de que algo se podrá hacer —dijo el marqués girándose para buscar a su sobrino, que era el hombre encargado de organizar la exposición—. Sígueme, caballeros.

Ignacio echó un último vistazo al cuadro antes de alejarse. Sentía un miedo irracional a separarse de aquella obra que contenía la única pista que podría conducirles hasta Consuelo.

—Te encontraré, Consuelo —murmuró para sí mismo—. Solo tienes que aguantar un poco más.



Finalmente, los tres amigos habían abandonado la exposición de pintura sin el cuadro, si bien Leonardo había adquirido otra de las obras para no levantar sospechas. No obstante, su excursión había sido provechosa, ya que habían conseguido averiguar el nombre del pintor además de su domicilio.

Al regresar a casa de Luis recibieron la noticia de que Eduardo había llegado por fin a Madrid para reunirse con ellos. Tras ponerle al corriente de la situación, se había mostrado más comedido de lo que era habitual en él para transmitirles calma, y su presencia había sido como un soplo de aire fresco, pues venía con energías renovadas y muchas ganas de ser de utilidad. Al día siguiente, muy temprano, se encontraban los cuatro dentro de un coche de caballos de alquiler. Leonardo había decidido no llevar su propio carruaje con el emblema ducal para desplazarse hasta aquella zona del sur madrileño, situada junto a los lavaderos del río Manzanares, puesto que provocaría suspicacias en una barriada tan pobre.

—Dejadme hablar a mí —les rogó Leonardo a sus amigos—. De hecho, creo que lo mejor será que me esperéis en el carruaje. Quizá ese hombre sospeche que tramamos algo si nos presentamos los cuatro en su puerta. Solo hace falta un caballero para encargar un cuadro ¿no os parece?

Todos estuvieron de acuerdo. Permanecieron esperando dentro del carruaje, a cierta distancia, mientras que Leonardo se encaminaba a la dirección que les había facilitado el marqués.

—¿Alcanzáis a oír algo? —les preguntó Luis cuando vio que alguien había abierto la puerta y mantenía una conversación con Leonardo. Ignacio y Eduardo negaron con la cabeza. Desde donde estaban, les pareció que se trataba de una mujer en avanzado estado de preñez. Al verla, Ignacio tragó saliva dolorosamente. La mujer pronto desapareció dentro de la casa y, al poco, apareció un hombre muy delgado con aspecto demacrado.

—Es él —susurró Ignacio en cuanto lo vio.

Sintió el impulso de saltar del coche y agarrar a aquel miserable del cuello hasta hacerlo confesar. No obstante, no le quedó otra que contenerse y resignarse a seguir esperando, observándolos con las cortinas echadas para no ser descubiertos, hasta que Leonardo regresó al coche.

—¿Y bien? —preguntó Luis, ansioso.

—Me he mostrado interesado en su arte de una forma tan convincente que ha accedido a llevarme esta misma tarde a su taller. Hemos quedado en reunirnos en la puerta de su casa a las cinco. Le recogeré en un coche y me conducirá hasta el taller, y allí me mostrará algunos cuadros. Para ponerle los dientes largos, le he hablado también de la posibilidad de encargarle un par de cuadros más después de esa visita. Solo nos queda esperar y acercarnos aquí de nuevo a la hora convenida. Si tiene retenida a Consuelo en su taller, en unas horas lo averiguaremos.

—¿Y cómo sabes que estará allí? —preguntó Eduardo.

—No lo sé con certeza, pero tiene sentido. Si lo que sospecha Ignacio es correcto, ese hombre tendría a Consuelo pintando para él contra su voluntad, ¿no, Ignacio?

—Ojalá tengas razón —dijo Luis albergando una mínima esperanza.

Ignacio permanecía tan silencioso que sus tres amigos se volvieron a mirarlo.

—Ignacio... —empezó a decir Eduardo.

—Eso creo, sí —respondió por fin, saliendo de su ensimismamiento—. Me pareció reconocer el estilo de Consuelo en la obra que ese hombre presentó a la exposición y además está la cuestión indiscutible del guardapelo. No tengo ninguna duda de que la tiene secuestrada y lo más probable es que esté retenida en su taller. Pero... si tú fueras ese pintor —comenzó a exponer Ignacio mirando a Leonardo con fijeza— y tuvieras encerrada a una mujer en tu lugar de trabajo, cuando fueras a llevar a alguien de visita a ver tus obras ¿qué harías con ella?

—La trasladaría a otra parte —respondió Leonardo de forma automática, entendiendo lo que Ignacio insinuaba—. Me la llevaría de allí antes de que pudieran descubrirla.

—Y si ese hombre tiene dos dedos de frente, supongo que eso es lo que hará.

—También podría ser que decidiese liberarla —apuntó Luis con optimismo.

—O algo peor —insinuó Eduardo, cuya sinceridad se impuso con contundencia.

—Eduardo podría tener razón, así que no podemos arriesgarnos —expuso Ignacio—. Propongo que nos quedemos vigilando la casa. Si ese tipo sale con la idea de ir al taller y mover a Consuelo de sitio, podría ser la única oportunidad que tengamos de atraparle in fraganti.

—Estoy de acuerdo —convino Eduardo haciendo chocar uno de sus puños en la palma de su otra mano—. Si vuestras sospechas son ciertas y ese hombre ha secuestrado a Consuelo, mis

puños van a ser los encargados de mantener una conversación muy explícita con su cara.

Eduardo observó al resto con detenimiento. Le daba la impresión de que estaban al límite de sus fuerzas y quería dejar patente que él tenía energía de sobra por los cuatro.

—Me alegro de estar aquí con vosotros. Tenéis aspecto de necesitar refuerzos. Pero de todos el que peor cara tiene eres tú, Ignacio. Podría dar la impresión de que han secuestrado a tu hermana y no a la de Luis.

—¿Eduardo no lo sabe? —preguntó entonces Leonardo.

—¿Saber qué?

Se miraron unos a otros durante unos segundos.

—Que Ignacio y Consuelo se han prometido en matrimonio —se decidió a decir Luis, haciendo un resumen bastante inexacto de aquel embrollo.

—¿Desde cuándo? —preguntó, atónito.

—Desde nuestra estancia en la quinta de Leonardo tras su boda —mintió Ignacio, que no estaba dispuesto a dar más detalles en esos momentos.

—¡La madre que os parió a los tres! —exclamó Eduardo—. Y yo pensando que Consuelo y tú os mirabais con malos ojos y resulta que...

—Los demás nos hemos quedado tan sorprendidos como tú —le dijo Luis.

—¿Y por qué carajo ninguno ha tenido el detalle de contármelo? —se quejó el vizconde.

—Hemos estado un poco ocupados —respondió Ignacio hoscamente.

—Bueno, pues en cuanto encontremos a Consuelo, tú y yo vamos a charlar largo y tendido mientras nos bebemos una botella entera de brandy.

—Ojalá —expresó Ignacio con un suspiro entrecortado.

—Te vas a quedar de piedra cuando escuches toda la historia —señaló Leonardo.

Se hizo otro silencio cuando volvieron a tomar conciencia de la complicada situación que tenían entre manos.

—¿Cuánto creéis que tardará ese tipo en ir en busca de mi hermana? —preguntó Luis echando un vistazo a la casa.

—No creo que tengamos que esperar mucho si nuestras conjeturas son ciertas —contestó Ignacio.

—Creo que lo mejor es que sigamos a ese hombre a pie. Si nos paseamos en coche podríamos despertar sus sospechas —expuso Eduardo.

—Tampoco podemos seguirle vestidos de esta forma. En esta parte de la ciudad destacamos como una amapola en un campo de trigo —añadió Luis.

—Yo me encargo de eso —dijo Ignacio, apeándose del vehículo de un salto.

Al rato, volvió con varias prendas de ropa de aspecto andrajoso que les entregó a Leonardo y a Luis.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Eduardo.

—No he encontrado ninguna prenda que pudiera servirte. Con esa envergadura... Tendrás que seguirnos unos pasos por detrás. Puedes quitarte la levita y la corbata e ir en mangas de camisa.

—¡Dios bendito! ¿Qué es ese olor? —exclamó Leonardo arrugando la nariz.

—Es lo único que he podido encontrar con tan poco tiempo. Se las he comprado en esta misma calle a un porquero y sus tres hijos que volvían del campo.

—Podrías haber seguido buscando un poco más —protestó el duque.

—No quería arriesgarme a que se nos escapara el pintor. Puede que sea nuestra única oportunidad de encontrar a Consuelo. Perdóneme su excelencia si su encargo no viene

directamente de París —le aguijoneó Ignacio, molesto.

—Venga, Leonardo, hagamos de tripas corazón —le pidió Luis, conteniendo la respiración.

—Creo que con este hedor lo que va a pasar es que voy a vomitar hasta las tripas —dijo Leonardo notando la primera arcada de muchas.

—Pues el esfuerzo merecerá la pena —le dijo Ignacio al advertir que el pintor acababa de abandonar su casa— porque ese gusano al que estoy deseando aplastar acaba de salir por la puerta.



Consuelo estaba sentada en el suelo del taller, con la espalda apoyada contra la pared, y cuando escuchó el sonido de la llave girar dentro de la cerradura, albergó la esperanza de ser liberada esa misma mañana. Ya se habían cumplido cuatro días desde que Beltrán la había encerrado allí. Uno más de los que le había exigido el pintor en un principio. Si había vendido la obra, quizá la dejaría libre. Rezó porque así fuera. Ni siquiera le dio a Beltrán la oportunidad de hablar. En cuanto entró lo abordó con una mirada suplicante.

—¿Ha vendido el cuadro? —preguntó ansiosa—. ¿Viene a liberarme?

—Lo he vendido, en efecto. Y a muy buen precio.

A Consuelo le extrañó que aquel hombre se mostrara mucho menos entusiasmado de lo que debería. Tuvo un mal presentimiento e, intranquila, le reclamó lo que le había prometido.

—Si sus intenciones eran honradas, entonces demuéstremelo devolviéndome la libertad.

—Ha llegado el momento de que le agradezca su ayuda y la deje marchar. Recoja sus cosas —le ordenó con un tono excesivamente frío.

A pesar de su desconfianza, Consuelo no lo dudó un segundo. Se dio media vuelta y empezó a reunir el poco material que le pertenecía con la intención de salir de allí cuanto antes.

Le sorprendió sentir sobre su nariz y su boca la presión de un trapo empapado en una sustancia que desprendía un olor dulce. Cuando entendió que algo iba mal, reaccionó forcejeando entre los brazos del pintor, que cada vez la sujetaban con más fuerza. Impotente, los pensamientos que la asaltaron empezaron a tomar forma de pesadilla y eso mismo hizo que se revolviera con más violencia hasta que logró zafarse y se alejó de él tambaleándose, sintiendo como si alguien estuviera sacudiendo el suelo bajo sus pies a cada paso que daba. A pesar de encontrarse mareada y algo desorientada, consiguió dirigir sus pasos hacia la puerta, y advirtió con angustia que no era capaz de mantener el equilibrio, hasta que finalmente trastabilló y cayó al suelo de rodillas.

En ese mismo momento, en el exterior, los cuatro amigos se debatían entre esperar o entrar en el taller por la fuerza. El miedo se reflejaba sobre todo en los rostros de Luis y de Ignacio, que caminaba de un lado a otro con nerviosismo, así que Leonardo y Eduardo se ofrecieron a adelantarse mientras los otros dos esperaban fuera.

Leonardo no dudó. Después de que Eduardo derribara la puerta de un soplo, entró con paso enérgico y se dio de bruces con la imagen de Consuelo levantándose del suelo, tratando a duras penas de mantener la verticalidad.

A Consuelo los efectos del éter le hicieron confundir a Leonardo con Ignacio. Se lanzó hacia él en una acción desesperada, cayendo literalmente en sus brazos, mientras Beltrán contemplaba impotente como la mole que era Eduardo se le echaba encima y le inmovilizaba contra el suelo sin apenas esfuerzo. Cuando Consuelo habló notaba la lengua pastosa.

—Ignacio, por fin has venido a r-rescatarme —articuló lo mejor que pudo, arrastrando de forma exagerada las palabras.

—¿Qué le ha hecho?! —le gritó Leonardo a aquel indeseable, furioso, al ver el estado de Consuelo—. ¿La ha emborrachado?!

—¡No! Yo solo pretendía dormirla para poder sacarla de aquí sin que sufriera ningún daño y sin que armase escándalo. Me dijeron que ese líquido no era peligroso y la dormiría al instante.

—Yo sí que te voy a dormir al instante —le dijo Eduardo amenazándole, paseando su enorme puño por delante de su cara. No pretendía pegarle, tan solo asustarle un poco, y lo había conseguido a juzgar por su semblante atemorizado.

Leonardo examinó a Consuelo de pies a cabeza para asegurarse de que no estaba herida. Parecía encontrarse bien, solo que se comportaba como si estuviera beoda. Cuando ella habló de nuevo, supo además que estaba bastante desorientada.

—Bésame, Ignacio. —Estaba claro que, en su situación, lo había confundido con Ignacio. Él le dio un beso en la frente con el fin de tranquilizarla.

—Pero ahí no —dijo ella lastimeramente e hizo un mohín—. Ahora que estamos solos, bésame en los labios. Y luego donde me besaste la última vez que estuvimos juntos en tu casa.

—¿Y dónde te besé entonces? Ya no me acuerdo —inquirió Leonardo con picardía, que no podía evitar que, ahora que la creía fuera de peligro, le hiciera gracia el estado desinhibido de su amiga.

—Aquí —dijo Consuelo señalándose torpemente uno de sus pechos— y aquí...

La mano de Ignacio apareció de la nada y sujetó con firmeza la de Consuelo antes de que se desplazara más abajo.

—Te parecerá bonito tomarle el pelo en el estado en el que se encuentra —reprendió a Leonardo muy serio.

—Eres un aguafiestas. Estaba siendo una conversación la mar de ilustrativa.

—¿Quién es el aguafiestas? —preguntó ella guiñando los ojos y tratando de enfocar la imagen de Ignacio sin conseguirlo.

—Es Leonardo —dijo el propio Leonardo, acrecentando la confusión de la pobre Consuelo.

—Pero Leonardo no es un aguafiestas. Tú sí que lo eres, Ignacio —dijo dándole a Leonardo unos golpecitos en el torso con el dedo índice—. He querido besarte durante años, pero tú no me hacías ningún caso.

—Mi amor, he sido un tonto durante mucho tiempo. —El Ignacio que estaba al otro lado de Consuelo lo miró con cara de pocos amigos—. Te prometo que te compensaré con creces —aseguró Leonardo, divertido—. Y mañana, cuando hayas descansado, te besaré donde tú quieras —dijo, y miró a Ignacio moviendo sus cejas arriba y abajo de forma insinuante.

—Te aconsejo que no hagas bromas a su costa o tú y yo tendremos un serio problema.

—No os peleéis. Os quiero a los dos. Pero... ¿por qué oléis tan mal? Apestáis como gorrinos.

—Sí, eso es cierto. Venga, vámonos de aquí. Estoy deseando darme un buen baño. O dos —reconoció Leonardo.

—Pero antes de irnos quiero hacer una última cosa —dijo Ignacio soltando a Consuelo y dirigiéndose al lugar donde Eduardo retenía al pintor.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Leonardo, temeroso al ver el gesto indignado de su amigo.

—Voy a partirle a esta escoria todos los dedos de ambas manos —informó a Leonardo con un tono glacial—. Va a pasar mucho tiempo hasta que puedas volver a pintar, si es que lo logras, desgraciado hijo de puta —dijo dirigiéndose a Beltrán con un tono asesino al tiempo que le agarraba por la muñeca de su mano derecha.

—¡No, Leonardo! ¡Detente! —Era Consuelo la que hablaba—. ¡No le hagas daño!

—¿Qué no le haga daño?! —preguntó Ignacio fuera de sí. No podía entender que Consuelo defendiera a aquel miserable después de lo que había hecho. Se volvió hacia ella—. ¡Maldita sea, Consuelo! ¡Este hombre te ha tenido secuestrada durante cuatro días! ¡Cuatro días! —En ese punto le tembló la voz—. ¡No se me habrían hecho más largos si hubieran sido cuatro años, por el amor de Dios!

Consuelo parpadeó. Poco a poco los efectos de la droga que había inhalado comenzaban a disiparse. Se volvió confundida a mirar a Leonardo, que hasta hacía unos segundos había tomado por Ignacio. Y luego miró al verdadero Ignacio. No daba crédito a lo que veían sus ojos, no por la confusión de uno y otro, sino porque Ignacio estaba allí de pie, con los puños apretados y las lágrimas corriéndole por la cara como un torrente. Sollozando como un niño. Al verlo en ese estado se le cayó el alma a los pies.

—Mi amor —le dijo ella dando unos pasos tambaleantes hacia él con ayuda de Leonardo y le tomó la cara con ambas manos—. Este hombre tiene familia, tres hijos pequeños y un cuarto en camino...

—Eso no es excusa para lo que ha hecho —masculló él, rabioso.

—No. No lo es. Pero su familia no tiene la culpa de que él sea una vergüenza para la profesión.

—Es una vergüenza para la sociedad.

Ella asintió, se acercó entonces a su oído y le susurró en voz baja:

—Ignacio, piensa que habrías hecho tú de estar en su lugar. De pensar que yo o alguno de nuestros hijos moriría de hambre si no consiguieras llevar dinero a casa.

Él enterró la cara en el cuello de Consuelo y sus lágrimas bañaron su piel.

—Cualquier cosa —respondió él con sinceridad, escupiendo aquellas dos palabras como si exhalara su último aliento.

—Cualquier cosa —repitió ella bajito, con una serenidad que hizo que Ignacio la abrazara con fuerza. No quería soltarla por nada del mundo.

Consuelo giró la cabeza en dirección al pintor, que seguía sometido por Eduardo.

—Suéltalo, Eduardo, por favor —le pidió.

—Gracias, señorita —jadeó el hombre, casi sin aliento, al verse libre.

—No me dé las gracias y no se confunda, Beltrán. Yo no soy su amiga ni mucho menos le he perdonado lo que ha hecho. Me estoy aguantando las ganas de abofetearlo y, por supuesto, no tengo ningún deseo de volver a verlo a usted en mi vida, ni siquiera de cruzármelo por la calle de forma accidental —le espetó con dureza—. No obstante, mi prometido va a encargarme cuatro paisajes, a razón de doscientos reales cada uno.

—¿Qué?! —exclamó Ignacio. Consideraba que era muchísimo más de lo que se merecía ese hombre.

Consuelo le lanzó una mirada suplicante.

—Es un buen pintor de paisajes —contestó ella como único argumento.

Y a Ignacio no le importaban sus razones. Haría cualquier cosa que ella le pidiera con los ojos cerrados. Aun así, había una cuestión por la que no pensaba pasar:

—No pienso colgar en las paredes de nuestra casa un solo cuadro de este hombre.

—Se los regalaremos a Eduardo. Eduardo, tú eres un gran amante de la naturaleza ¿a qué sí?

—Sí, pero...

—Pues solucionado. Pinte usted cuatro paisajes inspirándose en la Sierra de Guadarrama —le ordenó al pintor—. Quedarán perfectos decorando la quinta que tienes arrendada de camino a Segovia —le comentó a Eduardo.

Eduardo se encogió de hombros y soltó a aquel hombrecillo patético. En cierto modo, se sintió aliviado. Aunque tenía fama de pendenciero no le agradaba tener que golpear a ningún ser vivo a no ser que fuera estrictamente necesario.

—Y, una vez haya terminado el encargo por el que recibirá una cuantiosa suma que no se merece, —continuó Consuelo— reunirá a su familia y todas sus pertenencias y abandonará la ciudad. No quiero volver a verlo en mi vida.

—¿Y dónde iré? —preguntó Beltrán con congoja.

—Ese ya no es mi problema —contestó ella secamente—. Y ahora, apártese de mi vista.

En cuanto Beltrán salió por la puerta, Consuelo suspiró con un alivio infinito y, enlazada con Ignacio, sintió en ese momento como los brazos de su hermano también la rodeaban, pero apretando al mismo tiempo a su amigo. A su vez, Ignacio, que en ningún momento había soltado a Consuelo, advirtió que alguien le abarcaba por la espalda. Era Leonardo. Y así, permanecieron abrazados los cuatro, en silencio, profundamente emocionados.

—Eduardo, ¿no te unes a nosotros? —le invitó Leonardo.

—Mejor no —respondió el vizconde, ya que le incomodaban sobremanera las muestras de afecto.

Al mirarlos a los cuatro, allí abrazados, formando una suerte de piña, Eduardo a punto estuvo de poner los ojos en blanco, y, sin embargo, le conmovió aquella imagen tan enternecedora. Se reprendió a sí mismo por tener la sensación de que se estaba volviendo un blando. No duró mucho, porque Consuelo interrumpió ese momento entrañable con una queja:

—Vosotros tres no sois conscientes de lo terriblemente mal que oléis ¿verdad?



Transcurrida una semana, siguiendo el plan establecido, Ignacio y Consuelo partieron hacia París. Por el momento, no había una verdadera boda que celebrar, puesto que los abogados de Ignacio seguían trabajando en su caso y parecía que aquel proceso llevaría su tiempo.

No obstante, Ignacio estaba decidido a ofrecerle a Consuelo lo que ella le había pedido desde un principio. Una espléndida boda falsa. Y aunque habían acordado viajar a París en primer lugar y más adelante comprar unas alianzas allí, Ignacio había resuelto finalmente encargar dos anillos antes de emprender el viaje y así sorprender a Consuelo.

Una vez en la capital francesa, antes incluso de pasar por la habitación del hotel, no le costó en absoluto convencerla de que, en primer lugar, fueran a visitar el Museo del Louvre. Una vez dentro, la condujo hasta la sala donde se encontraban las esculturas clásicas. Allí se entretuvo fingiendo que contemplaba con calma una u otra escultura, mientras observaba a Consuelo de soslayo, y esperó hasta que la sala donde se encontraban se hubiera vaciado completamente de

gente. Y en aquel espacio del museo, con los dioses del antiguo panteón griego y romano como únicos testigos, y más nervioso de lo que recordaba haber estado nunca en su vida, sacó las alianzas del bolsillo de su levita con dedos temblorosos.

—Tengo un regalo para ti —anunció.

—¿Un regalo? —preguntó ella asombrada.

Ignacio todavía no se había acostumbrado a esa sensación tan fascinante. A cómo brillaban sus ojos cuando él la sorprendía haciendo algo que ella no se esperaba. La contempló maravillado mientras abría el pequeño estuche que le ofrecía, donde descansaba su anillo. Era una pieza en oro rosa con pequeños diamantes alrededor de una hermosa piedra central de color azul en talla baguette.

—Es precioso —murmuró maravillada.

—Luis me acompañó a elegirlo —reconoció Ignacio—. Hubo algunos que me gustaron más, pero él insistió en que el anillo que escogiera debía tener en el centro esta piedra en concreto. Me pidió que te dijera que estabas equivocada, que tú creías que tu piedra favorita era el zafiro, pero que, en realidad, tu color preferido se asemeja más al del topacio azul.

Consuelo contempló el anillo y enseguida miró a Ignacio a los ojos y sonrió. Descubrió que aquel tono de azul que tenían en común le producía en ambos casos la misma sensación: la que sospechaba que debía sentirse al asomarse a las aguas cristalinas del océano.

—Es perfecto.

—Lleva una inscripción —le indicó él con timidez.

Consuelo le dio la vuelta y escudriñó el interior para leerla.

—*Si uis amari, ama* —leyó en voz alta—. Siempre fui una pésima estudiante de latín —reconoció con una mueca de disculpa.

—Quiere decir: «Si quieres ser amado, ama».

No hizo falta más para que a ella le centellearan los ojos por la emoción.

—Y el mío lleva la misma inscripción... —dijo mostrándole su alianza. Un sello rematado con el mismo tipo de piedra.

—Dos topacios azules —murmuró ella sonriendo al ver los dos anillos juntos, pensando que su hermano tenía un admirable sentido del humor.

—... y he pensado que estos podrían ser nuestros anillos de boda... Si tú quieres —propuso, inseguro—. También se me había ocurrido que, dado que no podemos casarnos en una iglesia, este lugar, que en cierto modo es un templo dedicado a las musas podría ser en el que tú y yo nos jurásemos amor eterno. En un santuario diferente y bendecidos por otros dioses —explicó señalando a su alrededor.

—Yo no habría elegido un lugar mejor —convino ella tomándolo de la mano.

Así, rodeados de las figuras de Apolo y Hermes y bajo la atenta mirada de la hermosa Venus de Milo, diosa del amor y la belleza, juraron de forma sencilla amarse y respetarse e intercambiaron los anillos, sellando su promesa con un beso tan fugaz por temor a ser amonestados que apenas fue un beso.

De este modo, sus primeros momentos de «recién casados» los vivieron paseando del brazo recorriendo las calles de la ciudad de las luces. Cuando comenzó a llover, interrumpieron su paseo para dirigirse de vuelta a la *Rue Rivoli*, donde disfrutaron de una cena en el hotel *Le Meurice*, en el comedor de la suite donde se alojaban, con unas preciosas vistas a la ciudad. Leonardo, enterado de los planes de Ignacio, había escrito una misiva al hotel con instrucciones para que dispusieran en la mejor suite una cena especial para los recién casados como regalo de bodas, con unos platos exquisitos regados con el mejor champán francés.

Cuando terminaron de cenar, se retiraron, un tanto achispados, al dormitorio.

—Este lugar es precioso —dijo Consuelo mirando a su alrededor.

Nunca había estado en un hotel y nunca imaginó que pudieran ser tan lujosos. Le sorprendió que la suite tuviera un baño propio, un salón y un comedor y hasta una pequeña biblioteca. Todas las estancias estaban decoradas con muebles finos, espejos, porcelana y obras de arte, de forma que no tenían nada que envidiar a ningún palacete que conociera.

—Debe de costar una auténtica fortuna alojarse aquí —añadió con la vista fija en una hermosísima araña de cristal coloreado de Clichy.

—Ni un solo real despilfarrado en mi esposa es un real mal invertido —dijo él robándole un beso.

Oír de sus labios la palabra «esposa» hizo sonreír a Consuelo.

—¡Desde aquí se ve el Louvre! —exclamó emocionada cuando se acercó a una de las ventanas—. ¿Sabes que a partir de hoy pasará a ser mi museo favorito?

—El mío también —reconoció él—, aunque alguien pueda tildarme de traidor a la patria por preferirlo a cualquier museo español. Pero ¡quién iba a decirme a mí que me casaría en Francia!

—Por segunda vez... —apuntó Consuelo.

—La primera no cuenta —replicó él con una mueca de disgusto—. Fue como uno de esos dibujos preparatorios fallido que los pintores desecháis y que acaba siendo pasto de las llamas.

—Al menos los anillos no son franceses —señaló Consuelo al reparar en la alianza en su dedo anular—. Lo que me recuerda... que yo también tengo un regalo para ti —anunció—. Y también es un poco francés, pero tendrás que esperar sentado en la cama.

Ignacio tomó asiento sobre el lecho, dándole tiempo. No sabía muy bien por qué, pero se encontraba muy nervioso. Y sus nervios no hicieron más que acrecentarse ante la tardanza de Consuelo, que había desaparecido tras el biombo que había en la habitación. Sonrió pensando que aquello de ocultarse tras un biombo se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Pero ¿qué estás haciendo ahí detrás? —preguntó pasado un rato—. Estás tardando demasiado y seguro que no me importará lo que lleses puesto...

—Ten un poco de paciencia. Ya casi estoy —dijo Consuelo desde el otro lado.

—Es que me parece que será una pérdida de tiempo. No sé si sabes que me importa un rábano lo bonito o feo que sea ese camisón. No creo que lo tengas puesto ni tres segundos —le dijo él con impaciencia.

—Ya estoy terminando. Verás como habrá valido la pena esperar —le aseguró ella.

Instantes después, Consuelo hizo su aparición triunfal en la habitación, vestida con el disfraz y la máscara de diablesa que había llevado la noche del Carnaval.

—¡Querido señor Martel! —dijo ella con acento francés—. Es un placer volver a verle. No sabe cómo me alegro de que me haya seguido la pista hasta París.

—¡Virgen santa!, creo que he bebido demasiado champán y ahora mismo estoy teniendo una alucinación —dijo riendo a carcajadas—. ¿Qué haces vestida así?

—Desde la noche de Carnaval no he dejado de preguntarme qué habrías hecho si no me hubieras desenmascarado —respondió ella dirigiendo sus pasos hacia la pared y apoyando su espalda contra ella.

Le lanzó desde allí una mirada que era mucho más que una invitación.

—Yo también me lo pregunto —dijo levantándose de la cama de un brinco.

La observó con tanta intensidad que Consuelo tuvo que hacer un esfuerzo para no desviar la vista a un lado. Se obligó a seguir mirándolo a los ojos.

—Intentaré hacer memoria... aunque hace ya tanto tiempo que no me acuerdo muy bien... Recuerdo que primero la besé en los labios, señorita...

—Señorita... *Perverse* —se le ocurrió a ella con una risita, siguiéndole el juego antes de que él se apoderara de su boca con un beso apasionado.

—Ha mejorado usted mucho desde aquella noche.

—He tenido un buen maestro —reconoció ella reprimiendo las ganas de reír.

—Luego creo recordar que la besé aquí —dijo deslizando sus labios de forma traviesa por el borde del escote del vestido— y creo que mis manos estaban más o menos... aquí.

Él la acarició bajo la falda y sonrió.

—Veo que esta noche no ha olvidado usted la ropa interior.

—Quería que cada detalle fuera igual que en esa fiesta —se explicó ella, ya sin acento francés—. Y ¿qué habrías hecho a continuación si no me hubieras descubierto?

—Me parece que el siguiente paso habría sido... —dijo retrocediendo para observarla mejor—. Este —expuso al tiempo que bajaba de un tirón el pronunciado escote del vestido, dejando sus pechos al descubierto.

Consuelo gritó por la sorpresa.

—¿De veras te habrías atrevido a dejarme medio desnuda en un salón donde cualquiera podría habernos interrumpido? —preguntó ella riendo—. Eres un descarado. ¿Qué habrían pensado si nos hubieran descubierto?

—Que tienes los pechos más hermosos que existen sobre la faz de la tierra —le dijo mientras los besaba reverentemente y a continuación la miró muy serio—. Y con respecto a eso, tienes que aclararme una duda que me intriga.

—¿Cuál?

—¿Dónde escondías todo esto? —preguntó haciendo un gesto hacia sus senos—. Nunca imaginé que tuvieras unos pechos tan... generosos.

—Llevaba el pecho fajado —confesó.

—¿Siempre? —preguntó él con asombro.

—Siempre.

—¿Por qué razón?

—La respuesta es evidente cuando me hacía pasar por un chico.

—Pero... ¿Y cuándo eras tú misma?

—Cuando era Consuelo, no quería atraer la atención de ningún joven y pensé que además de unos vestidos espantosos, unos peinados muy poco favorecedores y mis antiestéticas lentes, unos pechos pequeños harían que el conjunto fuese muy poco tentador.

—¿Y por qué no querías destacar?

—Porque no quería tener que renunciar a pintar. Y sabía que eso pasaría en el mismo momento en que me casase. El papel de esposa y madre no casa muy bien con el de artista —expresó haciendo una mueca de disgusto—. Y, de todas formas, tampoco hubiera querido llamar la atención de ningún caballero porque solo estaba interesada en uno —reconoció encogiéndose de hombros.

—Seguro que ese caballero era un imbécil —murmuró él con cierta tristeza—. Un palurdo irritante que no te tenía en cuenta como te merecías.

—Eso he oído, sí —dijo ella sonriendo, acariciándole el cabello—. Pese a todo, yo no quería a ningún otro. Así que me esforcé por parecer gris a ojos de los hombres aunque, desafortunadamente, eso también te incluyese a ti.

—Pues quiero que sepas que aun así yo te veía. Con cada uno de tus colores —dijo dándole

un pequeño beso—. Pero sería un hipócrita si no reconociera que te prefiero así. Y, para que quede claro, jamás te pediría que renunciaras a un sueño que te ha costado tanto trabajo conseguir.

—De eso estoy segura.

La recorrió de arriba abajo con la mirada pero su expresión había cambiado. Ahora no tenía ese aire de depredador con ojos hambrientos y anhelantes, sino que se podía adivinar ternura en ellos.

—¿Ha sido muy cansado para ti fingir todo este tiempo? ¿Aparentar lo que no eras? —le preguntó acariciando su mejilla con suavidad.

—No demasiado. Quizás porque ha merecido la pena el esfuerzo. ¿Y para ti?

—¿Para mí? —inquirió él, confundido.

—También puede haber sido cansado para ti aparentar lo que no eres.

—No te comprendo.

—Lo que quiero decir es que en realidad no eres frío, ni distante, ni insensible, ni cruel...

—¡Dios mío! ¿Todo eso creías que era?

—Eso me parecía en algunos momentos, sí. Pero está claro que estaba equivocada. Ahora sé que eres dulce y cálido, y sensible, y amable.

—¿Eso soy? —preguntó él con los ojos llenos de emoción.

—Eso eres.

Él le rozó los labios suavemente antes de decir:

—Bueno, mi querida y desconocida señorita francesa, volvamos a lo que nos ocupaba. Contemplar sus fascinantes encantos es lo primero que habría hecho en ese saloncito aquella noche, pero ni mucho menos habría terminado con usted —se interrumpió para mordisquearla en el cuello—. En la fiesta pretendía que disfrutara usted de una larga lista de experiencias interesantes. Una lástima que se marchara con tanta prisa.

—¿Y no tenía pensado hablarme de máquinas esa noche señor Martel?

—¿De máquinas? —preguntó él riendo desconcertado.

—Sí. Cuénteme ahora cosas del ferrocarril, señor Martel. Hábleme sobre la fricción entre las ruedas motrices y el riel de hierro... —le susurró al oído.

—Suenan muy sugerente dicho por ti —reconoció—. Pero se está olvidando de interpretar su papel, señorita *Perverse* —añadió sonriendo.

—No quiero ser francesa esta noche, si te parece bien —dijo ella despojándose del antifaz—. Quiero saber qué es lo que me habrías hecho a mí, a Consuelo de Maldonado, si hubieras sabido que era yo la que se escondía bajo el disfraz.

—Creo que habría salido corriendo, aterrado.

—¿Aterrado? ¿Por qué?

—Porque en aquel momento todavía no había tenido tiempo de asimilar muchas cuestiones importantes acerca de nuestra relación.

—¿Cómo cuáles?

—¿Sabes que eres muy preguntona?

—Soy muchas cosas —respondió ella de forma juguetona.

—No. No eres muchas cosas, Consuelo. Eres todas las cosas —se interrumpió, haciendo una pausa—. Ahora sí que estoy seguro de que he bebido demasiado. Estoy diciendo idioteces...

—No son idioteces. Sigue... ¿Qué es lo que ibas a decir?

Él la miró fijamente.

—Iba a decir que eres... la fuerza que hace girar mi mundo y la única que puede lograr que

se tambalee con solo un pestañeo. Y ahora tienes mi corazón en tus manos. ¿Eres consciente de que hoy te lo he confiado durante el resto de mis días?

—Es una enorme responsabilidad —admitió ella tragando saliva.

—Lo sé. Pero que sea una responsabilidad compartida la hace más llevadera ¿no crees? Tu cuidarás de mi corazón y yo cuidaré del tuyo. Y algún día... cuidaremos de un tercero, un cuarto, un quinto, un sexto...

—Espera. Para, para, para... —le interrumpió ella riendo con nerviosismo—. Eso sí que sería una enorme responsabilidad.

—¿No... no deseas tener hijos? —preguntó él con la desilusión pintada en el rostro.

—Pues claro que sí, pero no demasiados. Quizá dos.

—Cinco.

—Está bien, dejémoslo en tres.

—Cuatro.

—Tres. Es mi última oferta —dijo ella muy seria.

—¡Dios mío, me he casado con la horma de mi zapato! Sospecho que serías un lince para los negocios.

—Ya sabía yo desde niña que eras mi alma gemela —dijo ella riendo y luego lo miró amorosamente—. Y... ¿sabes una cosa? Aunque jamás me había planteado si deseaba o no ser madre hasta este mismo momento, sí que sé que deseo tener hijos contigo, porque quiero comprobar lo que resulta de una mezcla de esto tan maravilloso que somos tú y yo juntos.

—Pues si vamos a tener esos tres que me has prometido, será mejor que nos pongamos manos a la obra ahora mismo.

—Está bien. Pero antes de que yo cumpla mi promesa creo que debería cumplir usted la que me hizo la última vez que nos vimos —dijo regresando al acento galo. El resultado fue bastante mediocre teniendo en cuenta la combinación del champán con el esfuerzo que le costaba aguantarse las ganas de reír.

—Dígame cual fue. La verdad es que no lo recuerdo —dijo él haciéndose el olvidadizo.

—Me dijo que me haría gritar, ¿ya lo ha olvidado?

—Pues considero que nuestra noche de bodas es un buen momento para cumplir esa promesa.

La cogió por la cintura y la hizo dar media vuelta de manera que quedó de cara a la pared.

—¿Va a hacerme gritar, señor Martel? —le preguntó ella, apoyando las palmas en el papel pintado y volviendo la cara hacia él.

Ignacio la cogió por la cadera y, pegando su cuerpo al suyo, le susurró al oído:

—Hasta la afonía.

Algo más de una hora después, tumbada en la cama, Consuelo descansaba boca abajo e Ignacio dibujaba formas en su espalda mientras hablaban.

—¿Sabes? Creo que serías un buen pintor. Paciente. Delicado. Concienzudo.

Sus palabras se vieron interrumpidas por una carcajada de Ignacio.

—Me conformo con ser un mero espectador.

Luego hubo un largo silencio y cuando ella volvió la cabeza para mirarle, comprobó que la contemplaba con una expresión soñadora.

—¿En qué piensas?

—Pensaba en que nunca habría imaginado que acabaría en la cama con mi dulce Caperucita del Carnaval.

—¡No se te ocurra llamarme Caperucita! —protestó ella, ofendida.

—¿Por qué no?

—Porque cuando Luis y yo éramos pequeños y nuestra niñera nos contaba ese cuento, yo siempre me molestaba con Caperucita porque me daba la impresión de que era una niña muy tonta.

—Pues yo no lo veo así. Desde mi punto de vista, la Caperucita del cuento es valiente, asume riesgos y no sigue el camino preestablecido. Como tú.

—Pero su historia acaba muy mal —se lamentó Consuelo.

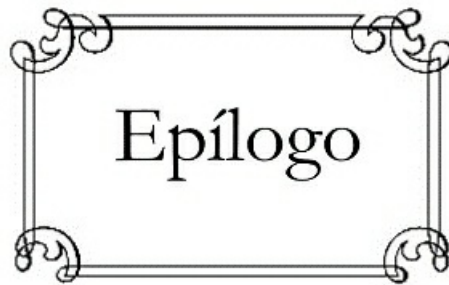
—¿Sí? —dijo él con una sonrisa pícara.

—Claro que sí. Tú mismo lo dijiste. Se la come el lobo.

—Hay otra versión del cuento —explicó Ignacio—. Una en la que un leñador oye los gritos de Caperucita, acude en su auxilio y la salva. Pero siempre me ha gustado más la versión original, en la que el lobo la acaba devorando.

—Pero ¿por qué?

—Porque, mi vida —dijo él, e hizo una pausa para morder la curva de su cadera de una forma tan sensual que a ella la recorrió un escalofrío de la cabeza a los pies—, sencillamente, no se me podría ocurrir un final mejor.

A decorative rectangular frame with ornate, symmetrical scrollwork at each corner. Inside the frame, the word "Epílogo" is written in a large, elegant, black serif font, centered horizontally and vertically.

Epílogo

—Ignacio, cuando volvamos a Madrid ¿Alguna vez me dejarás pintarte? —le preguntó Consuelo, dejándose caer a su lado en la cama.

Después de pasar más de un mes en París y Florencia, habían decidido viajar hasta Roma para prolongar un poco más su luna de miel, y luego Ignacio quería llegar hasta la costa para que Consuelo viera el mar por primera vez. Llevaban el día entero recorriendo la ciudad y, en ese momento, de vuelta en el hotel, estaban exhaustos.

—Si no recuerdo mal, ya me has pintado muchas veces —le recordó Ignacio pensando en los dibujos que había hecho de él a escondidas.

—Pero esos dibujos los hice de memoria. Lo que quiero es que poses para mí —le explicó ella y después de una pausa aclaró—: Desnudo. Como un héroe clásico, quizás en la postura de ese *Gálata moribundo* tan magnífico que hemos visto hoy.

—Ah, no, no, no. Ni hablar —se negó él mientras la acercaba hacia él y le daba un suave beso en el pelo.

—¿No quieres pasar a la posteridad? ¿Convertirte en una obra de arte? —bromeó Consuelo.

—Ya tengo suficientes obras de arte y, además, estoy más que satisfecho con mi última adquisición —afirmó acariciando su sien con la nariz—. La mejor de mi colección. ¿Sabes? No me canso de mirarla y la prefiero a todas las demás.

—¡Ah! ¿Eso piensas? ¿Qué soy una obra de arte?

—Pensándolo bien, no.

—¿Por qué no? —preguntó ella alzando la vista hacia él y arrugando el ceño.

Ignacio besó aquel pliegue entre sus cejas hasta que ella sonrió.

—Por la sencilla razón de que toda obra de arte tiene un precio.

—No estoy de acuerdo.

—Absolutamente todas, créeme. Pero tú no.

—Pero, si pudieras ponerme un precio, como a uno de tus cuadros, ¿en cuánto me tasarías? —preguntó incorporándose un poco sobre el colchón y contoneándose de forma coqueta.

—Ascenderías a... toda mi fortuna —dijo él sonriendo y contemplándola embobado—. Y es un precio que pagaría sin dudar.

—¿Estás diciendo que renunciarías a todo lo que tienes por mí? —Él asintió—. Embustero... Y ahora me asegurarás que también renunciarías a todo lo que eres.

—Eso es imposible. Aunque quisiera no podría. No soy dueño de todo lo que soy.

—No me digas que para conseguir tu patrimonio te has visto obligado a vender tu alma al diablo.

Él se echó a reír por la ocurrencia mientras negaba con la cabeza.

—Todo lo que soy es propiedad de una sola persona. Y la tengo justo delante de mí.

—¿Eres de mi propiedad? ¿Puedo hacer contigo lo que quiera? —preguntó ella de forma

traviesa deslizando su dedo índice por su camisa entreabierta.

Era evidente que ese juego la divertía. Y él estaba encantado de hacerla reír. De contemplar en sus ojos el barniz inconfundible de la felicidad.

—Haz la prueba. Dame una orden.

—Muy bien —dijo ella mimosa, inclinándose sobre él—. Bésame, Ignacio Martel.

Justo antes de que sus labios se tocaran les interrumpieron unos golpes suaves en la puerta. Ignacio masculló una maldición y bajó de la cama dando un salto, con la intención de poner fin a aquella interrupción con celeridad, para volver junto a su esposa cuanto antes.

—No te muevas de donde estás —le ordenó tras propinarle una palmadita en el trasero.

—No pienso ir a ninguna parte sin mi marido —le contestó Consuelo con un guiño pícaro.

Un minuto después, Ignacio entró de nuevo en la habitación rompiendo el lacre de una carta. Leyó su contenido en silencio y se quedó mirando el mensaje, atónito.

—¿Qué sucede? ¿Son malas noticias? —preguntó ella al ver su semblante.

Él seguía contemplando la misiva con una expresión de estupefacción y acto seguido soltó una risotada.

—Según para quién —dijo él riendo aún más—. Cariño, debemos regresar a Madrid cuanto antes.

—¿Tan pronto? Pero si habíamos hablado de pasar una semana más en Roma y me habías prometido que también nos acercaríamos hasta la costa, para ver el mar —protestó ella—. ¿Tenemos que volver por una cuestión de negocios?

—Pues no tengo muy claro si se debe a una transacción puramente económica o existe una cuestión amorosa de por medio.

—Me estás poniendo nerviosa con tanto misterio —señaló ella levantándose de la cama—. Y, además, no entiendo nada de lo que dices. ¿Qué es lo que pasa?

—Lo que pasa, mi vida —dijo agitando en el aire la carta que sostenía— es que dentro de veintiún días tú y yo debemos acudir a una boda sin falta.

AGRADECIMIENTOS

¿Por dónde empieza una cuando no sabe ni por dónde empezar? Supongo que podría resumir estos agradecimientos en dos preguntas con sus correspondientes respuestas, que serían:

¿A quién? A todos.

¿Por qué? Por todo.

Sin embargo, supongo que esperaréis algo más elaborado por mi parte dado que me dedico a escribir, ¿no? Pues vamos allá.

En primer lugar, me gustaría agradecer a todos esos lectores que le dieron una oportunidad a mi primera novela, invirtieron su dinero y, lo más importante, su tiempo, en leerme. Vuestros comentarios positivos me han animado a seguir escribiendo y a publicar esta segunda. No os podéis imaginar la ilusión que le hace a una que alguien te pregunte, incluso varias veces, cuándo vas a publicar tu siguiente novela. Escribir es un proceso largo y complejo y vuestras palabras de aliento suponen un impulso enorme hacia adelante, así que gracias, gracias, gracias.

En lo que se refiere a agradecimientos más concretos, comenzaré por la persona que está, sin ninguna duda, en el top del top. Esa es mi madre. Y no solo por ser esa mujer que me parió y que está ahí para todo, siempre; sino porque ella, no siendo una persona muy lectora, es la primera que ha devorado mis dos novelas, así que gracias por el esfuerzo, mamá. Espero que pueda darte a leer muchas, muchas más y que las sigas disfrutando.

Una mención especial a Darío, al que (con quince añitos) se le ocurrió la que seguramente sea la frase más bonita de la novela. Ese «No podría amar a nadie más» que le dice Ignacio a Consuelo es tuyo y no podía atribuirme el mérito. Eres un romántico camuflado. Gracias, cariño.

A mis lectoras cero, que en realidad podría calificar como mis lectoras diez.

A Elena, sí tú, la de las llaves, y tus «opiniones subjetivas y puntillosas» (tus palabras, no las mías). Por leer mi novela una vez y luego secuestrarla para leerla una segunda porque querías analizarla más a fondo. Gracias por escribirme un montón de notas con tu preciosa letra para mejorar la historia de Ignacio y Consuelo. ¡Ah!, y mil gracias por encontrar ese fallo de racord en el que Consuelo, vestida de hombre, se sacude las manos en ¿la falda? En fin...

A Beatriz, por hacerle un hueco a mis chicos entre todos sus libros de la biblioteca y leerme en tiempo récord. Me has dado una alegría muy grande al decirme que esta segunda te gustó más que la primera. Leonardo y Amelia no te lo perdonan, pero yo sí. Muchas gracias, chinita.

Y, *last but not least*, a Helen. Mi Helen, con el permiso del resto del mundo. Por sacar tiempo de debajo de las piedras justo en un momento de mucho trabajo para leerme y sacarle los colores a mi manuscrito. Mis novelas brillan más cuando las tocas con tu varita mágica en forma de subrayador amarillo y mi vida también es infinitamente mejor contigo en ella. No cambies nunca. Tenía que dejarlo por escrito, nena.

También se merece una medalla de oro (o dos) ese señor que está siempre a mi vera. Ese Peter que, a pesar de permanecer en las sombras, da un paso adelante cada vez que le pregunto: «¿Tú sabes cómo...?» o «¿Me puedes ayudar a...?». Tu paciencia se merece un monumento, pero en mi defensa diré que lo mío no es la informática y, desgraciadamente para ti, sí es lo tuyo. Gracias, cariño, por tu sabiduría y por no permitir que me lance por la ventana cuando el Word me hace la cobra una y otra vez.

Peripetia, no te olvides de que un pedacito de mi corazón también es tuyo. Por ese booktrailer de «El amor de un extraño», tan mágico como todo lo que haces tú cuando se trata de

combinar imagen y sonido como si fueran Romeo y Julieta, es decir, con mucho amor y pasión, y por ofrecerte para hacer el de esta segunda novela a pesar de estar más liada que la pata de un romano. Sea cual sea el resultado, se agradece la intención y la ilusión. Muchas gracias.

Y eso es todo. Espero seguir rodeada de gente maravillosa, con la que reír y compartir ilusiones cuando publique mi tercera novela, mi cuarta, mi quinta... Vamos, que tenéis Ophelia para rato si la vida me da permiso. Que estas «muchas gracias» se conviertan, como se suele decir, en «muchas veces».

En resumen y para terminar, gracias a todos por todo. Si ya os lo había dicho desde el principio, ¿a qué sí?



@opheliademarzo